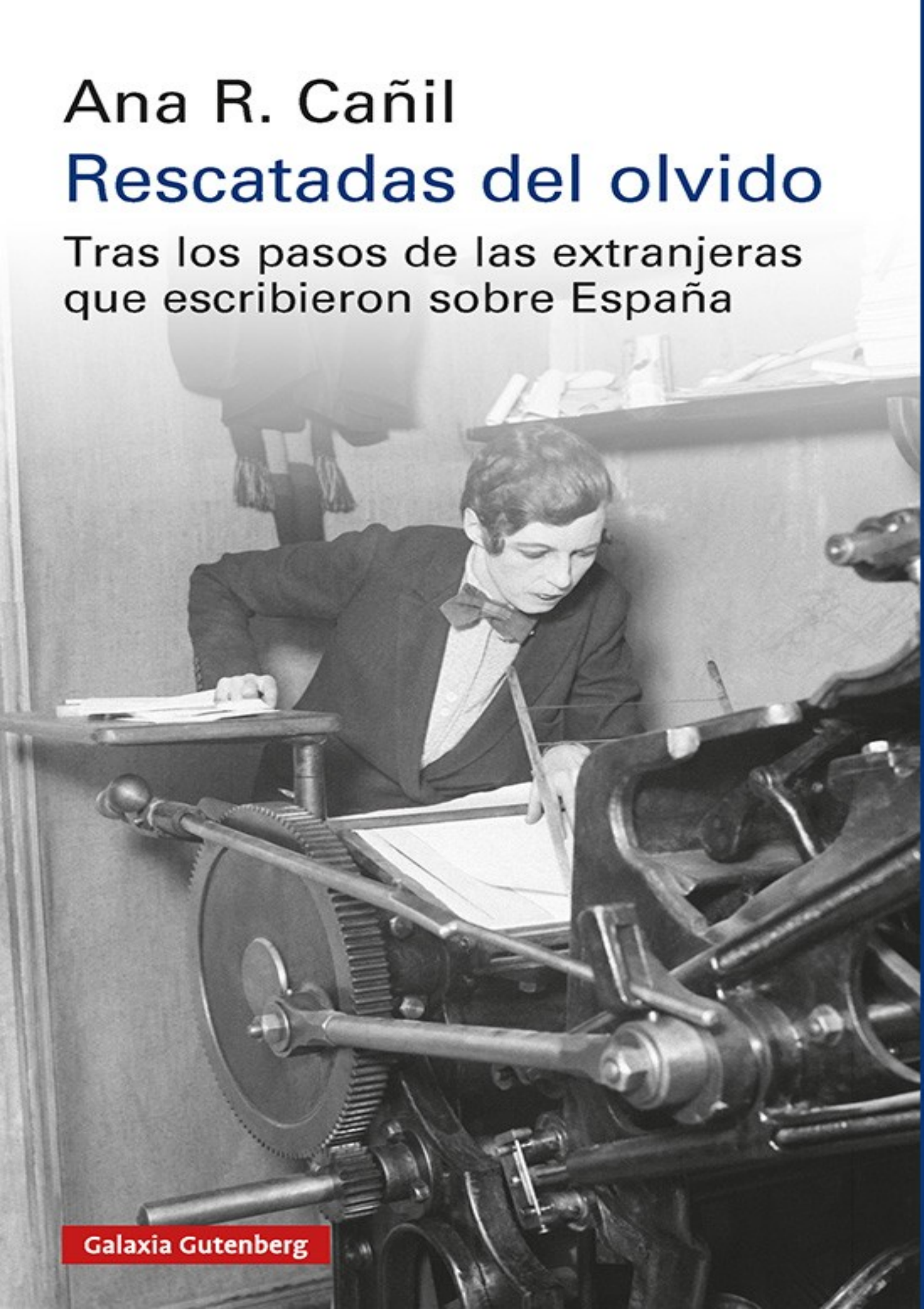
Ana R. Cañil

Rescatadas del olvido

Tras los pasos de las extranjeras que escribieron sobre España



Galaxia Gutenberg



© Alfredo Cáliz

Ana Ramírez Cañil (1958) nació en Madrid pero es de Rascafría. Empezó en la prensa económica (*Cinco Días* y *Mercado*, entre otros) y ha sido directora de *Informe Semanal* (RTVE), delegada del *Periódico de Catalunya* en Madrid y redactora jefe en *El Siglo*. Ha colaborado en *eldiario.es*, *Más vale tarde* (La Sexta) o Antena 3 (que recuerde). En 2008 ganó el Premio Espasa de Ensayo con *La mujer del maquis*, y ha publicado tres novelas: *Si a los tres años no he vuelto* (2011), *El coraje de Miss Redfield* (2012) y *Masaje para un cabrón* (2015). En 2016 publicó en Galaxia Gutenberg el ensayo *Los Tyrakis*, en colaboración con Joaquín Estefanía, y en 2022 el libro de viajes *Los amantes extranjeros* (Espasa).

Las mujeres de las que se habla en este libro llegaron a España en el convulso siglo xx, para cubrir la guerra civil o para recorrer un país posbélico. Fueron mejores que sus compañeros, maridos o amantes, y esta no es una afirmación sólo para agitar conciencias. Ellas tuvieron que superar más adversidades, ya que hicieron frente a la displicencia, el paternalismo y el machismo propios de aquella sociedad. Muchas lucharon para denunciar lo que suponía para el resto del mundo que el fascismo de Franco triunfara, y escribieron tan buenas crónicas y libros como sus pares masculinos. Pero ellas reposan en el rincón de la historia.

Ana Cañil recorre en estas páginas los pasos de Nancy Cunard, Simone Téry, Virginia Cowles, Lillian Hellman o Sylvia Plath, entre otras, por nuestro país, una tarea al mismo tiempo hermosa e infructuosa: redescubrir sus caminos, con sus obras en la mano, es una satisfacción, pero apenas hay rastro de ellas, salvo una calle dedicada a Tina Modotti en Gijón. Leyendo este libro se abren nuevas lecturas de la historia y se atisba que aún hay mucho que rescatar del olvido.

Ana R. Cañil

Rescatadas del olvido

Tras los pasos de las extranjeras que escribieron sobre España

Galaxia Gutenberg

Publicado por:
Galaxia Gutenberg, S.L.
Av. Diagonal, 361, 2.º 1.ª
08037-Barcelona
info@galaxiagutenberg.com
www.galaxiagutenberg.com

Edición en formato digital: enero de 2026

© Ana R. Cañil, 2026
© Galaxia Gutenberg, S.L., 2026
Imagen de portada:
Nancy Cunard en la sede de su editorial, Hours Press, París, 1930.
© Keystone-France / Gamma-Keystone vía Getty Images

Conversión a formato digital: Maria Garcia
ISBN: 979-13-88019-11-1

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra sólo puede realizarse con la autorización de sus titulares, aparte las excepciones previstas por la ley. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita reproducir algún fragmento de esta obra (www.conlicencia.com; 91 702 19 70 / 93 272 04 45)

A Hummett, mi sombra

Índice de contenido

Prólogo
Capítulo I. La revolucionaria Nancy Cunard no tiene quien la recuerde
Capítulo II. La lucha de Nancy Johnstone por los niños refugiados
Capítulo III. Tina Modotti y las «señoras de»
Capítulo IV. Ilsa Barea-Kulcsar, revolucionaria, intelectual y sabihonda
Capítulo V. Virginia Cowles, a la guerra con pieles y tacones. Josephine Herbst, con ideas y oficio
Capítulo VI. La poeta Gamel Woolsey, la economista Marjorie Grice-Hutchinson y Vita Sackville-West
Capítulo VII. Andrée Viollis y Simone Téry, una madre y una hija en el frente
Capítulo VIII. La Valencia de Kate Mangan y el miedo insoportable de Lillian Hellman
Capítulo IX. Sylvia Plath: historia de una poeta suicida, una viuda republicana y un nieto rojo
Agradecimientos
Bibliografía

Prólogo

> Los escritores, tanto los hombres como las mujeres, han de ser egoístas para tener tiempo de escribir, pero las mujeres no están entrenadas para ser egoístas.
>
> MARGARET ATWOOD

Rescatar la memoria de un grupo de mujeres que nos quisieron es una deuda y un placer. Detrás está la justicia histórica, la facilidad con que fueron ignoradas por el simple hecho de pertenecer al género femenino. Las aquí elegidas son tan inteligentes o más que sus compañeros, amigos o maridos, y la selección ha sido difícil por tantas como hay. Además, seguir sus pasos sobre el terreno, como he hecho, ponía límites a la tarea. Sus obras –memorias, reportajes, novelas, poesías, fotografías, trabajos sociales– resultan más que notables. En su momento fueron halagadas, pero como protagonistas secundarias. Acabaron fuera de los libros de historia o, como mucho, fueron citadas en los índices onomásticos o las bibliografías. Estas mujeres vivieron anteayer, entre los años veinte y los cincuenta del siglo pasado. Habitaron en la sociedad de nuestras abuelas, nuestras madres. Están ahí detrás, a la vuelta de la esquina. Vinieron a España, la sintieron intensamente. Unas durante meses, otras durante años, y muchas se llevaron este país grabado a fuego en la memoria, hasta su muerte. Como en la mítica *Tierra y libertad* de Ken Loach, algún pedazo de tierra española se coló entre sus libros, pañuelos con sangre reseca en los arcones protegidos con naftalina u hojas amarillentas en cuadernos que conservan manchas de grasa de una cocina muy pobre o del sudor de la frente. Nos describieron en sus obras o nos apoyaron con sus trabajos, ya fuera en un hospital, una oficina, un periódico o un libro durante los mejores años de su vida.

Despertaron a una realidad brutal con la guerra civil española; otras confirmaron que las guerras son plagas, pero generadas por los humanos para matarse unos a otros. También comprendieron por qué las madres no quieren las guerras. Aquí vivieron su bautizo de fuego para afrontar una Segunda Guerra Mundial que presintieron. Sabían que en España se libraba una batalla que era antesala de la tragedia, del triunfo del nazismo y del fascismo, de la victoria de la barbarie.

Cayeron en el olvido a pesar del *glamour* que da ser extranjeras, algo que debería haber ido a su favor en un país donde nos inclinamos ante lo exterior por el complejo de paletos que arrastramos desde el franquismo. Sin embargo, a menudo bastaba con que un texto o un trabajo fuera firmado por una mujer compañera, amiga o esposa de un personaje influyente –escritor, político, héroe guerrillero– para que la figura de su autora y su labor quedaran devaluadas. Si encima eran flacas, liberadas, guapas y elegantes, poco menos que debían de ser pesadas en la balanza de las brujas, porque sólo podían resultar hermosas y listas por haber entregado su alma al diablo o a algún amante poderoso. Hablar idiomas, saber escribir o curar heridos sin ser monjas llevaba detrás los sambenitos del machismo histórico, transformado acorde a los tiempos que corrían: esas mujeres eran espías, putas o marimachos. O las tres cosas. Espías no sólo de los fascistas, sino de los trotskistas, los anarquistas, los comunistas, porque la acusación de a quiénes se espiaba dependía de quién la formulara. La preponderancia y el poder de los comunistas, por ejemplo, convertía a quienes no eran del partido en espías trotskistas, anarquistas o quintacolumnistas.

Nancy Cunard, Nancy Johnstone, Tina Modotti, Ilsa Barea, Virginia Cowles, Gamel Woolsey, Josephine Herbst, Andrée Viollis y Simone Téry, incluso las más conocidas que llegaron en la posguerra y más tarde –Vita Sackville-West, Simone de Beauvoir, Sylvia Plath–, contaron cómo nos vieron o buscaron sus raíces familiares, pero sus impresiones quedaron tapadas por el polvo en los rincones. Y sin embargo, tienen mucho que aportar. Sus percepciones y sus opiniones sobre la época más dura y brutal de nuestra reciente historia son diferentes a las que recogen sus contemporáneos, hombres notables cuyo representante más mencionado –

por el tamaño, las voces y su obra de Nobel– es Ernest Hemingway, un personaje que hoy quizá resulta cansino por exceso de popularidad y de tópicos a su alrededor.

Da igual por dónde nos adentremos en las vivencias de estas mujeres en España. Son también las mejores o de las mejores porque tuvieron que romper con sus hogares y sociedades para poder escapar a trabajar en una guerra; otras llegaron más tarde a un país empobrecido por la posguerra, gris, triste. Escriben diferente, van a lugares distintos a los de sus compañeros –también viajan al frente cuando los militares creen que no hay peligro– y perciben otras cosas. Sus textos envuelven una atmósfera cálida donde se respira la dureza o la alegría del momento, sin aspavientos; están arropadas por las notas de sus cuadernos o de sus máquinas de escribir, donde retratan el hambre de una caterva de niños con una madre de negro que sólo tiene para ofrecerles un poco de pan, pero los críos juegan con una pelota de trapo en una plaza; las mujeres y sus criaturas escuálidas, de caras hambrientas que soportan en las colas los bombardeos; los zapatos vacíos en el centro de un charco de sangre porque el cuerpo ya ha sido retirado de la calle. Qué de cosas podrían decir esos zapatos, como las pobres ropas deshilachadas y tendidas en una cuerda de algún pueblo cercano al frente; los remiendos de las sábanas de retor o las veces que ellas mismas son capaces de hervir unas hojas de coliflor para alimentar a más de cuarenta niños acogidos en su hotel, como hizo Nancy Johnstone. La ascensorista que teje con lana azul en la Telefónica, mientras caen las bombas. Y diferente es la cólera de algunas de ellas al comprobar luego cómo esas mujeres heroicas eran tratadas como bestias sucias en la frontera con Francia, una vez perdida la guerra, o cómo en los campos de concentración franceses se intentaba captar a las más jóvenes para prostituirlas.

Es imposible no empatizar con ellas, por ejemplo, cuando Josephine Herbst –escritora y periodista, intelectual de izquierdas, tan buena como el mismo Hemingway, Jay Allen o Herbert Matthews– reflexiona en *The Starched Blue Sky of Spain and Other Memoirs*, texto no traducido, algo así como *El cielo encapotado de España*:

> Más de una vez me he preguntado sobre lo que habíamos asumido como la tan elogiada independencia del hombre americano, cuando vi la orgullosa autoridad de la mujer española, sostenida por algo más que la dependencia de cualquier ayuda externa. Como la noche en que me quedé en las cuevas sobre Alcalá de Henares, donde los ancianos, los niños y algunas de las mujeres menos robustas permanecían durante el día mientras el resto descendía la empinada montaña para trabajar en los campos, incluso bajo el fuego enemigo. Cuando vi a mujeres de sesenta años regresar a casa con orgullo, erguidas, magníficamente airadas mientras agitaban sus puños hacia las lejanas torres de humo enemigo que perforaban el cielo, o se desbordaban en magníficas obscenidades extrañamente mezcladas con una religiosidad simbólica, mi recuerdo de las damas elegantes de mi país, con sus rizos lavanda estereotipados y sus zapatos de tacón alto y delicado, se convirtió en una parodia de un potencial que habían dejado sin explorar.

O cuando la ácida Dorothy Parker, sentada en una terraza en Valencia, escribe en «Soldados de la República», texto publicado en *The New Yorker* en 1938:

> El crío iba endomingado, todo de blanco; sus ropitas llevaban remiendos tan delicados que la tela hubiera pasado por entera si la blancura de los zurcidos no hubiera variado de tono. Lucía en el pelo un lazo azul de cinta nueva, atado con absoluto equilibrio entre las lazadas y los extremos… ¡Por amor de Dios, basta ya!, me dije. Está bien, el crío lleva un trozo de cinta azul en el pelo. Está bien, su madre [embarazada] dejó de comer para que el crío estuviera guapo cuando su padre regresara a casa de permiso. ¡Está bien! Es asunto suyo, y tú nada tienes que ver. Está bien, ¿por qué tienes que echarte a llorar?

Parker sólo estuvo unas semanas en España, Herbst no estaba aquí cuando acabó la guerra, pero las dos fueron capaces de observar, no sólo de mirar. Otras muchas entraron y salieron o se quedaron hasta el final, hasta La Retirada. De orígenes y países muy distintos, resulta apasionante toparse con los momentos en que sus caminos se cruzan. Puede ser en los salones más aristocráticos y sofisticados de Londres –algunas de ellas eran de excelentes familias, lo que les había permitido estudiar–; en el París de los surrealistas o de Gertrude Stein; en el Nueva York que ya disputaba a

Londres el puesto de gran metrópoli, con los personajes de Edith Wharton descollando; en el México más vanguardista; en los intelectuales y politizados salones de Viena y la República de Weimar, o en las pocas universidades europeas donde se admitía a mujeres.

Llegaron arrastradas por sus ideas, su deseo de ser liberadas y, muy a menudo, de ser amadas y amar. Unas cuantas seguían al hombre al que querían (Elena Garro a Octavio Paz, Kate Mangan a Jan Kurzke, Clara Malraux a André Malraux, Gamel Woolsey a Gerald Brenan, Sylvia Plath a Ted Hughes, ya en los cincuenta) y puede que en parte eso haya perjudicado su obra. Amar es un verbo cursi para unas guerras repletas de testosterona. En varias ocasiones, sus parejas ni las mencionan luego en sus memorias, como veremos. Algunas, como Modotti o Johnstone, entraron con sus compañeros, pero con proyecto personal propio; y la mayoría como profesionales, desde Martha Gellhorn (aquí se enamoró de Hemingway) a Josephine Herbst, Lillian Hellman (estuvo aquí un mes escaso y sin Dashiell Hammett), Virginia Cowles, Simone de Beauvoir, paseando por Vallecas de camino a Lisboa… En esta selección de arrinconadas por la historia quedan fuera la filósofa y activista Simone Weil y la pensadora y luchadora anarquista Emma Goldman, «la mujer más peligrosa del mundo» según los americanos. Ambas estuvieron en España, escribieron sobre la guerra y sobre un personaje como Durruti, pero han tenido más suerte. Sobre su obra no pesa tanto el manto de oscuridad.

Unas escriben un diario o excelentes libros –el caso de *Complicarse la vida* de Cowles, *The Starched Blue Sky of Spain and Other Memoirs*, de Herbst, *Hotel en la Costa Brava* de Johnstone, *Telefónica* de Ilsa Barea– cuando la guerra en España aún no ha terminado y están sobre el terreno. Esos textos son apasionantes, vívidos, se huele el humo del bombardeo y se respiran los hechos. En cambio, quienes escriben pasadas las décadas o recogen en sus autobiografías su paso por España vierten unos sentimientos ya desdibujados, a menudo contaminados por otros acontecimientos de sus vidas. Es el caso de las memorias de Elena Garro y el retrato cínico que hace de los intelectuales mexicanos en España en 1937; o la simple mención que Clara Malraux realiza de su estancia en el maltrecho

aeropuerto de Barajas, donde André Malraux le pidió seleccionar pilotos para su famosa escuadrilla en la defensa de la República española.

A caballo entre las dos formas de relatar, las que escriben sobre la marcha y publican en los días o meses posteriores y las que recuperan memoria para su autobiografía, está, por ejemplo, la dramaturga Lillian Hellman, excelente guionista, autora de *Pentimento* (*Julia*, recreada por la inolvidable Vanessa Redgrave en cine) y compañera de Dashiell Hammett. Hellman escribe en 1968 *Una mujer inacabada*, con unas pocas páginas sobre su paso por España en el otoño de 1937, pero se apoya en las notas tomadas en octubre y noviembre de aquel año. Sus testimonios de aquellos días son elocuentes, frescos y no ahorra las impresiones sobre hospitales, plazas, pueblos como Benicasim, que visita con Gustav Regler. Viaja a Madrid pasando hambre y disfruta de la generosidad de los más humildes con la comida; descubre el concepto de nobleza de los que luchan sólo por ideales y cita a sus famosos compañeros, a Martha Gellhorn, a Dorothy Parker y sus peleas con Hemingway. Es sabido que ambos genios no se soportaban.

En conjunto, las crónicas son tan valiosas porque en las guerras también hay vida cotidiana y estas mujeres la recogen. Y si Josephine Herbst podía ironizar sobre los pantalones de Saks Fifth Avenue y el *foulard* de chifón verde que lucía Martha Gellhorn paseando por la Gran Vía bajo los obuses (también Hellman escribe sobre los pantalones de Martha), Ilsa Barea pensaba en el estado de su ropa interior si caía muerta bajo un bombardeo, sensación que transmitió a uno de sus personajes en la novela *Telefónica*, la simplona amante de Agustín (Arturo Barea). Claro que Kate Mangan –la modelo, actriz y periodista activista que llega a Valencia tras su novio– no tiene empacho en describir a la «mujer austríaca» (Ilsa Kulcsar, luego Barea) como la mujer regordeta y bigotuda que estaba al frente de la censura, y que más tarde fue defenestrada por temas políticos. A Lillian Hellman no le importa hablar del terror que siente, tirada bajo un banco con su rostro enterrado en las flores que acaba de comprar mientras sonaban las sirenas para un bombardeo. Flores. Era al día siguiente de su llegada a Valencia. Un asombro bobo siente también por sí misma cuando ya en

Madrid se sitúa ante el joyero que ha traído a la guerra. Mientras apuntaba, contaba y enviaba crónicas, Virginia Cowles levantaba ironías porque iba a la guerra con medias, tacones y collar de perlas. Esas *curiosidades* tan femeninas no hacen sino retratar cómo lo cotidiano termina imponiéndose hasta en la guerra.

Pero los ratos de frivolidades nunca ocultaron lo trascendente. Desde las tareas de enfermera y cocinera de Tina Modotti en el Hospital Obrero de Maudes en Madrid y su trabajo de ayuda durante *la desbandá* en la carretera Málaga-Almería hasta los reportajes de Cowles, a la cual uno de los militares fascistas que la llevó a Santander confirmó orgulloso que fueron los aviones alemanes, los aliados de Franco y los nacionales quienes bombardearon Guernica. No habían pasado más que unos días y los franquistas negaban internacionalmente tener nada que ver en ese primer y bestial ensayo de los bombardeos que haría la Luftwaffe sobre los civiles en la Segunda Guerra Mundial. A menudo estas mujeres eran más prácticas y de ideas más abiertas que sus compañeros. Ilsa Barea logró convencer a los comunistas y republicanos de que era importante llevar al frente a los periodistas, enseñarles las víctimas de los bombardeos, que contaran la verdad de los niños destrozados en lugar de ocultarlo como un fracaso. También rectificó cuando comprendió que los corresponsales en las Brigadas Internacionales escribían sólo de las hazañas de los brigadistas de su país. Y eso era una enorme injusticia, y una falsedad, respecto a los soldados españoles. Ilsa apunta que de ese error ha quedado impregnada mucha obra de aquellos días.

En 2006, Barbara Probst Solomon se preguntaba en un artículo en *El País* titulado «La guerra de los escritores» por las pocas mujeres que cubrieron la guerra civil española. «Aunque diversas mujeres escribieron sobre España, Josephine Herbst entre ellas, de acuerdo con esta exposición sólo tres parecen estar incluidas en la lista de corresponsales de prensa acreditados: Martha Gellhorn, Bang (Barbro Alving, periodista sueca) y Virginia Cowles. La pregunta que yo me hago, también sin respuesta, es por qué, en una época en la que en España Federica Montseny era una de las cabecillas de los anarquistas, la Pasionaria de los comunistas y Victoria

Kent diputada socialista, había tan pocas corresponsales». Pero según el muy interesante libro de Bernardo Díaz Nosty *Periodistas extranjeras en la guerra civil*, 185 mujeres documentaron, cubrieron y escribieron libros y memorias de la guerra civil española. Muchas de ellas famosas entonces y ahora también olvidadas, y otras desconocidas. Y en esa relación impagable no se incluyen enfermeras, oficinistas, administradoras, milicianas, brigadistas (unas setecientas mujeres se integraron en las Brigadas Internacionales), espías enviadas por los diferentes partidos en misiones más o menos conocidas.

Ellas hicieron la crónica de la maldad y la barbarie desde un punto de vista femenino. Y aunque en ocasiones adoptan posiciones y lenguajes masculinizados para destacar o sobrevivir, no renunciaron a su condición de mujeres porque es enriquecedora, y se merecen, al fin, su puesto en la historia. Ahora, cuando los logros del feminismo están de nuevo amenazados, hay que recuperarlas de la oscuridad o de la penumbra en que fueron sumergidas en este país al que amaron y defendieron.

Este libro es un grano de arena más, un trabajo a caballo entre la crónica y el ensayo que comenzó un día de julio del verano de 2022. Lourdes Lancho, subdirectora de *A vivir que son dos días* (Cadena SER), me propuso hacer una sección siguiendo los pasos de los escritores que aparecen en mi libro *Los amantes extranjeros* (Espasa, 2022). Llevábamos un par de domingos emitidos, revisábamos la lista de los que nos quedaban hasta septiembre, cuando me preguntó: «¿No hay más mujeres que Edith Wharton o Katharine Lee Bates?». Sí, pero las que había encontrado me resultaban *antiguas.* Eran textos de mujeres bobonas, cursis. Incluso había alguna de la época romántica que se había inventado su paso por España, los atracos de los bandoleros y las seducciones correspondientes. Las más interesantes eran las cercanas a nosotras, las que llegaron a España con la guerra civil, y esas eran otras circunstancias. Coincidimos: no puede ser. Lancho concluyó que al año siguiente la sección de los domingos del verano de *A vivir que son dos días* sería sólo de mujeres. ¿Habría suficientes? Desde luego, seguro que incluso tendríamos para elegir si entrábamos en la guerra civil.

No tenía ni idea de la aventura que se abría ante mí a partir de ese otoño. No sólo había mujeres extranjeras que habían escrito sobre España en el siglo pasado mucho, durante y después de 1936. Es que además eran buenas, en varios casos buenísimas. Comenzó así una búsqueda compulsiva de sus libros, artículos o trabajos. Muchos permanecían sin traducir o descatalogados (como Simone Téry, Josephine Herbst o Kate Mangan), salvo los casos de las más notables, que han quedado fuera por conocidas. Otras iban pasando de la oscuridad a la penumbra al ser recuperadas al inicio de este siglo por Miquel Berga, que se encargó de rescatar y prologar a Virginia Cowles y Nancy Johnstone. Cada vez que un libro perdido u olvidado entraba por la puerta, venía seguido de un suspiro de satisfacción. Significaba nueva lectura, nuevos descubrimientos de episodios con mirada de mujer que hasta entonces me resultaban desconocidos. Con cada libro o revista en papel –los artículos de Simone Téry en *Regards* llegaban a tiempo y en ejemplar de la revista en papel, ¡qué alegrón!– se despertaban más expectativas, no sólo por lo que contaban los textos. Después, viajar para buscar más pistas provocaba momentos inolvidables. A la gente que somos un poco mitómana, lo de encontrar el rastro de alguien a quien se admira nos calienta el corazón. Parar en un paso de frontera por donde ellas trasnocharon y lucharon; sentarse cerca de un monumento donde estuvieron las trincheras y los pies de esas mujeres manchados de barro; observar la Gran Vía y la Telefónica evocando la mirada de hace noventa años; mirar el Cantábrico desde el Cabo Mayor de Santander, oyendo incluso la batería que había en el faro; recorrer el cementerio inglés de Málaga o patear el Vallecas de la posguerra desde el barrio multicultural que es hoy enseña mucho. Sólo hay que llevar los ojos abiertos, los oídos atentos y la nariz lista para inhalar tantos olores. No huele a puchero de hueso rancio como hace décadas, pero sí a tacos, kebab y fritanga bien enharinada.

Luego llegaba la frustración. No hay rastro de ellas en los lugares visitados. Quizá he elegido mal. Puede. Al fin y al cabo, era el viaje de una persona buscando en un lugar concreto y no en todos los que ellas recorrieron. La media del tiempo que estuvieron en España no es inferior a un mes y muchas trabajaron aquí más de un año o toda una vida. Hay casos

como el de Gamel Woolsey que se han paliado en los últimos años; o el de su amiga Marjorie Grice-Hutchinson, que fue reconocida por su contribución al conocimiento de la historia económica de España y a su labor filantrópica en Málaga. Son los menos. En otros, como el de Sylvia Plath, se ha resucitado su paso por España gracias a curiosos como el profesor Pascual Almiñana. También quedan varias mujeres fuera de estas páginas por mi incapacidad para leer el noruego, el alemán, el sueco.

Es difícil llegar a lo que eufemísticamente llamamos gran público, pero aspiro a llegar a las generaciones jóvenes, cada día más conscientes de que hay muchos (y muchas) a quienes se les ha escamoteado su lugar en la historia. Conviene recordar de dónde venimos, quiénes fueron estas mujeres que no se arrugaron. Ojalá que las que se han quedado fuera de esta búsqueda salgan algún día del rincón donde han sido relegadas.

CAPÍTULO I

La revolucionaria Nancy Cunard no tiene quien la recuerde

Hubo una vez una niña rica y bella, de las de cuento. Ocultó su desdichada infancia en el lado oscuro de todos los relatos con hadas. Hasta que un día, la princesa timorata se convirtió en una jovencita rebelde, dispuesta a trastocar el final feliz y tontuno al que estaba destinada. La que había sido su vida hasta entonces, en la que el aire gélido envolvía cualquier sentimentalismo, saltó por los aires con la muerte de amigos y amantes en la Primera Guerra Mundial. El desgarro transformó a la heredera londinense y frívola en activista y revolucionaria. Se llamaba Nancy Cunard. Su lucha por los republicanos españoles y los derechos humanos en los conflictos más brutales del siglo XX debería bastar para tenerla en un pedestal. Pero era mujer e indomable en todas las versiones de su vida. Irritante hasta decir basta para los convencionalismos de la Europa posvictoriana, en la que intervenía dominante su madre.

Tuvo dos grandes pasiones, la defensa de los derechos de los negros y la de la democracia instaurada por la II República española. No abandonó esas causas nunca, peleó hasta el mismo día de su muerte. Y sin embargo, la dama Cunard es conocida –cuando lo es– como «musa» y modelo de los surrealistas y del París de los años veinte; por promiscua y por practicar lo que hoy sería amor libre (como su madre o el grupo de Bloomsbury, pero sin guardar las apariencias), y por algunos de sus famosos amantes: Aldous Huxley, Ezra Pound, Louis Aragon, Tristan Tzara, Samuel Beckett, el pintor y escritor del vorticismo Wyndham Lewis, Constantin Brâncuși, Oskar Kokoschka o Pablo Neruda. A muchos de ellos los financió, los apoyó y les

buscó influencias para lanzarlos entre editores y poetas o escritores ya reconocidos.

Sus ojos azules enamoraron a príncipes, políticos, pintores e intelectuales, de Londres o de Nueva York. Pudo ser reina si hubiera hecho caso al futuro rey Eduardo VII, pero en su opinión resultaba soso y poco apasionado. Despreció a diplomáticos –a veces los utilizó–, y cuando los amigos la decepcionaron, no los perdonó. El caso más notable fue el de Ezra Pound, que se hizo fascista, pero fue tolerante con aquellos que evolucionaron a *moderados conservadores*, como T. S. Eliot: para ella era el poeta entre poetas, al que más admiró y quien más influyó en su poesía. *La tierra baldía* está presente en *Parallax*, la obra poética más conocida de Cunard, aunque se distanció de él por razones políticas. Si algo caracterizó a Nancy fue la lucha por la justicia social usando todas las armas que poseía: cultura, idiomas, belleza, dinero e influencia en las altas esferas por sus orígenes.

«España me poseyó por completo», escribió. Llegó a Barcelona el 11 de agosto de 1936, y hasta su muerte en 1965 esa posesión nunca bajó de intensidad. La tragedia de la guerra civil, la ayuda a los perdedores y la lucha contra Franco compartieron espacio en su corazón con su activismo contra el racismo y el amor por la cultura africana. Fue una excelente coleccionista de arte africano; los turbantes y brazaletes de marfil, tan característicos en su elegante figura, marcaron época. Las fotos que le hizo Man Ray, con las pulseras, son las más conocidas. Brâncuși se inspiró en ella para la escultura *La jeune fille sophistiquée* y Oskar Kokoschka la retrató pensativa. Lucía un estilo inolvidable hasta con harapos o en el frente de guerra.

La Cunard movió cielo y tierra para conseguir ayuda para la República; entró en los despachos más importantes del Gobierno británico y de los empresarios y aristócratas más poderosos. También en Estados Unidos y en Francia agitó las conciencias de los intelectuales para que apoyaran a la República contra los rebeldes franquistas; editó la revista *Los Poetas del Mundo Defienden al Pueblo Español*, compuesta a cuatro manos con Pablo Neruda, en la imprenta de su hogar en Réanville (Francia). Sacó a españoles

notables, brigadistas y gentes humildes de los campos de concentración del sur de Francia; durante los años de posguerra entró ilegalmente en España para apoyar a los guerrilleros y los movimientos clandestinos, donó ingentes cantidades de dinero… Pero Nancy Cunard no tiene quien la recuerde en España. Ni una biblioteca –en África hay escuelas Cunardia, nombre derivado de su apellido–, ni una sala, ni una placa, ni una calle… Nada.

Era poeta. En 1925 The Hogarth Press, la editorial de Virginia y Leonard Woolf, publicó su tercer libro de poemas, *Parallax*, calificado por Eliot y Ezra Pound «incluso» de bueno. Para entonces ya llevaba heridas en el alma, al tiempo que los cafés surrealistas se rendían ante su elegancia y extravagancia. Como extravagancia se tomaron muchos de los surrealistas sus inclinaciones políticas, sin valorar bien la profunda cicatriz que la muerte de amores y amigos en la Primera Guerra Mundial había dejado en ella. Pronto la poeta empezó a convivir con la otra mujer que también era de acción, que se manchaba las manos para ayudar a los perseguidos: ejerció de periodista, editora, agitadora social y traficante de lo que fuera para las batallas perdidas. Llevó la coherencia a su vida privada cuando se casó con el músico de jazz negro Henry Crowder. Su madre la desheredó.

A Maud Cunard, la mamá que nunca quiso ser madre, la gran anfitriona de los salones londinenses y encubridora de los amores de Eduardo VIII y Wallis Simpson, casi le da algo cuando le chivaron que su hija dormía con un negro y no lo ocultaba. Este es el quid del asunto, no ocultarlo y encima tener la osadía de casarse con él. Porque Maud tuvo amantes antes, durante y después de su boda con el heredero Bache Cunard, tercer baronet de la fabulosa naviera que había fundado el abuelo Samuel Cunard, pero nunca los confesó. Nancy fue una niña no deseada por Maud, la maternidad era un engorro. Ella encarnaba la imagen perfecta de la hipocresía en la alta sociedad británica y francesa.

En aquellos salones, si Nancy hubiera sido un caballero algo *dandy*, la cosa hubiera resultado distinta. Pero que una mujer de alcurnia, famosa en las columnas de cotilleos, se hiciera amante de los soldados rasos que iban a morir en la Primera Guerra Mundial y de los negros era infumable en los círculos tartufos de clase alta. Nancy tampoco gustaba a otras mujeres, aunque tuvo grandes amigas hasta el final, como la pareja formada por Janet Flanner y Solita Solano, periodistas y escritoras. En sus diarios, Virginia Woolf dejó escrito cuánto le irritaba Nancy. Esas entradas levantan la sospecha de que la bisexual Virginia tuviera celos de que Leonard Woolf cayera también a los pies de la loquita e irresistible Cunard.

Entre los años 1924 y 1926, Virginia escribió que le molestaba encontrarse a la hermosa aristócrata de «mirada sincera» en las mismas fiestas a las que asistía ella. Antes ya había cargado contra Maud, la madre de Nancy, por sus salones engolados, pero a su vez se mostraba satisfecha porque ser invitada por ella era empezar a ser reconocida. Más tarde, con respecto a Nancy, apuntó: «Odio el fracaso, y para no fracasar, debemos continuar avanzando, pensando, planeando, imaginando… aceptando a Nancy Cunard». Virginia no se interesó excesivamente en ninguna de las guerras, amparándose en el pacifismo. Las lamentó, claro, y más cuando su sobrino Julian Bell murió en España, pero nada más lejos de ella que la acción. Su depresión tampoco le permitía alharacas y las fuerzas que le quedaban las destinaba a su obra. Participó en actos administrativos como el comité de ayuda para que el *Guernica* de Picasso acabara en Londres, en 1938. Por contra, Nancy se metía en todos los charcos, algo loco incluso en los locos años veinte, cuando Mussolini ya avanzaba por Italia y Hitler gritaba en las cervecerías de Múnich.

La prensa amarilla, tanto la neoyorquina como la londinense, lapidó y utilizó a Nancy de un modo tan despiadado que en tiempos de redes sociales no sorprende, pero cuya ferocidad entonces resultaba asombrosa. Además de casarse con el jazzista Henry Crowder, denunció e hizo campaña internacional contra el «monstruoso montaje» que fue el juicio a los nueve chicos negros de Scottsboro, acusados falsamente de asesinato; se alojaba en los hoteles de Harlem (hasta donde la persiguió y espió la prensa

WASP). Todo ello provocaba que le llegaran cartas así: «Señorita Cunard: demuestra que es una puta asquerosa al salir con negros, ¿o es que no encuentra a ningún blanco que le dé gusto? Siempre he oído decir que los negros tienen la polla gorda, por eso supongo que le gustan…». La recoge la biografía de Lois Gordon sobre Cunard. La vida de Nancy fue tan intensa, tan luchada, repleta de viajes e historias, inmersa en las guerras de su tiempo, la Primera y la Segunda Mundiales, la guerra de España, la de Etiopía, la lucha contra el racismo en Gran Bretaña y Estados Unidos… Las vivió todas con amor y compasión, alcohol y poesía, arte y literatura, belleza y modistos, frivolidad y anorexia. Su biografía es tan amplia que es difícil decirlo todo.

Viajera empedernida, su amor por España y la cultura negra convivió un tiempo con su lucha por Etiopía, cuando Haile Selassie era aún una promesa de futuro, no el loco megalómano que llegaría a ser. Fueron los años de su editorial, Hours Press, y su casa en Réanville, viajando por medio mundo, bebiendo mucho y amando a todo aquel varón que ella encontrara atractivo, física o mentalmente. No necesitaba el concepto de amor romántico. No había recibido más cariño en su infancia que el de George Moore, el escritor irlandés amante de su madre, antes y después de la boda de Maud con Bache Cunard. Ante el constante rumor de que Nancy era hija de Moore, la joven le preguntó si él era su padre; Moore le respondió que le preguntara a su madre. Él fue la figura masculina más importante en su juventud, lo más cercano a una imagen paterna.

Cuenta Ramón J. Sender que «la tragedia íntima de Nancy» fue el amor por Aldous Huxley, que ese fue «el origen de sus excentricidades». Se lo contó la misma poeta y lo escribe Sender en «Recuerdo de la inefable Nancy Cunard», un epílogo recogido por la editorial Renacimiento en la hermosa edición que hizo a principios de este siglo con los poemas de los seis números de *Los Poetas del Mundo Defienden al Pueblo Español*.

Hours Press, la imprenta iniciada con el apoyo físico de su marido, Henry Crowder, entre 1928 y 1931, es mítica por muchas razones. Una de ellas es que descubrió y ayudó a escritores más que notables. Por ejemplo, fue el primer lugar donde publicó un desconocido Samuel Beckett, luego

premio nobel. Nancy aún tenía dinero y convocaba concursos de poesía. El año de Beckett, el tema de los poemas era el tiempo. Beckett presentó el poema *Whoroscope*, tenía veinticuatro años. Deslumbró a Cunard y al escritor y poeta Richard Aldington, que lo premiaron y publicaron. Comenzó una larga amistad con Beckett –Sam–, quien fue uno de los pocos que no abandonó a Nancy.

Para ella, lo más importante de Hours Press fue *Negro*, obra que aún es de referencia para la cultura africana y para los luchadores contra el racismo. Ella ya había publicado *Negro Man and White Ladyship* con Utopia Press, en Londres. Pablo Neruda, en sus memorias *Confieso que he vivido*, se regocija al hablar de aquel folleto: «En el diciembre del año en que fue excomulgada por su madre, toda la aristocracia inglesa recibió como regalo navideño un folleto de tapas rojas titulado *Negro Man and White Ladyship.* No he visto nada más corrosivo. Alcanza a veces la malignidad de (Jonathan) Swift […] Sus argumentos en defensa de los negros fueron como garrotazos en la cabeza de Lady Cunard y de la sociedad inglesa».

En 1931, Hours Press cerró. Nancy se dedicaba a Etiopía y a *Negro*, pero se quedaba sin dinero. Volvió a viajar por Estados Unidos, África y Europa, hasta que estalló la guerra en España y aquí se plantó, en agosto de 1936. Fue una de las muchas figuras que pasó por la Casa de las Flores en Madrid, el hogar de Pablo Neruda en la manzana entre Hilarión Eslava, Rodríguez San Pedro, Gaztambide y Meléndez Valdés que ha dado para tanta literatura. Allí se hicieron amigos y amantes (breves) la británica y el chileno. Pronto se les ocurrió la idea de hacer una revista de poesía en apoyo a los republicanos que habían implantado la democracia en España por primera vez, desde 1931.

Para ello, Neruda y Cunard viajaron a Réanville. Está «lejos de París», escribe el poeta chileno. La descripción de la llegada a la casa por parte del Nobel es conmovedora para quienes sueñan con la nieve: «Cuando llegamos a su casa era de noche, con luna. La nieve y la luna temblaban como una cortina alrededor de la finca. Yo, entusiasmado, salí de paseo. De regreso los copos de nieve se arremolinaron sobre mi cabeza con helada

obstinación. Perdí completamente mi camino y anduve media hora a tientas en la blancura de la noche».

Al día siguiente, la pareja de poetas desempolvó la imprenta y sus tipos, una vieja Mathiew. Pronto comenzaron a trabajar en la impresión de la citada *Los Poetas del Mundo Defienden al Pueblo Español*. Bajo ese título, un sumario de la revista detalla su objetivo:

> Madrid será la tumba del Fascismo Internacional–Escritores: combatid en vuestra patria a los asesinos de Federico Garcia Lorca–Pedimos dinero, alimentos, ropa y armas para la República española. No pasarán.
>
> *NUMERO UNO–COMPUESTO PERSONALMENTE A MANO POR NANCY CUNARD Y PABLO NERUDA. TODO EL PRODUCTO DE LA VENTA IRA EN AYUDA DEL PUEBLO ESPAÑOL.*[1]

Como recoge el prólogo del profesor Rafael Osuna en la edición de Renacimiento antes citada, con epílogo de Sender, es más que probable que el trabajo a mano fuera mayoritariamente de Nancy. Neruda mismo cuenta en *Confieso que he vivido* que por primera vez se puso «a cajar tipos y creo que no ha habido nunca un cajista peor. Como las letras *p* las imprimía al revés, quedaban convertidas en *d* por mi torpeza. Un verso en que aparecía dos veces la palabra *párpados* resultó convertido dos veces en *dardapos*». Nancy le llamó desde entonces «*my dear Dardapo*».

El primer poema que apareció en la revista fue «Cantos sobre unas ruinas», de Neruda; el segundo «Para hacerse amar», de Nancy Cunard, traducido por Vicente Aleixandre. W. H. Auden, Alberti, Guillén, Pierre Robin, Tristan Tzara, Aleixandre, García Lorca (un poema recuperado de finales de los años veinte), Cedric Dover, Langston Hughes, Raúl Tuñón colaboraron en la revista. No, por supuesto, T. S. Eliot y Ezra Pound, amigos importantísimos de Nancy, pero entonces de ideología ya muy lejana a la de ella. Cunard abominaba de Pound sin reparos y de su apoyo al fascismo de Mussolini.

El poema de Nancy «Para hacerse amar» contiene una serie de referencias a la situación española de aquellos momentos, al conflicto sobre el terreno, que demuestra el conocimiento y lo involucrada que estaba en la lucha de los republicanos: denuncia que «para hacerse amar de los Moros les prometen tierra y mezquitas». Le ponía enferma pensar que los moros se iban a enfrentar a los negros voluntarios de las Brigadas Internacionales, utilizados los árabes como carne de cañón. Menciona también a Juan March y a Francisco Cambó, a todos los «exricos y poderosos […] vendidos al extranjero y la falta de valor moral de su fuga».

> Y ved, aún más,
> para hacerse aún más amar hasta se sirven de la
> anatomía:
> han cortado las orejas y las manos a nuestros
> muertos en Lomagorda,
> han mutilado las bocas que cantaban «La Internacional».

Unos versos antes, Cunard cuenta cómo «los fascistas piensan en todo, hasta en la química, en la ciencia. / Antes de ser desalojados han envenenado las / aguas de Tardienta». Por Tardienta pasaron los principales corresponsales y fotoperiodistas del momento. Situada en las estribaciones de la sierra de Alcubierre, pertenece a la comarca aragonesa de los Llanos de la Violada, entre Huesca y Zaragoza. Todo alrededor del durísimo frente del Ebro. El poema también menciona el aún reciente asesinato de García Lorca cerca de Granada.

«Empezó la guerra en España y allá fui como periodista. Llegué a Barcelona el 11 de agosto (de 1936)». Colaboró en varios periódicos y revistas, visitó Madrid, Valencia y Barcelona varias veces. Viajó sola a las inmediaciones del frente de Aragón, coincidió con los consabidos visitantes del Hotel Florida, con algunos de los cuales también nos toparemos en estas páginas. Conoció a todos los invitados de la Casa de las Flores durante aquellos meses terribles. Estuvo en los alrededores de Madrid –

Navalcarnero, Móstoles, Parla, Torrejón– y a veces fue al frente con León Felipe. También hizo lo mismo en Barcelona y Valencia.

En algunos de sus artículos denunció el trato discriminatorio a los negros –seguía escribiendo para la Associated Negro Press– y sus crónicas componen un fresco crudo de la pobreza y la miseria de la retaguardia. Colaboró en el *News Chronicle*, en *Regards*, *Nation*, *Life*, *Left Review* y varias publicaciones creadas para publicar temas sobre España. El *News Chronicle* fue un periódico importante y progresista en la Inglaterra de aquellos años, donde también colaboraron para hablar sobre nuestro país la pareja formada por Jessica Mitford y Esmond Romilly, sobrino político de Churchill. Y por supuesto, Nancy Johnstone. Archie, su marido, era uno de los jefes del diario antes de instalarse en Tossa de Mar. Entraremos en su hermosa historia en el siguiente capítulo.

Pero son la treintena de artículos para el *Manchester Guardian* –que andando los años y las vicisitudes de la prensa se convertiría en el respetado *The Guardian*– los que aún hoy confirman el valor de la rica heredera como una luchadora sensacional por España y los republicanos derrotados. Esos textos cubren la caída de Barcelona y el triunfo de los golpistas, hablan de su inolvidable marcha junto a los refugiados durante La Retirada, e incluyen crónicas de denuncia sobre los campos de concentración de Argelès-sur-Mer, Saint-Cyprien, Le Boulou, Le Perthus.

A diferencia de tantos otros, Nancy nunca olvidó a los españoles; sacó de los campos a brigadistas y poetas, médicos, intelectuales y gente humilde. Con su influencia y el dinero que le quedaba, presionó al editor del *Manchester Guardian* para que abriera, a través del periódico, campañas de donación para los derrotados, como escriben Lois Gordon y François Buot en sendas biografías de Cunard. No olvidó y siguió entrando en España de forma clandestina y apoyando a los resistentes toda su vida, incluido el inicio de los años sesenta. Ni fue comunista –aunque apoyó a los comunistas, como a los anarquistas– ni se arrepintió de ser rica. Quizá porque repartió.

Fue también Nancy Cunard quien impulsó la encuesta entre escritores de habla inglesa titulada «Los autores toman partido sobre la guerra de

España». Hubo cuatrocientas respuestas, se publicaron 148, veinticinco de escritoras, intelectuales y periodistas. Se pudieron leer en la *Left Review* de Londres en 1937. De las veinticinco mujeres que respondieron, veintiuna estaban a favor de la República. En el libro de Bernardo Díaz Nosty *Periodistas extranjeras en la guerra civil* se encuentran estos datos, que vistos con la perspectiva de casi noventa años y bajo los acontecimientos actuales dan mucho que pensar.

Es una noche de octubre de 2023 en Figueres. Hace frío, pero es un frío lelo, sinsorgo. No mitiga la nueva enfermedad: la ecoansiedad. Aunque se anuncian borrascas, el cambio climático pesa cada día en la atmósfera y la mente. Un grupo de amigos salimos de cenar y nos encaminamos a buscar las huellas de La Retirada, la tragedia de la guerra de España que marcó a Nancy Cunard. La Retirada se guarda en la retina de quienes tienen memoria con imágenes en blanco y negro. La fila negra que transcurría por la antigua carretera que lleva a la frontera, al paso de La Junquera.

La Junquera o La Jonquera, un nombre que de Cataluña para abajo, ya sea Aragón, Valencia o las Castillas, hasta Andalucía tiene ecos de tiempos grises. O negros. Para los más viejos significa camino a la libertad, a Francia. También a las películas prohibidas, políticas y «verdes» –«guarras», decían madres y abuelas–, que entonces no llegaban a ser cine porno. Las colas de españoles para ver *El último tango en París* o *Emmanuelle* perduran hoy en muchas memorias, más que las trágicas imágenes de La Retirada. A La Jonquera de hoy llegan los franceses para comprar alcohol, tabaco y gasolina, todo ello más barato que en Francia.

Estos son los temas de la conversación entre los amigos en una noche limpia y fresca, no fría. Todo queda tan lejos y tan cerca… La Rambla de Figueres del siglo XXI, rodeada de cafés y comercios, bancos y aseguradoras, poco tiene que ver con la ciudad arrasada por las bombas de hace más de ochenta años. Tampoco parte de sus actuales gentes tienen que ver con los refugiados de entonces: aquellos eran españoles, estos son

árabes. A media tarde, las voces que se escuchan en La Rambla son las de los niños árabes, vigilados por sus madres de pañuelo en la cabeza. En tres lenguas: a la madre, en la materna; al amiguito, en catalán, y a la turista, en castellano. Sin más.

Lourdes, una periodista que acompaña la corta excursión nocturna, residente en un pueblo de al lado, nos cuenta que sí que queda algo de aquellos días de 1939, el monumento de Enric Casanovas a Narcís Monturiol, hijo predilecto de la ciudad. La escultura ha aguantado desde inicios del siglo XX. En el XIX, la burguesía catalana vinculada al comercio con los franceses levantó buenas casas. Hay edificios que resistieron los bombardeos terribles de aquellos meses de inicio de 1939, para algunos historiadores los peores tras el de Guernica. Perdura también la misma estructura de la plaza, remodelada por el arquitecto al que Figueres debe su renovación de las primeras décadas del siglo pasado, Ricard Giralt. Neoclásico y *art nouveau* convivieron con retazos del barroco.

El profesor Pere Gifre, un amante de la historia de la ciudad en la que vive hace décadas, señala dónde se encontraba la cúpula de lo que fue el Teatro Edison, bombardeado en enero y febrero de aquel año triste. Desgranan los hechos los mayores que han acudido a la cena, con la esperanza de que la gente más joven los recoja. Les hemos contado tan poco de la guerra civil, de la dictadura, de la Transición, que ahora pasa lo que pasa, no tienen ni idea de lo que ha costado llegar hasta aquí, se quejan los viejunos. Claro, es que con cada cambio de planes en la enseñanza variaban las materias, se llega a la universidad sin saber nada más que alguna historia de los abuelos, se defienden los *centennials* o los *millennials*, hartos del reproche de que pertenecen a generaciones de cristal y analfabetas, salvo para atender a internet o al móvil.

Entre amonestaciones y sonrisas, el pequeño grupo llega a la calle de La Jonquera, caminamos por el centro de la estrecha vía, gracias a la ausencia del tráfico que durante el día rodea el lugar. Que esta fue la carretera de La Retirada sólo se recuerda en un mural sobre una pared blanca. Es la foto de Robert Capa con un gendarme francés al frente y fusil al hombro; conduce a los refugiados, derrotados de la República. Muchas décadas después,

algunos de los retratados ahí contaron su historia. Hoy, en la noche de Figueres, el título de la foto en este muro reza: *«Ruta de L'Exili. C/Jonquera. En memòria dels refugiats»*. Al lado, un poema de Federico García Lorca. Nunca sabremos si por alguna de las fotos de Capa u otros fotógrafos transitan figuras que conocieron a Nancy Cunard o que fueron luego rescatadas por ella de los campos de concentración franceses. El muro blanco sobre cemento es un memorial modesto, tristón, como si reivindicara la memoria aún con miedo. Y ya. Se paran las palabras gracias a Pere Gifre, quien sugiere bajar la mirada a nuestros pies para recuperar algo de aquellos días terribles. Sólo los gruesos adoquines que pisamos deben de ser los mismos de hace ocho décadas. Por aquí se arrastraban viejos, jóvenes, niños, mujeres, heridos con vendas sucias, carros, dejando un rastro de sangre y congoja, todo vestido de negro.

Y un poco más allá se iban quedando en las cunetas los coches sin gasolina, los burros destripados por las bombas, los muertos mal cubiertos y los viejos que se negaban a seguir para no entorpecer la marcha de los suyos. Junto al drama de las víctimas, en las crónicas de aquellos días hay un animal presente siempre: los burros muertos o supervivientes, muy flacos, con los costillares marcados profundamente por el esfuerzo de tirar de los carros con heridos, niños o enseres, restos de una vida ya derrotada. Los burros y el ser humano, una pareja milenaria, menos glosada que la formada por el ser humano y el perro. Un silencio y Bru, otro periodista con memoria y casa en las cercanías, recuerda que aquel invierno de 1939 el frío fue terrible, helador, mortal. Se convirtió en otro aliado de los fascistas. Del frío habla también Nancy Cunard cuando llega a Figueres, se pega a esa retirada que la espanta, bajo una ciudad arrasada.

Hay un relato de Max Aub, «Enero sin nombre» (del libro homónimo), que describe este camino aún de adoquines de piedra: «Con oídos y sin lengua pasa un mundo por la carretera, se ha ido formando de la nada, lo ha traído el aire del sur y lo embotella en Figueres; la carretera de La Junquera es un embudo […] La ciudad desborda de automóviles y camiones, es como una sangre negra que corre por las cien heridas que la noche le ha hecho». La carretera es bombardeada sin piedad y «desoreja hombres» dejándolos

«como ese que tengo colgado enfrente, desnudo, con sus calcetines de seda bien puestos, los testículos metidos en el vientre, las vísceras y los mondongos al aire, viviendo». Aub, magistral, no escatima descripción de la crueldad de los aviones a vuelo rasante sobre las columnas negras, hoy mero testimonio en una pared blanca.

Menos cruda, aunque tampoco ahorra palabras, también Nancy se espanta de los bombardeos de la Legión Cóndor, de los ametrallamientos sobre los civiles. Camina hasta La Jonquera «con refugiados famélicos, bajo una lluvia torrencial. Hay centenares tumbados entre las rocas de aquí hasta Le Perthus». Habla de lo «imposible que es describir la destrucción de esos potentes explosivos que caen del cielo. El rayo de Júpiter no era tan aterrador como estas bombas».

Dos años antes, cuando los nazis arrasaron Guernica, al principio tuvieron que mentir, disfrazar lo que fue el primer ensayo de bombardeo sobre población civil, luego puesto en práctica durante la Segunda Guerra Mundial. Pero en estos días de un enero y febrero brutales, inmisericordes también en temperaturas, ya no hay que disimular. La República va a caer, ni franceses ni ingleses han ayudado a la democracia española, pero Hitler y Mussolini sí que han dado armas y hombres a Franco. Los vecinos galos pronto lo pagarán, pero a los miles de personas que se arrastran por esta ruta helada esas apreciaciones ya les dan igual. Dolor y desesperanza machacan el ánimo, pero queda capacidad para el asombro por el desperdicio de bombas sobre miles de desarrapados, hundidos, derrotados. De las tropas facciosas de Franco sólo esperaban más horror, pero que los alemanes continuaran bombardeando sorprendía. Era un derroche de armamento, piensa Nancy.

La *freelance* Cunard del *Manchester Guardian* tiene las esperanzas aún puestas en la acogida de los franceses a los derrotados de la República. Son varios los corresponsales que siguen a ratos a estas gentes, brigadistas internacionales que no quisieron salir en 1938, meses antes, civiles arrastrados por la barbarie, soldados desencajados, derrotados pero dignos bajo sus mantas raídas, escriben todos. Los periodistas van y vienen en algún coche con gasolina, de Le Perthus pasan a La Jonquera y bajan hacia

Figueres, vuelven a subir. A algunas, como Cunard o Nancy Johnstone, no les importa aparcar el periodismo si hay que ayudar a subir a su coche –o a un camión– a un herido, a unos niños o a una mujer embarazada. Cunard se ha tirado al suelo bajo los bombardeos alemanes. Escribe desde un hotel en Perpiñán, manteniéndose a base de coñac y aspirinas, combatiendo las pocas horas de sueño, el dolor de los huesos y el frío. Relata cómo tras uno de los bombardeos de Figueres tienen que llevar a todos los heridos a un hospital en La Jonquera, pero «los franquistas volvían a ametrallar a mujeres y niños heridos», aunque todos ya eran víctimas.

Otros reporteros observan desde la equidistancia. Sus diarios les han advertido de que se dejen de emociones en las crónicas. Pero eso no va con ella, antes activista solidaria que periodista. O se puede ser ambas cosas a la vez, si una renuncia a la manida objetividad, una falacia en situaciones como las de esas gentes. La que ya no es tan rica heredera de la gran naviera Cunard escribe las más de treinta crónicas para el *Manchester Guardian*, pero también lleva a su casa de Réanville a algunos refugiados. E incluso los deja vivir allí durante meses, porque ella necesita seguir con sus viajes a África, a Etiopía, pelear contra el racismo en todos los frentes. Ya tiene claro que habrá guerra en Europa, como todas las periodistas que trabajaron y pasaron por la guerra civil de España.

Tras varios esfuerzos, un día logra entrar en el campo de concentración de Argelès-sur-Mer y hablar con los soldados, tirados sobre la gran playa. Siete kilómetros de largo, 100.000 refugiados según cifras oficiales. El Informe Vallière, solicitado por el Gobierno francés, cifró en 440.000 los refugiados españoles llegados a los campos, Argelès era el más grande. Francia era la patria de elección de Nancy, París había sido el lugar de su liberación frente a la reprimida y espantada sociedad londinense. La Cunard estaba convencida de que los franceses iban a tratar de ayudar a los perdedores españoles, a los que habían abandonado durante la guerra. Era el país de sus amigos poetas, escritores, artistas e intelectuales. Los mejores. Muchos, como los Malraux, habían estado con ella en España.

Y esos días, a Nancy Cunard se le caen los palos del sombrajo al ver el trato que reciben los derrotados. Son humillados por los gendarmes, aunque

los republicanos mantienen el orgullo, incluso cuando entregan las armas y se envuelven en sus raídos uniformes. Las mujeres con sus niños lloran ante las verjas, ahí donde esperaban algo más que una playa desolada, mojada, helada. A Nancy se la llevan los demonios al ver cómo los guardias senegaleses, negros, su raza tan querida, hacen de opresores y maltratan a quienes defendían sus derechos. Son ellos, junto con gendarmes y guardias marroquíes, quienes custodian el infame lugar. Pasan los días, envía crónicas, denuncia, va y vuelve a Perpiñán, patea los otros campos de concentración.

Los soldados que eran pillados encendiendo fuego recibían unas palizas monumentales; ve a tres médicos españoles (no franceses, puntualiza) y a tres enfermeras trabajando «a merced del viento que empuja la arena y el polvo a través de un cobertizo». A base de telegramas e insistencia, Nancy había convencido a W. P. Crozier, el editor del *Manchester Guardian*, para que la dejara escribir en primera persona. El diario tenía dos cronistas en las proximidades, pero ella estaba sobre el terreno. Pagando de su bolsillo su manutención, dando dinero bajo mano a quien hiciera falta para liberar a amigos, enviando crónicas y cartas a Crozier, este terminó por publicar también sus misivas. Al final, el editor le da las gracias por la viveza de sus artículos, por ser subjetiva, sin ahorrarse calificativos ni emociones. Esta será una característica que aflorará en las crónicas de algunas de las mujeres recuperadas en este libro. No desprecian los sentimientos y cubren la retaguardia –aunque Nancy estuvo en el frente de Aragón, de la Ciudad Universitaria de Madrid y conoció bien la batalla de Brihuega–. Ellas tienen o más sensibilidad o menos sentido del ridículo ante las lágrimas por el amor muerto, por el hijo con hambre, por la miseria en la casa bombardeada. No temen ser acusadas de blandenguería ni de propaganda fácil. Lo ven, lo sienten, lo escriben. Bendita ausencia de testosterona. Como recuerda Lois Gordon en su biografía de Cunard, el gran Herbert Matthews fue amonestado por medios tan solventes como *The Times* o *The New York Times.* No debía enviar crónicas emotivas.

Es extraño observar por la mañana la carretera entre La Jonquera, el último pueblo de España, y Le Perthus, el primero de Francia. Nancy recorrió estos caminos durante semanas, a veces con la vía atestada, otras por los bosques adyacentes. Un día la señorita Cunard, antifascista hasta los tuétanos, hizo de tripas corazón y habló con los falangistas que habían llegado hasta allí. «Arrogantes», los ganadores de la guerra civil, que enarbolaban la bandera roja y amarilla, presumían ante ella de que entre Figueres y Le Perthus no había habido resistencia. Al fondo, en los bosques cerca de la carretera, se oían disparos. Nancy se preguntaba: «¿Son ejecuciones, vacían los fusiles de los ciudadanos civiles? Eran demasiados tiros para lo último».

Pronto descubre en los campos a amigos que estuvieron en las Brigadas Internacionales, refugiados de Barcelona, poetas, escritores, artistas, intelectuales. Mueve cielo y tierra, grita, escribe, denuncia, va de despacho en despacho. Se espanta ante esta playa de siete kilómetros de Argelès-sur-Mer que ahora nos enseña Olga Arcos, responsable del memorial del campo de concentración de Argelès. Es un mediodía de octubre, nublado pero con resol, suficiente para que un par de chicas adolescentes, con bikinis negros, aguanten el fresco buscando los últimos rayos de sol antes del invierno. Se hacen fotos una a la otra, con las melenas arriba y abajo, girando el torso como sólo pueden hacerlo tras muchos tutoriales de TikTok, ensayando diferentes sonrisas, poses de manos y piernas, chal de hilo sobre los hombros o sobre la cabeza. Son hermosas, sonrientes, sanas. Son jóvenes. Ayuda una luz plata que entra desde el mar, envolviendo el cielo y el agua. A la poeta y modelo Nancy Cunard le hubieran gustado estas chicas. A la revolucionaria Cunard, a saber.

Las risas inocentes de las dos chicas no rasgan lo suficiente el silencio. Olga reconoce que ella siente ese silencio incluso en agosto, cuando esta playa está cubierta por las toallas, las sombrillas, las gentes que disfrutan del lugar. ¿Cómo un espacio tan bello pudo encerrar tanto dolor, tanta crueldad, tanta fealdad y ausencia de solidaridad? Incluso en verano, entre las multitudes, se le cuelan los recuerdos, las imágenes de miles de republicanos españoles ateridos, con hambre, bebiendo agua de mar, arropados con la arena de la playa como única manta, humillados por las

diarreas y las enfermedades, cuando los heridos eran operados sin anestesia, sin instrumental, como cuenta Nancy.

Olga Arcos es nieta de republicanos por parte de padre y de madre. Cada vez que llega hasta el memorial que han logrado instalar a las puertas de la playa, dedica su pensamiento a todos los que aquí murieron o se dejaron las pocas esperanzas que les quedaban tras la derrota. Ella nació en Francia, sus padres se casaron y lo celebraron en Argelès-sur-Mer. Sonríe al recordar, feliz de que la coincidencia la haya traído ahora, con su vida ya bien trazada, a trabajar y vivir en ese mismo lugar. Pero no es capaz de bañarse en este mar, de enterrar sus pies en la arena caliente del verano o en primavera. Ni siquiera si piensa que, para quienes aquí murieron, es un triunfo que niños, adolescentes, adultos disfruten hoy en paz sobre el mismo suelo. En una Europa que no imaginaron que pudiera sobrevivir a tanta maldad.

En una de las dos entradas a la playa que fue campo de concentración –primero para republicanos españoles, luego para todos los perseguidos por los nazis–, sobre una columna de acero corten, hay una foto de refugiados detrás de las alambradas. En ella, dos mujeres de negro, una con pañuelo y bolso colgado al codo –quizá española–, otra con gorra y bolso de mano debajo del brazo y zapatos merceditas de medio tacón –quizá francesa por su mejor indumentaria–, hablan con los hombres encerrados tras los alambres. Ellos llevan lo que les queda de los uniformes sucios y ajados. A sus pies, un montón de papeles blancos y la arena de la playa que pisamos.

Debió de tomarse los días de febrero de 1939, cuando aún buscaban salidas pese a las condiciones de Argelès. Hay dolor contenido en los rostros y también expectación ante los mensajes que puedan traer las mujeres. La escena es un avance de lo que fueron los campos. Recuerda Olga que el término «campo de concentración» en aquellas fechas no tenía el significado que le damos ahora. El sintagma alcanzó su dimensión maldita con los nazis. Observando la foto y el monolito a ras de suelo que hay en otra entrada a la playa, en recuerdo de los «100.000 republicanos de La Retirada en febrero de 1939», es fácil imaginar a la Cunard comprando voluntades de gendarmes o administradores con tabaco, alcohol o el poco

dinero que le quedaba, para que la dejaran hablar con los refugiados que conocía. Buscando a sus amigos y conocidos. A base de sobornos, logró entrar otro día en el campo de Le Perthus, por los pinares que lo rodeaban.

Desde estas playas Nancy exigía, usaba un lenguaje soez si era necesario –recordemos que hablaba varias lenguas y sabía jurar en ellas también– para poder sacar a sus conocidos o a casos desesperados; muchos corrían el peligro de ser devueltos a los franquistas. La historia demostró con qué facilidad Franco encarceló y fusiló a miles de los que regresaron, pese a las falsas promesas de magnanimidad.

La poeta Cunard temía por los brigadistas alemanes, por los ingleses, por poetas como César Arconada, a quien logró sacar de Argelès con ayuda de su eterno amigo y enamorado Louis Aragon, aunque la historia le atribuye el mérito a él. Otras veces, se le da a Pablo Neruda. Consiguió también liberar a otro querido amigo, Ángel Goded, empleado del Hotel Majestic de Barcelona, quien le envió una misiva desde Argelès. Estaba seguro de que la aristócrata, a quien había tratado tanto en el Majestic, le iba a sacar de allí. Y lo hizo. Junto con otra media docena de amigos, los llevó a Perpiñán y a París. Los detuvieron, estuvieron a punto de ser devueltos al campo, e incluso a España, pero Nancy peleó. Los que se llevó a su casa de Réanville se quedaron allí durante meses. Unos le quedaron eternamente agradecidos, otros se llevaron alguna cosa de gran valor de la casa. Nunca denunció, nunca se quejó.

Entre los eternamente agradecidos estaba el mencionado Ángel Goded. Logró llegar a México. Al menos en este caso, a través de internet, se puede encontrar a su hijo Jaime Goded. En una red social se lee: «Nancy Cunard, la mujer que salvó la vida a mi padre». Y a continuación: «Nancy Cunard logró que mi padre, Ángel Goded, pudiera salir del campo de concentración de Argelès-sur-Mer, al final de la guerra civil española, y que llegara a México». Por fin hay alguien en México que recuerda a Nancy, la que fue musa de los surrealistas en el París de los años veinte: otro pintor, Jaime Goded, el segundo de los cinco hijos que tuvo el antiguo empleado del Hotel Majestic de Barcelona. Hay otra descendiente de Ángel Goded, Maya Goded, que también confiesa que en la familia saben muy bien quién fue

Nancy Cunard. Maya es fotógrafa, trabaja en la agencia Magnum, la más prestigiosa, fundada por Robert Capa, David Seymour (*Chim*), Henri Cartier-Bresson, entre otros. Es seguro que Nancy coincidió con Capa en España y con Cartier-Bresson –que convivió con los surrealistas– en el París de mitad de los años veinte. La Europa de entreguerras, y de guerras y de posguerras, donde era fácil moverse en los mismos círculos intelectuales, revolucionarios, artísticos.

Queda atrás la playa de Argelès con esa sensación de tantas cosas que aquí permanecen. El entorno que rodea los chalés de segunda residencia que hay en las urbanizaciones del siglo XXI poco tiene que ver con el que vieron los derrotados, salvo si se levanta la vista al horizonte, donde el paisaje marino no ha cambiado. Cuesta imaginar todo lo que aquí pasó, pero es fácil llegar al pequeño «cementerio de los españoles» que está al lado. Se trata de un discreto recinto vallado, donde un monolito recuerda los nombres de republicanos españoles, judíos, alemanes huidos de los nazis y tantos parias del fascismo que soportaron una de las mayores barbaries de la humanidad. El cementerio lo financió la familia de un judío de Amberes. Este silencioso lugar, con un banco donde una pareja se acurruca con ternura, está frente a un camping enorme. La vida sigue.

De vuelta al edificio Memorial del Campo de Argelès-sur-Mer –ese es su nombre completo–, el café y el restaurante de enfrente tienen gente en las terrazas. Sigue el octubre cálido, ni rastro de lluvia. El memorial está en la avenida principal, una hermosa y digna casa de piedra, bien restaurada. A Nancy Cunard, Nancy Johnstone, Tina Modotti, Constancia de la Mora, y tantas otras mujeres que pasaron por aquí, presenciaron, participaron y sufrieron con La Retirada, este lugar las reconfortaría. Por su dignidad, aunque ellas se darían cuenta de cuántas cosas faltan. El memorial está instalado en el centro del pueblo, rodeado de la vida del siglo XXI. Lo que les dolería sería la memoria neblinosa, los débiles o nulos recuerdos que van envolviendo esta historia. Los mayores no hemos sabido contar bien.

Olga Arcos se ha sentado frente al ordenador para buscar en los archivos de los refugiados un mínimo rastro de la británica Cunard. Con el nombre del poeta César Arconada, liberado, quizá estuviera el registro de

quien había hecho las pesquisas, reclamado o pagado por su salida. Pero parece que Arconada salió de Argelès antes de septiembre. Olga advierte que fue en ese mes cuando comenzaron a hacerse registros de las personas que allí quedaban. Para entonces ya habían muerto miles, otros lograron salir gracias a sus contactos, otros fueron finalmente devueltos a España. Unos pocos lograron escapar y se echaron al monte, los maquis, la invasión del valle de Arán. Lástima de ilusiones y traiciones.

Hubo más de una docena de campos de concentración para los refugiados de España. El otro importante es Saint-Cyprien, por donde también pateaba Nancy, como por Le Boulou o cerca de Perpiñán. La naviera Cunard de sus abuelos y de su padre aún tenía influencia; su madre, Maud, seguía reinando en los salones de Londres, aunque faltaba poco para que estallara la Segunda Guerra Mundial. No todo el mundo conocía la pésima relación de Nancy con Maud, ni la pobre situación económica de quien debiera haber sido gran heredera.

Mientras Olga sigue buceando en los archivos del ordenador, ahora rastreando el nombre de Ángel Goded, llega al memorial una pareja de jubilados. Buscan los recuerdos de su abuelo y de su padre, que estuvo allí de niño. Hay un documento en una de las paredes de la entrada que da testimonio de una junta vecinal en aquel febrero y marzo. Recoge las quejas de los habitantes del pueblo (unos 3.000 en la primavera de 1939). Una de esas quejas es que los más de 100.000 refugiados cortaban los bosques, los pinos de alrededor, para encender fuego ante el frío. El matrimonio sonríe al leer esas protestas. Charlan con la responsable del memorial, esta Olga Arcos entregada, que cada día escucha historias así. Fue todo tan triste, tan duro, ojalá no se vuelva a repetir, cómo es posible que se recuerde más en estos pueblos de Francia, de este lado de la frontera, el drama de La Retirada, que desde España. Hasta 2019 no vino un presidente del Gobierno a Argelès o a la tumba de Antonio Machado en Collioure. Tales son los asombros recurrentes de las visitas.

El regreso a Figueres por la autopista, a ratos paralela a la vieja carretera de La Retirada, desemboca en Le Perthus y La Jonquera. Por aquí también pasó Nancy Cunard, dejó rastro en sus crónicas periodísticas,

retazos de dolor y memoria. Ambos lugares, Le Perthus en Francia y La Jonquera en España, siguen siendo feos, pero de forma muy diferente a la de hace casi noventa años. Tiendas repletas de ropa en el lado francés, supermercados para los españoles que quieren comprar exquisiteces galas. Aunque la diferencia ya es menor: salvo marcas muy concretas, el origen asiático de las prendas es idéntico en ambos países. Efectos de la globalización. Muchos franceses, además de pasar por estos puestos que conservan las casetas de los viejos controles de pasaporte, llegan a las gasolineras más baratas. Algunos vienen hasta aquí de putas, porque en Francia no está permitida la prostitución. Se las puede ver sentadas al pie de la carretera, marcando con una toalla su zona de trabajo. Su presencia oscurece el hecho de que en este pueblo, donde es fácil imaginar literatura sórdida, existe un lugar diferente, digno, hermoso, que merece una parada para reivindicar la historia reciente. Se trata del memorial de La Jonquera. Basta con aparcar en la parte de atrás de la calle principal y levantar la vista para descubrir un edificio nuevo, de arquitectura limpia, moderna, de finales del siglo pasado. Su interior recoge lo que fue el exilio –fundamentalmente el catalán, el proyecto fue financiado por la Generalitat– y la derrota, no sólo la tragedia de los refugiados. Documenta desde el estallido del golpe militar de julio de 1936 hasta la llegada de Josep Tarradellas a Barcelona tras su largo exilio de cuarenta años, a la muerte del dictador.

Este Museo Memorial del Exilio (MUME por sus siglas) combate también la desmemoria. Y toparse en la visita con los grupos de estudiantes preuniversitarios o Erasmus es esperanzador.

Cae la segunda noche sobre Figueres. La jornada ha sido intensa. La sombra de Nancy Cunard se alarga tras dejar atrás los campos de concentración de Argelès y la memoria en Le Perthus y La Jonquera. Sobre la mesa de nuestro apartamento, que está pegado al edificio del Teatro Edison, en una calle adyacente a La Rambla, reposan las biografías de Nancy y la preciosa edición de *Los poetas del mundo defienden al pueblo español* de Renacimiento. También una biografía de Dominique Bona sobre Clara Malraux y un libro de ella, … *Et pourtant j'étais libre*, decepcionante

en lo que respecta a España y al personaje André Malraux, un brillante e insoportable ególatra. Comparada con otras mujeres de su época, como Clara, Nancy Cunard también resulta una rareza en su trayectoria. Ella no tuvo un compañero a largo plazo que la protegiera. Es ella la que ejerció de mecenas con muchos de sus amantes. Por ejemplo, Nancy fue el gran amor de Louis Aragon. Lo reconocía el poeta, lo sabía todo el París literario y artístico a mitad de los años veinte (es Nancy quien le trae por primera vez a España en 1925); él le dedica poemas como tantos otros le dedicaron pinturas, esculturas o fotos. Hasta que Louis asentó su vida con Elsa Triolet. Pero Elsa tuvo que dar un puñetazo sobre la mesa para que cortara la relación –de amistad al final– con Nancy. También fue Elsa Triolet quien pidió a su marido que no llevara a la Cunard a su casa, cuando ella está sola, con la cabeza trastornada, al borde de la muerte, en 1965.

La Retirada tuvo otro camino, otra carretera, pero más alta, con curvas y puerto. Es la que lleva desde Figueres al paso de Portbou y Collioure. Bellísima, por la costa. Si en la de La Jonquera a Argelès impacta el tráfico, la vida intensa de intercambio entre Francia y España frente a la soledad en que nos dejaron hace casi noventa años, por el camino al paso de Portbou lo que sorprende es tanta belleza mirando al otro lado, la costa mediterránea francesa. Derrocha luz, hermosura envuelta en un velo glamuroso que forma parte de la memoria y los complejos de los españoles del franquismo ante los franceses. El memorial del paso fronterizo de Cerbère se agradece, justifica nuestros miedos heredados de la España gris de la dictadura.

A la izquierda, otra corta y estrecha senda lleva a las fotografías de La Retirada a su paso por este camino. Es el Memorial de l'Exili-Coll dels Belitres-Portbou. Más curvas, un puerto. Aquí está el poema de John Donne con el verso que da título a la novela de Hemingway *Por quién doblan las campanas*: «Ninguna persona es una isla; la muerte de cualquiera me afecta, / porque me encuentro unido a toda la humanidad; / por eso, nunca preguntes por quién doblan las campanas; doblan por ti».

Unos pasos más abajo, en un homenaje incorporado recientemente, los primeros versos del poema que da inicio al libro de Primo Levi *Si esto es un hombre*, en catalán.

> Los que vivís seguros
> En vuestras casas caldeadas
> Los que os encontráis, al volver por la tarde,
> La comida caliente y los rostros amigos:
> Considerad si es un hombre
> Quien trabaja en el fango
> Quien no conoce la paz
> Quien lucha por la mitad de un panecillo
> Quien muere por un sí o por un no.

El poema se corta cuando recuerda también a las mujeres. Debía de resultar demasiado largo para una pieza en barro tan modesta:

> Considerad si es una mujer
> Quien no tiene cabellos ni nombre
> Ni fuerzas para recordarlo
> Vacía la mirada y frío el regazo
> Como una rana invernal.

Y nunca debieron cortarse los versos finales, mensaje fundamental:

> Pensad que esto ha sucedido:
> Os encomiendo estas palabras.
> Grabadlas en vuestros corazones
> Al estar en casa, al ir por la calle,
> Al acostaros, al levantaros;
> Repetídselas a vuestros hijos.
> O que vuestra casa se derrumbe,
> La enfermedad os imposibilite,
> Vuestros descendientes os vuelvan el rostro.

Quizá para que nuestros descendientes nos sigan mirando a la cara es necesario perseguir los pasos de la Cunard y de tantas otras mujeres aparcadas en las cunetas de los libros de historia. De vez en cuando, en lugares así, pueden permitirse estos momentos de reflexión frente a la invasión de la banalidad. También en esta frontera están las mujeres, los niños y los heridos perdedores de la guerra, en las fotos en blanco y negro del fotógrafo Manuel Moros. Cuentan los historiadores que esas mujeres que se agolpan en los pasos fronterizos, esperando la apertura de las barreras con los bebés a cuestas, creían –o les habían dicho– que madres y niños iban a ser los primeros en ser atendidos por las autoridades francesas.

Tanta trascendencia y tristeza se diluyen en la bajada hacia Portbou. El azul del cielo y del Mediterráneo, la mancha de las casas blancas y azules, rojos los tejados, el tostado de la arena de la playa salpicada de algunas toallas, las gentes bañándose en este otoño extraño recuerdan que estamos en la era de las redes sociales, en otra dimensión. Nadie suelta el móvil de entre sus manos aunque esté tomando el sol. Atrás quedan las viejas casetas de la frontera, ahora cubiertas de grafitis; padres explicando a hijos adolescentes o niños mayores qué era una frontera. Ellos pasan de Francia a España en tren, en avión o en coche, distraídos. Son hijos de la Unión Europea, algo inimaginable hace no tanto tiempo.

Con estos pensamientos revoloteando dentro del coche entramos en Collioure un día de entre semana. El asombro se despierta ante la enorme fortaleza que encerró a militares españoles con graduación que fueron leales al orden constitucional de 1931. Los encerraron junto a los miembros de las Brigadas Internacionales que no quisieron marcharse en 1938. Ahora, pasear por estas calles entre restaurantes y terrazas, con más jubilados que jóvenes, es reconfortante. Quizá muchos de los turistas y veraneantes de temporada alta se acerquen también a la tumba de Antonio Machado. Como quien dice, está ahí mismo. No merece la pena evitar la emoción al entrar en el cementerio en busca del poeta. No importa el miedo a la cursilería ante tantas emociones imaginadas. Ahora son reales. Ahí debajo están los restos de Antonio Machado, bajo una lápida humilde, rodeado de ofrendas y con las banderas republicana, andaluza y *senyera* como telón de fondo.

Sobre una lápida oscura, musgosa, evocadora, los nombres de Machado y de Ana Ruiz, su madre, escritos y repasados a rotulador. Las banderas son lo primero que se ve al cruzar la puerta. Te topas con ellas, bajo unos enormes pinos que les dan sombra. La tumba está cubierta de ofrendas: papeles con versos, piedras, cintas, flores, gomas de pelo…

Machado murió el 22 de febrero de 1939, a las tres y media de la tarde. Era miércoles de ceniza. Mientras pateaban los campos de refugiados, Nancy Cunard y Tina Modotti se enteraron de que el poeta había muerto aquí, en Collioure, muy cerca de por donde ellas pasaban cada día, entre las cárceles para los refugiados y Perpiñán. Dos días después moriría su madre. Aquí los enterraron su hermano José Machado y su mujer, que los acompañaron al exilio. Aquí llegaron tarde Manuel Machado y su esposa, que lograron los permisos para salir de Burgos con el aval de José María Pemán. ¡Qué cosas! ¡Qué rastros! ¡Qué vidas!

---

1. Así en el original.

CAPÍTULO II

La lucha de Nancy Johnstone por los niños refugiados

El mismo frío y la misma lluvia que machacaban a Nancy Cunard mientras recorría los campos de refugiados empapaba a las decenas de niños que Nancy Johnstone había metido en un camión en Tossa de Mar. Durante meses los había tenido refugiados en su hotel, Casa Johnstone. Hasta que tuvo que sacarlos a Figueres y después a Francia, huyendo de «los moros de Franco». Las dos Nancys eran británicas, resolutivas y mandonas; ambas se avergonzaban de que su país no hubiera ayudado a la República española. Amaban España –la Johnstone, Cataluña especialmente– y ambas escribían. Puede que estas fueran sus únicas coincidencias, además del nombre de pila y de que trataran a T. S. Eliot, el poeta amigo de Cunard. Fue Faber & Faber, la editorial que dirigía Eliot, la que publicó los libros de Johnstone.

Tuvieron que saber la una de la otra por la cantidad de conocidos en común, pero es dudoso que, si se cruzaron, surgiera algún tipo de empatía entre ambas, salvo por los objetivos de defender la República y a los refugiados. La aristócrata tenía diez años más que la joven inquieta que se había lanzado a abrir un hotel en Tossa de Mar, en 1934. Lo hizo con su marido, el periodista Archie Johnstone. La huida de las grandes urbes, en este caso de Londres, y la búsqueda de un mundo más sencillo, bucólico y barato tiene siglos de historia, desde los mismos griegos que escapaban de la ruidosa Atenas.

Las Nancys compartían insignes amigos en el mundo periodístico y literario, empezando por el poeta británico del momento, W. H. Auden (el poema «Spain» de 1937 es un clásico), quien escribió en *Los Poetas del Mundo Defienden al Pueblo Español* a petición de la Cunard y vivió un

tiempo en el hotel de Nancy y Archie. La señora Johnstone se encargó de proteger al poeta «de pelo de panocha» de la curiosidad de los otros extranjeros, periodistas y artistas que se morían por cotillear sobre él. Las dos trataron con los informadores y editores del *News Chronicle* y del *Manchester Guardian*, donde ambas publicaron crónicas en aquellos meses finales de la guerra. Recorrieron no sólo los campos de concentración, sino los despachos de las autoridades de Perpiñán, pidiendo ayuda. Aunque Nancy y Archie contaban con el respaldo del International Solidarity Fund, una organización que a veces los dejaba tirados –sucedió con el camión que debía recoger a los niños alojados en su hotel–, pero que como institución servía para conseguir alimentos y protección para los críos.

Físicamente no podían ser más distintas. Frente a la belleza y la sofisticación de la Cunard, la Johnstone era más ancha, de cara redonda, fresca, alegre y menos interesada en la última moda. Bien es cierto que las fotos que han quedado de ella se centran sobre todo en los momentos de las obras de Casa Johnstone, con paleta de albañil en mano o vestida de hortelana, dispuesta a sacar *calçots* de su huerto. Aún no habían llegado los tiempos del hambre en el hotel, cuando aprendió a guisar de «cien maneras diferentes» las hojas de coliflor, durante varios días el único alimento para los 45 niños que acogió. Pero para llegar hasta el fin del verano de 1938 tuvieron que pasar casi seis años, los más intensos y felices vividos por Nancy y que plasmó en sus dos libros, *Hotel in Spain* y *Hotel in Flight*, recuperados en un solo volumen (*Un hotel en la Costa Brava*) por Miquel Berga en 2013 y que, por un tiempo, sacaron a Johnstone del olvido. Son dos libros perdurables, donde relata con frescura y sencillez la vida cotidiana de un pueblo y sus vecinos en unos años trascendentales. La crónica de ambos textos termina en el teatro de Figueres, La Retirada y el peregrinaje por los campos de concentración de Argelès-sur-Mer, Saint-Cyprien, Les Haras y por Perpiñán.

Otro anochecer fresco se ha colado entre los árboles y por las estrechas calles de La Rambla de Figueres. El brazo desnudo de la mujer que sujeta el laurel en el monumento de Narcís Monturiol transmite ese frío. Pero tanto esta parte de abajo de La Rambla como la de arriba –es una plaza ligeramente inclinada– está salpicada de terrazas con jóvenes y viejos, patinetes y juegos de niños que se acuestan tarde. El aroma del café, de algún kebab que funciona hasta bien entrada la noche, del tabaco de liar o del sudor de un grupo de corredores que trota alrededor de la plaza poco tiene que ver con el olor del humo de las fogatas mezclado con el del escombro de las casas bombardeadas y de otro sudor, el del miedo. Lejos queda este lugar que Nancy Johnstone contempló la primera noche de su llegada. «Parecía un campamento salpicado de hogueras». Las luces que salpican ahora La Rambla son las de los móviles. Los Johnstone y la familia del escultor Casanovas lograron sacar de Tossa a las dos colonias de niños que les tocó proteger. En la madrugada del día después, milagrosamente cruzaron esta plaza empapados y dormidos los pequeños. Encontraron cobijo gracias al coraje y la lealtad del «capitán Arjona y del teniente Bueno», los dos del tipo de personas que hacen que la vida valga la pena, incluso rodeados de la inmundicia humana.

«Enric Casanovas era un anciano encantador, uno de los escultores más famosos de Cataluña. Los conocíamos a los dos (a él y a su mujer) por haber coincidido en la playa (de Tossa) y haber jugado con sus hijos. La señora Casanovas me dijo que su marido había dado clases de dibujo en una de las colonias de Tossa, y como los *responsables* habían huido, ahora se encargaban ellos de los niños», escribe Nancy en su hotel aún, en los últimos días de enero, cuando se enteraron de que el alcalde de Tossa había escapado y mandaba el secretario del Ayuntamiento, un miserable al que tenían que recurrir para algunas gestiones sobre sus niños refugiados. Era uno de esos personajes que sobreviven siempre, con cualquier régimen político. Aquel sábado 29 de enero de 1939, les contó unas cuantas mentiras sobre el avance de las tropas de Franco. Incluso los convenció de que los niños de Casa Johnstone debían recibir a las temidas tropas fascistas con banderitas rojo y gualda y al grito de «Arriba España», y levantar el brazo.

«Le pido por favor que no lleve pantalones en los actos de bienvenida», fue el ruego del astuto secretario. Este hombre ya sabía lo que valoraba el franquismo en las mujeres: el recato y la sumisión al padre y luego al marido. Una señora no se ponía pantalones. La ropa debía tapar sus formas. Lo que pedía la Iglesia católica. Sobre el pantalón corrían historias de que estimulaba las partes íntimas de la mujer y marcaba lo que no debía, entrepierna y posaderas. El hecho de que hubiera dado la vuelta al mundo la imagen de las milicianas en el frente, con pantalones, convertía la prenda en símbolo de las mujeres golfas entre los reaccionarios.

Vestida con faldas, por si los fascistas llegaban por sorpresa, Nancy ya llevaba tres o cuatro días en el hotel entrenando a los niños para lanzar vivas a la España de Franco cuando llamaron a la puerta de Casa Johnstone. Convencida de que los sublevados estaban al otro lado, las voces de los críos lanzaron el «Arriba España» todo lo alto que pudieron. Al oírlo, el capitán Arjona creyó que llegaba tarde. Aclarada la situación en poco tiempo y tras la pesadilla que era la señora Johnstone reorganizando todo para encajar a tantos en la caja del camión, los niños de los Casanovas y de los Johnstone partieron hacia la frontera. Por el camino de Llagostera llovió, hizo frío y fueron inútiles todos los esfuerzos de Leonor Guerri, la mujer de Casanovas, por arroparlos. Con los baches de la carretera –agujeros de bombardeos la mayoría–, las luces de pueblos fantasma y el temor a los aviones, los pequeños se durmieron.

Llegaron a una Figueres sigilosa la madrugada del 8 de febrero. Cruzaron La Rambla y se refugiaron en el Teatro Edison, a la espalda de estas terrazas en las que estoy ahora, donde los llevó Arjona. Esa noche, en una de sus primeras salidas del refugio en que se convierte el teatro para varias colonias infantiles, Nancy se topa con La Rambla vacía. Están las fogatas y alrededor de ellas refugiados callados, todos los portales y rincones ocupados, pero vacía la ciudad de cualquier autoridad que controlase aquella riada humana. Es el caos, una parte del sálvese quien pueda, donde emergen personajes como Arjona y el teniente Bueno, que mantienen el gesto de humanidad vinculado a los ideales que han defendido. Poco tiempo después, Nancy Johnstone se desesperará en Saint-

Cyprien al encontrar a ambos militares tras las alambradas de espinos, con hambre y frío, pero sin quejas. Salgamos de la angustia: la familia de Arjona pudo llegar a México, como cuenta el profesor Miquel Berga. De la del teniente Bueno no hemos sabido.

Pero estamos en La Rambla y el Teatro Edison aún en febrero de 1939. Tan resolutiva como siempre, la Johnstone ya se ha aliado con Leonor Guerri –«si me preguntaran qué me llevaría a una isla desierta, diría que a la señora Casanovas»– y el Edison, con el patio sin butacas, parece –casi, casi– un hogar. O ellas intentan que así sea; distribuyen el espacio, los turnos en los baños y tienen luz y un infiernillo que Nancy arrastra desde su hotel. Uno de esos bienes que sólo una mujer es capaz de meter en una escapada así. Cocinan chocolate caliente y otros guisos humildes pero apreciados en aquella desesperación, mientras esperan los pasaportes colectivos para cruzar la frontera con los niños.

En esos pocos días las bombas caen sobre el Edison y la ciudad. Cuando dejan atrás sus calles, Nancy se marcha con la sensación de que los aviones alemanes la han borrado del mapa y también se pregunta por el derroche de armamento sobre un pueblo derrotado. Del Teatro Edison hoy queda el recuerdo de una pequeña marquesina modernista (difícilmente original) y el nombre de Sala Edison, en la bocacalle que da a La Rambla.

Leyendo a las dos Nancys, a Johnstone en su libro y a Cunard en sus artículos, sería difícil calibrar a quién de las dos le duele más el trato brutal que reciben los refugiados que llegan a los campos de concentración desde España. Como Cunard, como tantas que cubrieron o se unieron a La Retirada, la dueña del primer hotel británico para turistas en Tossa, la que aprendió a amar al *pagès*, su cocina, su idioma, su cultura, sufre de ira, asco y asombro ante la condición humana. La carretera, «llena de inmundicias, parecía una herida infectada que supurase por ambos flancos: carros abandonados, mulas muertas, restos carbonizados…». Creía que frente a la «patética» Gran Bretaña, Francia sería acogedora para los perdedores de la guerra. Pero lo que Nancy y Archie Johnstone vieron fue «una Francia que era un oasis, pero un oasis de histéricos. Nadie se hacía responsable de los refugiados». Ellos, los Casanovas y sus decenas de niños acabaron en el

campo de concentración de Les Haras, a las afueras de Perpiñán. En pocos días Nancy comprobó que lo que le parecía un lugar espantoso era el mejor campo de concentración de la zona. «Los hombres dormían bajo techo, tenían agua y letrinas». Casi un hotel comparado con lo que días después encontró en Argelès-sur-Mer o en Saint-Cyprien. En Les Haras, de las primeras cosas que constató fue la presión brutal sobre los refugiados, hombres principalmente, para que regresaran a España.

La ironía dolorosa de Johnstone estalla contra *la belle France*, que proporcionaba a los refugiados «varios kilómetros de alambradas de espino; dos barras de pan y una lata de sardinas por cada veinticinco hombres al tercer día del encierro entre esas alambradas; un trago de agua salobre; miles de senegaleses con cachiporras; ametralladoras apuntando a las alambradas; miles de espahíes –soldados argelinos del ejército francés– incontrolados que patrullaban a caballo esgrimiendo sus espadas… *La belle France* se olvidaba de instalar letrinas y dejaba que heridos y enfermos yacieran en el suelo con los soldados y las mulas». Hay un momento en el ir y venir de la voluntaria del International Solidarity Fund en el que se encuentra con los brigadistas internacionales, como los de la Brigada Garibaldi, o con los restos de los batallones republicanos comunistas, como los del general Enrique Líster, aún peleones, ilusionados con la ayuda generosa de los franceses. Mientras los saluda y le preguntan, Nancy recuerda a los hombres que el día anterior había dejado sobre la playa, comiendo trozos de carne de una mula muerta. Tan cruda que chorreaba sangre. No se podía encender fuego. Mira a los hombres de Líster y a los brigadistas tratando de ocultar el pesar y les aconseja: «No tengáis prisa por llegar a Argelès».

Tras varias odiseas en el Edison y el campo de Les Haras, los niños de Casa Johnstone acabaron sanos y salvos en Besançon, entre monjitas. Fueron acompañados por los Casanovas hasta el final. Durante el mes de marzo, los Johnstone se quedaron alrededor de Perpiñán y los campos de concentración, rescatando amigos –muchos de ellos habían pasado por su hotel– y escribiendo para el *News Chronicle* y el *Manchester Guardian* antes de embarcar hacia México.

En esas semanas en Perpiñán y los campos, entre crónica y crónica, la Johnstone iba pergeñando su segundo libro, *Hotel in Flight*, que publicaría antes de que terminase 1939. Faber & Faber había constatado ya que *Hotel in Spain*, el primer volumen sobre su aventura con Archie para montar Casa Johnstone, se vendía. Son las páginas que acogen el lado hermoso de esta historia, la narración en primera persona de un sueño hecho realidad: el de la pareja inglesa que cae rendida a esa luz del Mediterráneo tan retratada y halagada que, a falta de adjetivos nuevos, a menudo resulta cansino describir. Pero ocurre que lo que resulta cansino no tiene por qué dejar de ser real, y eso pasa con el azul mediterráneo, la Costa Brava, el olor del salitre –diferente al Atlántico o al Cantábrico– y la belleza del litoral.

Al inicio de los años treinta, cuando Archie y Nancy Johnstone descubren el mar Mediterráneo, las barquitas de los pescadores, las rederas de pañoletas negras en la playa, los atardeceres rosa y azul, las laderas de bosques de pinos y la tramontana no formaban parte de ningún *atrezzo*. En Tossa ya se había instalado una modesta colonia de pintores e intelectuales, como los arquitectos Fritz Marcus –quien diseñó el hotel de los Johnstone– y Fritz Gerhard Planck, o el pintor Oskar Zügel. Desembarca Marc Chagall durante los veranos de 1933 y 1934 y bautiza Tossa como *paradise bleu*; de hecho, hay una pintura conocida suya que se titula *Desde el paraíso azul.* Con todos ellos por un tiempito pasea Dora Maar, enamorada de Georges Bataille. Son hermosas sus fotos, recuperadas en este siglo y realizadas en 1933. Eso era antes de su relación con Picasso. Son los inicios de los años treinta; Hitler ya trota por Alemania, Mussolini cocea Italia y los judíos alemanes o austríacos, más informados, intuyen que sus países de origen no son el mejor lugar para quedarse. Archie Johnstone y Nancy se toparon con todos ellos en 1934, huyendo de la vida estresante de Fleet Street, la famosa calle de los periódicos londinenses. Él era el redactor jefe de cierre en el *News Chronicle*. Durante los seis años en que el hotel funcionó, por Tossa pasaron la redacción de ese diario y los plumillas de otros muchos periódicos británicos. Durante la guerra, Archie volvió a escribir para el *News Chronicle*. También Nancy Johnstone tomaba notas para la segunda parte de su libro, los avatares de ellos dos y de su hotel durante el conflicto.

Las montañas que rodean Tossa daban seguridad a los habitantes del pueblo, más aún en los primeros años del enfrentamiento. Reforzadas por las murallas del castillo, levantadas en el siglo XII para defenderse de los piratas, históricamente hacían del pueblecito de pescadores un lugar a salvo. De los malos y de los buenos. Hasta finales de 1938, sus poco más de 1.700 habitantes pensaban que esa guerra era un asunto entre los españoles –más bien de los de Aragón y Castilla para abajo– y los otros catalanes. Los *tossencs* eran de otra tierra, la guerra no iba con ellos, contaba Nancy. No los entendía, alucinaba con su tozudez, pese a los casi cuatro años viviendo entre ellos, aprendiendo su idioma, sus labores, sus labranzas, su cocina. En honor de los viejos del lugar era fácil pensar que en Tossa, al final, nunca pasaba nada. En buena medida por lo que costaba llegar hasta allí, a no ser que tuvieras un barco, barcaza o barquito. Hoy las cosas son parecidas. Por tierra, si no tienes coche o no quieres utilizarlo, a Tossa llegas vía autobús –como la mayoría de las inmigrantes que acuden a limpiar las casas de los extranjeros ricos–, vía taxi –si eres un americano o un alemán con muchos euros– o vía yate o velero –si tienes dinero–. Ahora el pueblo tiene censadas más de 6.000 personas, pero la población con segunda residencia es enorme y en los meses de julio y agosto debe incluso de triplicarse.

El bellísimo rostro de Ava Gardner persigue a las visitas desde las paredes de los restaurantes, los comercios y los hoteles. Es imposible no enterarse de que «el animal más bello del mundo» rodó aquí *Pandora y el holandés errante*. Por contra, resulta una aventura encontrar el rastro de Nancy, a no ser que vayas a buscar su hotel en la ladera de la montaña. Ahí asoma la casa blanca, el cubo limpio que levantó Fritz Marcus, el arquitecto judío vinculado a Gropius y a la Bauhaus. Pero Nancy Johnstone no tiene ni una calle, ni un callejón, ni un banco, ni un rinconcito, ni siquiera un bar, pub o restaurante –lo más abundante en el pueblo– que la recuerden en Tossa, una de las mecas del turismo multitudinario de la Costa Brava.

Gloria Bosch sonríe cuando charla sobre la ausencia de huellas de Johnstone en el pueblo. Investigadora, varias veces comisaria de exposiciones y crítica de arte contemporáneo, residente ahora en Tossa, piensa que la razón de tal ausencia puede ser el carácter fuerte de Nancy. En

una sociedad masculinizada y en un periodo de guerras, lo resolutiva y eficaz que era la dueña de Casa Johnstone sacaba de quicio a muchos caballeros y a no tan caballeros. Sobre la larga mesa de la cocina de Gloria se extienden las copias y los originales de diferentes documentos y cartas de Nancy y de su casa. «De hecho, hay testimonios de que ni siquiera el cónsul británico podía con ella», recuerda Gloria. Ni Nancy con el cónsul, como se deduce de sus libros. Al fin y al cabo, el matrimonio británico Johnstone desafió a las autoridades y rechazó subirse a alguno de los cuatro barcos británicos que se acercaron a la costa para recogerlos y nunca se ahorraron críticas al papel del Gobierno de Gran Bretaña con respecto a la guerra. Tampoco se cortaban en despotricar ante los miembros del consulado cuando iban a Barcelona, a hacer papeleo y trámites para ellos o sus amigos. Nancy y Archie eligieron quedarse en Tossa con sus vecinos. En las crónicas de Archie –quien terminó viviendo hasta su muerte en Moscú– y en los escritos de Nancy, Gran Bretaña durante la guerra civil española es duramente criticada. Los asquea. Ella incluso cuenta que, entre sus niños, insultar a alguien llamándolo *Chamberlain* era más grave que llamarlo Hitler, Franco o Mussolini. Estos eran el enemigo, Chamberlain era un traidor: dejó tirada a la República española y apostó por la no intervención, un preludio de lo que luego defendió como *política de apaciguamiento* con Hitler, a quien entregó Checoslovaquia y los Sudetes.

Gloria Bosch, cuya casa está tomada por dibujos, cuadros, libros que cubren pasillos y rincones cuando ya no caben en las paredes, hace tiempo que se ocupa de las artistas que pasaron por el pueblecito en los aún glamurosos años treinta. Fue ella quien organizó exposiciones como *París-Londres-Berlín-Tossa*, donde afloraron mujeres como la pintora Olga Sajárov (entre las favoritas de Bosch), Dora Maar y Nancy Johnstone. Fue en esa exposición donde el profesor Berga decidió recuperar la obra de la escritora británica, aunque aún quedan muchos misterios de su vida por resolver.

Por mucha antipatía que despertara entre los hombres de Tossa y por más que fuera soberbia y marimacho, no hay razones suficientes para mantener su memoria en un rincón olvidado. Que Nancy enfadaba, seguro.

Cuando era necesario, gritaba y soltaba tacos –los aprendió también en catalán– con tanta facilidad como daba puñetazos en la mesa, ya fuera ante el policía, el secretario o el carcelero de sus amigos. Pero también era ese el lenguaje que mejor entendían aquellos hombres farrucos. Eso durante la guerra; antes fue capaz de poner firmes a los albañiles, al tiempo que les preparaba unas comidas deliciosas o los organizaba para izar hasta la terraza ladrillos, piedras, neveras o cualquier tipo de trasto maravilloso que hubiera encontrado en sus correrías por los pueblos del Ampurdán, en búsqueda de las cerámicas autóctonas o las sábanas y mantelerías bordadas.

Adoptar actitudes varoniles no significaba renunciar a las tareas atribuidas a las mujeres y que más le gustaban. Si Cunard se perdía por África, tras los brazaletes de marfil –póngase este vicio en el contexto de los años veinte y treinta del siglo XX– y buscaba las telas y hamacas más hermosas para su casa de Réanville, Johnstone se perdía en los almacenes de loza de Barcelona o en los talleres de cerámica del Ampurdán para comprar tazones, platos, ensaladeras, vajillas y piezas sueltas que luego deslumbraban a las damas inglesas que pasaban por Casa Johnstone. Incluso a las más pijas, acostumbradas a la porcelana de Chelsea o a la cerámica de Wedgwood. En aquellos meses de 1933 y 1934, mientras avanzaba la construcción y la decoración del hotel, la entusiasta señora Johnstone arrastraba a Archie y luego a Leonard, un inestimable colaborador, hijo de una famosa soprano, para que ayudaran con cajas de cerámicas y cestas de ropa de cama y mantas. El Ampurdán era un lugar aún virgen para las extranjeras.

En la terraza de Casa Johnstone –luego Casa Blanca, cuando se lo quedó la familia de Francisca, la cocinera de Nancy en el hotel y su persona de confianza– lo que hoy queda es una piscina rodeada de tumbonas de plástico, y un bar donde se sirven las copas a las multitudes del enorme complejo del Hotel Don Juan que ha engullido –pero ¡oh, milagro!, no derruido– Casa Johnstone. Césped artificial en algunas zonas y unas vistas sobre las que hay que estirarse mucho para ver o adivinar la muralla y el castillo de Tossa, su principal atractivo. Porque enfrente, el horizonte de la playa de las rederas, de las barcas de pescadores o del barco de guerra que

venía a recoger a los ciudadanos ingleses en el verano del 36 –«¡barco a la vista!», gritaban desde la terraza– queda oculto por cientos de ventanas de un complejo hotelero espantoso pero práctico, tan habitual en la costa mediterránea. Sentarse en el lugar, con una postal de hace ochenta años entre las manos, donde lucen las tumbonas de mimbre reclinables, de brazos anchos para el *gin-tonic* de los Johnstone y sus amigos, mesitas de mantel bordado y tarrito de flores, es entregarse a un ejercicio de melancolía. Pero la melancolía bien administrada es acogedora, depende de en qué circunstancias.

¿Qué es y qué fue Casa Johnstone? «Una casa diseñada por Herr Fritz Marcus, el conocido arquitecto berlinés […] Las paredes son blancas, los suelos de baldosas. Los muebles son de madera sin pulimentar», escribía la pareja en el tríptico de presentación del hotel a sus compatriotas en 1934. En la actual Casa Blanca se mantiene la chimenea de la sala de estar, donde tantos artistas y políticos discutieron, pintaron y escribieron; a la terraza racionalista se le añadieron unas balaustradas coloniales de mal gusto; la piscina, a la que se sube por unas escaleras mecánicas, y el bar están a un lado de la terraza de Nancy y Archie. Hoy es difícil coincidir con ellos en lo que redactaron para la publicidad desde la que fuera su habitación cuando no tenían huéspedes importantes: «La Costa Brava es el lugar más bonito y más acogedor del mundo […] La botánica de esta costa es tan interesante que han enviado durante un año a un técnico de los Kew Gardens para que estudie con detalle los árboles y las plantas». Las plantas que abundan hoy están en macetas de ladrillos. También el huerto donde trabajaban es pasto del ladrillo.

Para atraer a sus amigos británicos, más algún cliente que quisiera descubrir un lugar más barato que la Costa Azul, echaron un poco de literatura e ingenio: «Tossa fue el lugar elegido para construir Casa Johnstone después de una inspección exhaustiva de toda la costa: en el pueblo viven 1.700 personas catalanas y una animada colonia de artistas –el

lugar pide a gritos que lo pinten–, de escritores y de personajes inclasificables […] El casco viejo son fortificaciones y torres que se remontan a las invasiones moras […] La parte nueva tiene aire para pintores, de un pueblo andaluz […] Hay un casino para bailar, un bar con bebidas a precios irrisorios, playas excelentes, no hay mareas y bañarse en Tossa es completamente seguro, tanto para buenos nadadores como para quien no sabe nadar».

Esas cosas escribieron los Johnstone en la carta de presentación y en las respuestas a aquellos que se interesaron por su casa-hotel. Las habitaciones estaban comprometidas ya cuando los andamios aún se levantaban por la ladera de Tossa, entre pinos y montañas. La imagen era Marcus Fritz planos en mano, azuzado por Nancy, que le pedía que levantara los cimientos lo más altos posible.

En Tossa, la bohemia británica se alejaba de la estirada aristocracia que había preferido Andalucía desde el siglo XVI, cuando el duque de Medina Sidonia les abrió las puertas, mucho antes de la conquista de Gibraltar y de las minas de Huelva. Estaban recién estrenadas algunas habitaciones de Casa Johnstone cuando Nancy y Archie tuvieron el primer aviso de peligro, con la proclamación del Estado catalán en octubre de 1934. Habían seguido con interés lo sucedido en la Revolución de Asturias, pero ni la brutal represión contra los asturianos ni el fracaso de Lluís Companys en la proclamación catalana los desanimó. O quizá con sus ahorros invertidos era más complicado retroceder que seguir adelante. El caso es que por la terraza y habitaciones de la Casa Blanca, ahora dedicada a alojamientos de empleados y algunos trastos, durante aquellos años pasaron lo más interesante del periodismo británico y muchos pensadores y artistas. La voz se corrió tan pronto que no daban abasto a repartir dormitorios.

Durante 1935 y parte de 1936, aquí se desarrollaron tertulias de poetas, periodistas y pintores con pantagruélicos desayunos con mantequilla y huevos frescos, pan blanco y esponjoso, leche traída de las cabras que pastaban al lado. «Sobre la comida teníamos las ideas claras… En España, los entrantes son insulsos: un poco de lechuga, medio tomate, una sardina de lata, unas anchoas y cuatro aceitunas. Estaba bien para empezar, pero

pensamos que había que ofrecer más variedad, añadiendo, por ejemplo, ensalada de patatas alemana, ensalada americana de cebolla y naranja, huevos rellenos con mayonesa francesa […] Platos tan atrevidos como melón con jengibre servido con crema de queso». Está claro que Nancy Johnstone había viajado por la Costa Brava, pero no debía de conocer el interior de la península ni las otras costas, la atlántica y la cantábrica. Ni rastro del jamón de bellota (entonces nada caro) ni de los cocidos o pucheros que tanto juego dieron en sus crónicas un siglo antes a británicos más estirados, como Richard Ford.

A pesar de tan estupendos menús, siempre había parejas jubiladas o viudas a quienes había que explicar que «bañarse es del todo seguro… No sé a qué se refiere cuando pregunta cómo se bañan los "nativos"», les responde Nancy por carta a posibles clientas, igual que les escribía sobre qué comidas había y la existencia real de mantequilla. Poco o nada tenían que ver aquellas damas mayores –hay una pareja de hermanas genial en *Un hotel en la Costa Brava*– con los jubilados, solos o en pareja, que ahora, cada mañana temprano, en bermudas que cubren parte de las piernas varicosas y Birkenstock originales, o chancletas de dedo los más osados, se lanzan sobre el *buffet* con salchichas, chistorra muy frita y huevos más cocidos que fritos en el hotel actual. Eso sí, en la parte de frutas y ensaladas los ojos de los Johnstone se saldrían de las órbitas al ver toda clase de productos del huerto, con variedad de lechugas, rabanitos o tomates, aunque el otoño está acabando. Sus compatriotas –y alemanes, holandeses o franceses– llenan los platos como debe de ser, para aguantar hasta la hora de la comida-cena, a la europea, a partir de las seis de la tarde. Las mesas de mimbre son ahora de plástico, cubiertas con manteles y servilletas de papel, lo que permite atender con rapidez a toda una clientela que luce al sol de las playas mediterráneas, orgullosa de su edad.

Con los Johnstone y la colonia de artistas, el bar de Marcus era el cierre nocturno por excelencia. Con las copas tiradas de precio, debatían sobre la Europa que se avecinaba, sobre literatura, pintura, o bailaban sardanas que les enseñaban dos mozos del pueblo. Era el lugar donde se mezclaban locales y turistas. Por estos lugares que ahora pasean viejos y jóvenes

vagaron poetas y pintores con poco dinero, buscadores de la belleza. Pronto fueron sustituidos por los que vinieron a luchar, a mirar y a escribir sobre ella. A muchos les costó la vida.

Escribió el periodista Jean Lacouture que la guerra civil española fue la guerra de los escritores, más incluso que la Segunda Guerra Mundial. Y Upton Sinclair que «las Brigadas Internacionales fueron las más literarias de la historia de las guerras». Ninguna o pocas menciones a las mujeres que la vivieron, describieron y la pelearon como sus compañeros. Pero muchas de ellas han dejado rastro del modo en que esa vena literaria a veces se convertía en un estorbo por lo poco operativo que resultaba el tropel de intelectuales que intentaban ayudar. Tenían buena voluntad, pero escasa práctica. Fue una guerra tan idealista como romántica, la última guerra romántica, se ha dicho. Y las mujeres, compañeras, amigas lo cuentan, porque vienen solas o con ellos. O detrás de ellos, cuando las avisan de que han caído heridos.

En la terraza y la sala de Casa Johnstone, Frank Jellinek, el escritor y periodista que retrató tan bien la guerra, aguantó con el apoyo de Nancy, noche tras noche, para poder trabajar a deshoras, aunque él muchas veces fuera insoportable. Y como Jellinek, tantos y tantos a quienes los Johnstone apoyaron para que pudieran enviar sus crónicas a Europa. Ofreciéndoles descanso cuando llegaban del frente, comida compartida aunque hubiera poca, apoyo anímico contra los horrores vistos o la desmoralización por el caos en las filas de la República. No sólo periodistas, poetas o políticos se refugiaron para trabajar y comer en Casa Johnstone. La enfermera australiana Agnes Hodgson pudo tomarse unos días de descanso del frente de Huesca con los Johnstone. «Me he ido a descansar a Tossa. El viaje por la costa ha sido una maravilla. Yo estaba encantada de volver a ver el mar. He cogido un tren hasta Blanes, un autobús hasta Lloret y otro hasta Tossa. Al llegar, los Johnstone estaban en la playa».

Apunta Miquel Berga que el libro de Nancy Johnstone es mejor que el de George Orwell. De hecho, Orwell lo despachó con desprecio, el mismo con que respondió a la encuesta de Nancy Cunard sobre la guerra civil, despotricando porque lo molestara con esa maldita «podredumbre», él no

era uno de sus amigos maricones, le espetó. Pero es la tónica común de la historia, el ninguneo hacia las obras de las mujeres. En ocasiones, ese ninguneo no es ni siquiera buscado. Las cosas eran así, y punto. Ellas eran el sostén de las entretelas cuando el ánimo decaía, como ha sido desde las cuevas prehistóricas. Es la visión de una mujer de la vida cotidiana, las dificultades con la comida, la falta de hilo para coser, la limpieza de los dormitorios o las tensiones con las gentes del pueblo y la compra en el mercado, el estar pegada al terreno día a día, lo que despierta el deseo de buscar a la Nancy de Tossa. Deseo que se transforma en decepción al pasear con las páginas de Nancy bajo el brazo buscando su rastro y no encontrar nada.

Por allá, en una callecita estrecha, está lo que queda de la fonda Rovira, el lugar donde se alojaron los Johnstone al principio. Era el primer hotelito del pueblo y hoy asombra por su fragilidad. En 1947, los Rovira levantaron otro en primera línea de playa, ahora ya derruido y camino de otro proyecto de apartahoteles mastodónticos. A lo alto se prohibieron las torres. Sólo por la orilla del mar, paseando por la playa grande, se pueden vislumbrar restos del paisaje que veían la pareja británica y sus amigos o clientes; por el mar fue por donde llegó el avión del novio de Greta Garbo, un piloto que se enamoró de la chica quizá más fea del pueblo. Una Penélope más de Serrat que de Homero. Aquí no estaba en la estación de tren, sino en la playa. Esperaba unas alas de acero repletas de amor. Los vecinos lo criticaban: el piloto era un riesgo para el pueblo, o eso temían los *tossencs.* Un tiempo después la avioneta se estrelló en otro punto de la costa y los lugareños durmieron en paz. Las circunstancias nunca arruinaron el humor británico y negro de Nancy, convencida de que en las guerras también se ríe. De hecho, es una medicina para retrasar el hambre y aparcar el miedo.

La energía, las risas y el dinamismo –buena cara ante la adversidad– crecieron cuando Nancy logró que Casa Johnstone se convirtiera en una colonia infantil, tras varias gestiones con la imposible burocracia. Ni siquiera en guerra se agilizaron lo necesario. Por fin, un día de finales de verano de 1938, llegaron 45 niños para ser refugiados en el hotel, la mayoría desde los pueblos de Aragón más cercanos al frente. No hay que

tener mucha imaginación para oír aún las risas de aquellos críos –Leonor, Josefa, Josefina, Primitivo, José y el pequeño brutito Justo, la caprichosa Pilar, de ojos azules de estrella– corriendo por la terraza del actual Hotel Don Juan, cuando bajaban a la playa grande para bañarse e invitar a los que tenían sarna, los de la colonia de al lado. Sólo que los niños que ahora corretean por aquí son muy rubios y blancos.

Durante la guerra y hasta que llegaron los pequeños refugiados, se dormía donde se podía. También llegaban brigadistas internacionales, espías, comisarios políticos, gentes del Partido Obrero de Unificación Marxista (POUM), del Partido Socialista Unificado de Cataluña (PSUC). Entonces, la señora Johnstone organizaba almuerzos. Había aprendido a hacer un arroz increíble con lo que encontraba. Todo en un comedor agradable, donde no faltaban las flores. A veces llegaban los del Gobierno de la Generalitat, que traían a parlamentarios extranjeros, embajadores, gente que apoyaba la República, pero con diferentes puntos de vista; también llegaban los del Gobierno central de Madrid, en tensión permanente con la Generalitat, pese al enemigo común. Delegaciones extranjeras para ver qué ayudas y dónde eran necesarias las organizaciones benéficas, cada una con diferentes grados de éxito y entrega. Nancy aprendió a lidiar con todos, apoyada por Archie y la cocinera, Francisca. Para entonces su empleado estrella, socio y amigo, Walter Leonard, ya había regresado a París. Leon fue el tercer protagonista en la puesta a punto de Casa Johnstone, apreciado por la pareja británica hasta el punto de que le hicieron su socio. Todo un personaje para ayudar a los Johnstone a relacionarse con los *tossencs* y arrancar el hotel.

En los meses anteriores a la guerra, Leon, Archie y Nancy ya formaban una familia con otros extranjeros. Fritz Marcus y los Johnstone habían salvado su amistad –incluso profundizado– pese a las dificultades a la hora de cumplir los deseos de la británica en la arquitectura del hotel. En general, ganó Marcus. En el bar de este judío alemán no había nacionalidades, al menos al inicio de la noche, cuando todos estaban aún sobrios. Incluso el escritor Frank Jellinek y su esposa Margaret –pintora, pero sobre todo una dama desastrosa en lo tocante a orden y horarios– eran bien acogidos. Las

relaciones entre ciudadanos de distintas nacionalidades cambiaron cuando comenzó la guerra.

Todo aquel ruido de extranjeros borrachines y fumadores era muy diferente al de los coreanos y japoneses que, en manada, doblan hoy por las calles del casco antiguo de Tossa, aunque en silencio. ¿Qué hacen tantos asiáticos en este rincón, hermoso pero lejano? Son los videoclips de YooA, una cantante de k-pop, responden unos jóvenes que se tuestan en la cala que está al pie de la muralla, a la espalda del museo municipal. Es en este museo donde se puede encontrar un modesto rastro de Nancy, en un documental sobre la villa y sus personajes. Hay obras de Enric Casanovas ya en la planta baja, y de Marc Chagall, su cuadro el *Violinista celeste*.

El día que salieron hacia la frontera con los niños, Nancy dejó el hotel (y a Beetle, su perrita) en manos de Francisca y su familia. Cuenta Gloria Bosch que ella y su colega Susanna Portell –ambas llevan años siguiendo la pista de Nancy– investigaron hasta después de una última visita de Johnstone con la intención de recuperar el hotel. Pero fue imposible. Y aunque Gloria es discreta con respecto a las rencillas tradicionales del pueblo, lo cierto es que en algunos rincones de este, aún en susurros, los más viejos del lugar recuerdan que el regreso de Nancy a la España franquista fue triste y decepcionante. Los enredos familiares y las clásicas deshonestidades de los ganadores y de los chaqueteros que hay en toda guerra la hirieron profundamente. Renunció a regresar, el lugar ya nada tenía que ver con ella. Intentó recuperar el hotel: estaba en manos de los descendientes de la persona a cuyo cuidado lo había dejado, pero estos la ningunearon y, tras mucho papeleo para demostrar que era suyo, lo vendió por una suma irrisoria. A Fernand Caron, su segundo marido, francés, nada le apetecía menos que soportar la España de Franco. Gloria ha mantenido viva la esperanza, la siguió hasta que se perdió en Brasil. «Unos familiares de Nancy, de Bath (su ciudad natal), me escribieron para ver si teníamos más pistas. No ha sido posible», se lamenta.

Si la fecha del verano de 1950 para el primer regreso de la escritora a Tossa es correcta (hay fotos), sólo habían pasado unos meses después de que sufriera el terrible accidente de coche donde su amiga Constancia de la Mora perdió la vida. Constancia de la Mora Maura, *Connie*, jugó un papel primordial entre los corresponsales, escritores e intelectuales que vinieron a España. Fue la responsable de la Oficina de Prensa de la República, aristócrata y comunista, nieta del que fuera presidente del Gobierno español Antonio Maura. La imagen de la República en el exterior tuvo mucho que ver con su trabajo como propagandista de los valores de una república democrática. Sólo a partir de 1937, antes la tarea les correspondió a Arturo e Ilsa Barea, ella otra aparcada de la historia de la que se habla en otro capítulo de este libro.

Transcurrido el mes de marzo de 1939 en Perpiñán, los Johnstone logran embarcar en el *Iberia* hacia México, con pabellón alemán, como tantos de sus amigos y conocidos. Salen con lo puesto, sus ropas y una máquina de escribir. Se instalaron en Cuernavaca. Sobrevivieron. Archie dando clases de inglés y Nancy de equitación en un rancho. Durante el tiempo que están en Cuernavaca profundizan en su amistad con Constancia, a quien ya conocían, no tanto de Madrid o Valencia, como la mayoría de las otras periodistas, sino porque durante los terribles primeros meses de los campos de concentración Connie también vagó por Perpiñán, intentando hacer gestiones de todo tipo para los restos del Gobierno español y de los intelectuales más conocidos; Nancy hizo lo mismo para sus amigos, héroes anónimos como el capitán Arjona y el teniente Bueno, por quienes llegó a suplicar a Azaña pidiendo ayuda. El presidente de la República le respondió que él ya casi no era nadie, no tenía poder, pero Arjona y su familia (tenía ocho hijos) lograron embarcarse en el *Sinaia*, también hacia México.

En Cuernavaca, Constancia de la Mora y Nancy Johnstone avanzan en su amistad, atraídas por sus respectivos gustos por la artesanía, sus ideas políticas y su energía mandona, ambas vestidas con huipil o coloridos castor, con trenzas a cada lado de la cabeza y calzadas con huaraches. Acabada la Segunda Guerra Mundial, sabemos que ambas se han separado de sus parejas. Nancy de Archie y Constancia de la Mora de Ignacio

Hidalgo de Cisneros, el heroico aviador y general del Ejército del Aire de la República. Él dedica a Connie muy pocas líneas en sus memorias, pese a que vivieron juntos los años más intensos. Tampoco la ya exseñora Johnstone tendrá ningún papel ni recuerdo en las memorias de Archie Johnstone. En los datos del accidente donde muere Connie, Nancy aparece casada con el francés Ferdinand Caron, con el que terminó marchando a vivir a Guatemala. A finales de 1949, diez años después de La Retirada, Constancia emprende un viaje a ese país para visitarla, con una rica americana, Mary Wallner O'Brien, a quien Nancy había dado clases de equitación cuando estaba en Cuernavaca. «Nancy y Connie habían sido amigas en España. Las dos habían escrito libros sobre sus experiencias… Esto me tenía impresionada», escribirá O'Brien en sus memorias. La «pobre» millonaria «gringa» –la hija de Constancia, Luli, la llama así en carta a su padre–, que pagaba el grueso del viaje, estaba deprimida porque Connie y Nancy se negaban a hablar en inglés, sólo charlaban en español y francés. En ningún momento imaginó que Constancia fuera comunista –el macartismo triunfaba en Estados Unidos, O'Brien se hubiera asustado mucho– y Nancy, una progresista desmandada. Aunque la ingenua millonaria comenzó a sospechar cuando De la Mora tuvo que registrarse ante las autoridades de Guatemala. Johnstone quitaba importancia a estos detalles, diciendo que eso se pedía a todos los españoles en el exilio.

Durante varios días de enero, la «gringa», Connie y Johnstone viajan por Guatemala. Las dos amigas se siguen interesando por la cerámica, los telares, las sandalias. Connie apunta y toma notas. La en un tiempo poderosa e influyente mujer de la comunicación de la República tenía ingresos de su libro, *Doble esplendor*, que triunfó en Nueva York y entre los círculos aún afines a la República. Se hizo una bonita casa y vivía de vender artesanía, ese oficio que ya aprendió en su juventud, cuando se separó de su primer marido, el crápula Manuel Bolín, hermano de Luis Bolín (el hombre que desempeñó el mismo puesto que Connie, pero en el bando franquista). Tras ese divorcio, la nieta de Maura entró a trabajar con Zenobia Camprubí, la mujer de Juan Ramón Jiménez, en Arte Popular Español, la tienda que tenía muy cerca del Congreso de los Diputados. Según las memorias de

O’Brien, Connie pensaba montar un negocio de telas en Cuernavaca. Pese a todo, el ánimo de la española era bajo esos días; al día siguiente sería su cumpleaños, les dijo a sus amigas, pero lo pasaría sin su hija y sin Hidalgo de Cisneros. Al regreso de la playa de San Jorge, en Panajachel, Constancia cambió su sitio con O’Brien. Se puso en el asiento delantero.

Lo demás es historia. Al coche se le rompieron los frenos y se estrelló contra un terraplén. O’Brien abrió los ojos y se topó con la cara ensangrentada de Nancy, según escribió tiempo después. Encontraron el cuerpo de Connie, que había salido despedido del choque. Estaba muerta. Ferdinand Caron, el marido de Nancy, se encargó de todas las gestiones para devolver el cadáver de la aristócrata comunista a Cuernavaca. Fueron lentas y pesadas. Constancia de la Mora fue enterrada con la bandera del Partido Comunista; su amigo Pablo Neruda le dedicó unos versos. Se estaba haciendo experto en poemas para obituarios de amigas. Siete años antes ya había dedicado otro a Tina Modotti y lejos estaba de imaginar que tres lustros después dedicaría unos versos a su querida Nancy Cunard, muerta en soledad en las escaleras de un hotel de París.

A Nancy Johnstone hasta ahora nadie ha podido despedirla. Se perdió en las tierras de Brasil.

CAPÍTULO III

Tina Modotti y las «señoras de»

Ocho años antes de la muerte de Constancia de la Mora en el accidente de Guatemala al que sobrevivió Nancy Johnstone, también en enero, el día de Reyes, pero de 1942, un tal Carlos Contreras llamó a la puerta del piso de Connie e Ignacio Hidalgo de Cisneros en México. El tipo estaba noqueado, algo raro en él. La pareja sabía muy bien quién era Contreras –o comandante Carlos–, uno de los alias de Vittorio Vidali, un estalinista italiano que en los años setenta acabaría como diputado del Partido Comunista de Italia. Pero antes de llegar al Parlamento su camino fue largo. A tramos, tenebroso. Para los soldados que le trataron en el Quinto Regimiento durante la guerra civil y para los brigadistas internacionales, el comandante Carlos fue un héroe al que dedicaban canciones y poesías republicanas, amigo de Rafael Alberti, de Miguel Hernández y de Antonio Machado. Para los trotskistas del POUM y los anarquistas, Contreras pasó a la historia como uno de los espías más siniestros del estalinismo, tanto en México como en España. Hay historiadores que lo incluyen en la conspiración para el asesinato de Trotski en Ciudad de México, en 1940. Este personaje fue el último amante de Tina Modotti, la fotógrafa hoy de renombre internacional, la comunista y para algunos la Mata Hari de Stalin. Una versión rocambolesca y exagerada de su identidad que ha oscurecido su obra artística y su papel humanitario.

La razón del susto y el dolor de Vidali aquel día en que Constancia de la Mora e Ignacio Hidalgo de Cisneros le ofrecieron esconderse en su casa era que la noticia de la muerte de Tina la noche anterior, sola en un taxi, corría como la pólvora por la ciudad y levantaba sospechas sobre el oscuro tipo que era Contreras. Luego se supo que Modotti padecía una enfermedad cardíaca desde joven –lo confirmó su hermano–, pero su fallecimiento, tras

dejar una reunión de amigos y camaradas, desvió las miradas hacia su compañero. En determinados ámbitos de los exiliados españoles en México, muchos creyeron y difundieron que el comandante Carlos había envenenado a Tina. La prensa, salvo la comunista, se cebó con la vida de Modotti, como espía y licenciosa, por no llamarla prostituta. Opinaban también que la actriz, artista y revolucionaria italiana sabía demasiado de las acciones comunistas clandestinas.

El relato de cómo es posible que supiera demasiado una mujer que había llegado a la isla de Ellis con diecisiete años es una crónica de los años veinte y treinta en Estados Unidos y México. Su padre, originario del humilde pueblo de Údine, había emigrado a Norteamérica en los años de la gran diáspora. Tenía una familia numerosa a la que sólo podía alimentar con polenta. Primero se llevó a la hermana mayor, después a Tina. Y con gran esfuerzo logró reagrupar a la familia en San Francisco. Tina comenzó de modistilla en un taller, el mismo que su hermana. Espabilada y guapa, pronto fue modelo, se encaminó al cine (mudo) y terminó enganchada a la fotografía de la mano de Edward Weston, maestro y amante. Hubiera sido una vida más en los tiempos de la gran migración, así que algo tenía Tina que la convirtió en única entre tantas jovencitas como ella. Tan única como para que su muerte provocara tal virulencia y especulación en la prensa mexicana.

A México bajó tras su primer marido, el atormentado escritor canadiense Roubaix de L'Abrie Richey, Robo para sus amigos. Él murió de viruela dos días antes de que Tina llegara en tren desde Los Ángeles. Volvió a California y en 1923 regresó a la capital mexicana dispuesta a instalarse, pero con Edward Weston como compañero y un hijo de este. Para entonces, Modotti ya manifestaba un rechazo importante al fascismo. Mussolini había triunfado en su Italia natal. En la capital mexicana no tardó en toparse con los círculos artísticos, la revolución y los comunistas.

La segunda mitad de los años veinte en México daba para la ensoñación, con una alianza entre arte e ingenio que hacía la revolución en la calle y en la cultura. Todo aderezado con mucho amor y pasión en la cama. Si Tina presentó a Frida Kahlo y Diego Rivera, Xavier Guerrero fue

su pareja y la introdujo aún más en el comunismo. Guerrero también vivió en casa de Frida y Rivera un tiempo, como Chavela Vargas, amante de Frida, que no pudo soportar la presencia de Rivera. Es fácil imaginar a Chavela, joven, militante, bronca y harta del enorme lugar que ocupaba el pintor, no sólo por su tamaño, también por su machismo crónico. La imagen más conocida de esa época –además del retrato de Frida y Chavela juntas que hizo Tina Modotti– es el mural *El arsenal,* donde Diego dibujó en el centro a Frida repartiendo armas y a Tina a la derecha del espectador sujetando un cinturón de balas. Hay otro lugar donde se muestra la relación de amistad de Rivera y Tina, allá por los años 1924-1925. Es la capilla de Chapingo, donde el muralista mexicano pintó su *Canto a la tierra*, interpretando la revolución agraria. Tina Modotti es la modelo desnuda que Diego dibuja cinco veces en esas paredes, es la mujer tierra que simboliza la fertilidad, la fecundación, el parto.

Es en esos años cuando Modotti descubre y fotografía el México que le perforó las entrañas. Y se convierte en fotoperiodista, alejándose del estilo más esteta de Weston; manos callosas, trabajadoras sujetando la pala, madres pobres amamantando, la foto famosa de la hoz y el martillo, o la mazorca, la hoz y la canana, la alfombra de sombreros blancos y campesinos escuchando un mitin revolucionario, etc. En 1929, una exposición de sus fotos la consagra.

Pero los revolucionarios y gloriosos años veinte de artistas e intelectuales hacía tiempo que habían quedado atrás esa mañana de enero de 1942 con la que hemos arrancado, horas después de la muerte de la fotógrafa. Tina y Vidali, Constancia e Ignacio, todos sus viejos correligionarios en México o Veracruz –muchos de ellos ahora enemigos– habían perdido la guerra en España y la Segunda Guerra Mundial estaba en su momento álgido. La mañana en que la pareja formada por Connie e Hidalgo decide esconder a Contreras-Vidali, la información sobre las purgas de Stalin era de sobra conocida y justificada por ese trío, fiel al dictador soviético hasta el final. Para los trotskistas, anarquistas y demás facciones republicanas y de izquierdas del exilio español, que Contreras –y Tina, su compañera hasta la muerte– paseara por México tres años después de la

guerra, cuando el grueso de los dirigentes y militares soviéticos que participaron en ella habían sido eliminados según regresaron a Moscú, era muestra de que seguían la doctrina de Stalin en los momentos de las purgas más salvajes.

Además, en México los trotskistas contaban con apoyos importantes. Año y medio antes allí había sido asesinado Trotski. Tina entraba en el lote de los sospechosos que conspiraron para matarlo. Aún hoy, dependiendo de la tendencia ideológica de los artículos, ensayos o libros de historia, su figura sigue estando envuelta en el halo feo de su colaboración con el estalinismo. O bien se la considera una víctima del propio Vidali, y desde el prisma actual quizá lo fue. Otras fuentes indican que en los últimos tiempos de su vida confiaba a alguna amiga lo arrepentida que estaba de haber apoyado los muchos abusos del comisario político Vidali y de las veces que la había arrastrado sin que ella lo viera claro.

En las historias sobre ella siempre corría en su contra ser hermosa e inteligente. ¡Y encima promiscua! Lo escribieron varios medios en 1926, durante el juicio por la muerte de Julio Antonio Mella, el comunista cubano, su amante más joven. La prensa mexicana recordó lo «libidinosa» que era su vida; el perfil de espía a lo Mata Hari se iba trazando. Bella y liberada sexualmente era una mezcla letal para una mujer, rodeada de la mayoría social conservadora y religiosa de mitad del siglo pasado. En la imagen que se tenía de Tina prevalecía la fascinación que ejercía sobre sus amantes, no sus resultados intelectuales y artísticos. El muy atractivo y brillante Mella era su pareja cuando lo asesinaron a tiros, a su lado. Quizá el hombre más querido por la fotógrafa. Cuentan que cuando la sacaron muerta del taxi en que sufrió el infarto llevaba entre las manos la foto que ella le había hecho. Sobre Modotti (y Vidali) cayeron las sospechas, como cómplice de la muerte del comunista cubano. La juzgaron, no la pudieron condenar, pero sí expulsarla de México en 1930, de donde salió con Contreras-Vidali. Ya era miembro notable del Partido Comunista.

Tras el juicio, con Vidali marcha a Berlín y de Berlín a Moscú, donde termina por convertirse en una entregada a la Revolución bolchevique. La guerra en España, en julio de 1936, borró cualquier duda que pudiera tener

sobre los métodos estalinistas y colaboró. Hitler y Mussolini estaban ya en el poder. El terror sembrado por ambos era el justificante definitivo para esquivar la más mínima duda que cuestionara las bondades del estalinismo.

Amor, ideología, guerra y espionaje, un cóctel fantástico tanto para las noticias como para la literatura. En la actualidad, Tina ha logrado imponerse como una fotógrafa de primera que renunció a seguir la vía artística de su maestro, Edward Weston, y optó por retratar la realidad mexicana. Sus fotos hoy no sólo son documentos de la situación de pobreza del país, sino también un manifiesto de aquellos años veinte.

Con su cadáver presente, la prensa recordaba: Tina había jugado un papel importante al frente del Socorro Rojo (la Cruz Roja soviética) en España, apuntaban los antiestalinistas. Conocía muchos secretos de la actividad de Vidali y de otros. Militaba en el Partido Comunista desde 1927, en un círculo donde no sólo estaba Diego Rivera; en ella influyó mucho Xavier Guerrero, que pintó un retrato de Tina muy conocido, o el también pintor y muralista José de Jesús Alfaro Siqueiros. Siqueiros, el rival y amigo de Rivera, el compañero que terminó peleando en España poco menos que disfrazado con levita napoleónica –de acuerdo con la descripción de la escritora Elena Garro– y organizando el primer intento de asesinato de Trotski, que fracasó. Estos eran la atmósfera y el pasado reciente que arrastraban todos ellos, ya peleados cuando se produce el asesinato de Trotski en 1940.

Tina Modotti no escribió un libro sobre la guerra civil española. Sí que escribió artículos para *Ayuda*, el semanario de la Sección Española del Socorro Rojo Internacional, que comenzó a publicarse en febrero de 1937. En ese semanario colaboraron Antonio Machado, Rafael Alberti, María Teresa León, que lo dirigió, Miguel Hernández, Jacinto Benavente y una tal María Ruiz. O María Sánchez, o María Sánchez Ruiz, seudónimos de Tina en España durante la guerra. Y hasta su muerte en México.

«María, la del Socorro Rojo», para los republicanos españoles que se toparon con sus profundos ojos negros en el Hospital Obrero de la calle Maudes de Madrid, Modotti sí que ha tenido quien la recuerde, al contrario que otras protagonistas de este libro. Aunque pasaron años antes de que se reconociese su obra y comenzaran las exposiciones o la recuperación de su memoria. Una y otra vez se insiste, en los círculos mexicanos sobre todo, en que fue compañera del estalinista Vidali. Pero también fue estalinista Palmiro Togliatti, luego rehabilitado como gran hombre del Giro de Salerno, incitador del desplazamiento a la derecha de los comunistas italianos, antecedente del eurocomunismo. Cuenta algún trotskista que Togliatti llegó a decir: «Vidali es muy bueno para disparar, pero no demasiado para pensar». Que Vidali pesó sobre Tina es seguro. Que ella no pensara por sí misma es falso. Antes que con Vittorio había convivido con Robo, Edward Weston, Xavier Guerrero o Julio Antonio Mella, todos ellos capaces de discernir incluso más que Vidali, que no era un intelectual. Tina leyó, estudió doctrina en la Unión Soviética, aprendió de Elena Dmítrievna Stásova –la Stásova–, que había sido colaboradora de Lenin, revolucionaria aristocrática de la primera hornada de 1917.

Las tareas de Stásova en el Socorro Rojo Internacional y sus relaciones diplomáticas en el extranjero la salvaron de las purgas. Modotti creció políticamente con ella en Leningrado, donde entró a trabajar en el Socorro. Ya no sabremos cómo hubiera reaccionado Tina si hubiera vivido en febrero de 1956, cuando el XX Congreso del PCUS reconoció los crímenes de Stalin y el culto a su personalidad.

Para una niña de Údine, de una familia numerosa que sobrevivió a base de polenta, hija de emigrantes espabilados, expulsada de México, la Rusia de los años treinta era la gran esperanza, como para millones de seres sobre la tierra que miraban hacia Moscú después de la Gran Depresión de 1929. Para entenderlo hay que contextualizar aquel mundo que celebró con los locos años veinte el final de la hasta entonces más temible de las guerras, la Primera Guerra Mundial. La Depresión de 1929 acabó de nuevo con la esperanza de los obreros y pobres del mundo. Para millones de

desarrapados, la Unión Soviética era la respuesta a tanta injusticia de la historia.

Tina fue una de las primeras y grandes fotoperiodistas en México o Berlín. Fue enviada a España por la Stásova, con la ayuda humanitaria de la Cruz Roja soviética y con responsabilidad en la organización. Entró en España muy poco después del golpe de Estado contra la República, en julio de 1936. Abandonó la fotografía. Pensaba que o se iba a la guerra a ayudar y a luchar por las ideas o era fotógrafa. Ni siquiera cuando Gerda Taro o Robert Capa le sugirieron que hiciera fotos lograron convencerla. Lo suyo, lo primero, era ayudar a los que lo necesitaban. Había conocido *la desbandá* de Málaga a Almería, había ayudado y participado en ella, con el médico canadiense Norman Bethune, salvando vidas como responsable del Socorro Rojo. Quedó marcada, pero no vacunada contra el dolor. Un año y medio después, los campos de concentración de la frontera y la forma en que los franceses acogían a los republicanos españoles siguieron doliéndole, pero no le sorprendió la reacción de los guardianes de esos lugares. Sólo lloró, tras tres años de guerra, por la muerte de Antonio Machado. Llegó a verlo en Collioure, pero no pudo salvarlo. «Era mi amigo», sollozó ante Vittorio Vidali cuando se enteró de la muerte del poeta.

En el año 1992, una escritora tan notable como Elena Poniatowska le dedicó un libro memorable, *Tinísima*, seguido después por una biografía de Margaret Hooks y una preciosa versión de su vida en cómic de Ángel de la Calle. Además, en su condición de artista ya se han hecho exposiciones de sus obras. Y por su presencia activa en el México de Frida Kahlo, Diego Rivera o Siqueiros, su nombre ha aparecido en varias historias, siempre con las vinculaciones al comunismo, con España y México como fondo. Tras poner en valor su parte artística a finales del siglo pasado, esta prevalece hoy sobre el aura de espía, comunista fanática, triste y extraña, de hermosa mujer fatal para sus maridos y amantes.

También hay que recordarla por sus tareas humanitarias. Desde su trabajo de apoyo en *la desbandá* hasta los muchos meses de guerra en que trabajó en el Hospital de Jornaleros de Maudes, en Madrid. Por este hospital que requisó el Socorro Rojo poco después del golpe de Estado del 18 de

julio corrió, se desesperó, sufrió, vendó heridas, las curó, también guisó en sus cocinas. El edificio del hospital, obra de Antonio Palacios y Joaquín Otamendi, que lo levantaron al mismo tiempo que el Palacio de Telecomunicaciones y Correos en Cibeles (empezaron en 1909), ha vivido tantas vidas como avatares ha tenido la capital.

El granizo golpea la ventanilla con tal fuerza que la niña retira la cara del cristal en un acto reflejo, como si alguna de aquellas diminutas bolas blancas, duras, fuera a darla en los ojos. Al echarse atrás, se topa con el hombro de la abuela que dormita al lado, con la cesta sobre las rodillas. La vieja le pasa la mano por la frente, la cobija bajo su mantón de lana negro, acunando suavemente su cabeza para que se duerma. Olvida que es una niña, no un bebé. La abuela susurra.

–No te asustes, no se rompe el cristal, pero ¡qué frío! Debe de hacer más frío que en el pueblo.

El coche de línea ha girado en la calle Ríos Rosas de Madrid y sube por Alenza, hacia el número 32, donde está la estación de autobuses de la Continental Auto, muy cerca del palacio de la calle Maudes. Hace más de cuatro horas que salieron de Rascafría, un pueblecito a cien kilómetros de la capital, a las siete de la mañana. Arrancaron con retraso, porque con la nevada que empezaba a caer no sabían si ponerse en marcha. En la puerta de la señora Juana, la parada oficial del bus, Jorge, el conductor, consultó con el señor Pedro, el cobrador. Si arrancaban para Madrid, no estaba claro que lograran llegar. La situación no era nueva, cada invierno se repetía durante los días de nieve. A Jorge le gustaban los retos. Estaba orgulloso de ostentar el título que le habían otorgado sus vecinos del valle del Lozoya, el de buen y aguerrido conductor. Al señor Pedro, serio, bonachón y sesentón, con pocas ganas de tirar de pala y poner cadenas en la carretera, los retos le interesaban menos. Pero quería pasar la noche con su familia.

Conductor y cobrador miraron a la media docena de personas que esperaban su decisión en la salita caliente de la señora Juana, desabrochadas las pellizas, bajados los mantones. Todos de negro o gris. En aquellos años, todo era del mismo color. Se oía respirar al señor Manuel, que trasteaba en la alcoba, detrás de las cortinas, atándose los zapatos con fatiga por si tenía que ayudar a arrancar el coche. En voz baja, o eso creían ellos, todos querían meter baza en cuanto podían. Salir o no salir, he ahí la cuestión, murmuraba con ecos filosóficos el maestro de Lozoya, que había dormido donde no debía. Él quería salir: total, hasta Lozoya eran poco más de diez kilómetros. Tenía que estar en su puesto al abrir la escuela.

El conductor calculó: allí había otros dos hombres, el maestro y el señor Lorenzo, que ya estaba mayor, pero aún podía tirar de una pala para quitar nieve. El conductor conocía con bastante probabilidad quiénes más se iban a subir al coche de línea en las siguientes paradas, en Oteruelo, Alameda o Pinilla. Había que darse prisa, ese ventisquero que se formaba en la curva de Alameda era de lo peorcito. Al final, como casi siempre, triunfó la osadía. Las maletas de cartón y a rayas atadas con cuerdas se cargaron en el vientre del autobús; las cestas tapadas con trozos de mantel y mantas entraron detrás, seguidas del par de sacos de patatas y capachos de cuero a cuadros, donde en varios paños iba bien envuelto el pollo para los de Madrid. Aunque habían pasado más de veinte años desde el final de la guerra, la sensación de que en la capital había hambre y todo era más caro perduraba en las familias del pueblo.

Así que en las vísperas de Nochebuena –Nochebuena decían entonces en el valle, lo de la Navidad se extendió más tarde– quienes tenían hijos, sobrinos o cualquier otro familiar o amigo en Madrid cargaban con lo que hubiera en las despensas y en los gallineros. Restos del huerto de otoño o piezas de caza a cartucho perdigonero, más algún puchero de barro con tapadera enclenque, donde viajaba lo más preciado: el lomo y el chorizo de olla, de la reciente matanza. Se viajaba con más cestas que maletas, porque entonces importaba más comer que vestir. Eran recibidos como Reyes Magos en los pisitos de Cuatro Caminos, Estrecho, Tetuán. El caso era que

allí estaban. El coche de línea suspiraba calle Alenza arriba, sin haber sido derrotado por la nevada. Nadie había tenido que bajarse a quitar nieve, pero desde las cuestas de La Cabrera, los copos como trapos, suaves, tiernos, que se acoplaban sin rechistar en el pie de las ventanillas, se habían convertido en millones de granizos peleones, brutos, gamberros, agitados por una ventisca enemiga que había adormecido a los abuelos y asustado a la niña.

En Madrid todo era más feo, más grande, más brusco y… mucho más atractivo. Antes de girar para meterse en el hangar de la estación, mientras el conductor maniobraba alardeando de pericia, a la niña le dio tiempo a ver las torres del Palacio de Maudes. Palacio o castillo, daba igual. En aquellos momentos, las ráfagas de granizo envolvían las torres y el muro que rodeaba el sitio embrujado por tantas historias. Si le preguntaba a la abuela Carmen sobre quién vivía ahí o qué era aquello, ella tenía muy claro que era un palacio de una princesa muy rica y querida, que se había quedado sin príncipe porque este se había ido a buscar un tesoro.

–Si miras bien, por encima de las ventanas y los azulejos de colores, seguro que la ves con una toca o un velo blanco, como de novia. Siempre le está esperando para casarse. Igual un día le vemos regresar cuando volvamos a la estación.

Si le preguntaba al abuelo Lorenzo por la historia del lugar y la princesa de velo blanco que esperaba en los altos de las torres, la cosa era muy diferente.

–Es el fantasma de las enfermeras que se quedaron ahí, esperando a los soldados muertos que no pudieron curar y de los que se enamoraron. Una vez hubo una guerra y eso era el Hospital Obrero…

Pero el abuelo no podía seguir contando porque la abuela le mandaba callar, bajito, pero con fuerza y rabia.

–Calla, hombre, que te van a oír, no le metas cosas malas en la cabeza. Es una niña.

De nada servía que el abuelo dijera que no eran cosas malas sino buenas. Que los niños también tenían derecho a la verdad, que un hospital y los médicos excelentes que lo habían regentado eran algo que se podía

contar. La abuela tenía más fuerza y tiraba de la chaqueta de pana del abuelo, hasta hacerle callar para que no le rasgara el bolsillo.

Tuvieron que pasar unos años para que la niña se transformara en «niña mayor», pero aún no adolescente. Su colegio en el pueblo se quemó, la enviaron a estudiar a un internado al sur de la capital –qué dolor, sin árboles, sin montañas, sin flores, sólo cemento y monjas– para que una tarde el tío Vicente la acompañara de nuevo a Alenza (así llamaban a la estación del coche de línea) para coger el autobús en sentido inverso al que había hecho durante años. Ahora se iba a pasar las vacaciones de Semana Santa desde Madrid a Rascafría. El tío y la sobrina llegaron pasadas las cinco de la tarde a la estación. Sacaron el billete en la ventanilla enmarcada en latón dorado. Buscaron sitio entre los bancos de listones de madera que rodeaban la enorme sala de espera. Sólo había un lugar pequeño al lado de una pareja que al tío Vicente no le gustó. Tomó a la chica de la mano, cruzaron por la puerta que daba a los hangares –a la chavala le encantaba el olor a gasoil de ese lugar enorme de vigas voladas– y salieron para recostarse en la pared de enfrente, la del palacio.

–Tío, ¿quién vive en este palacio? ¿El príncipe ha encontrado a la princesa?

–Esto no es un palacio, sobrina. Esto era un hospital, el más moderno, el más famoso de Madrid. Aquí se vivieron días de gloria y de mucho dolor. Aquí trabajaron durante la guerra un montón de hombres y mujeres valientes, los mejores médicos y científicos de Europa, sabían mucho de sangre, de investigación para hacer transfusiones. Aquí venían los heridos de la Ciudad Universitaria, adonde tú irás algún día. Aquí curaron a gentes como Pasionaria y trabajaron mujeres de las que un día te hablaré, como Matilde Landa. Por aquí pasó un conocido mío, El Campesino, y aquí curaron a muchos, con esfuerzo y cariño, bajo las bombas. A algunos no sé para qué, luego vinieron los fascistas, los volvieron a capturar y los fusilaron. Este es el Hospital Obrero de la calle Maudes, sobrina. Ahora está abandonado. Se oculta su memoria más gloriosa, como tantas cosas en España.

Y así, aquel día, una tarde primaveral de marzo, víspera de las vacaciones de Semana Santa, la niña mayor de Rascafría aprendió varias cosas de golpe: que los palacios con princesas vestidas de novias no siempre eran lugares mágicos y a la vista para los niños de los años sesenta, que en España había habido una guerra que unos habían perdido y otros ganado, como en todas las guerras, pero que los ganadores no dejaban hablar a los perdedores. Su tío, recostado con ella en el muro del Hospital de Jornaleros o del Hospital Obrero, había contado la historia en voz baja, con rabia y atropello, con mucha tristeza también. Hablando bajito, terminaron por dar la vuelta al palacio, vieron las entradas de las calles Maudes y Fernández Villaverde, con sus torres y escaleras que hacían soñar con príncipes y princesas a los niños de la sierra pobre, que entraban en la capital con el coche de línea hasta Alenza, a la cochera de vigas voladas de la Continental Auto. Madrid olía a gasolina de desarrollo nada más echar el pie en aquella estación.

Nadie les hablaba de perdedores de guerras en esos viajes. Pero aquel hombre mayor que llevaba al lado a su sobrina era uno de los millones de perdedores, quizá con menos miedo que la mayoría. La chica aprendió también que los malos se llamaban fascistas (lo de los rojos malos ya lo traía aprendido de la escuela y del colegio del pueblo) y no nacionales, como le susurró el tío, quien terminó recomendando que no creyera nada de lo que las monjas del internado le contaban. Eran curas y monjas como las que habían encerrado con llave todos los medicamentos, las vendas, los bisturíes y las tijeras para que no pudieran operar a los heridos que llevaban a ese hospital en el otoño de 1936, cuando una enfermera de acento extranjero, conocida como María la del Socorro Rojo, trabajó allí como una mula y con otros muchos rojos, republicanos. No había entrado nunca cuando siguió siendo hospital militar durante la posguerra. «Ni siquiera cuando internaron a un amigo nuestro, que es sereno del barrio y herido de guerra, pero de los otros. Vino tu tía sola. Me daban arcadas sólo de pensar que entraba ahí», se atrevió a añadir. Porque después de 1939, fueron los militares vencedores quienes entraron en Maudes. Hasta poco antes de las seis, cuando arrancaba el autobús para el pueblo, el tío fue

contando, trocito a trocito, la historia secreta que contradecía la de la escuela y el colegio.

En aquel viaje de regreso al valle para los días de santos vestidos de morado y Cristo muerto en una iglesia que daba mucho miedo, la niña mayor recapituló, pensó y creció. Tres horas bien aprovechadas, por la carretera de Burgos a Francia, la entonces Nacional I. Se abría un mundo de preguntas. Al abuelo y al tío, los que menos miedo tenían, les tendría que preguntar más por el Hospital Obrero de Maudes, que nunca había sido un palacio. Y por la guerra. Habría que continuar con la historia sin que estuvieran ni la abuela ni las tías. Ellas tenían miedo, ellas no dejaban hablar. Sólo con el tiempo aprendió que ellas eran más hábiles para conocer al enemigo, para sobrevivir.

Muchos años después, la niña ya vieja se emociona con Elena Poniatowska y su *Tinísima*, con las gestas del Hospital Obrero de Maudes gestionado por el Socorro Rojo. Es una parte de la historia de Tina Modotti, voluntaria para todo ante la riada de heridos, más conocida por el seudónimo de María Sánchez; de la historia de la cubana María Luisa Lafita, de Mari Valero, de Matilde Landa, que gestionó el hospital con disciplina, como comisaria política. Y por supuesto la emoción crece cuando lee sobre el doctor Juan Planelles, un genio que salvó luego muchas vidas en la Rusia soviética, el descubridor de la vacuna contra la disentería, más el anestesista doctor Nafría. La fuga de cerebros de ciencias en la posguerra nunca se lamentará lo suficiente y siempre ha sido peor retratada que la de los intelectuales.

Cuenta Poniatowska: «La misma noche de la incautación del hospital, Juan Planelles fue nombrado por el Gobierno de la República director de Sanidad Militar de Madrid y de todo el ejército republicano, y el doctor Julio Recatero, su segundo. Incautar el hospital costó trabajo. Las monjas no querían soltarlo. “Si hay que abrir a tiros, vamos a hacer fuego”. Esperaron. No hubo respuesta. Los milicianos hicieron saltar los cerrojos a balazos. Cuando entraron, la mayoría había escapado, abandonando a los

enfermos». María Luisa Lafita, la comunista cubana, miliciana y peleona, lo contó en detalle.

Era difícil en los años setenta, cuando el hospital ya había sido otra vez abandonado, imaginar tras las ventanas de cristales rotos un quirófano de vanguardia donde podían hacerse hasta tres intervenciones a la vez, las cocinas modernas dotadas con todo tipo de enseres. De los sótanos salían los muertos en un vagón sobre rieles hasta el depósito de cadáveres… Pero todo, todo, estaba encerrado con llave o escondido. Las monjitas se habían llevado las llaves, habían dejado abandonados «a lacayos» de los ricos y aristócratas, viejitos tuberculosos que habían trabajado en grandes casas o palacios y que cuando no servían eran enviados al Hospital Obrero como desechos. Había un laboratorio científico magnífico, donde Juan Planelles podía trabajar con microscopios buenos en los pocos ratos que tenía; llegaba el doctor Bethune, quien antes de emprender el viaje con María Sánchez-Tina Modotti por la carretera de *la desbandá*, escribía y recibía de Canadá ayuda para investigar, para hacer transfusiones. Aquel lugar se convirtió en un gran hospital de sangre, donde incluso se estudiaba bajo las bombas, además de curar, alimentar, pensar. Y todavía soñar con el triunfo en la guerra.

Desde el hospital, en el barrio obrero de Cuatro Caminos, se oían los tiros y los bombardeos, las granadas. Estaban a un par de kilómetros del frente de la Ciudad Universitaria. Menos metros aún dependiendo de la calle que tomaras. Quienes rompieron cristales o cerraduras –como los del Socorro Rojo tras las monjitas– para entrar a refugiarse a partir de 1964 eran pobres de los habituales, «pordioseros de la calle» decían algunas crónicas, a menudo perdedores anónimos de la guerra; luego llegaron los drogadictos, también pobres… Más adelante vinieron los especuladores, estos más ricos, que quisieron derribar el hospital para levantar pisos en el Madrid del despegue económico, de los pisitos de setenta metros con paredes de papel. «Salvad Maudes», gritaron los vecinos. Y salvaron el lugar de ser malvendido y mal utilizado. Recién muerto Franco, en 1977, alguien se acordó de que era obra de Antonio Palacios, el gallego que había convertido Madrid en una capital con estilo en los años veinte, y se le

adjudicó su valor artístico. Con la democracia y los socialistas en un Madrid que ya era Comunidad, fue restaurado.

Hoy es sede de la Consejería de Vivienda, Transportes e Infraestructuras de la Comunidad de Madrid, y tiene una biblioteca. El hombre que peleó esta decisión, restaurar y convertir el palacio en consejería, se llama Eduardo Mangada Samain y nos lo encontraremos al final de este libro. Arquitecto, sobrino nieto del coronel Julio Mangada, el militar republicano que lideró la famosa columna Mangada. La columna en la que batalló Pedro Garfias, el poeta de la vanguardia, el altruista conocido por todos los literatos mexicanos, mencionado por Elena Garro. Muerto en el exilio mexicano como tantos otros de los nombres y los personajes que en este edificio resuenan. En el actual Palacio de Maudes, ¿nadie oirá las voces de tantas vidas pasadas? ¿Alguien recordará dentro a sus muertos? ¿A sus héroes? ¿A los derrotados que tanto lloraron cuando acabó la guerra y no pudieron escapar? Sus paredes restauradas, sus azulejos rojiazules quizá reflejen algunos rostros crispados por rencillas políticas entre las izquierdas, por celos como los de Tina Modotti hacia Matilde Landa, que era bien mirada y apreciada por el comandante Carlos, el hombre de Tina.

María Sánchez, o María Ruiz, o María Sánchez Ruiz, es decir, Tina Modotti, atravesó los campos de concentración franceses hundida como tantos otros, pero recibía ayuda de una organización como el Socorro Rojo y del Partido Comunista. Los comunistas se reencontraron en Perpiñán, contaban con el apoyo de los comunistas franceses, funcionaban. Y Tina logró hacer una escapada hasta Collioure, para ver a Antonio Machado. Cuando Vittorio Vidali lo buscó en Barcelona para sacarlo, el poeta, su madre, su hermano José y su mujer ya habían salido. Atravesaron andando los Pirineos, con la nevada y el frío aquí contados. Modotti llegó al Hotel Bougnol-Quintana de Collioure. Encontró a Machado muriéndose, a su madre muy enferma en la cama de al lado. Se despidió. Llegó a Perpiñán destrozada, entre lágrimas confesó a Vidali y a los camaradas la situación.

«Era mi amigo, era un gran poeta», clamaba. Nunca lo olvidó, pero no pudieron salvarlo. O había otras prioridades.

Una reacción bien distinta tuvo la escritora Elena Garro, la mujer de Octavio Paz, quien en 1937, durante el Congreso de Escritores en Valencia, acompañó a Paz y a otros miembros de la delegación mexicana a visitar al poeta y a su madre en su modesta casa de Valencia. Garro relata que la visita fue oscura, triste. Apareció un viejo vestido de negro, también triste, reprochón el poeta porque creía que iban a pedirle firma para algo. Qué cosas tiene la vida, qué vivencias y qué maneras tan diferentes de enfocar un mismo tiempo.

Leer *Memorias de España 1937*, de Garro, escrito más de cuarenta años después de los acontecimientos que relata –aunque dicen que desde los años setenta había ido tomando notas– genera asombro por la burla, la cruel ironía en ocasiones, con que retrata aquel viaje, recién casada con Octavio Paz. La ridiculización de los comunistas mexicanos (en algún caso con razón, visto en la perspectiva de medio siglo después) y la visión de una guerra que ella percibió durante semanas casi como un teatrillo y muy ajena (la visita al frente de la Ciudad Universitaria y la caracterización de Siqueiros son curiosas) convierten el libro en una crónica de detalles, sarcasmos, toques chismosos y parodias –especialmente de Paz y sus amigos más cercanos– que sólo en parte se comprende bajo la lucha que Garro desencadenó contra la prepotencia del luego Nobel de Literatura.

Puede que la tal lucha, el divorcio tumultuoso después de veintidós años de matrimonio, justificara algún intento de suicidio de Garro. Las confesiones de cómo él la había oscurecido, ninguneado, son rotundas, inolvidables: «Yo vivo contra él, estudié contra él, hablé contra él, tuve amantes contra él, escribí contra él y defendí indios contra él. Escribí de política contra él, en fin, todo, todo, todo lo que soy es contra él […] en la vida no tienes más que un enemigo y con eso basta. Y mi enemigo es Paz». Y envuelven los recuerdos de 1937 sus burlas por el entusiasmo ideológico de aquellos personajes y el ajuste de cuentas de la autora, sometida a una figura machista que con la perspectiva actual no la soportaría. Pero hay otras cosas sorprendentes en la escritora Elena Garro. Más de cuatro

décadas después, no sabe que Antonio Machado murió en Collioure: «Un tiempo después Finki Araquistáin me contó una y otra vez que los dos murieron caminando en la huida (Machado y su madre). Fueron muchos los que los vieron a pie, pero nadie se detuvo a recogerlos en su coche…». Cuando menos es extraño que una escritora en lengua castellana, que conoció en 1937 a uno de los poetas más grandes en ese idioma, tantos y tantos años después no supiera cómo y dónde había muerto Machado.

Otros rasgos extraños cubren esas memorias del segundo año de guerra. Por ejemplo, cuando habla de Gerda «Tarro». Escribe: «En el Congreso revoloteaba una chica rubia que llevaba una camisa de punto de color miel con motas blancas igual que la mía. La chica tomaba fotos con rapidez y tenía el aire melancólico de un canario extraviado: se llamaba Gerda Tarro y me llamaba la atención no sólo su camisa, sino su nombre tan parecido al mío. Gerda y su marido, Robert Capa, formaban una pareja hermosa…». Si tenemos en cuenta idénticas circunstancias, que Gerda era Taro, no Tarro, y que Garro escribe cuarenta años después, cuando la primera reportera gráfica muerta en un conflicto de guerra ya era un personaje mítico, asombra la errata. Quizá alguien nos diga que es una ironía. Gerda y Capa nunca se casaron.

En cuanto a Tina Modotti, Elena Garro se ufana de haber rechazado con rotundidad *la orden* de Angélica Arenal, otra de las asistentes en Valencia al Congreso de Escritores Antifascistas: «La camarada María quiere verte inmediatamente». «Yo sabía quién era, y la verdad, me daba miedo… Durante años escuché decir que Modotti se había hecho a un lado antes de que empezara el tiroteo [a Julio Antonio Mella, su amante]. Ahora era la compañera de otro poderoso fantasmón, a quien nadie veía tampoco: el comandante Carlos».

Cada vez que a Garro le insistieron en visitar a Modotti, ella se negó con un «no voy. No tengo nada que decirle». Está claro que estaba en su completo derecho, corrían rumores tremendos contra los estalinistas Contreras y Modotti. Pero unas líneas más adelante, su memoria o su información decaen otra vez. «Cuando terminó la guerra y los refugiados llegaron a México, vino una mañana a mi casa Angélica Selke a anunciarme

que la camarada Modotti había muerto en un taxi acompañada del comandante Carlos. Y que este llevó el cadáver al hospital Juárez. "Yo creo que se la cargó", me dijo en un susurro Ángela Selke».[1] En fin, la escritora Elena Garro como periodista que contrasta las informaciones de los hechos hubiera sido poco fiable. O quizá todos los recuerdos de su vida vinculados a Octavio Paz estaban desviados, matizados por el dolor de esa relación tan terrible. Porque este texto es de 1992 y el divorcio, con episodios muy crueles para Garro, se produjo en 1959. Pero 33 años después también en esta obra deja rastro sobre su matrimonio con el Premio Nobel: «Durante mi matrimonio, siempre tuve la impresión de estar en un internado de reglas estrictas y regaños cotidianos, que, entre paréntesis, no me sirvieron de nada, ya que seguí siendo la misma». Cuánto dolor tuvo que pasar para arrastrar tal resentimiento tanto tiempo después.

Y sin embargo, merece la pena leer los recuerdos de Garro. No hay épica, hay memoria de una joven a la que los miembros mexicanos de la Liga de Escritores y Artistas Revolucionarios (LEAR) tomaban el pelo, considerándola una pequeña burguesa. Paz la rebajaba, cuenta ella, acusándola de responder únicamente a la conciencia inculcada por su papá «y mi fatídica familia». Sólo hacía unos meses que estaban casados cuando llegaron a España en el caluroso verano de 1937.

Hay otra mujer, Clara Malraux, que por esa época también transita con el dolor y el fracaso por la vida compartida (o el infierno) con otro genio literario: André Malraux. A lo de genio ahora se une la crítica por su enorme ego y su personalidad avasalladora. Pero sus obras *La condición humana* y *L'Espoir* formaron y forman parte del imaginario colectivo de las generaciones del siglo pasado. Malraux, un aventurero con toques de estafador, pero también un héroe en España por haber estado al frente del escuadrón de pilotos que logró formar (aunque él apenas sabía pilotar), fue otro aprovechado del capital y la cultura superior de su mujer, la escritora Clara Goldschmidt. De familia judía y unos años mayor que André, la

amante-madre Clara fue apartada de la vida del escritor y político cuando este ya la había exprimido. O eso es lo que cuenta ella en *Fuimos dos*, un libro duro, terrible, triste. Clara nunca superó ni perdonó el abandono de André. En cuanto a su paso por la guerra de España, mientras él era un heroico piloto y escribía *L'Espoir*, calificada como una de las mejores novelas de esa guerra fratricida, de Madrid Clara lo que conoció fue el aeropuerto de Barajas, donde Malraux la dejó entrevistando a futuros pilotos. «En cuanto al apellido, pues sí, contra viento y marea lo conservé», recoge en *Nos vingt ans*, sus memorias.

La pareja llegó pocos días después del golpe militar. Clara se topó con los bombardeos de la capital, pero no escribió mucho sobre España, salvo una historia en *Regards*. Puede que pesara el hecho de que ya estuviera en crisis con André Malraux. Asomaban sus distancias ideológicas, Malraux se acercaba a los comunistas, Clara a los anarquistas. Sus sentimientos destilan dolor contra André Malraux. Compara, piensa: Elsa Triolet, la mujer de Louis Aragon, ha publicado su primer libro (*Bonsoir, Thérèse*) sin que el poeta se enfadara. «Al contrario, no recibe más que alabanzas; este la anima mucho a publicarlo». Que escriba no molesta a Aragon, ni que se la reconozca públicamente como escritora. Entonces, ¿por qué tiene Clara tanto miedo de revelarle el secreto a su marido?

Ese miedo que esboza Clara hacia la opinión de su marido si ella descolla se perfila en otras parejas llegadas a cubrir la guerra civil: Tina Modotti y Vittorio Vidali (a ella no le pasó lo mismo con Robo o con Xavier Guerrero); Kate Mangan, la colaboradora de la Oficina de Prensa de Constancia de la Mora, y su pareja, el brigadista Jan Kurzke (quien la borró de sus memorias, como veremos), o la mismísima Constancia de la Mora con Hidalgo de Cisneros, que, recordemos, únicamente le dedica unas menciones en sus memorias pese a la intensidad de lo vivido juntos. Las tres fueron compañeras de personajes reconocidos, con aureola de héroes, pero como tantos aureolados, con un lado oscuro. Sólo que mientras Modotti no parece que se sintiera «señora de» –sus convicciones políticas superaban esa faceta–, Elena Garro y Clara Malraux tuvieron que soportar

esa carga hasta el final, ocupando un espacio precioso en sus vidas, hasta el punto de llenarlas de amargura.

Tanto André Malraux, que terminó como ministro de Charles de Gaulle en 1969, como Octavio Paz han ninguneado en sus memorias a sus respectivas mujeres. Curiosamente, todo lo contrario que Vittorio Vidali, que tal y como le dijo a Elena Poniatowska tras diez días juntos, hablando de Tina, si ella no iba a publicar pronto el libro, lo haría él. Y lo hizo: *Retrato de una mujer: una vida con Tina Modotti*. Poniatowska tardó muchos años en escribir *Tinísima*, lo dejaba y lo retomaba una y otra vez.

---

1. Así en el original.

CAPÍTULO IV

Ilsa Barea-Kulcsar, revolucionaria, intelectual y sabihonda

Tampoco Ilsa Barea-Kulcsar fue ninguneada por su compañero y marido, Arturo Barea. Al contrario. El tercer libro de *La forja de un rebelde*, titulado *La llama*, tiene una segunda parte dedicada a su historia con la austríaca, en la que destacó la capacidad intelectual y profesional de la mujer que fue el descubrimiento de su vida. Bajo los obuses de la Gran Vía, mientras se censuraba a los corresponsales extranjeros, el edificio de la Telefónica fue el escenario de un gran amor y un gran trabajo. Arturo Barea Ogazón aún no era escritor en el verano de 1936. Sólo un buen republicano, de orígenes humildes, extrabajador de una oficina de patentes, exbancario, casi autodidacta –dejó la escuela a los trece años porque tenía que trabajar–, afiliado a la UGT; hablaba francés, idioma que, sumado a su lealtad a las ideas republicanas, lo llevó hasta la oficina de prensa que vigilaba las crónicas de los corresponsales extranjeros, transmitidas desde el edificio más moderno de la capital. Ese tipo de aspecto serio –«cadavérico», lo definió John Dos Passos– cayó rendido en un par de días ante una mujer extranjera, regordeta, de zapato tocho y antifemenina para los criterios de la época, pero con unos ojos grises fascinantes, una capacidad de organización y humanidad que desarmaban. Ella hablaba varios idiomas: alemán, inglés, francés, un poco de italiano y latín, que la ayudó en todo. Con esos antecedentes, aprendió español a marchas forzadas. Se llamaba Ilse Wilhelmine Elfriede Pollak Kulcsar. Cuando salieron de Barcelona, en 1937, ya había añadido a su apellido el de Barea, porque ambos habían logrado divorciarse de sus anteriores parejas y casarse antes de partir al exilio, primero a Francia y luego a Gran Bretaña.

Barea comenzó a escribir *La forja de un rebelde*, su trilogía sobre la guerra civil –quizá la obra de ficción más importante sobre el conflicto escrita en el exilio– al final de la contienda. Pero no se publicó en España hasta 1978, porque durante la dictadura franquista fue imposible. Fue Ilsa quien la tradujo al inglés (*La forja* se editó en Inglaterra en 1941, *La ruta* en 1943 y *La llama* en 1946), y con sus traducciones ella se convirtió en el principal sustento económico de su marido y de una parte de la familia –los padres de Ilsa, judíos huidos de la Alemania nazi, y las sobrinas de Barea– hasta varios años después de terminada la Segunda Guerra Mundial. Ella escribió una sola novela, titulada *Telefónica* (en 1939; acabó el manuscrito el 31 de marzo, un día antes de la proclamación de Franco: «Cautivo y desarmado el Ejército rojo»), además de ensayos y artículos políticos. Tradujo a importantes escritores del inglés al español y viceversa, del alemán y al revés, y desempeñó una labor silenciosa en la Segunda Guerra Mundial. Ya en Inglaterra, en agosto de 1939, le entregaron un telegrama donde le indicaban que marchara a Evesham para trabajar con el Monitoring Service, el servicio de escuchas de la BBC. Junto con otros reconocidos emigrados políglotas escuchaba la radio alemana, traducía y hacía informes, además de dar conferencias. Se multiplicaba traduciendo también para otros servicios, porque sus ingresos eran no sólo el principal sustento de la familia, también de amigos refugiados que pasaban por su casa en Middle Lodge, a las afueras de Oxford.

Sobre su presencia en la Telefónica, su papel y el aprecio que le tuvieron corresponsales y autores extranjeros, escribieron quienes vivieron la resistencia de Madrid, que comenzó el 7 de noviembre de 1936. De *la austríaca* o *Ilsa la de Telefónica*, como la llamaban cariñosamente pasadas las primeras semanas, anotaron desde Herbert Matthews y Henry Buckley, quien destacaba lo muy seriamente que ella se tomaba su papel de apoyo y censura a los periodistas internacionales, a John Dos Passos o Gustav Regler. Este notable escritor, corresponsal y socialista alemán que había peleado en la Primera Guerra Mundial, luchado ya contra Hitler, huido a París y que dirigió la XII Brigada Internacional se hizo amigo de Ilsa y Arturo. Mucho más de ella, a quien animó y secundó en la mejora del trato

y la información que dar a los corresponsales extranjeros. Regler, que había sido uno de los amantes breves de Clara Malraux cuando esta trataba de recuperar a André, es uno de esos personajes que se movieron por el corazón de Europa desde la Primera Guerra Mundial, muy cercano a las experiencias comunistas-socialistas de los Kulcsar.

Además de la amistad con Regler, hubo otros episodios que quedaron entre los chascarrillos de los corresponsales en aquellos ajetreados días de Madrid durante el otoño de 1936 y la primavera de 1937. Por ejemplo, la bronca que *Ilsa la de Telefónica* echó a la estadounidense Virginia Cowles. Como veremos, durante tres días la Cowles desapareció, arrastrada por el soberbio general soviético Gal, que no quería dejarla volver hasta que dejara de comulgar con la fe comunista. Su ausencia preocupó a todos los compañeros –había sido Hemingway quien la había avalado en Madrid como chica finolis, que luego resultó una gran periodista– y funcionarios vinculados a la prensa internacional. A su regreso, Ilsa la abroncó por ir por libre y ponerse en peligro.

Otra extranjera, con la que iremos hasta Valencia, Kate Mangan, quien trabajó también en la Oficina de Prensa Internacional, describió a Ilsa como rechoncha y bigotuda (*plump*, *moustached*), pero las opiniones femeninas no asustaban a esa mujer que tenía arrestos para todo. Una parte de su aspecto estaba preparado, como ella misma cuenta: «Busqué cuidadosamente vestidos tipo saco, de los que hoy se diría que no eran sexis, porque no quería complicaciones de ese estilo, y me compré en Praga zapatos planos de suelas resistentes que servirían para hacer marchas a campo través […] contaba con la posibilidad de tener que huir a pie de Madrid». Esos queridos zapatos *fallecieron* achicharrados por una bomba que cayó en su habitación del hotel Gran Vía, afortunadamente cuando Arturo y ella estaban fuera. Como cuenta Barea, ese día por casualidad renunciaron a comer allí, como Ilsa quería.

Arturo Barea cita lo que escribe John Dos Passos en *Viajes de entreguerras* sobre una de las experiencias vividas con Ilsa y él: «Ayer mismo la mujer austríaca encontró que un casco de metralla había provocado un incendio en su habitación y que todos sus zapatos se habían

quemado, y el censor había visto convertirse, bajo sus ojos, una mujer en pulpa sangrienta».

Ilsa estaba donde quería estar, donde entendía que debía estar, tal y como relata, después de que el Gobierno de Largo Caballero escapara a Valencia, convencido de que la capital caería en días. Fue un hecho vergonzante que recogieron los pocos corresponsales que se quedaron –algunos en sus embajadas, esperando el triunfo de Franco– e iban a reprochar los resistentes y defensores de Madrid durante los dos años siguientes, con ironía y desprecio hacia los políticos y los funcionarios escapados. Arturo Barea no huyó, se quedó al frente de la prensa en la Telefónica, el rascacielos emblemático de Madrid, donde se jugaba el futuro de las telecomunicaciones internacionales, las noticias, las crónicas, la propaganda de una guerra que en ese noviembre de 1936 nadie creía que fuera a durar casi tres años. Allí llegó Ilsa, cuando Aurelia, la mujer de Barea –doña Pepita en la novela *Telefónica*– ya había partido a Valencia con sus cuatro hijos.

> Cuando el 1 de noviembre de 1936 aterricé en Alicante para volar desde allí a Madrid, tenía 34 años y llevaba casi 18 de intensa actividad en el movimiento obrero de Austria. La mayor parte de ese tiempo había trabajado como funcionaria, oradora y periodista en organizaciones socialdemócratas. También en la ilegalidad de 1934 y en la consiguiente emigración a Checoslovaquia, mi grupo socialista y la revista trimestral que yo redactaba formaban parte del sector socialista en un sentido amplio. Por otro lado, en la Antigua Edad de Piedra anterior a 1925, mi primer marido (Leopoldo Kulcsar, Poldi) y yo habíamos pertenecido al Partido Comunista de Austria –lo que más tarde tuvo graves consecuencias para mi posición en España–, del que había salido por desacuerdos… También había estado presa dos veces por motivos políticos, en la Hungría de Horthy y bajo el austrofascismo de Dollfuss, por lo que había puesto mis nervios a prueba en situaciones francamente difíciles. Me parecía que tenía que participar en la Guerra Civil, no sólo porque allí se estaba disputando el combate más importante entre fascismo y democracia –una democracia que contenía el germen de un futuro socialista–, sino también porque yo, con mi experiencia en el periodismo internacional, tal vez podría ser útil incluso después de la victoria participando en la formación cultural de los trabajadores.

Ese largo párrafo autobiográfico, del texto periodístico *Madrid, otoño de 1936* (incluido en *Telefónica*), ayuda a hacerse una idea clara de quién era Ilsa Barea-Kulcsar cuando llegó a España, con una educación y trayectoria muy superior a la de quien sería su segundo marido. La notable diferencia de Ilsa con respecto a las otras mujeres de la época es que a ella tanto Arturo como Poldi –también le termina llamando así Barea– le reconocieron siempre su valía. Incluso en las conversaciones que Arturo mantuvo con el ex de la austríaca y que contó en *La llama*, ambos hombres eran conscientes de la capacidad intelectual y organizativa de la mujer a la que amaban. Quizá esa fue una de las razones por las que Ilsa Kulcsar Barea –o Ilsa Barea-Kulcsar, depende de dónde firme– nunca tuvo necesidad de cambiar sus apellidos matrimoniales. En el caso del de Kulcsar, como fue ella quien rompió el matrimonio, quizá fuera un cierto reconocimiento. Poldi murió poco después de que Arturo e Ilsa estuvieran con él un tiempo en Barcelona, donde los dos hombres se vigilaban mutuamente. Kulcsar concluyó que Barea cuidaría de Ilsa y que incluso la merecía. Ella lo había elegido y eso bastaba.

La seguridad en sí misma de la austríaca y su capacidad organizativa le venían de una familia y una educación notables, frente a otras mujeres contemporáneas a ella. Nacida en Viena el 20 de septiembre de 1902, era hija de un pedagogo respetable y conocido, Valentin Pollak, quien dirigió un instituto donde acudían los hijos de la burguesía judía de la capital austríaca. Su madre, Alice von Zieglmayer, era de una familia de la baja aristocracia.

Ilsa fue alumna en el primer instituto femenino en el que las mujeres podían cursar estudios secundarios y formarse para una carrera universitaria. Era un centro progresista con profesores como el pintor Oskar Kokoschka, el arquitecto Adolf Loos o el músico Arnold Schönberg. El padre de Ilsa también fue profesor allí. En plena adolescencia, la joven Pollak entró en el Movimiento Socialista de Estudiantes de Enseñanza

Media y de ahí pasó a la Universidad de Viena, para estudiar Ciencias Políticas y Derecho. Le costó ocho años terminar la carrera, porque se enroló en todas las causas políticas y sociales de entreguerras. Militó primero con los socialistas, luego con los comunistas. A estos también estaba afiliado Leopold Kulcsar, quien sería su marido. «Los Kulcsar» se convirtieron en una pareja de activistas destacados y brillantes, que se metían en las peleas entre comunistas y socialistas de Austria y Alemania. A ella la acusaron de espiar para los soviéticos en Rumanía y Hungría, entró en la cárcel –también su marido–; rompieron con los comunistas, volvieron a los socialistas. La historia de la pareja encarna buena parte de las contradicciones de aquellos años, de la Viena y del Berlín de entreguerras. Sus dos estancias en la cárcel, aunque no muy largas, empeoraron algunas de las enfermedades de pulmones y fiebres infecciosas que Ilsa arrastraría toda la vida.

Cuando estalló la guerra en España, tuvo muy claro lo que significaba: era el primer frente contra el nazismo y el fascismo y quería participar en la batalla. La forma de lucha que más conocía era la de las letras, el periodismo y la propaganda. Se empolló la prensa española –gracias al latín, al francés y al italiano– y analizó los fallos de comunicación que había en las crónicas internacionales sobre España. Manos a la obra, escribió un memorándum para Luis Araquistáin, el periodista y escritor socialista que fue nombrado embajador de la República en París en 1936. En ese documento, Ilsa le informaba «sobre los errores y las posibilidades de la propaganda republicana en el extranjero». Araquistáin la invitó a ir ella misma a España. Iba a trabajar, ¡gratis!, para tres periódicos socialistas. Consiguió recomendaciones notables, como la del socialista Otto Bauer –recomendación que luego casi le cuesta la vida– y se plantó en Alicante. Allí, en una larga noche de espera del avión que la llevaría a Madrid (fue el último de esa línea aérea, cuenta ella) en la terraza del Hotel María Cristina, mantuvo durante horas «una extraña conversación con el escritor André Malraux, que estaba esperando que lo recogiera un caza de la unidad que él mismo había organizado». Por entonces, Ilsa no sabía mucho más de Malraux. «Del mismo modo que a veces se conversa en un tren de forma

inesperada y personal con un desconocido, él habló de aquello que me aguardaba en Madrid: descomposición dentro del Partido Socialista, duplicidad en la naturaleza de los movimientos anarquistas con su talento para la improvisación y su rechazo frontal a la planificación central; intentos de organización por parte de los comunistas, pero en realidad no a las órdenes de mandos oficiales».

Sólo habían transcurrido tres meses y medio desde el levantamiento fascista, pero Malraux tenía la suficiente experiencia de trato con todos los bandos de la izquierda como para describir el panorama. Tampoco se equivocó mucho, y eso que aún perduraban la euforia y la hermandad del *camarada* y el saludo de «¡Salud!» como símbolo de igualdad y compañerismo. Los uniformes milicianos reinaban en las calles y no había desaparecido Andreu Nin, ni había estallado mayo de 1937 en Barcelona.

Cuando Ilsa aterriza en Madrid y se persona en el Ministerio de Estado (el Palacio de Santa Cruz, hoy Asuntos Exteriores), entonces sede central de lo que quedaba de autoridad del Gobierno, todos están haciendo las maletas para escapar a Valencia, dando por hecho que la caída de la capital sería al día siguiente. Los corresponsales que quedan le aconsejan que se largue de Madrid inmediatamente; le confirman que el Gobierno se va. Con su pasado y los fascistas a punto de tomar la ciudad, corre un enorme peligro. Sus cartas de presentación en ese Madrid ya no importan. Iban dirigidas a cargos que salían para Valencia. Pero a ella sí que le importan los milicianos aguerridos, valientes, de pañuelos rojos, o rojos y negros, al cuello. Las mujeres más jóvenes en la calle no se rinden o no escapan, frente al miedo y las prisas que se respiran en el ministerio. Las gentes de Madrid quieren luchar. El 5 de noviembre de 1936 se topa con Gustav Regler, en el Hotel Gran Vía –justo enfrente de Telefónica, en Gran Vía 25; hoy sigue siendo hotel–, donde ella y otros corresponsales se hospedan. Regler, cansado, le vuelve a contar una parte de lo esbozado por Malraux: las peleas ideológicas entre los republicanos, pero sobre todo que son los fascistas los que tienen las armas y los aviones. Además de un ejército bien organizado, frente al caos que reina entre los defensores de la democracia, formados por un puñado de voluntarios con poca o ninguna formación militar.

Entre el 6 y el 7 de noviembre se confirma la marcha del Gobierno a Valencia, convencido de que las fuerzas sublevadas del general Varela entrarán en horas. A Ilsa la trasladan a Valencia con todo ese personal, porque dependía del Ministerio de Estado. Se avergüenza en cada control ante la mirada despreciativa de los soldados a los que huyen. Desertaban. Cuando llegan a la oficina oficial de prensa de Valencia, se enteran de que Madrid no había caído. El «¡No pasarán!» era más que un lema. En la capital del Turia, la austríaca se da cuenta de la confusión que reina en las noticias de las agencias de prensa internacional y lo mal encauzadas que están las informaciones frente a un hecho heroico como la defensa de la capital. Su percepción es que en ocasiones los funcionarios de Valencia echaban en cara su heroísmo a los defensores de Madrid. Una semana después regresa allí con otros dos corresponsales y entra en la Telefónica. Era un 16 de noviembre.

El Madrid sitiado de la segunda mitad de noviembre y de diciembre de 1936 que veía y vivía desde la Oficina de Prensa confirmó lo acertado de su regreso. Los socavones de las bombas en la Gran Vía; el sótano del estado mayor en el Ministerio de Defensa de la calle Alcalá-Puerta del Sol donde verá más de una vez al general Miaja, el defensor de Madrid; su admiración por quienes resisten en el frente de la Casa de Campo y la Ciudad Universitaria son indescriptibles. Sabe que se lucha en Villaverde (con el general Enrique Líster al frente), en Vallecas, Puente de la Princesa, Carabanchel, en el Puente de los Franceses y Húmera con Pozuelo de Alarcón. También en Boadilla del Monte, donde más tarde los brigadistas jugarán un papel importante. Esa era «la gente a la que me unían el peligro y el deber: todo eso era mi Madrid, el sector de la Guerra Civil que conocí de cerca o al menos de otra manera por la peculiaridad de la tarea que se me había encomendado». Y entre bombas, cristales que revientan los cuartos donde trabaja, literas de campaña para dormir días y días, tensiones y presiones políticas, conspiraciones que por poco le cuestan la vida en un par de ocasiones, allí Ilsa Kulcsar encuentra a un español enjuto, serio, roqueño y con poca empatía para tratar con los periodistas, un tal Arturo Barea. No

podían tener menos en común para que estallara una historia de amor que duraría más de veinte años, hasta la muerte de él.

Una madrugada de noviembre, cuando el censor Barea está en el pasillo y se alumbra con una lámpara de bolsillo para leer y censurar los *despachos* de los informadores durante una alarma por bombardeo, llega una partida de periodistas. Pese a la alerta, esos pesados llegan, comenta Barea con sus colaboradores. Entre ellos iba una mujer. Y Arturo la retrata (en *La llama*):

> La mujer se sentó frente a mí al otro lado de la mesa: una cara redonda, con ojos grandes, una nariz roma, una frente ancha, una masa de cabellos oscuros, casi negros, alrededor de la cara, y unos hombros anchos, tal vez demasiado anchos, embutidos en un gabán de lana verde, o gris de algún color que la luz violada había indefinido. Ya había pasado de los treinta y no era ninguna belleza. ¿Para qué demonios me mandaban a mí una mujer desde Valencia? Ya era bastante complicado con los hombres. Mis sentimientos todos se rebelaban contra ella.

Esa misma noche, la mujer extranjera se percata de los problemas que aquel tipo seco y enfurruñado tiene con el idioma inglés y los corresponsales. Le ofrece su ayuda, coge los textos y con eficacia subraya, tacha, corrige… Pero eso no es suficiente para Arturo, mosqueado además porque ella le ha ofrecido apoyo llamándolo «camarada». Y él no es camarada de ninguno de esos periodistas, algunos de los cuales «son fascistas declarados», apunta Barea. Es entonces cuando Ilsa le confiesa sus valores socialistas. Con todo, eso no basta para un tipo muy machote, casado, con cuatro hijos, con una querida –María, empleada de Telefónica– que lo persigue y pulula enredando por todo el edificio, después de haberla tenido como amante durante tiempo. Barea se muestra rencoroso, desconfiado y malhumorado al ver partir al Gobierno para Valencia, acompañado de muchos cobardes y funcionarios cómodos. No hay tiempo para las sonrisas ni la amabilidad, sólo para ser seco y, como mucho, de vez

en cuando, ofrecer uno de los cigarros que continuamente tiene en la mano. Cuando Ilsa, poco a poco, le va contando su historia en las horas siguientes, él no cede: «Tenía un grado universitario como economista y socióloga, pero por muchos años se había dedicado a trabajos de educación y propaganda en el movimiento obrero. "¡Buena pieza me había caído en suerte! ¡Revolucionaria, intelectual y sabihonda!", pensé para mis adentros».

Todos los temores de Arturo se diluyen en un par de días. Ilsa se gana el favor de los corresponsales, porque sabe qué necesitan, cómo ayudarlos. El episodio con Regler que Barea relata es fácil de entender para los amantes del buen periodismo:

> Un día que Gustav Regler vino del frente con botas altas de cuero, muy flamante en su nuevo cargo de comisario político en la XII Brigada –la primera de las Brigadas Internacionales–, se lanzó en un apasionado discurso en alemán con Ilsa como auditorio. Ilsa escuchó atentamente y después se volvió hacia mí:
>
> –Tiene razón. La Brigada Internacional es la cosa más importante que ha pasado durante años en el movimiento obrero y sería una inspiración tremenda para los trabajadores de todas partes, si supieran sobre ello. Piensa en esto: mientras sus gobiernos están organizando la no intervención… Gustavo está dispuesto a llevar a los periodistas a su cuartel general y a hacer que el general Kleber los reciba. Pero no sirve de nada si nosotros no dejamos pasar sus historias. Yo estoy dispuesta a hacerlo.

Ilsa convence a Barea y asume la responsabilidad de enviar a periodistas al frente, al cuartel general de las Brigadas Internacionales, para ver al general Lukács y al general Kleber. Cuenta que cuando Mijaíl Koltsov –periodista y el hombre de Stalin en Madrid– vio las copias de los reportajes, estuvo a punto de fusilarlos en un ataque de rabia. Hasta que al día siguiente, leyendo las excelentes crónicas y el cambio de tono en los artículos, les dieron carta blanca. También los llevan a las zonas bombardeadas, para que retraten los efectos brutales, con niños muertos en Vallecas, Getafe, por los barrios más pobres de las afueras. En resumen, se trataba de movilizar las conciencias internacionales con datos, no ocultándolos.

En unos días, los cambios en el trato de Kulcsar hacia sus colegas se notan en las crónicas, pero ella también detecta algo que ni Regler ni ella misma habían previsto, cuando deciden organizar las visitas al frente: los periodistas caen fascinados ante las Brigadas Internacionales, pero las que son de su propio país. Así, los americanos se centran –y harán famosa– a la Lincoln, los alemanes al Batallón Thaelmann, los italianos al Batallón Garibaldi y los franceses y belgas al Batallón André Marty. Cada corresponsal habla de sus compatriotas en los diarios de su país. A Ilsa esa propaganda y esa forma de informar le resultan arbitrarias, parece que Madrid sólo la defienden los extranjeros. No era cierto y además era injusto para los españoles, que luchaban contra los fascistas como leones y con escasos apoyos, ante el sorprendente abandono de la República por parte de Francia y Gran Bretaña:

> Al poco tiempo parecía casi que los extranjeros eran el factor decisivo en la guerra. Eso no sólo era objetivamente falso, sino también ofensivo para los españoles. Ese periodo informativo pasó, pero no sin que la censura se volviese más severa: teníamos órdenes estrictas. Sin embargo, todavía hoy me parece que en algunos libros sobre la Guerra Civil ronda como un fantasma tanto una sobrevaloración del papel de las Brigadas Internacionales como una infravaloración de los soldados españoles.

Hay otro detalle interesante sobre la austríaca. Pese a su aparente indiferencia ante su aspecto exterior –vestidos de saco, zapatos prácticos, pocos afeites femeninos–, le sucede lo que a otras muchas compañeras. Si cruzando la Gran Vía para ir al hotel desde Telefónica le pilla un bombardeo, cosa que sucede en varias ocasiones, y puede morir, lo que se pregunta es: ¿a qué huele mi sujetador después de dos o tres noches sin pegar ojo, descansando en un catre de campaña? Es consciente de lo absurdo de las preguntas que una se hace en situaciones así. Y en *Telefónica* ese pensamiento se lo atribuye en una ocasión a Anita Adam –su avatar en la novela– y en otra a Paquita –el avatar de María, la amante de Agustín-Arturo–. Peleonas, sí, pero sin renunciar a la condición femenina, inculcada

desde la cuna y tan útil en los hospitales, en el frente o en las oficinas de la retaguardia.

Las semanas avanzan, ellos trabajan, pero al fin y al cabo Ilsa era una extranjera y no tenía ningún partido que la respaldara, por más eficiente que fuera. Las confabulaciones y sospechas de los comunistas sobre la ya reconocida pareja Barea-Kulcsar hacen que los envíen a Valencia para descansar. En teoría. Constancia de la Mora ya había tomado la decisión de nombrar secretaria de la Liga de Intelectuales Antifascistas a una recomendada de la escritora María Teresa León, compañera de Rafael Alberti, según cuenta Arturo. María Teresa y Constancia eran comunistas recientes, miembros del partido y con fuerza e influencia. Barea incluso reconoce a Constancia de la Mora como una organizadora eficiente que había mejorado la relación con la prensa: «Buena moza, llena de carnes, con grandes ojos negros; con los modales imperiosos de una matriarca, con la simplicidad de pensamiento de una pensionista de convento y la arrogancia de una nieta de Antonio Maura». Resentido o no, hay que reconocer a Barea que lo de «simplicidad de pensamiento de una pensionista de convento» es una descripción magistral. Para copiar.

Al final, el censor y la austríaca terminan escuchando el consejo que les da en Madrid el más famoso de los curas republicanos, Leocadio Lobo, amigo y consuelo de Arturo en las horas más oscuras: «Ahora escucha la verdad, Ilsa. A ti no te quieren aquí. Sabes demasiado, conoces a mucha gente y haces sombra a los otros. Eres demasiado inteligente y aquí no estamos aún acostumbrados a mujeres inteligentes… Tú no puedes evitar el ser como eres, así que te tienes que marchar y llevar contigo a Arturo». El sacerdote hasta le pide perdón y añade un «somos tus deudores». (El padre Lobo murió en el exilio, en Nueva York, en 1959).

Cuando Barea empieza la trilogía de *La forja de un rebelde*, ambos ya son una pareja compenetrada, capaces de escribir y corregirse mutuamente, como habían empezado a hacer en el durísimo año que pasan en París, en la pensión de la calle Delambre. «Hotel Delambre. Rue Delambre. Si lo pronuncias como en español, es hotel del hambre y la calle del hambre», le dijo Arturo a Ilsa. Y es cierto que pasaron mucha hambre y frío entre 1937-

1938, el periodo que sobreviven en Francia y en el que ambos se turnan para utilizar la misma máquina de escribir. La que habían sacado desde España y que Arturo había arreglado con mimo, tras ser desechada por un corresponsal. Escribe el profesor Georg Pichler en el epílogo de *Telefónica* que «ni hay que subestimar el papel de Ilsa en la obra de Arturo, ni el impulso que Ilsa recibió por parte de Arturo».

Vale. Aunque quizá sí que podamos elucubrar qué habría sido de Arturo Barea si no hubiera encontrado a Ilsa Kulcsar. ¿Hubiera seguido casado con Aurelia, su mujer, aunque en *La llama* reconoce que el matrimonio estaba fracasado? ¿Se habría casado con su amante, la telefonista María? ¿Ambas le hubieran dado el impulso necesario para que se pusiera a escribir sus cuentos, sus libros? Si una mujer educada para tener las mismas posibilidades que un hombre, políglota, intelectual como el mismo Barea escribe con sorna al conocerla, no hubiera caído en el camino del censor republicano, es muy posible que la vida de este hubiera sido bien distinta. Su esposa –una clásica ama de casa llena de niños de la España de los años treinta– y su amante nunca contaron con los mismos medios que Ilsa. Dime dónde has nacido y te diré quién eres. Aurelia y María tenían nula influencia intelectual y política en el futuro escritor; sin Ilsa, quizá Arturo hubiera disfrutado de la vida de funcionario a la que parecía destinado. Y sin los contactos internacionales de ella, es dudoso que en París y en Gran Bretaña hubieran sobrevivido. Pero cuando se hacen supuestos de este tipo, a menudo son considerados de mal gusto, fuera de lugar. Por contra, en los casos de Nancy Cunard, Tina Modotti, Elena Garro, Clara Malraux… se da por supuesto que les deben tanto a sus amantes o maridos que no hay problema en escribirlo o comentarlo. Y se agradece a Arturo Barea que reconozca y ponga en valor, sin recato alguno, el amor que sentía por Ilsa y su capacidad intelectual y profesional.

Cada día, miles de personas pasan por la Gran Vía. «La Telefónica tiene un aspecto fantástico cuando se alza la vista. Allí está el octavo piso. Allí

explotó la granada de mortero», escribe Ilsa en su novela. De esos miles de personas que patean la Gran Vía, raro es el que mira más allá de la altura de los ojos. Los escaparates devoran nuestra atención. En el número 28 de la calle más famosa de Madrid se levanta el edificio de la que originalmente fue la primera gran compañía telefónica de España. Una belleza creada entre 1926 y 1929 que se convirtió en el primer rascacielos de España. Y uno de los primeros de Europa, según rezan las leyendas. Pero la torre diseñada por el joven Ignacio de Cárdenas –por deseo del presidente de la ITT, Sosthenes Behn, principal accionista de Telefónica– es mucho más: tuvo intensa vida, encierra memoria y acogió todas las pasiones humanas, las más nobles y las más viles de los tiempos convulsos. Debe de ser el rascacielos más internacional de este país, porque durante los tres años de la guerra civil protagonizó crónicas y novelas de famosos periodistas y escritores de todas partes. Sus fachadas, sus puertas, sus ventanas, sus pisos, sus acabados se miran de otra manera cuando descubrimos que durante la contienda fue un microcosmos social, una pequeña ciudad en guerra distribuida en trece plantas. Por ellas se repartían todas las clases sociales que protagonizaron los conflictos más brutales: en los dos sótanos, niños, mujeres, ancianos, y un par de pisos más arriba, heridos en los bombardeos que se sucedían en la calle. Familias enteras refugiadas que habían huido de los pueblos de alrededor de la capital, machacados por los fascistas. En los otros pisos, milicianos, partidos, sindicatos, telefonistas, periodistas, mandos militares, accionistas americanos, espías de la Quinta Columna. Héroes, cobardes, leales, traidores. Y mucho amor. Es sabido que el miedo y el deseo habitan idéntico territorio en el cerebro, comparten la aceleración del corazón, los pelos de punta y segregan la dichosa adrenalina y unas ganas de vivir al límite que no han cambiado desde las guerras sumerias.

Ilsa entra en la Telefónica el 16 de noviembre de 1936. Desde el levantamiento del 18 de julio, la torre es objetivo militar de los sublevados. Levantada al estilo del Verizon Building de Ralph Thomas Walker en Nueva York, cuando la periodista austríaca llegó al lugar, de madrugada, bajo una alerta aérea, no pudo observar las heridas que el edificio mostraba ya en sus fachadas, sobre todo la de la calle Valverde, que daba al frente de

la Ciudad Universitaria. Al día siguiente tampoco pudo apreciar la grandeza total de la torre. Desde el suelo hasta las primeras plantas estaba cubierta por sacos terreros que intentaban minimizar los daños de los bombardeos en la «avenida de los obuses», el nombre que los madrileños –y los corresponsales– habían dado a la Gran Vía.

Es la propia Ilsa Barea quien relata la vida del lugar en *Madrid, otoño de 1936*, donde hace una minuciosa descripción de lo que sucedía allí adentro, material que utiliza en la novela, cuando se transforma ella misma en Anita Adam, la protagonista, a la que da un nombre anglo aunque tiene bastante de la propia Kulcsar. No es extraño. Durante los meses en que ella censuró en la Telefónica, por allí pasaron desde Virginia Cowles a Dorothy Parker o Martha Gellhorn y Josephine Herbst, entre otras muchas periodistas y escritoras. Sin complejos, la autora de *Telefónica* describe a su Anita Adam como una mujer extranjera, «pequeña, rolliza y muy independiente», que llega para ayudar a la propaganda y censura de la prensa extranjera, en defensa de la República y su Gobierno, atacado por el golpe de Estado militar.

Con la historia entre los dedos, es gratificante observar la Telefónica una madrugada, al pie del Hotel Gran Vía que habitaron Ilsa Kulcsar y Arturo Barea. Los rayos de sol aún no se atreven a tocar su fachada, pero la memoria sí acompaña a la mirada curiosa. ¿Cuál sería la ventana por la que entró la metralla aquel día en que la explosión rompió los cristales y arrojó al suelo a quienes más cerca estaban en la planta de la censura? Mientras amanece, sólo pasan unos minutos de silencio entre un autobús y otro; entre un taxi que baja desde Callao a Cibeles, llevando a los últimos de la noche. Las luces nocturnas se apagan y avanza el amanecer por la calle, hacia el Palacio de la Prensa y el cine Callao. Más abajo, en la confluencia de Alcalá y Gran Vía, es imposible no evocar a Antonio López en tantas madrugadas captando esa luz que al vulgar mortal se le escapa. En la esquina de la calle Fuencarral, donde ahora está la entrada a la Fundación Telefónica, de un Uber sale una pareja de homosexuales que suben agarrados calle peatonal arriba. Tras mirar el edificio desde la acera de enfrente, hay que cruzar la

Gran Vía e imaginar las bombas y los fogonazos desde la Ciudad Universitaria y el cerro Garabitas, donde se hicieron fuertes los sublevados.

En la esquina contraria a la de Fuencarral, la calle de arriba es Valverde. La fachada más larga y, como recuerda la novela de Ilsa, la más bombardeada por dar al frente. Buscar las señales de los bombardeos no tiene sentido ya, porque fueron tapadas en las sucesivas restauraciones del edificio.

Ahora el *hall* de la entrada de Valverde se ve de otra manera. Esta entrada mantiene el mármol blanco de Macael, los dorados de latón de las puertas, el mármol verde que rodea los ascensores, apliques y suelos que han aguantado tal como los diseñó Cárdenas allá por 1926, cuando se empezó la obra, y así los vieron Ilsa y Arturo. Va a ser difícil, en este siglo XXI, buscar el rastro de tanta vida, sufrimiento y hazañas como las que se vivieron aquí hace casi noventa años. Tantas capas de pintura, vigas de hierro, estructuras que aguantaron para orgullo del joven arquitecto, que cada día venía a comprobar los daños de los bombardeos. Así lo relata él en sus memorias.

Como todos los grandes proyectos, esta torre tiene intrahistoria desde mucho antes de sus cimientos. El duque de Alba, que era presidente del Consejo de Administración de Standard Eléctrica, filial de ITT –como la misma Telefónica–, propuso para el proyecto al arquitecto Juan Moya, un amante del Barroco español a quien no le gustaban nada los edificios monumentales, rectos y exentos de adornos de Nueva York. Pero fue el mismo Moya quien pidió que en su equipo se incluyera a Ignacio de Cárdenas. Pronto, el joven Cárdenas tuvo que bregar entre los deseos del español y su amor por el Barroco y los de Louis S. Weeks, arquitecto de la ITT. Fue llamado a Nueva York, instruido en las ideas de los americanos –tanto del presidente Sosthenes Behn como de Weeks– y, como él mismo relata, no había manera de hacer entender a Moya que los adornos barrocos no gustaban nada a los principales accionistas. Al final, Juan Moya pierde la batalla y se marcha. En sus notas, Cárdenas –tiene veintiocho años en 1926, cuando empieza el vaciado del edificio– cuenta cómo los americanos le enseñaron el «*set back* o retranqueado sucesivo en la línea de la fachada, a

medida que se aumentaba el número de pisos, para favorecer el soleamiento de las calles».

Ignacio de Cárdenas tuvo que exiliarse, regresó ya muy avanzada la posguerra, pero nunca pudo firmar un proyecto propio. Vivió del trabajo que le dieron otros compañeros.

Telefónica de Ilsa Barea no es una gran novela. Puede encuadrarse en la literatura de crítica social; es ideológica y, desde el punto de vista actual, repleta de tópicos femeninos, sobre todo referidos a las españolas. Leídas *Telefónica* y *La llama*, la última de la trilogía de Arturo y publicada más tarde, está clara la influencia de ella en él. Ilsa acabó *Telefónica* antes que Arturo *La llama,* sabemos cómo trabajaban, compartiendo máquina y textos, Barea debía de estar de acuerdo con lo que ella escribió sobre su primera mujer. Él no mejora en demasía la imagen de Aurelia en sus memorias, aunque es más elegante, era la madre de sus hijos. El perfil de doña Pepa es el de una señora de quiero y no puedo, trepa de los nuevos tiempos de la República. Y el de Paquita, que se corresponde con María, la amante, es el de una muñeca descerebrada que, con sus celos, está a punto de llevar a Anita Adam ante la checa. Ilsa se venga en su novela con los párrafos sobre María-Paquita:

> Paquita se lavó despacio y disfrutando. Luego se puso la ropa interior: ropa fina de color rosa, porque si la herían quería por lo menos tener tan buen aspecto que el doctor no tuviera más remedio que enamorarse de ella.
>
> Algún rizo en el cabello, no muchos, porque a Agustín no le gusta. Color intenso en la boca y una raya bajo los grandes ojos redondos. Vaya ruido hacía la artillería. Estaba harta de todo eso. Quería ir a la central de teléfonos de Valencia. Allí también estaban ahora las modistas que merecían la pena. O en Barcelona, pero estaba muy lejos. Además, los catalanes eran tacaños. Agustín. Sintió una punzada caliente que le atravesaba el cuerpo como una aguja.
>
> Se puso el vestido rojo oscuro; había comprado un pintalabios que sólo era un poco más claro. Bien, ya estaba arreglada, quería ir a desayunar al Café del Norte.

A Ilsa la denuncian facciones comunistas. Lo confirma Arturo en *La llama*. También, al principio, sospechan de ella los anarquistas. La austríaca es víctima varias veces de las conspiraciones de diferentes facciones ideológicas en la novela y en la realidad que relata Barea –él es también sospechoso de trotskismo, la acusación favorita de los comunistas durante la guerra–, pero no está claro que la pobre y simplona Paquita fuera la culpable o la denunciara. En ese aspecto, la extranjera independiente no es generosa en cuanto al retrato que hace de las dos mujeres que, según ella, complican y amargan la vida de Agustín-Arturo. Por contra, Anita Adam es una intelectual y periodista que habla varios idiomas (como Ilsa) y se quedará con Agustín-Arturo Barea; es una moderna.

El principal valor de *Telefónica* es que Ilsa Barea termina de escribir la novela cuando aún no ha finalizado la guerra civil. Ella y Arturo llegan a Alicante y Barcelona a finales de 1937, tras ser despedido Arturo. Las tensiones con las diferentes facciones acaban por echarlos. Pero los defectos del libro se compensan con la inmediatez y la frescura con que está escrito. Una vez más –como en los textos de Nancy Johnstone y, luego veremos, de Virginia Cowles– hay diferencia entre lo escrito sobre el terreno o muy cerca de los acontecimientos y las memorias escritas décadas después. Las páginas de *Telefónica* son un fresco aún en caliente sobre la vida cotidiana y lo que representó el edificio y la resistencia de Madrid, con los corresponsales del mundo trabajando, cruzando la «avenida de los obuses» desde el Hotel Florida (hoy El Corte Inglés de Callao) y el Hotel Gran Vía hasta aquí, a unos metros en los que se quedaron muchas vidas. Y da una visión femenina, aunque a veces sea irritante cuando retrata a las mujeres del protagonista.

Desde el vestíbulo de la calle Valverde, descender a los dos sótanos del rascacielos donde dormían, vivían, comían y lloraban los niños, donde se instalaba a los refugiados, produce desasosiego. Si en el *hall* se constata que todo permanece como Ignacio de Cárdenas lo pensó, la escalera no resulta tan agobiante como Ilsa la describe, estrecha, oscura. Hay que echarle imaginación para escuchar el silbido de las bombas y la ausencia de luz. En

el sótano más bajo se hacinaban niños y madres, algún mayor, alguna mujer que hace de enfermera con heridos o cuida a los más necesitados.

> Lolita pasa por encima de mantas y sacos de paja sin rozar a nadie. Todo es tan extraño. Por todas partes hay gente acostada o sentada envuelta en mantas a rayas o en feos paños de lana, directamente en el suelo de piedra, o encima de hatillos de ropa o de sacos de paja… aquí en la Telefónica no se duerme como en casa. Estos pasillos son feos, no tienen ningún color definido. La gente está tirada por ahí como fardos a lo largo de las paredes grisáceas. Todos tienen un aire tan perdido.

En los pisos del edificio que Ilsa detalla en la novela, sólo las plantas octava y novena permanecen idénticas a las de 1936. No sólo por el mármol, sino por la decoración *art déco* de lámparas, paredes, muebles, los cromados de las puertas. Cuesta imaginar a los milicianos de monos azules, los obreros y los corresponsales con calzados manchados de sangre de la Gran Vía trasteando por aquí. Desde esta planta ocho, los periodistas podían asomarse a mirar el frente, el cerro Garabitas y la Ciudad Universitaria. El edificio colindante se ha recrecido hacia la Gran Vía y se ha perdido esa vista. Es la fachada que da a la calle Valverde, la más dañada por las bombas, la que cada día examinaba en detalle Cárdenas. ¿Qué sentiría este hombre cuando regresó del exilio y volvió a ver de nuevo su rascacielos? Es de suponer que le dejarían visitarlo, aunque no le reconocieran los honores como arquitecto oficial del emblemático lugar. En las terrazas de la planta trece es fácil constatar que el edificio está en el vértice más alto de la calle más popular de Madrid. Aunque luego se levantó el rascacielos de Plaza España, aquí sigue. Es la cúspide que culmina el alto de la Gran Vía. En el cuadro más famoso del lugar, la perspectiva del gran Antonio López, la torre luce desdibujada. La Telefónica, testigo nada mudo de nuestra historia, que se merece una parada, una mirada, un pensamiento.

Ilsa Barea sobrevivió a Arturo dieciséis años, durante los cuales nunca disfrutó de buena salud ni de buena situación económica. Siguió traduciendo obras de escritores notables, que terminaban enfadados con ella por sus retrasos en las entregas. Igual le pasaba con las editoriales, y la razón alegada era su mala salud. Recoge Georg Pichler en la edición de *Telefónica* que uno de los escritores con los que tuvo problemas fue el español Francisco Ayala. En una de las cartas de Ayala a Max Aub en el otoño de 1961, don Francisco le escribe que «la sinvergüenza de la Barea […] aún no ha enviado su trabajo. Es para matarla». El escritor –que aguantó en la tierra hasta el año 2009– se refería a la traducción al inglés de la novela *Muertes de perro.* Algo de razón debía de tener el entonces aún joven Ayala, porque en febrero de 1964 le recuerda a Aub: «¿Podrás creer que todavía la cerda de Ilsa Barea no ha entregado la traducción de mi libro?». Sí, más de dos años son un exceso hasta para la salud de Ilsa.

Al final, en 1965 decidió regresar a Viena y recuperó la ciudadanía austríaca. Con apoyo de los socialistas volvió a dar clases y conferencias en el ámbito sindical. «En aquella época se la ve seria y menuda, casi siempre la única mujer en un pétreo mundo masculino», remata el profesor Pichler. Es probable que ella no echara de menos a otras mujeres. Murió en Viena en 1973.

CAPÍTULO V

Virginia Cowles, a la guerra con pieles y tacones. Josephine Herbst, con ideas y oficio

La corresponsal Virginia Cowles y la censora Ilsa Kulcsar chocaron en Madrid. No hacía falta ser profeta para saber que se observarían con recelo en cuanto se cruzaran sus caminos. Ambas pertenecían a familias acomodadas, de padres ilustrados –Virginia era hija de un reputado psiquiatra de Boston, Ilsa de un prestigioso pedagogo de Viena– y madres con raíces de cierto abolengo. La de la norteamericana descendía de hugonotes franceses, la de la austriaca de la baja nobleza. Con infancias acomodadas en sus respectivas ciudades –Boston y Viena–, sus preferencias eran contrarias. Mientras Kulcsar era una mujer ideologizada desde su juventud, Cowles estaba destinada a ser una niña pija de la sociedad de Boston y no se sentía incómoda en ese papel. Formaba parte del cuidado pelotón de jovencitas educadas para tener marido y pasear por los salones bostonianos o neoyorkinos que tan bien describió Edith Wharton.

Por no hablar de la distinta galanura de cada una. Alguien ha comparado a Virginia con Lauren Bacall por su elegancia, forma de vestir y de peinarse, frente a la Ilsa rechoncha y poco agraciada que hemos descrito. Y sin embargo, sería precipitado creer que tras la bronca que le echó Ilsa a Virginia por los tres días que desapareció en Madrid sin dejar rastro estaba el resentimiento femenino. Virginia fue «retenida» por el general soviético húngaro János Gálicz, general Gal, en unas circunstancias curiosas y algo novelescas. El asunto provocó la preocupación de los corresponsales y los diplomáticos, según recogen varias memorias de periodistas y escritores que vivieron los hechos. La «desaparición» de la periodista estadounidense sembró alarma en un Madrid que, en la primavera de 1937, seguía agitado

por las peleas entre las izquierdas, los espías y los desmanes de las checas. Cuando la elegante Cowles reapareció tras tres días perdida, *Ilsa la de Telefónic*a, responsable de la censura y del contacto con los periodistas extranjeros, tuvo unas *palabritas* bastante justificadas con la señorita del Grupo Hearst, que había llegado a Madrid vestida con chaquetón de pieles, tacones e incluso perlas, y se colaba en todos los sitios, sin tener problema en utilizar sus armas de mujer.

Lo que las crónicas no recogen tan bien es que un año después, cuando Ilsa y Arturo ya habían sido destituidos por Constancia de la Mora e iban camino del exilio, las dos mujeres se encuentran en Barcelona. Charlan y la ya esposa de Arturo Barea confirma a Cowles las sospechas de espionaje que pesaban sobre ella y lo cerca que estuvo de ser detenida. Algo muy similar a lo que hacía unos meses le había pasado en el bando franquista, con el que cubrió otra parte de la guerra. Dos mujeres tan diferentes que sufrieron las sospechas de espionaje –el caso de Mata Hari en la Primera Guerra Mundial era ya muy famoso– y las rencillas entre los bandos que continuaron trabajando contra el nazismo en la Segunda Guerra Mundial. En diferentes posiciones, pero sin rendirse nunca, como tantas otras de las que no se sabe nada porque han quedado arrinconadas por la historia.

¿Quién es esa señorita Cowles, de veintisiete años, que llega a Madrid al inicio de 1937, sin más experiencia que la de escribir artículos *bobitos* –ella misma los consideraba así–, pero que no estaba dispuesta a pasarse la vida siendo la fina que escribía para chicas finas, como *freelance* en el Grupo Hearst? Cowles estudió en la Waltham Public School (Waltham está a trece kilómetros de Boston) y fue educada en los valores sociales de los bostonianos, justo antes del crac del 29. Cuentan que participó en el último baile de puesta de largo de antes de la Gran Depresión, el celebrado para la temporada 1928-1929. Esos detalles desvelan que fue criada en un ambiente de la alta burguesía acomodada, hasta que su padre, Edward Spencer Cowles, abandonó a su madre, a Virginia y a su hermana Mary. Todo se vino abajo. La madre, señora Florence Wolcott, tuvo que ponerse a trabajar para sacar adelante a sus dos hijas; el padre protagonizó episodios de intento de secuestro de Virginia y Mary. Luego se casó por segunda vez.

Mientras, arruinó la adolescencia de ambas hermanas, que además fueron testigos de cómo su madre moría con 44 años, agotada de trabajo y de tristeza.

La póliza del seguro de Florence Wolcott permitió a las hermanas Spencer Cowles tomar una sabia decisión: gastarían ese dinero viajando por el mundo, especialmente por Asia y Europa. Virginia cuenta que vivió un año en Japón. Fue una elección revolucionaria. En vez de quedarse en Boston, esperando al marido aceptable y visitando cada tarde casas de amigas criadas para agradar al varón, llevar un hogar y lucir como futuras esposas apetecibles, optaron por otra universidad de la vida, la de viajar. La decisión fue doblemente acertada porque no eran chicas ricas, tan sólo con posición, y los maridos cazables habían disminuido con el crac del 29. Las hermanas hicieron el *grand tour* de una forma irreverente, saltando hacia Asia, menos frecuentada que la ruta europea. También era una forma de aprender y hacer contactos con las altas esferas, algo que las señoritas Cowles cultivaron bien, tanto en Estados Unidos como en Londres. Las Cowles dejaron rastro de lo agradables que eran en las casas de diplomáticos y aristócratas británicos, americanos y franceses, a quienes visitaron por el mundo durante los meses sabáticos. La futura corresponsal utilizó esos contactos después para conseguir fuentes de información, contrastar historias, refugiarse en sus casas o, por ejemplo, escapar de la zona fascista en España en el coche del duque de Montellano, cuando estaban a punto de detenerla por supuesta espía.

A su vuelta de los viajes por el mundo, la damita de Boston decidió que iba a ser periodista. Entró como *freelance* en el poderoso Grupo Hearst, donde empezó a escribir «cosas femeninas*»*. Publicó en *Harper's Bazaar*, además de en otros suplementos dominicales de los medios del poderoso William Randolph Hearst. Sin temor a proponer aparentes locuras como temas, se colaba en los despachos y peleaba. Ese arrojo personal y sus contactos la llevaron a lograr una entrevista con Mussolini en 1935. Era muy consciente de que no estaba preparada, pero los nervios se le pasaron con rapidez al comprobar que al dictador sólo había que dejarle hablar y pavonearse ante una periodista hermosa y estadounidense.

En 1938 asistió al congreso del partido nazi en Núremberg, donde estaban algunos personajes de sobra conocidos por ella. Allí se topó con dos de las seis hermanas Mitford, Diana y Unity. Las Mitford (Nancy, Pamela, Diana, Unity, Jessica y Deborah) formaban parte de la aristocracia británica y tenían contactos políticos importantes, como Churchill o el luego abdicado Eduardo VIII. La mitad de ellas simpatizaban con los nazis. Diana estaba casada con Oswald Mosley, líder del partido nazi en Gran Bretaña, y era amiga personal de Hitler, como Unity. La otra mitad, como Nancy, la mayor y escritora, o Jessica, que estuvo en la guerra civil española, eran antinazis. Los párrafos que Virginia Cowles dedica a la cuarta de las seis hermanas Mitford, Unity, admiradora, amiga y presuntamente enamorada de Hitler –Cowles revela algún detalle de sus charlas con el *Führer*–, y al ambiente del hotel y los salones del congreso son significativos en los detalles. En aquellos momentos, Virginia estaba muy lejos de imaginar que Unity intentaría suicidarse un año después, cuando Hitler declaró la guerra a Inglaterra. Según la cuarta hermana Mitford le contó a Virginia, el *Führer* le había asegurado que esa declaración de guerra no sucedería. Por estos y otros contactos, la señorita Cowles logró ser invitada a tomar un té con Hitler en aquel año de 1938. Cierto que asistieron ella y otras 69 personas, como mínimo, pero allí estuvo sin amilanarse ante «un hombrecillo corriente y más bien insignificante».

Sería un enorme error frivolizar a Virginia Cowles por sus orígenes, el uso de sus armas de mujer y sus contactos. Renunció a su destino social y se convirtió en una excelente corresponsal; llegó a España sin ideología –le daba igual un bando u otro– y salió de aquí con sus simpatías declaradas hacia los republicanos, su respeto a la democracia, y sabiendo que no todos eran lo mismo; sufrió al constatar que España era únicamente el aperitivo terrible de la crueldad que se avecinaba en Europa. Cuando entró en el bando nacional para informar, le dolió la desigualdad de los ejércitos. Los republicanos estaban «mal preparados, mal pertrechados y mal alimentados. Muchos habían aprendido a disparar un fusil en primera línea y muchos lo habían pagado con la vida. Pocos tenían uniforme; vestían una extraña colección de jerséis y chaquetas, pantalones de pana y zapatos con suela de

caucho. Eran campesinos sacados de los pueblos de España para luchar en la primera guerra europea contra el totalitarismo». Por contra, los soldados de Franco estaban bien aprovisionados por los alemanes y los italianos.

Avergonzada de la actitud estadounidense, británica y francesa para con la República, a la que no apoyaron, cuando cubrió la Segunda Guerra Mundial confirmó todos los temores que había escuchado a los brigadistas internacionales y a los milicianos españoles. Los episodios que dedica a la caída de París o a la resistencia de los finlandeses contra los nazis son épicos. Igual que sus reflexiones sobre la marcha, mientras escribe *Complicarse la vida*, refugiada en la casa de una amiga aristócrata en París mientras los nazis avanzan hacia la capital francesa o bajo los bombardeos en Londres. Supo aprovechar su estatus social para elevar el contenido y la calidad de su obra.

Ha tenido la suerte de ser de las periodistas y escritoras menos ninguneadas, porque fue recuperada hace pocos años gracias a su magnífico libro (antes hubo una edición sólo de la parte de España), que comienza a finales de marzo de 1937, cuando llega aquí para cubrir la guerra civil, y acaba en mayo 1941, en Londres. El texto ha soportado el paso del tiempo mejor que otras muchas obras de sus colegas. Leerlo en las circunstancias de esta segunda década del siglo XXI produce escalofríos por las similitudes, pese a ser sociedades tan diferentes. Los escritos de Virginia, sus crónicas sobre el terreno, son memorables y crecen hoy. Si la parte española es viva, cercana, directa y detallista al cubrir ambos bandos, la caída de París es demoledora para el Gobierno francés y los parisinos. Retrata no sólo los frentes, sino lo que sucede en los despachos a los que tiene acceso, las conversaciones con los líderes del momento en los salones políticos y de la alta sociedad, los mejor informados. Al escribir sobre la marcha no necesita ser trascendente, los hechos en sí mismos lo son. Salvo cuando a solas reflexiona –sin pretensiones de profundidad– sobre el futuro inmediato. Fue la editorial Tusquets la que recuperó y tradujo *Complicarse la vida* en 2018, con estupendo prólogo de Miquel Berga. También Paul Preston la ha reivindicado en diferentes ocasiones, al igual que a Martha Gellhorn y a Josephine Herbst.

Tras la Segunda Guerra Mundial, Virginia Cowles siguió trabajando y escribió ensayos y biografías –criticados– sobre los Románov, los Rothschild o los Astor. También un libro sobre Churchill, a quien trató y admiró profundamente, gracias a la amistad con su hijo. Y aunque en 1938 dejó España con dolor, pensando que nunca regresaría, lo cierto es que el amor que nos tuvo le duró hasta el mismo día de su muerte. Esta sucedió en 1983, cuando regresaba desde San Pedro de Alcántara (Marbella), donde ella y su marido, Aidan Crawley –uno de los pocos políticos que fue diputado tanto por los conservadores como por los laboristas–, acostumbraban a pasar temporadas. Aidan se durmió al volante cerca de Burdeos y se salió de la carretera. Virginia murió en ese accidente de coche, tenía 73 años. Habían transcurrido 46 desde su primera entrada en España.

En París, una tarde de abril de 1937, la señorita Cowles discute con sus amigos qué tipo de ropa debe meter en la maleta para ir a España, donde hay una guerra civil que cubren los corresponsales más prestigiosos del mundo. Ella viaja a Madrid por «curiosidad», porque contra todo pronóstico ha oído y leído que los rojos habían derrotado a los fascistas –especialmente a las tropas de Mussolini– en una batalla heroica en Guadalajara. A ella le dan lo mismo los rojos que los azules. Si acaso, simpatiza un poquito más con los azules de Franco, porque no soporta a los comunistas, al igual que esos amigos que la aconsejan sobre su equipaje. A Madrid debería ir «mal vestida» si no quiere que la «liquiden», le insisten. O disfrazarse de hombre con ropas «andrajosas», para que los milicianos no la maten en cuanto la vean elegante. Al final no les hace caso e incluye tres vestidos de lana y el chaquetón de pieles, además de sombrero, guantes, zapatos de tacón –de piel– y las joyas que acostumbra: pendientes de perlas, collar y algún aderezo más. También lleva bien agarrada su máquina Remington. Si una casa o una habitación definen a quien la habita, una maleta aún más.

La elegante dama aterrizó en Barcelona desde el aeródromo de Toulouse y se quedó asombrada. Allí no había ningún ambiente de guerra. Mientras

una mujer tejía un jersey detrás de un mostrador, en el suelo una niña jugaba con un gato. Poco más allá, alrededor de una mesa, tres hombres vestían de pana negra y bebían coñac. «La guerra no es cosa de Cataluña. No queremos tener nada que ver con ella; lo único que queremos es que nos dejen en paz». Lo mismo dijeron los *tossencs* a Nancy Johnstone. Faltaban semanas para las trágicas jornadas de mayo en Barcelona. Asombra que asuntos como lo de tejer en los ascensores, coser o despiojar delante de las casas derruidas por bombas o en los aeropuertos transmitiesen a nuestras protagonistas la extraña sensación de normalidad en la guerra.

Tras el breve paso por Barcelona aterriza en una Valencia llena de ruido y de gentes de negro. El negro y la manía de los españoles de escarbarse los dientes –daba igual la edad– se le quedan grabados. Con ayuda de un corresponsal compatriota logra habitación en el abarrotado Hotel Bristol, asiste a una corrida de toros que le repugna y pronto sale para Madrid, en un viaje que es su iniciación por el interior de España. Su entrada en el mítico Hotel Florida la sitúa en su estatus. Le dan una habitación en la planta quinta, algo que «delataba mi condición de aficionada». En los primeros días es Tom Delmer, el corresponsal del *Daily Express* de Londres, quien se ofrece a hacerle de anfitrión. Frente a los augurios de sus amigos en París, Virginia se topa con una ciudad «con aire teatral» cuyas avenidas, pese a los bombardeos de cada día, estaban recorridas por «tranvías de vivo color amarillo; los escaparates exponían perfumes de Schiaparelli [qué lástima no encontrar una foto de ese escaparate para creerla, aunque cierto es que Elsa Schiaparelli acababa de sacar el famoso perfume Shocking], pieles de zorro plateado, joyas, guantes y zapatos hechos a mano para señora». El panorama lo remataban las películas de Greta Garbo o los Hermanos Marx en los cines de la Gran Vía y Alcalá.

Por las noches se integra en las copas de Chicote y Molinero –el famoso barman Perico Chicote se había exiliado a San Sebastián, su bar había sido expropiado– y enseguida logra ser aceptada en el círculo de las estrellas corresponsales: «Herbert Matthews del *New York Times*, Ernest Hemingway de North American Newspaper Alliance, Hank Gorrell de United Press, Martha Gellhorn de *Collier's*, George y Helen Seldes, Josephine Herbst y

muchos otros». Las habitaciones de Tom Delmer y Hemingway en el Florida son las más concurridas en aquella primavera de 1937. Siempre disponían de whisky y comida. Ella tuvo el mal detalle de no traer nada de París, pero la perdonaron por novata.

Si por las noches aprende a socializar con colegas y se deja enseñar e impresionar como buena alumna, por el día realiza los cursillos intensivos que supone atravesar la «avenida de los obuses» bajo unas bombas que silban «como tela al rasgarse», y anota los efectos secundarios de las restricciones. Las mujeres de pelo rubio comienzan a tener unas raíces muy negras en sus cabellos porque el agua oxigenada ha sido confiscada para los hospitales. Un domingo de abril, en un paseo con Delmer por la Puerta del Sol, llegan las bombas. Todos echan a correr para ponerse a salvo. «Las únicas personas que se negaron a moverse eran las mujeres que hacían cola en una panadería». Visita el frente con el profesor J. B. S. Haldane, veterano británico de la Primera Guerra Mundial. Un personaje singular, un experto llegado para asesorar en la guerra de los gases. Haldane la lleva al frente –de una forma un tanto extravagante, se pierden por las barricadas– y junto con Hemingway, Cowles y otros colegas observan un bombardeo desde la Old Homestead, una casa bombardeada en Rosales. La casa fue bautizada por Hemingway en recuerdo a una vivienda de su abuelo y era buen sitio para observar el frente de la Ciudad Universitaria. Ella toma apuntes sobre estas y otras experiencias, muy similares a los relatos de otros corresponsales, y pronto conectó bien con Martha Gellhorn, que al escribir para *Collier's* también buscaba los testimonios humanos de hospitales y hogares de la retaguardia. Por más veces que se haya contado que bajo la cúpula del Hotel Palace operaron, cortaron, cosieron y trabajaron médicos y enfermeras durante aquellos meses, nunca el reflejo del dolor será suficiente. Virginia lo retrata así:

> Los dos hoteles más grandes de Madrid, el Palace y el Ritz, que habían sido transformados en hospitales, estaban abarrotados. Entré en el Palace y jamás olvidaré el espectáculo. Los escalones aparecían salpicados de sangre y el vestíbulo estaba lleno de camillas con heridos que esperaban a ser operados. Me equivoqué de puerta y

> me encontré con el quirófano. Las enfermeras no llevaban uniforme y entraban y salían como si se tratara de un salón de fumadores. La mayoría eran rubias oxigenadas y llevaban las uñas pintadas de rojo. Me enteré de que la profesión de enfermera había estado restringida casi por completo a las monjas; como estas se encontraban en el bando de Franco, los médicos no habían tenido más remedio que utilizar cualquier ayuda que encontraran.

Cuando se equivocó de puerta –o fue la curiosidad periodística–, ella ya sabía que todo aquello era el Hospital Militar llegado desde Carabanchel, conocido como «Hospital de Base Número 1». El equipo del doctor Manuel Bastos Ansart, quien decidió hacer el traslado ante el avance de los sublevados, dejó la planta baja para los quirófanos de urgencias, y ahí, bajo la cúpula que había sido salón de baile y que daba claridad, se operaba debido a los cortes de luz. Instalaron también un hogar para niños de la guerra y ochocientas camas por los seis pisos. El actual hotel tiene 470 habitaciones, más o menos las mismas camas que atendieron los médicos republicanos. Dejemos a un lado lo de «cualquier ayuda que encontraran», en referencia a las enfermeras que describe Virginia, rubias oxigenadas y su toque clasista. El caso es que hoy, tras leer a Cowles, es difícil esquivar el recuerdo al subir las escaleras del *hall*, cuando se acude a alguno de los múltiples actos que organiza el hotel, situado enfrente del Congreso de los Diputados. Cada día políticos, periodistas, empresarios, artistas, turistas suben y bajan esas escaleras; toman café bajo la Rotonda del Palace, se despachan negocios, acuerdos, informaciones secretas, y unos cuantos asisten para dejarse ver y que los vean. Los fines de semana y cualquier día a media tarde señoras bien, *influencers* maduras y maduros, toman té, café, cócteles o *gin-tonic* con sus *looks* para Instagram entre ejecutivos del Ibex 35; se observan unas y unos a otras y otros.

El Palace fue un lugar clave la triste noche del intento de golpe de Estado el 23 de febrero de 1981; a una ventana del Palace se asomaron los entonces jóvenes políticos Felipe González y Alfonso Guerra el 28 de octubre de 1982, cuando la primera victoria socialista. En el Palace vivió uno de los empresarios y banqueros del régimen franquista y de la

Transición, José María Aguirre Gonzalo, un personaje del que ya nadie se acuerda, todopoderoso presidente de Banesto y dueño de la constructora Agromán, ambas instituciones una historia económica del franquismo en sí mismas. No habría hueco para citar la lista de famosos que han pisado, pisan y pisarán esas escaleras que un día estuvieron manchadas con la sangre de los heridos republicanos. Hasta hace muy poco, políticos y banqueros las andaban para que el limpiabotas que había al lado de los baños les lustrara los zapatos antes de pasar por la moqueta del Congreso.

Nada recuerda hoy al viajero su historia en la guerra. En la página del hotel, ahora propiedad de la cadena Westin, sólo se subraya que está «coronado por una impactante cúpula de vidrio tintado», y sobre su pasado, una mención ambigua: «Sus paredes han presenciado gran parte de la historia española, incluyendo algunos secretos que no pueden contarse y muchas anécdotas». Quizá responde a la política de no herir sensibilidades de ningún huésped en tiempos de polarización internacional.

Conviene no olvidar, y quizá por eso Virginia Cowles y parte de sus colegas nunca olvidaron el espectáculo trágico bajo la cúpula del Palace. Para muchos de ellos, volver a pasear por las mullidas alfombras donde un día hubo tanto dolor era un éxito. Lo es hoy, cuando se asiste al desayuno de algún influyente preboste empresarial. Subir hacia la Rotonda, tras varios mocasines con borlas y tacones de aguja, tiene su aquel si se es algo mitómana.

Recuperando la mirada de Virginia Cowles, si algo convierte a la chica bostoniana en una corresponsal única son los dos episodios que vivió en España, el primero en el bando republicano vinculado al *secuestro* del que fue objeto por el general soviético Gal, y el segundo en el franquista, amenazada por el empresario Ignacio Rosales y por el capitán Aguilera, conde de Alba de Tormes. Ambos por estar en un lugar que no debía. Con Gal, equivocó el camino al frente. Con Rosales, pasó por Guernica y escuchó lo que no debía.

A tres kilómetros de Morata de Tajuña (Madrid), se levanta un monumento a la solidaridad en homenaje a las Brigadas Internacionales. Se inauguró en 2006, en el lugar donde estuvieron las trincheras de los soldados y los brigadistas internacionales que lucharon en la batalla del Jarama entre febrero y marzo de 1937. El monumento, obra de Martín Chirino, son dos enormes manos, una sobre otra, que reposan en un pedestal de unos seis metros. El escultor canario vivió en su casa-estudio las dos últimas décadas, cerca de Morata, enganchado a esa tierra. Hay otro lugar complementario al levantado por Chirino, el dedicado a los brigadistas británicos caídos en la batalla en aquellos días, recuperado años más tarde. Este es más humilde y repone al que se levantó en 1937. Es muy probable que Virginia Cowles pisara esos dos lugares. El monumento de Chirino está en el cerro de la Iglesia, sembrado de trincheras en aquella primavera de 1937. La elegante reportera hundió las piernas hasta las rodillas en el barro, gracias a la concesión que le hizo el ya mencionado János Gálicz, conocido como general Gal, responsable del mando en el territorio.

Desde que llegó a Madrid, Cowles no hacía más que dar la lata a todo el que podía para que la dejaran ir al frente, más allá de la Ciudad Universitaria. Luchaba contra el encasillamiento de las mujeres en la retaguardia y también tenía verdadero interés en echar una mirada a las tropas que habían derrotado a los italianos en Guadalajara. Tras su visita a Mussolini, el antifascismo se iba asentando en su ánimo. Un día logró colarse en el coche con la periodista sueca Kajsa Rothman, que trabajó en *Solidaritet*, y Jerome Willis, de la Agence de l'Espagne, para ir al frente del Jarama. Se perdieron y terminaron en el cuartel del general de la división, ante un molino donde había un jardín, detalle a tener en cuenta. El oficial que los recibió era «un hombre de mediana edad, anchas facciones eslavas, ojos verdes y expresión malhumorada. Tenía un intérprete a su lado y me pareció que hablaba en húngaro. Su actitud era fría y hostil y cortaba secamente nuestros intentos de conversar». El eslavo no cedió ni un milímetro a la pretensión de los tres visitantes de ir a charlar a las trincheras con brigadistas norteamericanos e ingleses. Los despidió con cajas destempladas y al marcharse cortó unas cuantas flores del jardín y le dijo a

Cowles: «Puede escribir usted su artículo desde el jardín. Nadie notará la diferencia; y aquí tiene un *souvenir* que le recordará su aventura en el frente». La periodista se sintió descolocada, luego enojada y entregó las flores a un centinela. Ahí acabó el primer episodio.

El segundo sucedió una semana después. Comía Cowles en el restaurante Gran Vía cuando un soldado llamado Santiago le preguntó si había sido ella la que había ido la semana anterior a Morata. El mensaje que transmitió era que el oficial al mando le enviaba sus disculpas y la invitaba a almorzar algún día. Al día siguiente, Virginia se marchó a Morata con Santiago, al que relató lo mal que le había caído su jefe. Este lo disculpó diciendo que era buena gente, pero algo rudo porque nunca había salido de Rusia, de ahí sus modales bastos. En el cuartel del general Gal (por entonces Cowles no sabía si ese era un seudónimo o no) la recibieron con una mesa muy cuidada para tanta masculinidad –«hasta el punto de que habían colocado un gran jarro con flores en el centro»–, y el general la ignoró hasta el final de la comida. Dijo que quizá la llevarían al frente poco después, pero que se tenía que quitar «las pulseras de oro que llamarían la atención del enemigo», y la acusó de «blanda» para andar entre las trincheras, mientras observaba «los zapatos de ante color negro» de la mujer. Virginia se tragó su orgullo y para su sorpresa la acercaron «al frente que distaba cerca de cinco kilómetros». Gal logró su propósito, porque la fina de Boston terminó con los zapatos de ante metidos en el barro hasta más allá de los tobillos, pero no importaba, pasaron junto a soldados de «todos los credos y nacionalidades: alemanes, eslavos, judíos franceses, italianos, ingleses y norteamericanos… Casi todos habían sido reclutados por los partidos comunistas del mundo y me parecieron un grupo patético. No tenían ni pizca de la arrogancia del legionario tradicional que luchaba por el placer de la aventura: eran idealistas y vagabundos».

Al regresar del frente Virginia se encontró con que Santiago no la iba a devolver a Madrid. El general había ordenado que se quedara. La semana anterior, antes de su visita, habían llamado desde Madrid, advirtiendo que tuvieran cuidado con lo que le enseñaban, «usted no es comunista y es sospechosa… Por eso el general la recibió de aquella manera. Ahora dice

que ya que está aquí debe quedarse tres días y ver por qué luchamos… Quiere convertirla». Esa es la versión de Cowles en el libro, donde detalla la reeducación que intentaron con ella. La primera noche habla de «unas velas en una larga mesa de madera que proyectaban un dibujo sobre las paredes ruinosas y el guirigay de voces hablando varios idiomas al mismo tiempo». Uno de los presentes le explicó que era la primera persona norteamericana que el general soviético había conocido; aparecieron tres botellas de champán y Gal le preguntó si alguna vez había pensado que tomaría champán con un general del Ejército Rojo. Pasó los dos días siguientes hablando con los brigadistas en el campo de tiro donde se hacían prácticas. Por las tardes se acercaba con el soldado Santiago a Morata, donde «había mucha actividad […] las provisiones se almacenaban en una iglesia grande situada en el centro del pueblo». Por la noche, el general le daba «lecciones de marxismo» mientras le llenaba la copa de champán. Gal tenía la sensación de que la educación burguesa le había conducido al error, pero quizá se la podía recuperar para la causa. Una noche en que el intérprete los dejó solos, Virginia, cortada, buscó en su bolso un elefante de la suerte adquirido en la India. A ella le gustaba ese amuleto, que sacó para tener algo que comentar. Gal lo cogió sonriendo y lo metió en su bolsillo, como si fuera un regalo.

Pasados los tres días, cuando fue a despedirse de él, como último consejo le recomendó que leyera las obras de Lenin; le pidió que se afiliara a su partido y no dijera nada a su familia. «Nos será útil como agente secreto». En la despedida, cuando bajaba las escaleras, el militar lanzó otro comentario al traductor: «Dice que entiende a las mujeres. No volverás, pero te jactarás ante tus amistades de que un general del Ejército Rojo se prendó de ti». Cuando Cowles terminó de escribir este capítulo no sabía si el general había salido con vida de «las numerosas purgas que continuaron azotando al ejército soviético». Aunque se había incorporado a la Revolución bolchevique desde su inicio, a su regreso a Moscú en 1939 Gal fue ejecutado, uno más entre las numerosas depuraciones que Stalin realizó entre los soviéticos que vinieron a España. El elefante de la suerte no le sirvió.

Escrita o no con más o menos adorno, la aventura en Morata de Tajuña con el mando soviético ocasionó un revuelo importante al volver Virginia Cowles del frente. Compañeros y diplomáticos estaban realmente preocupados. Ilsa Kulcsar le espetó un «las autoridades están muy disgustadas. Volverá a tener noticias nuestras» con voz amenazadora. Su colega Tom Delmer se tomó las amenazas muy en serio y la empujó a marcharse acompañada a Valencia. Tenía razón. Un comunista alemán que la esperaba en el *hall* del hotel le recordó que había una cárcel nueva «y bonita en Albacete y podría escribir desde allí». Las escenas relatadas resultan muy cinematográficas vistas hoy. Al día siguiente salió para Francia. Es al año siguiente, en Barcelona, cuando a Ilse le cuenta que «la policía secreta tenía órdenes de seguirme en Valencia mientras las autoridades de Madrid decidían si debían detenerme o no. Aunque la Oficina de Prensa estaba convencida de que era una espía, habían llegado a la conclusión de que la publicidad por esa detención, siendo periodista norteamericana, haría más daño que bien».

Morata era un lugar clave en aquellos días. No sabemos si las cenas que Virginia Cowles compartió con el general Gal para ser convertida al comunismo coincidieron con los días de Josephine Herbst en el mismo lugar, en el valle del Tajuña a las afueras de Madrid. En *The Starched Blue Sky of Spain and Other Memoirs*, el libro de Herbst, se habla de «Murata» y sus gentes y de las casas mientras se libraba la batalla del Jarama. Josephine, nacida en el estado de Iowa, licenciada en varias universidades del país –Berkeley entre ellas–, tenía una formación ideológica superior a sus compañeras. Viajó por Europa en los años veinte, no en la ruta burguesa del *grand tour*, sino con contactos entre los intelectuales. Se casó con el escritor John Hermann y regresaron a Estados Unidos. La muerte en la silla eléctrica de los anarquistas Sacco y Vanzetti fue un antes y un después en su vida. Y como a Nancy Cunard, los sucesos con los chicos negros de Scottsboro, en Alabama, la confirmaron aún más en sus ideas y simpatías

hacia el Partido Comunista, que en aquel país tenía más eco entre los intelectuales que entre la clase obrera. En 1937 vino a España, donde se encontró con Ernest Hemingway, a quien conocía desde Cuba. De hecho, Ernest lo primero que hizo fue recordarle que no había olvidado el pez rey que ella dejó escapar cuando estaban en la casa del escritor en Cayo Hueso. La escritora y periodista confiesa en su libro que nunca se arrepintió de tal error, aunque una de las peores cosas que le podía suceder a Hemingway era perder un bicho como el pez rey.

Josephine Herbst se desesperaba ante la programación y a veces calma de sus colegas en el Hotel Florida. Por su cuenta, marchó a «Murata». «Cuando pienso en el Hotel Florida sólo puedo verlo como una especie de irrealidad brumosa. Nunca parecía estar allí incluso cuando estaba allí», escribe en *The Starched Blue Sky of Spain and Other Memoirs*. Y confiesa que ella fue la que se enteró con más retraso del idilio entre Hemingway y Gellhorn. Hay una crítica velada al ambiente de cierta frivolidad en las noches de Chicote, constata también que mientras los periodistas tenían de todo (las habitaciones de Hemingway y de Delmer son mencionadas como despensas y bares por casi todos los corresponsales que escribieron memorias), la gente no tenía nada que comprar, salvo naranjas y cordones. En su libro, la Puerta del Sol es «Puerto del Sol», además de ser «Murata» en vez de Morata. Pero el recuerdo del pueblo tras la batalla del Jarama es indeleble en ella. En aquel momento de la guerra, consciente de lo que se avecinaba en Europa, reconocía que «ser estúpidamente optimista no da valor». Supo de la muerte de José Robles a través de un confidente en Valencia. La reacción de John Dos Passos y la actitud de Hemingway la dejaron perpleja. Aunque esa es una historia ya bastante investigada, Josephine Herbst no terminó nunca de entender el papel del segundo, a quien ella había comunicado que Robles había sido asesinado.

También recoge entre sus recuerdos que Hemingway grababa en esos días *The Spanish Earth* (*Tierra de España*) y los elegantes pantalones de Gellhorn y su pañuelo verde al cuello. Viajó por Madrid con María Teresa León y Rafael Alberti en compañía de Hemingway, mientras la sombra de la desaparición de José Robles se hacía aún más pesada. Pero también se

negó a entrar en la bronca de quiénes eran buenos y malos entre las izquierdas, pese a las presiones diarias de su entorno de conocidos. Empatizó con las mujeres y la retaguardia. En Morata hubo mujeres que la admiraron por su valor y la convivencia con la muerte de forma cotidiana. Durmió en alguna casa del pueblo, entre los vecinos.

Fue otra luchadora también durante la Segunda Guerra Mundial. Acusada de comunista y sospechosa de ser espía por el FBI, la apartaron del trabajo de propaganda que había empezado a desempeñar dentro del Gobierno estadounidense. La paranoia porque había confesado que votó una vez a los comunistas tuvo la culpa. Murió en Nueva York el 28 de enero de 1969. Está olvidada y *The Starched Blue Sky of Spain and Other Memoirs*, cuyas últimas 48 páginas son las dedicadas a España, sigue siendo una joya arrinconada.

De vuelta a Francia, Virginia Cowles de nuevo utiliza a sus amistades y escribe los artículos sobre la guerra en España en un piso cercano a los Campos Elíseos, perteneciente a una baronesa de la que por alguna razón no da el nombre. Reconoce que la huella que nuestro país ha dejado en ella es más seria de lo que suponía, pero aún no tiene tomada una postura. «España aún no era un artículo político para mí». Corría el fin de la primavera de 1937 cuando confiesa que lo más interesante es profundizar en las razones que «empujaban a la gente a semejante prueba de resistencia y a la paradójica mezcla de cualidades feroces y amables que su sufrimiento producía […] Escribía sobre las cosas que había visto, pero no trataba de interpretarlas. La guerra de España no era mi guerra».

Sus contactos iniciales en Francia le aseguraron que no tenía posibilidad alguna de entrar a informar desde el bando franquista, y mucho menos si había estado ya en el republicano. Ningún periodista lo había conseguido. De nuevo, los influyentes conocidos vinieron en su ayuda. El embajador británico en España, sir Henry Chilton, tenía una casa «a pocos kilómetros» de San Juan de Luz. El hecho de que la residencia del embajador británico

estuviera en esos lares ya era una muestra de la posición de Inglaterra y del mismo Chilton. Virginia y su hermana –que había viajado para encontrarse con ella– habían conocido a la hija, Anne Chilton, en Nueva York, y «gracias a ellos me entrevisté con el agente de Franco, el vizconde [de] Mamblas». Se trata de José Ruiz de Arana Baüer, grande de España y de larga trayectoria diplomática en Gran Bretaña. Más adelante en su libro, en un arranque de sinceridad, Virginia confiesa que se aprovechó de Mamblas, puesto que ese señor estaba con Franco sólo porque «las damas y los caballeros» debían estar con el general sublevado. Mientras intentaban conseguir el permiso para entrar en el bando nacional, las hermanas Cowles socializaron en San Juan de Luz y alrededores con Anne y su prometido, otro diplomático, en las fiestas del Bar Basque. A las doce se escuchaban las noticias con el anuncio de «¡Arriba España!», y al acabar con el himno nacional, «los nacionales y franquistas presentes alzaban el brazo para hacer el saludo fascista».

Es durante esos días de convivencia con los sublevados pudientes cuando Virginia comienza a inclinarse hacia la parte que consideraba más débil, la de la República, sin llegar nunca al comunismo al que el general Gal había pretendido arrastrarla. La actitud de la mayoría de los franceses la asombra. «Se negaban a tomar partido en un conflicto que les parecía un asunto puramente interno […] Otros resumían la cuestión diciendo que se trataba sólo de un hatajo de condenados españoles que se degollaban mutuamente». A la señorita de Boston le desconcierta que el hecho de que Hitler estuviera ayudando en suelo español a Franco no hubiera aún asustado a franceses e ingleses. Es un personaje interesante Tommy Thompson –Geoffrey Thompson, agregado honorario de la embajada británica, del que ambas hermanas se hacen amigas desde el Bar Basque–, quien pronto tuvo claro que «la guerra civil española estaba adquiriendo la forma de una lucha contra Inglaterra». Su opinión era minoritaria, pero influyó mucho en Virginia, a la que sacó de más de un apuro. Se hicieron muy amigos.

Tras un intento rocambolesco de entrar en España en una avioneta privada de manos del aventurero Rupert Bellville, pasar un par de días en

San Sebastián visitando el bar de Pedro Chicote –allí sí que estaba el auténtico barman, huido de la República– y observar a los clientes del Hotel María Cristina, «lleno de españoles acomodados; muchachas con señoras de compañía y oficiales sonrientes que lucían uniformes pulcramente cortados y botas bien lustradas», regresa a San Juan de Luz. Lleva la mirada de Franco grabada en su retina, puesto que se ha topado con el retrato del general en todos los cafés. Allí se despide de su hermana y poco después logra atravesar la frontera camino de Salamanca. No detalla quién le dio el último aval.

En la antigua ciudad universitaria, cuartel general de Franco, los hoteles, bares y restaurantes «estaban llenos de esvásticas y banderas de la casa de Saboya». En contraste con la descripción del *hall* del Hotel Palace, merece la pena detenerse en la que hace de la recepción del Gran Hotel de Salamanca:

> Estaba decorado con carteles que mostraban la efigie de los tres dictadores […] La escena en el vestíbulo del hotel era cosmopolita. Coroneles alemanes bebían solemnemente café con leche mientras oficiales del estado mayor general español, con fajines de vivo color azul en la cintura, cruzaban el suelo de mármol a grandes zancadas, con aires de hombres importantes. Los italianos, con botas y espuelas tintineantes, generalmente con una chica a cada lado cogida del brazo, bajaban la escalera, y hombres de la Legión Extranjera, con la camisa verde y el gorro ladeado desenfadadamente, discutían con el recepcionista para que les diera habitación. Conseguir una habitación en el Gran Hotel resultaba difícil porque los alemanes ocupaban la mayoría […] Los recién llegados eran blanco de miradas recelosas y en la pared había un rótulo que advertía: «¡Silencio! ¡Los espías acechan!».

El colorido de las calles y la plaza donde se escuchaban las noticias le fascinaba por lo abigarrado. Los requetés con boinas rojas, los falangistas de azul y borlas rojas, los moros, «algunos con polainas y turbante sucio, otros con fez rojo y una túnica de color azul celeste que barría el suelo». Más parece la descripción de una colorida plaza de África –millones de europeos consideraban que África comenzaba en los Pirineos– que una ciudad tomada por un ejército sublevado contra una democracia. Cowles

llegó a Salamanca el mismo día que el embajador italiano de Mussolini presentó sus credenciales. Iba vestido con el uniforme negro de los fascistas «y una borla meciéndose en la gorra». Las borlas de los uniformes le deben de parecer tan ridículas como algunos pasos militares de los ejércitos más pomposos. La impresionó el desfile de la caballería mora, que cerró el acto de bienvenida al embajador, con los cascos resonando sobre el pavimento y «las blancas túnicas ondeando a la luz de la luna». Cowles incluyó color y literatura en sus artículos, porque en el vídeo que se puede ver hoy de la recepción de Franco a Roberto de Cantalupo, la espectacular guardia mora abandona la plaza, pero aún de día. Y Cantalupo, ante Franco, lleva el uniforme negro con una pechera bordada diplomática y rimbombante, además de varias medallas, que resaltan sobre el fondo negro. Pero es al recordar esos días cuando Virginia escribe unas líneas que revelan la sensación que debía tener de que los dos bandos no eran iguales, aunque aún no tenía sentido crítico en el asunto político. En Salamanca «no se toleraba la objetividad. Durante las semanas que pasé, vi que la denigración del enemigo, incluso por parte de funcionarios responsables, era tan extrema que rozaba la enfermedad mental». Además,

> todo el mundo había olvidado que la guerra la había empezado el general Franco. Argumentaban que Franco se había visto forzado a rebelarse con el fin de adelantarse a un levantamiento bolchevique que estaba previsto para una o dos semanas más tarde. Teniendo en cuenta que el Partido Comunista contaba con sólo unos miles de afiliados al estallar la contienda, y que las armas y los pertrechos de los republicanos todavía eran patéticamente insuficientes, esta explicación no parecía lógica. También afirmaban que si las elecciones de 1936 no hubieran estado amañadas, los partidos de derechas habrían arrasado en el país entero.

Hay más párrafos que, leídos a la luz de la política de la década de los veinte de este siglo XXI, resultan esclarecedores sobre lo mucho que pueden cambiar los soportes de la propaganda, pero lo pobres que resultan las transformaciones de las ideas y los contenidos. Los bulos se mantienen más

allá de décadas y décadas. Escribe la chica de buena familia y sin ideas políticas definidas sobre aquella Salamanca de 1937:

> La propaganda bélica de los nacionales se concentraba exclusivamente en la lucha contra el bolchevismo […] bolchevismo era una palabra elástica, ya que abarcaba tanto a los demócratas como a los comunistas; de hecho, todo aquel que no aprobase un régimen totalitario era tachado de rojo […] Al ver esta aversión a los sistemas de gobierno basados en la libertad, empecé a comprender mejor las dificultades que había tenido que afrontar la República […] desde la instauración del régimen republicano en 1931, grupos derechistas habían conspirado para que cayera. Muchos de los actos terroristas cometidos en España fueron instigados por estos grupos, que en ningún momento apoyaron al Gobierno legítimo.

Recordemos que Cowles estaba escribiendo estas experiencias en París, donde comenzó a redactar *Complicarse la vida*. Terminó el libro sin que hubiera acabado la Segunda Guerra Mundial, en la cúspide de la resistencia inglesa contra los nazis y durante los bombardeos sobre Londres. E irritada con su país, Estados Unidos, que no se decidía a entrar en el conflicto. El testimonio de lo que vio, experimentó y escuchó sobre el terreno es un fresco, uno de esos testimonios del periodismo que muestra la verdad de lo que tantas veces se ha afirmado: es el borrador de la historia. Sólo que frente a Cunard, Johnstone, Modotti y Kulcsar, ella llegó sin ideología política. La idea más clara que tenía era el horror a los comunistas. Su entorno natural era más favorable a Franco y a los aristócratas que trató. De ahí el valor de su libro y de la evolución de sus crónicas. Son las de una mujer nada sospechosa de roja apasionada ni de llegar a España con orejeras ideológicas.

En los días que estuvo en Salamanca, paseando entre el colorido ya descrito y mientras esperaba los permisos, tuvo oportunidad de enfadar a unos pocos señores, tanto en el recibidor del hotel como en las oficinas y los alrededores del cuartel general franquista. Cuando desmentía que en Madrid los cadáveres se pudrieran en las calles y en los arroyos, inmediatamente se ganaba la antipatía y las sospechas de las personas a las

que iba dirigido el desmentido. Uno de esos casos, peligroso, fue el de Pablo Merry del Val, el jefe de la Oficina de Prensa Extranjera. La tomó con la pulsera de oro de Virginia, al igual que el general Gal. Merry del Val la elogió y le dijo que no creía que hubiera llevado eso a Madrid. La bostoniana le respondió que la había comprado en Madrid. A partir de ahí «me saludó fríamente y desde lejos». Está claro que en el caso de Cowles, sus joyas y su indumentaria, de entrada poco apropiadas para una guerra, le dieron pistas sobre los personajes. Y ocasiones para reflexionar de modo diferente a Lillian Hellman, quien en su habitación del Hotel Florida se preguntaba qué pintaba su bolsita de joyas bajo las bombas de Madrid.

Pero vayamos a los hechos. La aventura de Cowles que marcaría su historia en la guerra española, más aún que la vivida con el general soviético, tuvo lugar camino de Santander con un empresario y un noble entregados a la causa de Franco. Pese a las pocas simpatías que despertaba en él, Merry del Val por fin la avisó de que Santander iba a caer en breve. Estaban en la tercera semana de agosto. «Salí de Salamanca por la tarde en un automóvil conducido por Ignacio Rosales, un millonario de Barcelona que hablaba inglés con soltura y había ofrecido sus servicios para hacer de funcionario de prensa […] Teníamos la esperanza de llegar a Santander de madrugada». Pero los detienen tras 160 kilómetros porque se combatía en los alrededores de Reinosa. El desvío los acerca a la ruta por la costa o muy cerca y llegan a Guernica. Pese a los casi cuatro meses transcurridos tras el bombardeo, a Virginia la sobrecoge la escena de destrucción. Pregunta a un anciano que busca entre cenizas y escombros quiénes habían bombardeado la ciudad y el viejo, sin dudar, dice que fueron los alemanes y los fascistas. Rosales, personaje peculiar, acusa al anciano de ser un rojo y saca a la periodista de Guernica. Y ahí quedó el incidente de momento.

Debieron de llegar a Santander entre el 26 y el 27 de agosto de 1937, cuando la ciudad ya está en manos nacionales, a tiempo para ver «que los italianos están celebrando un desfile de la victoria […] Una población desconcertada ocupaba las aceras y contemplaba boquiabierta el paso de los vehículos al tiempo que se pegaban fotos de Mussolini en las paredes e italianos con penachos de plumas negras desfilaban montados en sus

ruidosas motos». Observa a la gente en las aceras, asustada, asombrada y también liberada del peso de la guerra («quizá el día de antes levantaban el puño y ahora el brazo en alto») y a los soldados republicanos en las ventanas del hospital. «Supongo que había centenares de personas que sólo querían que las dejasen en paz y de la noche a la mañana pasaban a ser leales al bando que estuviera en el poder». En los muelles del puerto se encuentra con los perdedores a centenares, desesperados, desarrapados, con lágrimas en los ojos, resignados unos, aún peleones los pocos.

El recorrido lo hace acompañada de Ignacio Rosales, cuyo padre, José Rosales Gutiérrez de Bustillo, era un alto cargo de Tabacos de Filipinas que había trabajado indirectamente para el marqués de Comillas y los consejeros del que luego sería el Banco Hispano, todos ellos accionistas de la tabaquera. Y muchos enriquecidos con el tráfico de personas desde las costas de África a las de Centroamérica y con el comercio de tabaco u otras mercancías. Don José había levantado una casa muy hermosa en la zona del Cabo Mayor de Santander, tan sólo un par de años antes de que estallara la guerra. Valentín Ramón Lavín Casalís, un importante arquitecto cántabro, fue quien la proyectó. Existe un librito firmado por un descendiente del patriarca de los Rosales en el que se recogen los planos de alzada, foto a foto, de la edificación de la casona, que tenía todas las modernidades posibles para la época. José Rosales protagoniza el librito junto con la casona. Huérfano a los quince años, tuvo que hacerse cargo de su hermano y regresar a Filipinas, donde trabajó su familia. Allí hizo carrera en la empresa de tabacos, uno de los principales símbolos del poderío y la colonización española en el archipiélago. Se casó tarde con una joven hija de uno de los más influyentes consejeros y accionistas de Tabacos de Filipinas, Antonio Fernández de Castro –este apellido resulta de sobra conocido para los aficionados a las revistas del corazón y salones de pretensiones aristocráticas–. José Rosales ascendió más rápidamente en la empresa tras el matrimonio con Carmen, para quien levantó la Finca Mataleña, también conocida como El Bohío o La Filipina. A él lo de tener una mansión en Comillas, como sus jefes y a la sombra del marqués de Comillas y sus suegros, le dio mucha pereza. La desdicha fue que Carmen

lo dejó viudo y prácticamente no disfrutó de la casa. En los primeros meses de la contienda fue requisada por los republicanos, pero la familia –del bando ganador– la recuperó. Don José pudo vivirla hasta el final de sus días. Cuando la corresponsal y el responsable de prensa habían recorrido la ciudad, Ignacio le propuso visitarla.

> Rosales tenía en las afueras de la ciudad una casa de veraneo a la que no había ido desde hacía un año. Después de andar sin rumbo fijo por las calles durante varias horas, decidió ir en coche hasta la casa para ver si encontrábamos algo de comer. Era una villa grande junto al mar; cuando llegamos a la calzada para coches, la esposa del guarda reconoció a Rosales y avisó a su marido. Ambos salieron corriendo y le abrazaron con alegría. Nos dijeron que durante el mes anterior la casa había estado ocupada por José Antonio Aguirre, el presidente del Gobierno vasco, que la había utilizado como sede. No se había ido hasta el día anterior. Doce horas después el general Dávila, al mando del ejército del Norte, se había instalado en la casa con su estado mayor.

Pese al recibimiento de bienvenida de los guardeses y la estancia en la casona del alto mando del general Dávila, en la despensa sólo encontraron «media barra de pan y unas cuantas latas de carne rusa que Aguirre había dejado. Mientras la esposa del guarda preparaba la comida entramos en la casa y hablamos con los oficiales del estado mayor de Dávila […] Eran españoles altos y bien parecidos […] uno de ellos profetizó que a menos que los norteamericanos se enmendaran, la bandera de la hoz y el martillo no tardaría en ondear en la Casa Blanca». Y un poco más adelante:

> –Sólo hay una manera de tratar a un rojo –añadió–, pegarle un tiro.
>
> Rosales describió nuestro viaje siguiendo la costa y les contó el incidente de Guernica.
>
> –La población estaba llena de rojos –dijo–. Trataron de decirnos que fue bombardeada y no incendiada.
>
> El oficial alto respondió:
>
> –Pues claro que fue bombardeada. La bombardeamos y la bombardeamos y la bombardeamos, y bueno, ¿y por qué no?

Virginia se limitó a mirar al de Tabacos de Filipinas. Fue luego, de regreso a Bilbao, cuando Ignacio Rosales en tono velado le dijo que si fuera ella no escribiría nada de lo que había oído. En los medios internacionales se libraba la batalla sobre quién había arrasado Guernica. Los franquistas culpaban a los republicanos de haberla incendiado en su retirada y la mentira urdida por Luis Bolín, el jefe de prensa, se impuso incluso a la noticia de George Steer, el corresponsal de *The Times,* que dos días después del bombardeo publicó la exclusiva. Pasó tiempo antes de que se confirmara que había sido la Legión Cóndor, en un ensayo claro de destrucción que luego la aviación alemana utilizaría contra las ciudades bombardeadas en la Segunda Guerra Mundial. En España, durante los cuarenta años de franquismo, en las escuelas y en los colegios se ocultó quién había bombardeado Guernica. El cuadro de Picasso se convirtió en un póster de referencia en los dormitorios de los jóvenes y en las casas de la oposición al régimen. Sólo al final de la dictadura y en los inicios de la Transición se recuperó como icono.

Pero Virginia Cowles dejó atrás la Mataleña de los Rosales sabiendo la verdad, confirmada por las altas fuentes militares. Las mismas que habían entrado en la mansión doce horas después de que el *lehendakari* Aguirre iniciara su camino hacia Cataluña y al exilio. Semanas antes, cuando llegó a la Mataleña con algunos de sus consejeros, Aguirre aún tenía esperanza de ganar la guerra. Se instaló en la casa de los Rosales y la usó como sede del Gobierno vasco, en espera de poder recuperar San Sebastián. No fueron tiempos fáciles, porque como escribió quien fuera primer *lehendakari* del Gobierno vasco a Manuel Azaña, la vivienda, aunque nueva y moderna para aquellos tiempos, estaba pegando al Cabo Mayor, donde había una batería que era objetivo de la Legión Cóndor. Lo contó Azaña en sus *Memorias* y lo recordó el político del Partido Nacionalista Vasco (PNV) Iñaki Anasagasti –hijo del exilio en Venezuela– en su blog hace unos años. Anasagasti y el presidente de Cantabria, Miguel Ángel Revilla, se fotografiaron ante la casa en ruinas, cubierta por enredaderas y víctima de herencias poco afortunadas. Hubo conversaciones sobre la intención de los gobiernos cántabro y vasco de convertir la hermosa casona en un lugar de memoria.

Con escaso éxito. El Bohío, la Casa Rosales o la Finca Mataleña se cae cada día un poco más.

Y ahí sigue la Mataleña, con el cartel en la puerta, avenida del Faro número 22, «Mataleña, 1934». Cubierta de hiedras en verano, con hilos negros y tristes en invierno, como si fueran grecas negras para el luto. En los atardeceres oscuros y nublados, la luz del faro de Cabo Mayor le da un reflejo misterioso, mientras que en los días de verano la pradera de la parte de atrás está tomada por gente de todas las edades, en *topless* o en bañador, que disfrutan del sol sobre el césped. Son poco amantes de la arena o de bajar y subir luego los 150 escalones que dan acceso a la playita en forma de herradura, perfecta para protegerse del viento. En su *Complicarse la vida*, Virginia Cowles no menciona la playa; no sabemos qué zapatos llevaba para hacer semejante excursión, aunque a los veintiocho años una se pudiera atrever con todo.

Lo que sí que sabemos es que tras su experiencia en Santander, que acabó con las amenazas de Ignacio Rosales, tuvo que enfrentarse a otra más brutal, de otro presunto caballero: «El capitán Aguilera, decimoséptimo conde de Alba de Yeltes, se brindó a llevarme en automóvil a León […] hablaba inglés con soltura, llevaba botas y espuelas y una borla azul en la gorra; tenía un Mercedes de color amarillo claro, en cuyo asiento de atrás había dos grandes fusiles de repetición y un chófer que conducía tan mal que normalmente le pedían que se echara a dormir».

Son tremendas las páginas que dedica a este viaje. Mientras pasan por Llanes (Asturias) o los Corrales (Cantabria), afloran los modales de Aguilera para con las mujeres o con los aliados. Se encuentran con algunos soldados alemanes: «son gente maja, pero demasiado seria… Si matan a suficientes rojos, se lo podemos perdonar todo», comentaba el conde de Alba de Yeltes a la reportera. De camino a Aguilar de Campoo, él va maldiciendo a los rojos y advierte a Cowles de que en sus crónicas tiene que hacer hincapié en el placer de la destrucción que siembran volando

puentes. Cuando Virginia le argumenta que en cualquier retirada se vuelan puentes para retrasar el avance del enemigo, cae en desgracia ante el conde. La acusa de hablar «como los rojos». Tras amanecer en Aguilar de Campoo, mientras ven las carreteras con burros, campesinos y niños desarrapados, Aguilera estalla:

> –¡Malditos rojos! –exclamó repentinamente Aguilera–. ¿Por qué tenían que meter ideas en la cabeza de la gente? Todo el mundo sabe que la gente es imbécil y que le va mucho mejor cuando le dicen lo que tiene que hacer que cuando trata de dirigir su propia vida. El infierno es demasiado bueno para los rojos. Me gustaría empalarlos a todos y verles retorcerse en los palos como mariposas… sólo hay una cosa que odie más que un rojo… una de esas periodistas que escriben artículos sentimentales y cursis.

La amenaza para la periodista estaba servida. Ya era persona *non grata* en el bando franquista, pese a sus nobles amistades.

Cowles llegó a León, donde se encontró con varios corresponsales, entre ellos el luego espía Kim Philby, entonces periodista del *Times* de Londres. Tras diversas visitas al frente, sus problemas y diferencias con el capitán Aguilera fueron escalando. De vuelta a Salamanca, otro conde –el de Montellano– la saca de la ciudad cuando ella ya siente el peligro y la lleva a Burgos. Otro conde, de nombre Cosme Churruca –de conde en conde, que la sacan de aprietos–, a quien había conocido en Filipinas, le da habitación en casa de una cuñada y la lleva hasta San Sebastián por cortesía, sin saber que ya era una sospechosa para los facciosos. El camino hasta San Sebastián tiene precio: soportar las soflamas de Cosme, a quien ella creía un «hombre despreocupado y afable, de vida placentera». Pero le dio el mitin contra la democracia. Apostaba a que «cuando acabara la guerra, Alemania, Italia y España caerían sobre Francia y la dividirían en tres partes».

Al entrar en el Hotel María Cristina, algún colega se sorprendió al verla. Creían que ya estaba detenida. Por fin llegó Tommy Thompson, el eficiente amigo y alto funcionario de la embajada británica, quien logró meterla en su

coche y pasar la frontera. Kim Philby la había avisado de que iban a detenerla con toda seguridad. Al llegar a París, donde empezó a escribir el libro sobre la guerra de España, Virginia Cowles ya tenía poco que ver con la jovencita que vino a escribir sólo páginas para chicas muy femeninas. Era una reconocida reportera que había estado en los dos bandos, había aprendido que los valores que se defendían en cada uno de ellos no eran idénticos ni mucho menos; tenía ideología antifascista, adivinaba la tragedia que se avecinaba sobre Europa y era de todo menos una mujer de salón ñoña y entrenada únicamente para convertirse en una buena esposa. Demostró que a la guerra se podía ir con pulseras de oro, zapatos de ante y chaquetón de pieles. Incoherente de entrada, pero un arma de mujer más a la que nunca se planteó renunciar. Si no puedes igualar las fuerzas físicas bañadas en testosterona, la inteligencia para convertir la aparente debilidad en garra es un arte.

CAPÍTULO VI

La poeta Gamel Woolsey, la economista Marjorie Grice-Hutchinson y Vita Sackville-West

El cementerio inglés de Málaga es una cañada melancólica, acogedora y repleta de luz. Buganvillas de intenso color púrpura festonean sus muros. Dentro, entre las lápidas blancas, florecen geranios rojos, como los que se plantaron allá por 1831, al poco de su fundación por el mítico cónsul británico en Málaga, William Mark, que consiguió permiso para enterrar aquí a los protestantes. Hasta entonces los cadáveres de los no católicos eran clavados en la arena de las playas, esperando que las olas se los llevaran. Entre esas tumbas románticas y cuidadas del primer camposanto protestante de España duerme la poeta Gamel Woolsey, quien fue alguien más que la mujer de Gerald Brenan. Hay poco más de un kilómetro entre la plaza de la Merced, en el centro de Málaga, hasta esta Cañada de los Ingleses, como también es conocido el cementerio. Elizabeth Gammel Woolsey (su apellido original tiene dos emes), nacida en una plantación de algodón cerca de Charleston, en Carolina del Sur, amaba este sitio:

> En el viejo cementerio en que yacen los marineros
> en tristes tumbas grises de conchas adornadas
> bajo el doblar de las campanas a cinco brazas
> el coral está hecho de huesos.

Son las primeras líneas del soneto que compuso después de «deambular entre las tumbas cubiertas de conchas del cementerio inglés». Así lo escribe su amiga, la historiadora del pensamiento económico Marjorie Grice-Hutchinson, baronesa Von Schlippenbach, en un librito –una delicadeza– dedicado a la historia del cementerio y donde menciona a Woolsey, la poeta

norteamericana. Las lápidas de Gamel y del hispanista británico más popular de Andalucía están juntas y cuidadas. Ella escogió como epitafio «No temas más al sol abrasador», verso de *Cimbelino*, la tragedia de Shakespeare. Sobre la edad de Gamel, sureña coqueta, Brenan escribió que había nacido en 1899, pero la fecha más certera es 1895. Mientras Gamel duerme en el cementerio desde 1968, víctima de un cáncer, las cenizas de Brenan llegaron en el año 2001, aunque había muerto en 1987, a los 92 años. El hispanista donó su cuerpo a la ciencia. Las tensiones por sus restos entre Alhaurín el Grande y Churriana, en Málaga, retrasaron su reposo final.

Una vez más, mientras que de Brenan se sabe todo o casi todo, de su mujer se conoce poco. Su obra es breve. De delicada salud –padecía tuberculosis desde los dieciséis años–, su timidez y ensimismamiento no ayudaban a la fluidez con los demás. Lo relata Frances Partridge, centenaria escritora y traductora, celosa guardiana de la reputación de los de Bloomsbury. Frances se casó con el joven viudo Ralph Partridge después de que la pintora Dora Carrington, su famosa primera esposa, se suicidara pocos meses después de la muerte de Lytton Strachey.

Señoras y señores, bienvenidos. Esto es ¡el Grupo de Bloomsbury!, creado a partir de una sociedad secreta de estudiantes, Los Apóstoles de Cambridge, entre los que estaba el hermano de Virginia Woolf. Ellos dieron acceso a sus hermanas, amigas, amantes… Lytton Strachey, el más influyente miembro del núcleo duro –junto con Virginia–, había sido el verdadero amor de Carrington. Dora, perdidamente colgada de él, que era homosexual, fue a su vez la pasión devastadora de Gerald Brenan, pese a que ella era la mujer de su mejor amigo, Ralph Partridge. Es normal perderse entre los dormitorios de los bloomsburianos, ya sean heteros, lesbianas, homosexuales o bisexuales, más al estilo de la tradición griega que al de las costumbres protestantes. Sus miembros apostaron por romper los convencionalismos sofocantes heredados de la época victoriana. Cercenaban su creatividad. Este grupo de intelectuales glamurosos, liberados y extravagantes quizá hubieran tenido menos renombre sin las pimientas sabrosonas que aderezan sus relaciones. Pero quienes se han

atrevido a banalizar así olvidan que por Bloomsbury rondaron John Maynard Keynes y Bertrand Russell, entre otros.

Pero volvamos a Gamel y Frances: sus maridos, Brenan y Partridge, se habían hecho íntimos amigos mientras servían como oficiales en el cuerpo de infantería en la Primera Guerra Mundial. Debido a esa amistad, Gerald contó a sus amigos la relación con la dama de Carolina del Sur. Gamel había llegado a Inglaterra siguiendo a Llewelyn Powys, otro tuberculoso, su segundo gran amor después de un matrimonio fracasado. Cuando Gerald Brenan la descubrió en la villa de East Chaldon, condado de Dorset (Gran Bretaña), donde vivía con el matrimonio Powys, la situación era un polvorín emocional. Las pesadas cortinas adamascadas o las delicadas sábanas de hilo no ocultaban las tensiones. Sólo que Brenan llegaba aprendido tras lo vivido con Dora Carrington y compañía.

De todo ello habla la citada Frances Partridge en el prólogo a *Death's Other Kingdom* (*El otro reino de la muerte*, cuyo título original era *Málaga en llamas*) de Gamel Woolsey, fechado en Londres en 1988. Frances dedicó parte de su vida –que fue muy larga, 103 años– a defender de las críticas a los bloomsburianos frente a algunos pasajes que reflejaría Brenan en sus memorias. Junto a otros conocedores del grupo, intentó incluir un poco de realidad entre tanta literatura mediática. La señora Partridge fue un miembro colateral del núcleo del grupo londinense, conoció a todos ya maduritos, pero aunque fuera desde los contornos, su descripción de Gamel es interesante. La norteamericana de Carolina tampoco era *pata negra* entre Strachey, los Woolf, los Bell, Roger Fry, Keynes o Forster. Frente a esos primeros espadas, Gerald Brenan fue un actor secundario.

En contraste con el carácter nervioso e irritable de Brenan, Gamel resultaba amable, característica a la que unía inteligencia y sensibilidad. Su visión fatalista del mundo era atenuada por su exquisita ironía. Brenan les contó a Ralph y Frances Partridge que Gamel le recordaba a la abuela con quien estuvo muy unido. La señora Partridge se llevó un primer recuerdo muy vivo de Woolsey:

> Me impresionó la belleza de su cara, con aquellos rasgados ojos grises y la triste expresión de su rostro […] el aire de debilidad física y sus modales amables y amistosos atrajeron nuestra simpatía. Hablaba en voz baja y suavemente con un marcado acento sureño, pero tenía una risa fácil y espontánea que daba la impresión a veces de salir contra su voluntad. En la conversación hablaba una lengua distinta a la nuestra, enraizada en una civilización diferente […] Recuerdo que vestía de modo muy informal con la combinación de colores más inimaginable. Sin duda, aquí había algo que Gerald podría hacer por ella. En seguida se puso a instruir a Gamel en su forma de vestirse, cosa que hizo tan delicadamente y con tanto éxito que el vestuario de Gamel se acomodó perfectamente a su extraordinaria belleza.

El comentario sobre las ropas revela bastante sobre el dandismo de Brenan, su señora y la propia dama Partridge. Y verdad debía de encerrar, porque en el libro, entre un día y otro de la guerra, Gamel desliza cómo Pilar, una de las criadas, luce alguno de sus viejos vestidos, reconvertidos tras pasar por la aguja sabia de esas mujeres andaluzas. Gamel y Gerald se habían casado en una ceremonia inventada por ellos mismos en 1932, donde intercambiaron anillos y promesas en la basílica de Santa María de Aracoeli, en Roma. Cuando llegan al cortijo de Brenan en Yegen, la Alpujarra granadina, Gamel es *la señora* para toda la servidumbre. Y allí estaba también Miranda, a la que Frances describe como una niña de unos tres años, hija natural de Gerald y de una chica del pueblo «cuyas pocas palabras en dialecto andaluz eran incomprensibles para Gamel. Por aquella época, Gerald planeaba adoptarla legalmente y por estas y otras razones intentaba encontrar una casa más accesible y en un lugar más civilizado donde pudieran vivir los tres». Esta es la versión de los amigos de los Brenan-Woolsey. También el escritor cuenta la parte amable de su idilio con la moza de Yegen en sus memorias y las condiciones que le impuso para tener un hijo con él. Fue una niña, Elena.

El caso de Elena o de Miranda Helen es conocido y tiene otras aristas, según las fuentes a que se recurra para la información. El hecho es que Gerald Brenan sedujo y dejó embarazada a una criada de quince años, Juliana Martín Peregrina, cuando ya conocía a Gamel. Por si acaso, Brenan se largó a Inglaterra. La niña nació en 1931, el mismo año en que se

emparejó con Woolsey. Cuando regresan juntos a España en 1934, recogen a la criatura y la llevaron con ellos. Es una historia oscura, con diferentes versiones, dependiendo de si proceden del entorno de la humildísima criada o del escritor británico, quien disfraza el abuso de una menor semianalfabeta al relatar que se acostó con ella, pero que la violación se produjo mientras ella dormía. Al menos ella «no abrió los ojos», cuenta. *Don Geraldo* –la misma Gamel lo llama así en *El otro reino de la muerte*– cambió el nombre de Elena por el de Miranda Helen. Aunque la criatura vivió con los Brenan, en las doscientas páginas de su libro Woolsey no habla de ella. Sí de una niña más bien fea, nieta de María, la mujer de confianza, cocinera o ama de llaves de la casa de Churriana, que bajó desde Yegen con *don Geraldo* y la poeta a la flamante y cómoda casona. Miranda no visitó nunca a su madre, no la conoció. No sabemos si Juliana Martín Peregrina se enteró de que su hija se había casado en Francia. Juliana murió sin saber que su hija había fallecido cuatro años antes que ella.

Frances y Ralph Partridge fueron a visitar la nueva casa de los Brenan en 1936. Estaba cerca de lo que hoy es el aeropuerto de Málaga y a menos de cinco millas campo a través de Torremolinos, escribe Frances. Se entiende que llegaron antes del mes de julio. Es desde esta casa desde la que Gamel Woolsey vivió el inicio de los acontecimientos que relata en *El otro reino de la muerte*. Como sucede con los libros de Nancy Johnstone e Ilsa Kulcsar, el principal valor de este es el trabajo de campo, el relato de los hechos cotidianos vividos desde el 18 de julio de 1936 hasta febrero de 1937, cuando Málaga cae en manos de los fascistas. Gamel escribe sus apreciaciones sobre el comportamiento humano en situaciones extremas, junto con párrafos notables sobre el papel de las mujeres. Es una escritura sensible, sencilla, con páginas estupendas y donde el análisis femenino es un valor más a la hora de retratar la carestía. Comienza la falta de comida en la cocina, llegan los trapicheos en el incipiente mercado negro, las tensiones para conseguir carne o pescado pese a estar en un pueblo pegado al mar, la tensión de recorrer los caminos hasta Torremolinos o Málaga sembrados de peligros, los odios entre vecinos y las delaciones por ajustes

de cuentas, algunos amores en la trastienda de la casona con bandera británica y a la sombra de la guerra. El miedo y sus efectos devastadores…

Gerald Brenan y Gamel Woolsey ya habían salido camino de Gibraltar cuando Málaga cayó, pero los sucesos que alteraron su plácida vida recién estrenada quedaron grabados en la memoria y la sensibilidad de la poeta. Están envueltos por la luz y el calor andaluz, el humo negro de los incendios de Málaga, el sonido de los bombardeos, la epidemia de miedo que penetra día a día en las gentes, en las mujeres viejas, jóvenes y niños que se refugian en su enorme cocina, buscando la protección británica. El miedo que todo lo pudre y la grima que le producen esas mismas mujeres –sobre todo las jóvenes– que lloran o gritan histéricas al oír las bombas o los cristales rotos. A Gamel Woolsey le repugna su histerismo, al tiempo que la invade la compasión. Logra transmitir al lector este pánico. Los temblores, las tristezas, las miserias de quienes los rodean, entreverados por rasgos hermosos de las gentes humildes. También aparecen las *cazurradas* de los otros extranjeros, sólo preocupados por sus pertenencias, sin pensar ni unos segundos en quienes los habían acogido o servido durante años. El pavor se filtra lentamente al principio, de manera fulminante luego, lo que convierte a esos guiris en más miserables cuanto más ricos o poderosos son. Los instrumentos más eficientes del pánico son las checas nocturnas –llegadas a los pueblos como Churriana desde la capital– y los moros de Franco y el Tercio (la Legión). Woolsey no vivió *la desbandá* y en aquellos primeros dos meses de la guerra poco podían imaginar ella y quienes la rodeaban en el pueblo que lo más terrible sería esa huida de Málaga a Almería bajo las bombas de los aviones y el fuego de los barcos de los fascistas. Entre 3.000 y 5.000 personas murieron en su escapada. A alguno de ellos conocería Gamel Woolsey. Quizá se cruzaran en el camino de Tina Modotti o el doctor Bethune mientras atendían a los heridos. Pero aquel 18 de julio de 1936 aún lucía el sol:

> Era el día más maravilloso del verano. En toda la historia de los días no se habría encontrado uno más estupendo. Al amanecer, el cielo estaba despejado y la «banda rosa» de los trópicos, la cinta de luz rosácea que, entre dos luces, asciende al cielo

> desde el horizonte, se elevó al cenit y se desvaneció ante la luz creciente. Luego, el sol surgió repentinamente dando un salto al aire. Empezaba el largo y cálido día sureño.

Gamel mira ese amanecer desde la casa-palacio –de palacio la califica Gerald Brenan en sus memorias– comprada a Carlos Crooke Larios, rico empresario de familia malagueña. Al personaje el golpe de los militares sublevados lo pilla en las afueras de Málaga con sus cuatro hijos y señora, también de cuna *noble.* Gamel y Gerald los acogen a todos –también a sus gallinas– en el hogar de Churriana y los esconden de los comandos de las checas llegados de Málaga. Buscaban a don Carlos con ganas. Aunque la poeta escribe delicadamente sobre él y su familia, que ocultaba los apellidos, y con especial amabilidad retrata a la esposa, los Crooke Larios terminan siendo un problema para los Brenan. El tal don Carlos se revela como un energúmeno más de la guerra. Llegó a bailar en la terraza mientras jaleaba a los aviones que bombardearon los muelles de Málaga. La situación empeoró, hasta que lograron facturarlos para Chile, tras muchas diligencias y petición de favores de Brenan a amigos y autoridades.

Como sucede con las demás mujeres rescatadas en este libro, aunque *El otro reino de la muerte* se publicó en su primera edición en 1939, transcurridos más de dos años desde que saliera de España con Brenan, los acontecimientos de la Segunda Guerra Mundial dejaron el libro relegado al olvido. Gamel escribió alguna vez a sus amigas que era la obra de la que estaba más orgullosa. Siempre se sintió insegura de sus poesías y de su primera novela. A la sombra de Brenan, la situación no mejoraba. Mientras ella escribía unas páginas de recuerdos, Brenan trabajaba en *El laberinto español*, para muchos una de las obras de referencia para entender el país hasta la guerra civil. Que las memorias de la poeta tengan más de documental sobre aquellas terribles semanas del verano del 36, de la vida cotidiana en la Málaga que aún no había sido derrotada, con apreciaciones y sensibilidades femeninas consideradas algo románticas, no parece razón suficiente para someter a Gamel Woolsey a las sombras y devaluarla a

simple «mujer de». El libro no fue recuperado hasta finales del siglo pasado y su poesía recopilada, más por obligación que por valor poético, en la primera década del XXI.

«Death's other kingdom» («El reino de la muerte») es un verso de T. S. Eliot. El libro de Gamel habla de la casa, de su decoración de muebles antiguos y sólidos, de los albañiles que los ayudaron a arreglar el casoplón, luego transmutados en anarquistas; hay descripciones del jardín que tan feliz les hizo, de la luz del mar Mediterráneo sobre la terraza, del físico de los andaluces; hay frases y refranes que a menudo traduce y construye de forma rara, pero que aun así resultan valiosos. Tanto como la sensibilidad con que habla de los jóvenes casi adolescentes que se suben a los camiones del Frente Popular para rechazar el golpe, de la inocencia de los primeros aspirantes a milicianos que con su «¡Salud, camarada!» llegan a su puerta, blandiendo una espada dorada de juguete; o de la insolidaridad de tantos y tantos de los extranjeros que esperan en el puerto de Málaga o en los hoteles convertidos en refugios protegidos por temor a los chequistas. Todo ello aporta otra mirada más práctica y cercana a las emociones que los análisis de Brenan, alguno de los cuales no ha envejecido bien. En las páginas dedicadas a ese 18 de julio, Gamel describe una situación idílica en sus vidas:

> Era maravilloso no tener que hacer nada todo el día, sólo tomar el sol como lagartos a la sombra de los altos y encalados muros del jardín. La casa era una tosca alquería de dos plantas, probablemente muy vieja. Los muros tenían un grosor de más de dos metros […] Ese día, antes de tomar el té, nos bañamos en la alberca que se había llenado de nuevo. Se podían dar cuatro brazadas y el agua era fresca de la montaña, siempre en movimiento, era fresca y cristalina. Contemplamos el mar mientras estábamos en el balcón, después de vestirnos […] Nos sentamos en el patio a tomar el té junto a las fuentes, en la sombra que proyectaba la casa […] Los criados se congregaron a nuestro alrededor […] Les invitamos a que se unieran a nosotros: «Gracias, que se sientan bien». Ellos rehusaron educadamente con las buenas maneras de España donde un mendigo que va por la calle comiendo pan duro ofrece al rico que pasa a su lado y este, cortésmente, también lo rechaza… «¿Hay noticias?», preguntamos a Enrique [el jardinero].

No había muchas noticias sobre el alzamiento, sólo algunos comentarios de los trabajadores de las fábricas cercanas, que habían estado en huelga unos días antes. Esa calma chicha no duró mucho. Una mañana temprano, Gamel escucha entre sueños a María, la cocinera, que los despierta, gritándoles: «¡Cómo pueden dormir mientras Málaga arde!» Los rojos quemaban las casas señoriales tras los primeros bombardeos, que ocasionaron muchas muertes. Días después, un campamento gitano por el que Gamel y Brenan pasaban a menudo en su camino a Málaga fue arrasado por las bombas. Sólo una niña sobrevivió a la matanza. La pareja ve los rastros de esos bombardeos sobre el campamento destruido; a la poeta le corta la respiración el grupo de mujeres gitanas, de melenas negras, fuertes, rotundas y dignas, que bajan de la montaña para acudir a los sepelios por sus compadres. Entre los fallecidos también había mujeres y niños.

Los desfiles de los camiones con los jóvenes partidarios del Frente Popular, los pañuelos rojos o rojos y negros al cuello –Gerald y Gamel simpatizan ligeramente con los anarquistas, aún no habían llegado noticias de las detenciones nocturnas desde Málaga–, la felicidad de esos muchachos –que le recuerdan un poema de Wordsworth, de *The French Revolution*: «La felicidad consistía en estar vivo ese amanecer / pero ser joven era la mayor felicidad»–, de entrada la fascinan. Luego llega la perplejidad ante cómo actúan los criados, que desaparecen cuando se presentan los primeros anarquistas. Gamel piensa en lo desleales que son sus empleados, para después descubrir que habían ido corriendo a esconder la plata y las joyas. La angustia ante los incendios de las casas –observan temerosos la del vecino, fascista y ausente, desde la que las llamas pasarían a la de ellos si le prendían fuego– es atenuada por el humor de Gerald, cuando llegan a los 35 grados y concluye que «hoy no es buen día para quemar casas». Se aventuran a caminar hasta Torremolinos, donde recuperan una vieja radio de un periodista estadounidense, un tal Gray, que les será muy útil en adelante. Sobre todo para escuchar las barbaridades de Queipo de Llano. Unas barbaridades y un tono de voz que a la escritora de Carolina del Sur le resultan tan fascinantes como espantosas:

> [Queipo]) habla de estos villanos fascistas y una voz agonizante se puede oír detrás de él corrigiéndole: «No, no mi general, marxistas». «Qué diferencia hay», dice el general, y continúa grandilocuente […] «Vosotros, canallas, vosotros, anarquistas de Málaga, esperad a que llegue allí dentro de diez días […] Fusilaré a diez de los vuestros por cada uno de los nuestros; (berrea) aunque tenga que sacarlos de la tumba para fusilarlos».

Con este ambiente mitinero lanzado desde Radio Sevilla, mezclado con los discursos nacionales de Indalecio Prieto y Manuel Azaña en los primeros días, buscando las noticias en diferentes lenguas, Gamel Woolsey cae rendida ante el poder del aparato de radio: «La radio en tiempo de guerra es absolutamente fascinante. Las declaraciones, los discursos de los líderes nacionales la hacen cautivadora para el oyente que está emocionalmente involucrado, especialmente si puede seguir las noticias en varias lenguas». La voz de Queipo de Llano y los rumores que el viento propaga por las serranías y los campos arrastran el temor a «¡el Tercio, que viene el Tercio!», y a los moros, un temor que convierte el hogar de Churriana en refugio. «La cocina estaba llena de viejas del campo que habían empezado a ver moros detrás de cada arbusto y habían acudido en busca de protección y consuelo. Ese día, por primera vez izamos la bandera inglesa».

La calle Marqués de Larios de Málaga, titulada así en honor del segundo marqués de Larios y conocida como calle Larios, se ha convertido en los últimos lustros en una de las vías más populares de España. Arrastrada por el despegue cultural de la ciudad –capital de los museos de Andalucía– y las verbenas navideñas, es una de las vías más nobles y bonitas de la península. Desde la segunda mitad del siglo XIX, a la sombra de la fábrica de la poderosa familia Larios, sus comercios eran y son símbolo de prosperidad de la ciudad. Nueve décadas atrás, un día en que Gamel Woolsey y *don Geraldo* llegaron a la calle, tras varios bombardeos, se toparon con que en

la esquina donde estaban las oficinas de la Casa Larios (un edificio grande y moderno) sólo quedaba «un feo esqueleto humeante». Alrededor de los escombros merodeaba gente que buscaba no se sabía bien qué.

> Las gentes parecían bastante locas […] Miré las caras que nos rodeaban y todos parecían extraños y salvajes. La quema de casas había sido una orgía y todavía estaban terminando de saciarse entre las cenizas. Estoy segura de que un incendio premeditado es un vicio de la misma naturaleza que un delito sexual. Es una violación a gran escala. Las caras de los locos en las calles de Málaga parecían estar drogadas con la lujuria y el fuego. Y todas las extrañas criaturas del arroyo y de las catacumbas, los deformes, los criminales y los tullidos se habían arrastrado hasta la luz de las llamas […] Grupos de tranquilos jóvenes trabajadores de aspecto inteligente iban de un lado a otro reparando los daños como podían […] Era tranquilizador ver a estos sensatos jóvenes haciendo su trabajo pacífica y eficientemente.

Para ser un libro sepultado por la inercia de las circunstancias históricas y por ser obra de una mujer, no parece una crónica mediocre. Cabe preguntarse si esta señora Brenan que escribe sobre delito «sexual» y violación tenía interpretación para lo que había hecho su marido con la joven Juliana Martín Peregrina. Disquisiciones aparte, es un viaje de pasado y realidad recorrer la actual calle Larios teniendo recientes las líneas de la poeta en aquel verano de 1936. A cada lado de la vía trabajan estatuas humanas y artistas callejeros, aderezados con las multitudes en chancletas, pantalones cortos y camisetas de tirantes sobre panzas barrigonas de alcohol. Pocos se fijan ya en el monumento del marqués de Larios al inicio de la vía desde la Alameda. La escultura de Mariano Benlliure durmió unos años bajo el agua, desde que el 14 de abril de 1931 fuera derribada y arrastrada, hasta quedar sumergida en el puerto. Su descendiente, el tercer marqués de Larios, era el principal terrateniente y empresario de la provincia, profundamente monárquico. Pero Málaga fue la ciudad con más votos a los republicanos y con el primer concejal comunista. Hoy resulta más atractivo el artista forrado de periódicos que lee un diario que el monumento sobre una alta peana. Padres y abuelos explican a los nietos qué eran –son, ya moribundos– esos papeles llamados periódicos, blancos

embadurnados con letras negras, que cubren la figura humana sentada en una silla de plástico también forrada. Es tentador observar a estos guiris de hoy, achicharrados como cangrejos y con tripas cerveceras, que desbordan las aceras y los asientos de la calle. Su indumentaria avergonzaría a los empingorotados compatriotas que escapaban de Málaga en el primer destructor que recogió extranjeros en Torremolinos, pero no sabemos si reaccionarían tan vergonzosamente como los de aquellos días que se peleaban en el puerto para escapar, o como los brigadistas internacionales que vinieron a luchar por la República llenos de idealismo. A Gamel, los primeros le daban vergüenza:

> La actitud de nuestros compatriotas anglosajones (los que vivían en España y mucho más los de Gibraltar) fue una de las cosas que más nos deprimió durante la guerra civil… personas bien alimentadas, bien vestidas, miembros de las clases más ricas que habían desayunado bien y se habían bañado esa mañana y que probablemente volverían a hacer lo mismo mañana por la mañana. La guerra civil era un fastidio para la mayoría. Interrumpía sus vacaciones en la época de baños precisamente. No vi ninguna señal en ellos que denotara que algo de extraordinaria importancia le estaba ocurriendo al pueblo español y probablemente al mundo. A la mayoría de estas personas no parecía afectarles en nada la guerra excepto en su egoísmo y muchos daban a entender cierta susceptibilidad pomposa, como si la guerra hubiera surgido a posta, como una ofensa personal.

No hay que añadir nada más a las palabras de la poeta. La guerra ya tenía un olor *fétido*. Asumieron la rutina de los bombardeos, pero no podían controlar la propagación de su humo apestoso. A más bombardeos, más crueldad por parte de los comandos nocturnos. Eran interminables las noches escuchando a los camiones que llegaban y sacaban de casa a tal o cual vecino. Gamel descubrió otra cosa profundamente sucia: la pornografía de la violencia. La encuentra entre los mismos que relatan en chismorreos poco verídicos cómo se caza a los fascistas, pero le sorprende aún más entre los extranjeros.

> Entonces me di cuenta –y más tarde se confirmaría en Gibraltar cuando escuchaba estas historias– de que las historias de crímenes eran una auténtica pornografía de la violencia. La ausente mirada lujuriosa y el pleno disfrute del horror (evidente sobre todo en los ingleses viejos y respetables que hablaban de violentas torturas a las monjas desnudas –era significativo que en estas historias las monjas siempre aparecieran desnudas–) muestran claramente su naturaleza erótica.

También habla del precio de la solidaridad: la soledad. Tener escondido a don Carlos no sólo los ponía en peligro, sino que los alejaba de los amigos. Aunque no dejaran de serlo, ya no acudían a la casa, sabedores de que el personaje era buscado. Todavía más después del baile en la terraza al son de los bombarderos. Ella se queja de que los de ideas conservadoras no aparecieron nunca, era como si tuvieran la viruela.

Es en este punto cuando la mujer de Carolina del Sur vuelve su mirada hacia las mujeres españolas. Las viejas fueron las únicas que no los abandonaron. «Gran parte del famoso carácter español lo detentan las mujeres mayores. Han sufrido y se han resignado; trabajaron más allá de sus fuerzas y se agotaron por los demás. Ese paciente estoicismo es una de las características españolas más notables».

La tan manoseada como reivindicada sensibilidad femenina impregna *El otro reino de la muerte*, sin complejos. Gamel no es una excepción entre otras mujeres como las que ya nos hemos encontrado en estas páginas, y ser mujer es un activo más que enriquece su testimonio. La *fetidez* de la guerra penetra en su desayuno de café mezclado con leche de cabra, mermelada de naranja amarga y el excelente pan del pueblo español. Tan bueno que aquí se dice de algo excelente que es tan bueno como el pan en vez de tan bueno como el oro. Las flores, el jardín de dalias encendidas, el macizo de zinnias y las grandes crestas de gallo «resplandecían a la luz del sol; aunque nuestro sitio caía bajo la densa sombra de dos grandes nísperos japoneses». Cuando hacen la maleta con algunas joyas y sus chales favoritos, para que unos amigos se los lleven a Inglaterra en el destructor que parte de Torremolinos a Gibraltar, justo ese jardín, esos árboles y su luz son las cosas que Gamel no podrá empaquetar. Sí caben las escrituras de la casa que habían

comprado al tal don Carlos, del que por cierto se perdió la pista en Latinoamérica. Ese jardín, el agua, la luz son las cosas que va a echar de menos los años que permanecerá fuera de su casa de Churriana. Regresaron definitivamente en 1953. Ella tenía 54 años, y Brenan, 55.

Nancy Cunard dedicó su corazón a España de tal manera que hasta muy poco antes de su muerte entraba clandestinamente en la península o en las islas, ayudaba a los perdedores de la guerra, pese a sus escasos recursos. Nancy Johnstone trató de recuperar su hotel en la posguerra, pero las personas a quienes se lo había confiado y las leyes le fallaron. Virginia Cowles nunca olvidó la pulsera de oro comprada en la Gran Vía que le costó las sospechas de Merry del Val y regresó cada verano a España acabada la Segunda Guerra Mundial. Cuando en 1968 Lillian Hellman, de quien hablaremos, transcribió las notas de sus memorias sobre España, encima de la chimenea de su despacho estaban los frascos de porcelana decorados con flores y el daguerrotipo de una joven que recogió en la casa bombardeada del frente de la Ciudad Universitaria. Los Brenan-Woolsey tuvieron más suerte; recuperaron su casa, hicieron una gran vida social en la Churriana-Málaga que ya había salido de la posguerra y que se enfocaba hacia la explosión del turismo. Como contó Brenan, durante años vivieron con un inquilino al que no lograron desalojar por el contrato de alquiler que le habían hecho, pero eso no impidió que hasta la muerte de Gamel su casa se convirtiera en interesante centro de relaciones literarias y artísticas hispano-británicas. Gamel siempre estuvo un paso atrás, velada por su timidez y la vanidad de Gerald.

Distintas, dispares en sus orígenes y educación –aunque la mayoría tuvo acceso a una educación superior a la media de las otras mujeres–, desde el frente o desde los lugares en donde vivían cuando la guerra estalló, unas vinieron a cubrir los acontecimientos y otras se negaron a dejar España. Durante los primeros meses, Gamel y Gerald estaban entre los últimos. Dejaron que el destructor que arribaba a Torremolinos partiera sin ellos; allí marchaba una panda de compatriotas que los avergonzaba, junto con su maleta con documentos y cosas delicadas. Allá también marchaba su amiga Madame Vandervelde, quien dudaba si meter en el equipaje o no una

preciosa pieza de «cerámica Omega» que Roger Fry (uno de Los Apóstoles de Cambridge) había realizado para la señora. Fry, muerto dos años antes, fue amigo de Gerald. Gamel lamenta el destino de su obra. La poeta sabe que no puede llevársela en el burro –«el platero»– que los trae y los lleva desde su casa hasta Torremolinos.

En situaciones inesperadas, los embelesamientos también son inesperados y al mismo tiempo están repletos de significado. La señora Brenan se detiene en la descripción de los burros españoles, a los que ya cita en otras circunstancias del relato. Cachazudos, metódicos, pacientes. Por eso le ruega a Enrique, el jardinero, que no golpee al suyo aunque vayan con el tiempo pegado para alcanzar al destructor. «Teníamos que adaptarnos a su ritmo parsimonioso». El burro surge en otra ocasión en el trasfondo de las historias, esta vez no despanzurrado y herido en las cunetas de La Retirada o de *la desbandá*, sino en una huida más sencilla. El animal resulta un recurso básico y seguro cuando ya no queda gasolina y los camiones no sirven para asuntos tan particulares. Los asnos, jumentos, mulos, tantos nombres y todos nobles, juegan un papel milenario en las culturas, datado desde los egipcios, griegos y romanos. En la vida cotidiana y en las guerras, sufridos, sacrificados, devorados y hasta hace poco en peligro de extinción. Gamel, que a veces se lía con los conceptos en castellano, los llama «plateros» por lo de «burros de plata» que se utilizaba en Andalucía, más que por entusiasmo hacia la obra de Juan Ramón Jiménez.

Al final, la pareja de escritores se rindió a la evidencia de lo brutal de la guerra. Los intensos bombardeos debilitan la moral, aumentan las delaciones, las ruindades, todo lo terrible que un conflicto bélico hace aflorar en el ser humano. Pese a que Brenan había comenzado a escribir sobre la contienda en diarios británicos, optan por salir. Incluso acompañó a algún corresponsal y pasó por el frente de Antequera para contarlo. Pero en septiembre de 1936 decidieron marcharse (Málaga cayó en manos de los nacionales el 8 de febrero de 1937). El asesinato de Juan el panadero, un amigo y personaje al que Gamel describe con enorme cariño, sumado a los riesgos corridos por atender a *don Carlos* –a Brenan el tipo ya le había

cabreado mucho y habían tenido enfrentamientos–, los anima a subir a otro destructor que los llevará a Inglaterra, vía Gibraltar y Lisboa. Es en el peñón donde las costuras de dama sureña de Gamel Woolsey terminan de romperse frente a la crueldad, estulticia e ignorancia de sus compatriotas y otros muchos extranjeros que habitan la colonia británica. La fauna que encuentran en el Hotel Rock la descorazona:

> La mayoría de los civiles y los oficiales del ejército que conocimos decían las cosas más absurdas de los «rojos» y de los «comunistas» y no se cansaban de contar increíbles historias de atrocidades. No les preocupaban lo más mínimo los padecimientos reales del pueblo español… Nos sorprendió que la única cosa que producía cierta preocupación por la guerra española y sus consecuencias era la posibilidad de que los galgos de la Roca no pudieran cazar ese invierno en la costa frente a Gibraltar si la guerra continuaba; pero el general Franco era un caballero, nos decían seriamente, y no dudaría en controlar la situación.

La partida de ese Gibraltar racista con los españoles, repleto de conversaciones «hueras y el erótico placer vergonzoso ante las atrocidades», resulta un alivio para la poeta. La parada de media jornada en Lisboa borra ligeramente la amargura en el epílogo de Woolsey a su libro.

La Segunda Guerra Mundial y sus consecuencias alejaron a Gamel de Churriana, aunque siempre tuvo en su recuerdo los jardines, el sonido del agua y el sistema de riego del jardín y el huerto, tan árabe y fascinante para las visitas. La evocación era demasiado poderosa y volvieron a Málaga. Antes de instalarse definitivamente en Churriana en 1953, realizaron algunos viajes por la península. Brenan escribió sobre el asunto un libro de viajes y memoria, *La faz de España*. Gamel continuó con su poesía, modesta a veces, buena otras, según su amiga Grice-Hutchinson. El profesor Carlos Pranger ha recopilado sus versos en una antología. El rechazo de T. S. Eliot a la obra poética de Woolsey nunca fue superado por la escritora, lo que acentuó el alcoholismo y la depresión en los últimos años de su vida.

Como Hemingway, Eliot es otro de esos nombres inevitables que se cuela en la vida de tantas mujeres que intentaron sacar cabeza en el ámbito de la literatura en aquellos años. El poeta de *La tierra baldía* y *Cuatro cuartetos* no sólo influyó extraordinariamente en el canon de la poesía, sino que su influjo a través de la editorial Faber & Faber fue determinante en las letras del siglo pasado. Nancy Cunard, Nancy Johnstone, Ilsa Kulcsar (discutió con Faber & Faber por la traducción de *La forja de un rebelde*) y tantas otras se toparon con él, liberal en las alcobas, muy cristiano en su vida y de posiciones conservadoras en lo político. Es una de esas figuras magistrales en el ámbito cultural del periodo de entreguerras del siglo pasado que, como tantos otros, hoy no pasaría el filtro en cuanto a su papel, actitud y comportamiento con las mujeres. La historia de su matrimonio con Vivienne Haigh-Wood –pintora, escritora y pianista– y el trío que montaron con Bertrand Russell es conocido.

Resultan esclarecedoras las paradas para recordar algunos trazos de las vidas y los embrollos sentimentales de las protagonistas de este libro. Bajo la excusa de que esos temas eran asuntos de meras chismosas, histéricas y menopáusicas, cotillas o, en castellano vulgar, viejas del visillo, en muchas ocasiones se ocultaba otra realidad. Bastaba apartar ese visillo con un poquito de cuidado para comprobar que detrás de esa aparente elegancia frente a la vulgaridad de los chismes a menudo se escondía el silencio sobre la tiranía y el maltrato, el desprecio hacia la condición femenina. Y si bien es cierto que es imposible separar aquel mundo del contexto en el que se desenvolvía, nada impide que hoy se revise y se sepa. Más teniendo en cuenta que estamos hablando de personajes cultos, de las élites intelectuales del periodo de entreguerras, cuando el estallido de la inteligencia fue tan brillante en todos los ámbitos científicos y literarios. Muchos de aquellos tipos tenían suficiente formación para haberse parado a pensar que aquellas mujeres no eran viejos cacharros, juguetes sexuales o meros instrumentos de apoyo a su desarrollo intelectual.

El otro reino de la muerte fue publicado primero por Eliot en Faber & Faber; más tarde fue recuperado y reeditado bajo el título *Málaga en llamas*. También la dirección cultural de la Casa de Brenan ha buscado un

huequecito a Gamel, aunque quedan sombras, muchas, sobre el personaje. No hay referencias de la poeta a Miranda Helen en sus memorias; sí, claro, en las de Brenan. Cabe suponer que cuando la escritora habla de la niña «feíta» hija de Pilar describe a Miranda, la hija de Brenan. Ella pasa de puntillas al enunciar que los criados que tienen en casa habían bajado desde Yegen, donde ya trabajaban con Brenan. Entre esos criados estaba María, la única que mantiene su nombre y el personaje más importante como ama de llaves. Según Frances Partridge, a Gamel le resultaba difícil entenderse con la hija de su marido por el acento. El hecho real es que se la llevaron a Inglaterra, la internaron para estudiar y se casó con un francés. La foto vestido de padrino de Gerald Brenan y su hija Miranda vestida de novia da testimonio de ello.

Por las amigas de Woolsey sabemos que en los últimos tiempos la relación entre la pareja no fue para tirar cohetes. La querencia de Brenan por las jovencitas se acentuó con la chochez de los años. Desde enamorarse de una sobrina de Dora Carrington de manera muy pelmaza a contratar a jóvenes que lo cuidaran, ya fuera como secretarias, ayudantes o criadas, sus debilidades las aguantó Gamel con elegancia, como senilidades de un viejo ya patético. Sus compatriotas británicos han obviado o disculpado las veleidades del personaje, que hoy serían juzgadas con dureza. Todo ello no es óbice para que, en la Cañada de los Ingleses, la modesta tumba de Gamel Woolsey tenga al lado la de su pareja, que no fue el gran amor de su vida. Tampoco ella de la de Brenan. Hay quien sostiene, dentro de la comunidad de voluntarios británicos que cuidan el cementerio, que seguramente ella estuvo más tranquila durante los más de 33 años que permaneció sola en un sitio tan especial.

El otro reino de la muerte está dedicado a Marjorie Grice-Hutchinson, la pensadora económica que afianzó a los escolásticos de la Escuela de Salamanca como claves para la teoría monetaria. Recordemos que Marjorie fue amiga de Gamel Woolsey y autora de ese librito-joya de 48 páginas que

es *El cementerio inglés de Málaga*, y también de *La Escuela de Salamanca. Una interpretación de la teoría monetaria española, 1544-1605*. A la sesuda baronesa Von Schlippenbach no se le ocurriría entrar en los vulgares temas de alcoba de los Brenan en las charlas con sus amistades, pero sí que confiaba a sus amigos que Gamel, un ser delicado y poco reconocido, conocía a los españoles incluso mejor que Gerald. Era la poeta quien trataba con las gentes de la casa o con los vecinos, mientras Brenan se dedicaba a los británicos que los visitaban constantemente.

Esta historiadora del pensamiento económico, alumna de la London School of Economics y de Friedrich von Hayek, se convirtió en baronesa Von Schlippenbach cuando en 1951 se casó con el barón Ulrich von Schlippenbach, ingeniero agrónomo que vivía en Málaga y descendiente de una estirpe letona o polaca, dependiendo del momento de la historia. Tras el matrimonio, Marjorie alternó su vida entre Alemania y España –en Alemania trabajaba su marido– hasta que su padre los convenció para que se instalaran del todo en España. La pareja se estableció en una casa también cercana a Churriana. Málaga formaba parte de la vida de ella desde la infancia. Su padre tenía una finca en tierras malagueñas desde los años veinte y era un hombre reconocido, con intenciones filantrópicas, como la de atender una escuela para los más desfavorecidos. Marjorie había pasado largas temporadas de su niñez y juventud en Andalucía, pero es que además durante la guerra civil el yate paterno –el *Honey Bee*– fue utilizado para sacar hasta Gibraltar a bastantes nacionales, primero, y a algunos republicanos, después. Es fácil suponer que a la poeta Gamel Woolsey disfrutar de amigas jóvenes que no fueran el tipo de Brenan le diera un respiro. Marjorie era poco atractiva pero llena de encanto y excelente humor británico. Tomar el té bajo los nísperos y hablar de libros, además de dar largas caminatas, era algo que compartían ambas mujeres. Cuando los estudios y los trabajos de Marjorie lo permitían.

A partir de 1953 la relación entre ellas se afianzó, todo lo que puede afianzarse entre una mujer de ciencias, británica, casada con un barón alemán y una señora de aire romántico, sureña criada por esclavos *cariñosos*. Pero en la Málaga de la posguerra, por más que una admirara a

las mujeres españolas, no había muchas con las que mantener una conversación, confesaría Marjorie a otras amigas. Mientras Grice-Hutchinson ya había sido alumna notable de Hayek –de quien se dice que la orientó a investigar a los escolásticos de la Escuela de Salamanca– y sus estudios sobre el origen del liberalismo en Salamanca iban a granjearle una reputación en el mundo académico, Woolsey seguía oculta tras la sombra cada vez más alargada de Brenan. El acicate de la amistad y la necesidad de intercambiar gustos intelectuales las aproximaron. La generosidad y la empatía de Marjorie se recuerdan en Málaga, ciudad que sí que tiene reconocida a la pensadora económica. Grice-Hutchinson legó su finca y allí se sitúa el centro de experimentación que lleva su nombre y una biblioteca de casi mil ejemplares, que también donó.

Reconocida en el mundo académico con los *honoris causa* que merecía y siempre citada por sus discípulos con respeto y enorme cariño, la economista dedicó los últimos años de su vida a cuidar del cementerio inglés como voluntaria, recuperando su historia y la obra de otro británico, el cónsul William Mark. Es Marjorie quien pasea con Gamel entre las tumbas del cementerio, donde también duerme un héroe de paso, el norirlandés Robert Boyd, que luchó con el general Torrijos, además del poeta Jorge Guillén y su esposa, la italiana Irene Mochi-Sismondi. *El cementerio inglés de Málaga* fue escrito en 1964, cuatro años antes de la muerte por cáncer de Gamel Woolsey. Merece un hueco aquí para quienes forman parte del grupo de peregrinos mitómanos que viajan con libros sobre los lugares que recorren. A la puerta del cementerio, a la derecha, hay una casita donde reciben los voluntarios de la fundación que cuida del cementerio y se adquiere el libro. Luego, sentarse en el porche de la iglesia de Saint George y ojearlo es una posibilidad para la ensoñación. La tumba de la propia Grice-Hutchinson está a escasos metros del templo; un poco más allá espera Gamel.

Tras el rato de reposo aderezado con la brisa y la amenaza de lluvia tan rara en Málaga, recorrer el lugar pensando en la mirada de la poeta y la economista es inevitable. «La construcción que hay en la entrada es de estilo gótico victoriano y las conchas que adornan las tumbas más antiguas

recuerdan a las grutas que estuvieron de moda en los jardines ingleses. Los sauces llorones defienden las tumbas de un sol implacable», escribe la pensadora económica, quien cuenta la singular historia del lugar.

La muerte de un protestante planteó en España un horrible problema hasta la fundación del cementerio en 1831. Y el problema se remontaba a 1622, en Santander, donde murió el secretario del embajador, para el que «se denegó la autorización para el entierro». Lanzaron el cadáver al mar, pero los pescadores, temiendo que el cuerpo de un hereje perjudicara sus capturas, lo sacaron y tiraron a tierra. Hasta 1831, cuando el cónsul más reconocido por evitar este drama e iniciador de una dinastía de cónsules en esta ciudad, William Mark, logró la fundación del cementerio, «el enterramiento de los protestantes era un asunto horrendo». No se podían sepultar de noche, había que llevarlos hasta la orilla del mar, enterrarlos en posición vertical «alumbrándose con una antorcha. Los cadáveres, además de estar expuestos a ser devorados por los perros o barridos mar adentro por las olas, se veían agraviados por el vertido de inmundicias».

El horror y el morbo de las religiones se personan en el relato y entonces el cementerio se observa con otra mirada de refugio, una mirada consciente de que los enterramientos fueron tema de conversación entre Marjorie y Gamel, ya fuera en el maravilloso y recuperado jardín de Churriana o entre las tumbas de conchas. Dentro del perímetro del cementerio hay otro terreno, delimitado por tapias blancas. Es el primer recinto que el batallador William Mark consiguió pactar con las autoridades malagueñas, después de años de negociación fracasada con los reyes y Madrid.

Sea evocación del poema de Woolsey o realidad, o ambas cosas, la brisa que llega del mar se cuela entre las tumbas blancas, gastadas, roza los tobillos y los cabellos, agita los pimenteros, algarrobos, naranjos o pinos que rodean el lugar, que también fue jardín botánico. Atravesada la puerta del cementerio viejo, a la derecha se encuentra la que se supone es la tumba de Robert Boyd, el joven militar fusilado con los cincuenta de Torrijos, un héroe desdichadamente precursor de los idealistas de las Brigadas Internacionales. Boyd, tan elegante y atractivo como el general Torrijos, no

podía tampoco reposar con sus compañeros tras el brutal fusilamiento de los revolucionarios del general. No era católico. Al cónsul Mark, la muerte de Boyd «le afectó muchísimo», escribe Grice-Hutchinson. Para la intransigente Iglesia católica no dejaba de ser un hereje, además de un revolucionario, y no iban a enterrarlo en suelo católico. Se sospecha que sus restos se encuentran en el recinto primitivo, pero por si acaso tiene un monumento en el camino principal que conduce a la iglesia de Saint George.

Son tantas las historias que esconde este camposanto que el halo que lo envuelve atrapa. Fue Grice-Hutchinson la última en ser enterrada en la Cañada de los Ingleses, en 2003, a los 94 años. Las autoridades pidieron a Bruce McIntyre, entonces cónsul británico en la ciudad, el cese de los entierros en una cañada que está tan cerca del centro de la ciudad. Es fácil imaginar a las dos mujeres aquí, en una charlita eterna, regada con té y unas uvas malagueñas que tanto gustaban a todos, especialmente a Brenan. Aquellas moscatel del jardín de Churriana que María les ponía para desayunar eran inolvidables. La pasión del hispanista británico por la uva venía de lejos. Allá por 1923, durante una de las primeras visitas de Virginia Woolf a Brenan en Yegen, la Woolf escribió a su amante Vita Sackville-West que Gerald «no hace más que leer en francés y comer uvas». Es dudoso que la baronesa Sackville-West, descendiente de abuela gitana malagueña, renegada de su sangre andaluza, reparara en el comentario de su enamorada Virginia. Vita despreciaba sus orígenes por línea materna, pero no podía borrarlos.

Una mañana de marzo de 1949, los niños del Perchel –un barrio humilde de Málaga que debe su nombre a los pescados que se colgaban a secar en perchas– pararon sus juegos entre la calle Calvo, la calle Ancha y la de La Puente para mirar a una mujer de aspecto extravagante y mayor –57 años–, alta, de buen porte, oscura, que pisaba con reparo los charcos, aunque sus zapatos eran resistentes. Sin duda, era extranjera. Lo que los chavales no

podían saber es que esa turista con pinta de *extraviá*, escritora, jardinera y aristócrata, tenía sangre muy española, procedente de ese mismo barrio que visitaba en busca de sus raíces y de los recuerdos de su abuela materna, una española la mar de flamenca, Pepita de Oliva, bailarina, también conocida como «la estrella de Andalucía».

Málaga la recibió con cierta expectación, tres artículos sucesivos dieron noticia de la visita. El primero en la *Hoja del Lunes* de Málaga, donde un periodista con seudónimo relataba que Vita había dormido en Torremolinos. El segundo y más interesante lo escribe la notable periodista del momento en la ciudad Ángeles Rubio Argüelles –entonces mujer «oficial» de Edgar Neville, otro señor curioso–, quien escribió en *Sur* que se había encontrado con la dama. «Una mañana deambulando por el centro, me di de frente con una señora altísima, rarísima, nada agraciada: en fin, una inglesa *extraviá* de las muchas que andan por Málaga». Rubio Argüelles conocía la novela *Los eduardianos*, sabía quién era Vita y de sus raíces en el Perchel, y quedó desilusionada: no hablaba español y resultaba tan extravagante que no podía ser nieta de Pepita.

Dos días después, de nuevo en *Sur*, el periodista M. Ramírez Escudero aseguraba que la había oído hablar en castellano bastante correctamente y que en Torremolinos los dueños del Hotel Santa Clara se habían sentido decepcionados por su escasa empatía. Tras una sola noche, un coche de la legación británica la llevó hasta Málaga, se supone que a visitar la citada calle de La Puente, donde nació su abuela.

Más allá de las tres noticias, aquella mañana por el Perchel la nieta de Pepita la bailaora, amante de lord Lionel Sackville-West, la andrógina Vita Sackville-West, iba acompañada por otra dama. No sabemos si era Gamel Woolsey, pero es una hermosa especulación. En esas fechas, los Brenan-Woolsey recorrían España –entre el 10 de febrero y el 18 de abril de 1949– en su primer regreso tras la salida por Gibraltar, y *don Geraldo* tomaba notas para *La faz de España.* Aquella primavera de 1949 ya habían transcurrido ocho años desde el suicidio de Virginia Woolf y diecisiete del de Dora Carrington. Woolf fue amante de Vita, Carrington fue la pasión de Brenan. El halo de prestigio de los de Bloomsbury iba engordando, y sus

críticos perdonaban el pasotismo de sus principales figuras hacia la guerra y su apuesta inicial por el pacifismo.

Orlando es una de las obras más famosas de Virginia Woolf. El personaje vive unos trescientos años y cambia de sexo cuando tiene treinta, en la Inglaterra de Isabel I. Está dedicado a Vita Sackville-West, cuya promiscuidad disgustaba a la enamorada Virginia, pero poco podía hacer ante el liberalismo sexual que practicaban en el grupo. Publicada en 1928, la obra es un referente de los movimientos LGTBI+, revalorizada un siglo después por las prohibiciones de la extrema derecha española para que sea representada. En 1944 la censura franquista prohibió la distribución del libro en España. Es probable que las *ilustradas* autoridades, tan nacionalcatólicas, ignoraran que Vita Sackville-West, la mujer que inspira la obra, era nieta de una flamenca, andaluza, española.

La historia de Vita, de su madre Victoria, de la abuela Pepita y de su ascendencia gitana e ilegítima triunfó sobre la más rancia aristocracia británica y llenó páginas de las crónicas de sociedad al inicio del siglo pasado. Bien vestido y tratado, hubiera sido un novelón radiofónico de la posguerra, un éxito contra la pérfida Albión. Sackville-West relató sus orígenes en un libro, *Pepita*, más conocido que algunos otros de los libros traídos hasta aquí, aunque minoritario. A la escritora, autora también de la notable *Los eduardianos* y de buena poesía, en círculos ibéricos se la conoce más como amante de Virginia Woolf y por su jardín en Sissinghurst que por su obra. La primera parte de *Pepita* está dedicada a la abuela; la segunda, a lady Victoria, la madre de Vita, una dama capaz de encargar al rey un elefante blanco de Siam para su jardín.

Estábamos en una mañana de inicios de la primavera de 1949. La elegante y extraña dama pidió a su acompañante que le hiciera una foto en la calle de La Puente. Y se marchó, bajo la mirada curiosa de los niños desarrapados y sucios que jugaban al otro lado y de la vieja gitana que sentada en silla de enea despiojaba a la nieta una vez cortada la trenza. Era una extranjera más que escapaba del olor del pescado y las *anchovas* en salazón. Y eso que en la posguerra quedaban pocos almacenes y tiendas de la industria que había dado vida y nombre al barrio más pobre, identitario y

diferente de Málaga. Un barrio de miserias y, como consecuencia, de gente muy viva.

Ahora sabemos que aquella mañana Vita Sackville-West iba en busca de la casa natal de su abuela Pepita, trece años después de la muerte de su madre Victoria, en enero de 1936. Josefa Durán, Pepita, no triunfó en Málaga ni en Madrid por falta de técnica, pero arrasó desde París a Berlín, y protagonizó uno de los romances más sonados de la época con el muy *british* sir Lionel Sackville-West, que por azares de la vida heredó el título de barón y se convirtió en lord. Lionel, diplomático de profesión, no se casó con Pepita, aunque lo intentó. Un cónsul británico de buen corazón lo encerró en una habitación de hotel para que no contrajera ese matrimonio y se convirtiera en bígamo, lo que hubiera arruinado su carrera. Pese a esos arrebatos de su abuelo, Vita echó la culpa de algunos de sus problemas de carácter y de los de su madre a la sangre española de la abuela Josefa y de la bisabuela Catalina.

Seguir las fatigas vitales de Josefa es muy interesante. A los diecinueve, Pepita Durán contrajo matrimonio con un bailarín, Juan Antonio Gabriel de la Oliva, que intentó enseñarle danza. Más que de sus pies, el hombre quedó prendado de su melena negra y brillante, de sus ojazos y de su gracia. El pobre De la Oliva cayó rendido ante la jovencísima perchelera cuando esta llegó a Madrid buscando carrera. Se casaron, pero la pareja no duró más que unos meses. El bailarín terminó machacado por la madre de Pepita, Catalina, de sangre caliente y *remango* gitano, dispuesta a sacar rendimiento de la belleza de su hija. Dejando atrás a De la Oliva, Pepita empieza su carrera por las capitales europeas, donde triunfa porque fuera la gente era menos exigente con el baile flamenco y más entregada a la belleza. En una de esas actuaciones, Lionel Sackville-West se rinde ante ella, aunque ya tenía familia y descendencia. Y se amanceban, forman una segunda familia de la que nacen cinco hijos.

La madre de Vita, Victoria, y sus hermanos vivieron en una hermosa casa en Arcachon (Francia) con Pepita, donde su padre acudía siempre que podía. A la muerte de la bailaora, la peregrinación de los cinco niños –Victoria era la mayor– fue deplorable. Hasta que a los diecinueve años, ya

aceptados todos por la mayoría de la familia Sackville-West (ellos serían por un tiempo sólo West, como se acordó con los familiares británicos), Victoria es enviada a Washington a acompañar a su padre como embajador. Durante casi ocho años ejerce de anfitriona en la influyente embajada británica de la capital de Estados Unidos. Allí arrasa con su belleza, perfecciona sus artes encantadoras y aprende a recibir y a reinar entre británicos afincados en la capital y entre estadounidenses. Pasó a primera dama. Acabada abruptamente la misión de lord Lionel en Washington, Victoria regresa a Gran Bretaña hecha toda una dama, pero no tiene futuro al ser mujer, porque la gran propiedad, el castillo de Knole, sólo se hereda por vía masculina. Ocurre que los cuentos a veces se hacen realidad y sucede que su primo y heredero de dicho lugar, la fabulosa finca familiar donde Victoria reinaba pero sólo mientras su padre viviera, se enamora de ella como el otro Lionel lo hizo de Pepita. Los primos se casan enamorados, según su hija Vita. Y luego se soportan como tantos en esos ambientes. El primo Edward Lionel y ahora marido de la hija ilegítima de Pepita es tan calmado y prudente que no tiene problemas para dejar que el amante de su mujer resida con ellos muy a menudo. La madre de Vita fue capaz de seguir dignamente la saga de su madre, al lograr casarse con su primo hermano, cinco años menor que ella, y salvar la estirpe de la gitana del Perchel y el castillo de Knole. Victoria, además, vivía en su propio y fantástico mundo, tras salir a los diecinueve años de la sordidez. Hizo alarde de un carácter gritón y brusco, muy al estilo de su abuela Catalina, una gitana taimada y dispuesta a sacar partido de su hija Pepita, según Vita. Victoria Sackville-West marcó a Vita tanto como Maud Cunard marcó a Nancy.

Vita utilizó para la obra sobre su abuela toda la documentación de los litigios de los Sackville-West con los West. Es con todos esos legajos con los que ella reconstruye la memoria de su bisabuela, abuela y madre en el libro *Pepita*.

Vita llega a Málaga cuando ya había leído las actas con las declaraciones de todos los que conocieron a su abuela y a su bisabuela; los que vivieron en el Perchel y en Madrid. En el Perchel eran muy conocidos. Hoy, entrar en ese barrio para seguir a la poeta por el puente de Santo Domingo o el de los Alemanes es buscar inútilmente fantasmas con luz o perseguir aromas del salazón una mañana primaveral. Del barrio de pasado romano y musulmán, que creó una industria de la anchoa y de los bacalaos durante siglos, quedan rincones simbólicos como algún patio o corralón, poca cosa. Pero sus calles enseñan una cara cotidiana de otra Málaga, un territorio donde no entran las masas de extranjeros. Las naranjas cuelgan en los árboles porque no llegan hasta aquí los turistas para arrancarlas y morderlas.

Para Vita Sackville-West, España y su abuela Pepita fueron memoria de infancia no grata. Toda la faceta desequilibrada de su madre, tanto en lo manirrota, excéntrica y genial, egoísta y de fantástica belleza, ciclotímica, gritona a la par que encantadora, todo lo que la avergüenza durante la adolescencia, es atribuido a su sangre española. La escritora lo reconoce en algunas ocasiones en cartas a sus amigos. Ella no ama España, pasa de puntillas sobre las sórdidas historias y litigios de su familia. Los hubo no sólo entre la parte gitana, también entre la muy noble y aristocrática sangre inglesa, pero los españoles la avergüenzan. Dice en uno de los juicios a los que la lleva Victoria, «mis parientes españoles parecían fontaneros vestidos de domingo». Al final, intenta reivindicar cuánto adoraba a su madre, lamenta su demencia y extravagancia en los últimos años de su vida, y escribe que «la desconfianza, siempre latente en su mente, era permanente. (Creo que quizá no sería totalmente extravagante suponer que la heredó de sus canallas antepasados españoles)». Y olé, diría su *abuelastro*, José de la Oliva.

Podría pensarse que la escritora era una mujer conservadora, moderada en su vida de aristócrata, y lo fue con su herencia (tuvo que dejar el magnífico castillo de Knole en manos de un primo por ser mujer, no tuvo la habilidad de su madre), orgullosa de la estirpe británica noble, clasista hasta más no poder con sus raíces gitanas, pero su vida íntima estuvo muy lejos

de la moral tradicional y protestante. Además de con Virginia Woolf, también tuvo una larga relación con la mundana Violet Trefusis, otra poeta. Trefusis fue en la sociedad francesa y británica, entre los aristócratas, lo que se llamaría hoy una *influencer*, pero culta y rompedora de convenciones sociales. Como Virginia Woolf, Vita se casó y tuvo un matrimonio más sociedad mercantil y amable que otra cosa, del que tuvo hijos.

Vita Sackville-West y Nancy Cunard –la primera era cuatro años mayor– compartieron institutriz, miss Scarth. Un personaje que parece sacado «de una novela de Dickens, una vieja bruja mezquina y regañona. Aquella mujer fría, aunque muy inteligente, era realmente adicta a la disciplina y gobernaba con una barra de hierro» con la que golpeaba a sus discípulas, según Lois Gordon en la biografía de Cunard. Es de suponer que miss Scarth usó idénticos métodos con ambas niñas: baños de agua helada, *porridge* a diario, prohibido bañarse en un estanque. Y sin comidas en el campo. Y por supuesto sus diarios eran revisados por la tal gobernanta, quien en ocasiones añadía párrafos. Tanto lady Victoria West como lady Maud Cunard entregaron a sus hijas a tan disciplinada institutriz, amante de la rigidez, la contención y con algo de sadismo hacia sus discípulas, y ella las llevaba derechas como si se hubieran tragado un sable. El resultado fueron dos mujeres excepcionales, pero rompedoras de puertas afuera con los convencionalismos sociales de sus madres. Ninguna de las dos se esforzó en ocultar su vida de alcoba, frente a la hipocresía de sus progenitoras, que disfrutaron de sus agitadas sábanas en la intimidad. La gobernanta Scarth dejó huella, pero no indeleble. Nancy Cunard y Vita Sackville-West vivieron vinculadas a una España que, por muy diferentes razones, marcó sus vidas. Para Vita, en negativo. De la historia de su madre se desprende que pese a su inteligencia y formación, sus ancestros gitanos le resultaban un lastre, aunque quizá fueran lo mejor en su vena artística y sexual. En su obra, cultivó su parte británica; sobre España, sólo el libro sobre Pepita y su madre le ocuparon un tiempo. Con todo, merece la pena

conocer la historia por todo lo que arrastra tras de sí, más allá de su carácter de folletín.

Pepita tiene una calle en Málaga, la avenida Pepita Durán, en el barrio Finca La Palma, del distrito Teatinos-Universidad.

CAPÍTULO VII

Andrée Viollis y Simone Téry, una madre y una hija en el frente

Andrée Viollis y Simone Téry eran madre e hija, escritoras y periodistas. Francesas, además de anglosajonas, trabajaron en España. Ambas cubrieron la guerra, informaron sobre ella y de otros acontecimientos mundiales de primer calado; los relataron en libros interesantes, pero han pasado a mayor gloria únicamente en la memoria colectiva francesa y española.

Viollis es todo un personaje femenino. La primera gran reportera de la Francia cubierta de desmemoria, vino a informar sobre la guerra civil con 66 años. De familia con posibles, se graduó en la Sorbona en 1898 con veintiocho. Una rareza; eran ella y otro par de mujeres más. La extrañeza aumenta si cuando una se gradúa ya se tienen dos hijas muy seguidas del primer marido, el también periodista Gustave Téry. Andrée había comenzado su carrera trabajando para la prensa británica, luego pasó a la francesa y, para su época, no se precipitó a la hora de ser madre. Claude, la hija mayor, nació en 1896, y Simone, en 1897 –más tarde tendría otras dos–. Parir después de los veinticinco años a principios del siglo pasado no significaba ser una madre joven, la maternidad era lo primero y había que cumplir pronto, si era posible en cuanto entrabas en la veintena. Ya en la madurez se especializó en extensos y excelentes reportajes de la Europa de entreguerras y del resto del mundo desde un punto de vista progresista y anticolonialista. Un libro sobre Indochina –territorio colonial francés– con prefacio de André Malraux avaló su capacidad para cubrir otros lugares clave. Por su pluma pasaron viajes y análisis sobre la URSS diez años después de que triunfara la Revolución bolchevique, sobre China, Japón, India o Afganistán. Y compatibilizó todo con ser madre de cuatro hijas.

Dato: fue la única mujer firmante de la convocatoria del II Congreso Internacional de Escritores para la Defensa de la Cultura, celebrado en España en 1937. Convocaron Rafael Alberti, José Bergamín, Antonio Machado, Iliá Ehrenburg, Mijaíl Koltsov, Louis Aragon, André Malraux, Georges Soria, Andrée Viollis, Louis Fischer, Gustav Regler, Ludwig Renn, Alfred Kantorowicz.

Interesante, ¿no? Pero su brillante carrera y militancia en causas antifascistas, el hecho de ser mujer en una profesión de hombres y su obra como reportera y escritora no han impedido que quedara en los rincones del olvido, como escribe Alice-Anne Jeandel en un ensayo sobre las diferentes facetas de Viollis: *Andrée Viollis: une femme grand reporter, une écriture de l'événement 1927-1939*. Jeandel demuestra que estuvo en el reporterismo internacional al nivel de sus colegas masculinos y que fue feminista. Madre de familia numerosa, divorciada, en alguna carta a amigas reconocía que le pesaba dejar a los suyos al viajar, aunque comenzó las escapadas largas cuando ya era una mujer madura. A Rusia llegó con 57 años. Próxima a los socialistas franceses de Jean Jaurès, sus reportajes para *Le Petit Parisien* sobre la URSS, Afganistán o Indochina la confirmaron en sus tendencias izquierdistas. Además, sus primeras colaboraciones en *La Frondre* –el primer diario feminista francés, fundado en 1897 por Marguerite Durand– y su experiencia con la maternidad la convirtieron en una persona extremadamente sensible con la situación de niños y madres allá donde iba. No era lo mismo cubrir guerras o situaciones de conflicto con cuatro hijas criadas que siendo soltera y sin hijos, por más que la afirmación irritara a sus colegas mujeres. Fundó y codirigió con André Chamson y Jean Guéhenno el semanario *Vendredi*, un lugar de encuentro y de expresión del Frente Popular francés, desde 1935 a 1938.

La guerra de España coge a Viollis habiendo pasado ya lo que hoy se considera edad para jubilarse, pero no estaba dispuesta a perderse un acontecimiento de tal calibre. Desde 1933 había sido una de las impulsoras de movilizaciones y alianzas entre escritores antifascistas de todo el mundo, pero ella vino a España también a informar con arte, porque Viollis consideraba el oficio de escribir un arte, además de una condición para que

el pueblo estuviera informado. Su decepción con el Gobierno del socialista Léon Blum, que apostó por dejar sola a la República española, creció. La actitud de Blum resultaba incomprensible para «la damita de los guantes blancos», como bautizan a Viollis en *Le Petit Parisien*. Después de haber visto la llegada de Mussolini a Italia y el triunfo de Hitler en 1933, era incapaz de entender la hipocresía con España de Francia e Inglaterra. Por estudios, profesión y edad estaba más formada y concienciada que muchas de las otras mujeres llegadas hasta nuestro país. Viajó cuatro veces a España en guerra, la primera recién empezado el conflicto, en 1936, y enferma. Daba igual que tuviera fiebre cuando aterrizó, merecía la pena, aquí se jugaba la gran batalla contra el fascismo y el nazismo. Viollis, que había confiado inicialmente en la Sociedad de Naciones, cada día era más incrédula con los organismos internacionales. No ocurrió lo mismo con la URSS. La Rusia soviética le había dado otras bases de confianza tras su viaje en 1927. En 1928 había escrito *Sola en Rusia*, y aunque Alice-Anne Jeandel considera a Viollis naif en cuanto a sus creencias en la izquierda comunista, desde la guerra civil española la reportera francesa fue perdiendo fe en los políticos, pese a que estaba rodeada de creyentes. En 1938 entró a formar parte de la redacción de *Ce Soir,* medio comunista dirigido por Louis Aragon y Jean-Richard Bloch. Más comprometida no podía estar.

En España, al principio informó sobre el frente, realizó algunos reportajes sobre las mujeres milicianas –que fueron apartadas de primera línea en el otoño de 1936–, pero fue aparcando esa línea de trabajo para centrarse en la retaguardia, la sociedad civil. Una muestra es un folleto de 1937 *–La gran piedad de las mujeres y los niños de España–*, publicado por Ayuda Internacional a las Mujeres y los Niños de los Republicanos Españoles en su sección francesa y en el que llamaba a ayudar a los niños refugiados. Son ocho páginas con fotos de Robert Capa, entre otros. Viollis, al igual que luego su hija Simone Téry, trabajó con los grandes fotógrafos de la guerra, también con *Chim*, David Seymour. Andrée se vuelca también en los folletos, además de en sus crónicas, porque queda espantada por los efectos de la guerra y los bombardeos entre niños, madres y abuelas. Escribe en ese opúsculo: «Los vi, los niños pequeños de España, víctimas

inocentes de las bombas fascistas, tendidos, congelados y ensangrentados sobre las losas de una morgue. Y pienso en sus madres, sus hermanos, sus hermanas que deambulan, sin pan ni techo, por su país devastado. Piensa en ellos y sálvalos de este otro asesinato: ¡la pobreza!».

En cuanto a los reportajes –de acuerdo con los estudios realizados por Alice-Anne Jeandel–, Viollis llega a los pocos días del golpe, en julio de 1936, pero permanece en España hasta finales de agosto. Viaja por los escenarios del conflicto, desde el frente en Somosierra y Guadarrama –en esas tierras entrevista al coronel Julio Mangada, con quien nos encontraremos más adelante– hasta Barcelona y Valencia. Los niños y las mujeres están siempre presentes en esas crónicas para *Le Petit Parisien* y *Vendredi*, con frases lapidarias, dolorosas, donde no oculta sus sentimientos –«estoy desesperada»– ante el horror que ve en los más pequeños. En Barcelona, en otro reportaje publicado ya en 1938, cuenta:

> En un rincón, noto dos diminutos ataúdes que, de forma oblonga, blancos, realzados con diseños y adornos dorados, evocan irresistiblemente grandes cajas de peladillas. Dos bebés asesinados al mismo tiempo que sus madres, susurra alguien cerca de mí. Pero de repente, en un rincón oscuro, se enciende una vela. Y lo que veo entonces, nunca lo olvidaré: en una de estas graciosas cajas forradas de blanco, más parecida a una cuna que a un ataúd, yace un niño, tal vez de dos o tres años.

Pudo lamentar la derrota republicana sólo en algunos reportajes más, porque enseguida tuvo que ocuparse de la situación de Francia ante Alemania. Colaboró con la Resistencia –su segundo marido ingresó en ella–, pasó la guerra entre Lyon y Dieulefit. Finalizada la contienda, siguió trabajando, informó sobre la creación de la ONU, viajó a Sudáfrica y no se distanció demasiado de la izquierda y los medios comunistas. Si en 1938 era aún la naif que pensaba que la República todavía podía ganar, que en Madrid «no pasarían», y acusaba a Blum y su Gobierno de practicar «una monstruosa hipocresía» por su posición de no intervención con España, la derrota del nazismo le hizo recuperar esperanzas en la condición humana. Murió en 1950, está enterrada en el cementerio de Montparnasse. No

rectificó, no vio caer el estalinismo. Sí lo vio su hija, Simone Téry, declaradamente comunista, militante del partido y tan comprometida como su madre. Y más doctrinaria.

Simone Téry fue la segunda hija de Viollis, nacida de su primer matrimonio con el periodista Gustave Téry, fundador y director de *L'Oeuvre*, otro personaje de izquierdas.

No es de extrañar que de una pareja tan ideologizada naciera una hija tan peleona, formada en la Sorbona, como su progenitora. Seguramente atraída por lo que escuchaba en casa –*L'Oeuvre* apoyaba al Sinn Féin de principios del siglo pasado y las causas perdidas de la izquierda–, cubrió la guerra de la independencia de Irlanda en los inicios de su carrera y luego, como su madre, viajó por China, Japón y añadió a su itinerario Estados Unidos y Alemania. Cuando llegó a España, en noviembre de 1934, ya venía bien viajada, politizada e interesada por el fracaso de la proclamación del primer Estado catalán el 6 de octubre, del que había escrito a favor veinte días antes en *L'Oeuvre.* En la tarde del lunes 5 de noviembre de 1934, en la tribuna de prensa del Congreso de los Diputados, Simone Téry fue detenida y llevada a la Dirección General de Seguridad por lo que había publicado en *Le Petit Parisien* sobre la represión en Barcelona ordenada por el general Domingo Batet. Permaneció presa hasta el día 8 después de mediodía; luego dos guardias la acompañaron a la estación para que tomara el tren a Hendaya y se aseguraron de que subiera al vagón.

Mucho interés debía de tener el Gobierno Lerroux –el Gobierno de las derechas en la República implantó la censura de prensa– para que con la que se jugaba esa tarde en las Cortes –el análisis de la proclamación del Estado catalán– hubiera tiempo para pensar en detener a una plumilla francesa, por más que hubiera criticado la represión en Cataluña. Porque aquel día las Cortes abordaban los acontecimientos de la revolución de 1934, con un largo discurso de Lerroux a mayor gloria de España, glosado por su antiguo compañero Melquíades Álvarez, por Gil Robles y su

Confederación Española de Derechas Autónomas (CEDA) y por otros tantos notables diputados de quienes luego se oyó hablar, como José Antonio y Calvo Sotelo. Los socialistas no acudieron.

Aquella sesión no pasó a la gran historia por los discursos de los políticos del momento ni por la detención de una destacada periodista francesa. Ha pasado a la pequeña historia porque en los escaños José Antonio Primo de Rivera, líder aguerrido de la joven Falange Española, pegó un puñetazo en la cara a José María Álvarez Mendizábal (ningún rojo execrable, era del Partido Republicano Radical, centrista) que lo lanzó contra el banco azul, momento en el que Primo le espetó que debía de darle las gracias, porque por fin lograba sentarse en los bancos del Gobierno. El *Diario de Sesiones* no recoge ese último detalle, sino el preludio de los hechos, con la frase de José Antonio al presidente de las Cortes Santiago Alba, que se quejaba de los modales de sus señorías: «Lo que tiene que hacer el señor presidente es dejar que nos peguemos alguna vez». El diputado Álvarez Mendizábal respondió a José Antonio: «Tú no pegas ni con engrudo», suficiente para que el líder falangista mostrase su excelente pegada. El incidente, que no sabemos si fue presenciado en directo por Simone Téry o ya la habían sacado de la tribuna de prensa, ha sido mencionado por algunos historiadores como una muestra de lo que le gustaba al líder de la Falange: la bronca. Aunque la prensa española no publicó la detención de la periodista francesa, el sindicato socialista de periodistas franceses protestó, al igual que el único corresponsal de Francia en España, el de *Le Monde*. El general Batet fue fusilado por orden de Franco dos años y medio después, el 18 de febrero de 1937, en Burgos, porque no se sumó al golpe de Estado. Las peticiones de clemencia por parte de los generales Queipo de Llano y Cabanellas a *Paca la Culona* –como Queipo apodaba a Franco– no sirvieron de nada.

Es en ese mismo mes de febrero de 1937 en que fusilan a Batet cuando Simone Téry regresa a España. Llegaba tarde para cubrir *la desbandá* de Málaga a Almería, lo que no le impidió publicar un conocido reportaje en *Ce Soir* que es más famoso por las firmas de la pareja de fotógrafos –Gerda Taro y Robert Capa– que por el texto. Efectivamente, Téry no estuvo en la

carretera de Málaga a Almería: acudió a fuentes españolas y de otras colegas extranjeras. También Taro y Capa llegaron tarde y se tuvieron que conformar con fotos de los refugiados que encontraron en Almería. Es uno de los reportajes más analizados de aquellos días, porque *Ce Soir* incluye fotos de otras batallas, como la de Cerro Muriano. Los biógrafos de la pareja de fotógrafos argumentan que lo que intentaron los dos periodistas gráficos y Téry fue mover conciencias internacionales ante una de las acciones más crueles de los fascistas en la guerra. Aunque por entonces ni Téry ni Taro ni Capa pensaban ya que hubiera que primar la objetividad: había un bando más justo, más débil, el de los humildes, y no dejaban de asombrarse de que las conciencias en Francia –y en el resto del mundo– permanecieran indiferentes. Ellos intentaban agitarlas.

La Simone Téry que llega a España al inicio de febrero de 1937 ya llevaba casi dos años afiliada al Partido Comunista Francés. Sin dudas ni fisuras, entregada al partido tanto como Tina Modotti después de estar en la URSS, donde ambas se conocieron. Los comunistas van afianzando su poder en la lucha contra los sublevados (echan a Ilsa Kulcsar y a Barea de la Oficina de Prensa Internacional), cada vez más convencidos del papel de la prensa internacional. Ganan la batalla de Barcelona al POUM con episodios tan oscuros como la muerte de su líder, Andreu Nin, pero los diarios occidentales más importantes los cuestionan cada día más por ser esbirros de Stalin. Simone Téry, comunista militante, cubre los bombardeos de Madrid, como luego hará en Barcelona, en 1938. Sus crónicas, donde utiliza su testimonio en primera persona –el valor era estar en el lugar de los hechos–, son brutales, rápidas, los bombardeos en los hoteles de madrugada, la lámpara que cae sobre los clientes en una comida, las mujeres que corren con los niños en brazos.

A veces sorprende cómo coinciden los relatos. Hay párrafos de crónicas de Téry que parecen copiados de Cowles o viceversa, como por ejemplo los de las escaleras del Hotel Palace, cubiertas de sangre de los heridos, o las muletas que resuenan en el suelo de las salas que un día lucieron tan elegantes. Y las descripciones de las colas ordenadas de mujeres, su simbolismo con los niños en brazos, cómo se arremolinan alrededor de la

cámara de fotos de Téry para aparecer en las imágenes, pero no se apartan de su puesto para conseguir algo de comida cuando escuchan las bombas. Es su forma de resistir, de solidaridad con los que están en el frente y de apoyar a la República. Por supuesto, además de leerse unas a otras en las crónicas, los responsables de prensa las llevaban a los mismos lugares del frente, ya sea la Ciudad Universitaria o Vallecas, donde Téry acompañó a Margarita Nelken, política de izquierdas, escritora y crítica de arte.

Téry escribe para *L'Humanité* y *Regards* –comunistas– principalmente, pero también para *L'Oeuvre* y *Le Petit Parisien.* Cuenta lo que ve en caliente y en frío, en crónicas más cercanas y en reportajes más extensos, donde afronta el análisis desde la perspectiva de izquierdas, comprometida sin complejos con la causa comunista. De uno de los heridos en el Palace se llevará para siempre los ojos que la miran fijamente desde el suelo; entre todos los demás la elige a ella para no apartar la mirada. Hasta que el doctor confirma que está muerto. No logran cerrarle los ojos, sigue mirando fijamente a Téry, la periodista que ha viajado con una linterna para alumbrar las noches pobladas del ruido de las bombas.

Americanas, británicas, noruegas, francesas, austriacas, mexicanas, el hecho es que vivieron situaciones muy parecidas. Por eso coinciden sus relatos. No sabemos que Téry citara a sus colegas con la misma libertad con que lo hacen entre ellas las anglosajonas. Martha Gellhorn o Virginia Cowles tenían serios prejuicios hacia los comunistas; otras, como Ilsa Kulcsar y más compañeras de la Oficina de Prensa, fueron perseguidas por ese partido. Elena Garro no se fiaba de Modotti cuando llegaron al Congreso de Escritores en España, porque Tina era una comunista implacable. Pero en el segundo año de la guerra, entre el caos, el Partido Comunista era el único capaz de organizarse, con apoyo de los soviéticos desplazados a Madrid.

En su novela *La Porte du Soleil* el lenguaje de Téry se hace pesado y ñoño. Se basa en personajes reales, como la periodista noruega Gerda Grepp, a

quien le da el nombre de Ellen Backstrom, que busca al periodista y escritor Arthur Koestler (al que bautiza como Billy), primero desaparecido y luego detenido por los sublevados. Luis Bolín, el jefe de prensa internacional de los fascistas, se la tenía jurada a Koestler. El periodista lo engañó para conseguir una entrevista con Queipo de Llano. El episodio de Koestler –el autor de *El cero y el infinito*– ha sido estudiado en varios trabajos.

El libro de Téry es militante, escrito para convertir a lectoras burguesas e ignorantes –lo que es su protagonista– con valores conservadores. Trata de despertar conciencias, mezclando amor y razones políticas. Hay que fijarse en las mujeres comunistas, valientes, batalladoras y que apoyan a sus hombres. Josette se embarca en un tren hacia España dispuesta a morir, despechada porque su novio rico no puede casarse con ella. Dejará de ser tan lela y egoísta en cuanto conozca la batalla que se está librando en España. Jean, Paco y Ramón son los tres hombres que la convierten con sus palabras, su ejemplo. Ramón es el último, el definitivo que aparece en el barco al final, en digna escena del cine más plasta de Hollywood. Poco a poco la protagonista entiende la solidaridad, la justicia de luchar por los humildes. André Larbau, el novio rico y perdido, es olvidado. Y la guerra como trasfondo, con escenas en una Puerta del Sol resistente, bombardeada o pasando por diferentes frentes. El valor principal es que los hechos están basados en las crónicas que Simone escribió. Hay mucho de propaganda y están presentes todas las obsesiones de los comunistas de 1936: el POUM y los trotskistas, los anarquistas y el avance de las dictaduras de Hitler y Mussolini. Hoy la novela fomenta la sonrisa por su ingenuidad y ortodoxia descarada, pero hay que situarse en aquel contexto y pensar en el público al que iba dirigida. También hay momentos menos militantes, como la descripción del baile de la flamenca Milagros y sus castañuelas, lo que transmite y significa: «Era una ola, era el viento, el fuego, el espíritu de la danza, la danza misma. No era una mujer derrotada, era una mujer altiva, ardiente, era la pasión, la cólera, la alegría y el deseo… era la danza de España, la danza de la soledad de España… era una danza para crear, para rebelarse, para reafirmarse. Nacida del don de España».

El fervor de la reportera también era total en sus crónicas, hasta el punto de ser capaz de ver en la cara de Enrique Líster –el general de las cejas enormes– una «dulzura y un dinamismo que brilla como un sol», según escribió en otro de los libros basado en sus reportajes, *Front de la liberté*, el mejor según los estudiosos de su obra.

Si Josette, la protagonista de *La Porte du Soleil*, resulta un personaje tópico, romanticón y flojo –*«Josette allait en Espagne pour mourir»* es la primera frase de la novela–, es interesante para entender hasta qué punto las periodistas militantes –como Téry, Kulcsar o Modotti– fueron prácticas, buscando las formas de divulgar una ideología que hiciera comprender a otras mujeres, menos educadas que ellas pero machacadas, lo importante que era para ellas aquella guerra. Había que bajar a ras de suelo todas las ideas revolucionarias, renunciando a las alharacas y grandes creaciones literarias, para llevar algo de luz a las que eran manipuladas desde los confesionarios de la Iglesia. Mejor que leyeran panfletos que comprendiesen a que siguieran sin leer. Y eso las que supieran leer. Simone utiliza la narración para intentar llegar a más mujeres. Cuando publica la novela, primero en México, en 1944, y luego en Estados Unidos, en 1945, ya se ha separado hace tiempo de su marido Juan Chabás, escritor de la generación del 27. Se había casado con él en Madrid durante la guerra, juntos partieron al exilio, primero en Francia y, con la llegada de los nazis, a México y a la República Dominicana, y Chabás, después, a Cuba. Los acompañaron los padres de él. Simone volvió a Europa pronto y Juan Chabás no ensombreció su carrera. Ella no le dio mucha oportunidad.

Como tantas y tantas historias que se entrecruzan entre estas mujeres, Simone Téry y Tina Modotti se encontraron y trataron en la Unión Soviética primero, como ya se ha dicho, y en España después; ambas eran entregadas y cualificadas militantes y lo siguieron siendo en el exilio. Sabemos que la reportera francesa pasó el fin de año de 1941 en la casa de Pablo Neruda en México, con exiliados de Europa de muy distintas nacionalidades. Y con Tina. Sobre Tina, tras su muerte y recordando aquel 31 de diciembre, Simone escribió:

> La última vez que la vi fue la noche del 31 de diciembre, en casa de Pablo Neruda [...]. Al salir de casa de Pablo, María [es decir, Tina] vio a un anciano mexicano, tendido en el umbral de una puerta. La gente, indiferente, pasaba junto a él creyéndolo borracho. Pero María se acercó. «¿Por qué no va usted a su casa?», le preguntó, «su familia va a inquietarse». «No puedo», dijo el hombre, «estoy demasiado débil». Entonces, en plena madrugada, María fue al Hospital General a pedir que recogieran al enfermo. «Eso no es cosa nuestra», le contestaron, «no somos un hospital de emergencia. Diríjase a la Cruz Verde». María telefoneó a la Cruz Verde. Se le contestó que no había camillas disponibles. Pero María no se desanimó. No se fue a descansar hasta no haber conseguido que transportaran a la Cruz Verde al pobre hombre, que seguramente habría perecido de frío en la acera. Ese anciano no sabrá nunca, sin duda, que como tantos otros debía la vida a Tina Modotti. Ni sabrá que cinco días más tarde el cadáver de Tina Modotti llegó en un automóvil de alquiler al Hospital General, de donde fue enviado también a la Cruz Verde. Porque Tina murió de un fulminante ataque cardíaco, en un taxi, como para no causar molestias a nadie, discretamente, como había vivido.

Simone, que murió en 1967, siguió siendo roja hasta su muerte. Su figura se pierde en la memoria, como le sucedió a Juan Chabás. Al menos él ha sido recuperado en los últimos años, en parte por trabajos y estudios de la Fundación Giner de los Ríos y la Institución Libre de Enseñanza. Seguro que a su suegra Andrée Viollis le habría gustado, ya que quedó prendada del valor de su yerno, al que conoció en Toledo. Además de que era el traductor de Racine, había ascendido desde miliciano raso al principio de la guerra a teniente, y era un gran tipo, como lo describe su suegra. Téry no ha tenido tanta suerte en Francia, aunque puede que la tímida recuperación de la figura de su madre arrastre el interés por la hija, seguramente sepultada por la grima que han dado en el último medio siglo las comunistas ortodoxas, olvidando que, ortodoxas o no, ellas estuvieron a la vanguardia de muchas de las conquistas sociales. A menudo, peleaban con los suyos porque sabían que sus colegas de ideología y partido eran tan machistas como los fascistas. La del machismo es una enfermedad muy transversal.

Eso lo supo y compartió con ellas otra mujer española de rompe y rasga bien conocida por Andrée Viollis y Simone Téry: Margarita Nelken, socialista primero, comunista después, cultísima, implacable contra el voto de las mujeres. Como Victoria Kent, la socialista no quería que las mujeres votaran porque estaban manejadas por la Iglesia católica y su voto sería mayoritariamente conservador. Nelken tenía bastante en común con Téry. Ambas se citan mutuamente en diferentes crónicas. Hay una página de la revista *Estampa* al principio de la guerra civil donde Margarita Nelken comenta las fotos de Simone Téry en el frente y la relación «independiente» entre madre e hija, al tiempo que informan sobre la lucha en primera línea con fotos de la hija. En esa página, Téry protesta ante Nelken –«no tengo la culpa de ser hija de dos figuras ilustres»– y añade que no sabe si es valiente o no, «pero tengo conciencia profesional y he de verlo todo para contarlo todo». También Margarita Nelken tuvo que exiliarse de España a París en 1934, sólo que a la diputada la condenaron a veinte años de prisión por hechos que la implicaban en la revolución de 1934. Durante ese exilio en París, la Nelken trató a Viollis. Admiraba la protesta que Andrée había llevado a cabo ante la embajada española por la encarcelación de periodistas en España por el Gobierno «represor» de Lerroux. Nelken asegura que Viollis hubiera protestado igual fuera la apresada su hija o no.

Durante 1936 y 1937, Nelken recibió y trató tanto a la madre como a la hija. Trabajó con ellas, las acompañó al frente, donde se hicieron fotos juntas. Téry escribió sobre Nelken en *Regards*. Hay una crónica suya en el número 169 de dicha revista, del 8 de abril de 1937, donde la periodista francesa relata el viaje con Nelken y el comandante del regimiento llamado como ella, «Margarita Nelken», el oficial Oliva, a Vallecas y al frente, más allá del puente de Arganda. La protagonista es la política socialista, su valor por quedarse en Madrid y arengar a los soldados que resistían en la Moncloa, cuando parecía que la caída de la capital era inminente; la francesa cita las palabras de Margarita; cómo Queipo de Llano en sus discursos la amenazaba con la cantidad de moros que la iban a violar antes de fusilarla; y de asuntos más domésticos, como «lo cegata que soy, veo menos que un topo». La pérdida de sus gafas entre las trincheras sería

mucho más dramática que sus ridículas pisadas con zapatos parisinos llenos de barro. Como casi todos los corresponsales, Téry, Nelken y Viollis fueron a Vallecas, un lugar que aparece una y otra vez en las crónicas. No sólo porque Robert Capa hubiera hecho allí la famosa foto –las dos niñas sentadas en el bordillo, ante una casa acribillada por agujeros de obuses y una madre bajo el quicio de una puerta con el tejado derruido–. Vallecas era especial. Estaba cerca, era un lugar conocido ya en las crónicas. Había fotos de los niños asesinados en los bombardeos desde el principio de la guerra, cuando Ilsa Kulcsar y Barea entendieron que era importante sacar a los pequeños caídos bajo los bombardeos. Y era un barrio obrero.

Es emocionante pasear por el Vallecas del siglo XXI y descubrir que no sólo ha sobrevivido la casa fotografiada por Capa. Hay rastros pequeños, buscados, que producen un cierto regocijo. Por ejemplo, la calle Concordia, donde se mantienen la sede de la UGT y del PSOE, donde Margarita Nelken –y tantos otros– vino durante la guerra y se dejó entrevistar por Téry. Frente a la sede de los socialistas, que recuperaron el edificio en la democracia, estaba la sede de la CNT. Si miras y remiras la fachada, pueden verse restos de una placa de la República. Pepe Molina es un amigo y un sabio del barrio, historiador del movimiento vecinal y autor de *Historia y origen de las calles y lugares públicos de Vallecas.* Una mañana de paseo con él por estas calles repletas de inmigrantes y sus familias, de nacionales mezclados con latinos y africanos sin malas miradas entre unos y otros, es convertir la andadura en un privilegio. Si encima se busca la memoria y lo que la dictadura no pudo borrar, el día tiene algo de diferente.

Molina toma un libro dejado sobre la mesa del café, con *post it* que marcan páginas subrayadas: «Vallecas era menos campesino [que Tetuán]; las calles servían de vertederos, se respiraba un olor de fábrica, pero había la misma desnudez; las mujeres lavaban andrajos en el umbral de sus chozas; vestidas totalmente de negro, la miseria endurecía sus rostros a tal punto que parecían casi malvadas».

Quien así escribe es nada menos que Simone de Beauvoir, la filósofa y escritora de referencia del feminismo desde los años sesenta, autora de *El segundo sexo*, una biblia para miles de mujeres, y que recorrió las calles del barrio madrileño de Vallecas después de la Segunda Guerra Mundial. Beauvoir regresó a España en 1945, tras la liberación de París, camino de Lisboa, donde vivía su hermana. Llegó con hambre atrasada, mal vestida. Se quedó perpleja ante la abundancia de la Gran Vía madrileña, como años antes lo había hecho Virginia Cowles ante los escaparates que tenían pieles y perfumes de lujo. Pero sabía que eso era un espejismo, nada más que eso: un escaparate para el exterior. «Una amiga me había dado la dirección de españoles antifranquistas. Siguiendo su consejo, fui a Tetuán, a Vallecas». La compañera de Jean-Paul Sartre lo cuenta en *La fuerza de las cosas*, tercer tomo de sus memorias.

De aquel Vallecas que Beauvoir y Simone Téry vieron sobreviven edificios interesantes, como la Biblioteca Municipal, levantada en 1931 por la República. En noviembre de 1933 la inauguró el alcalde republicano de Vallecas, Amós Acero, con el director de la Biblioteca Nacional. Es la primera que hubo en el barrio y ha aguantado. Cuando se inauguró, el 50 % de los habitantes de Vallecas eran analfabetos. En 1945, acogiéndose a los datos económicos, Simone de Beauvoir entiende que la gente tenga pocos motivos para sonreír en el barrio obrero: «Me habían dicho mis informantes que un obrero ganaba de 9 a 12 pesetas por día; yo miraba el precio de las cosas y comprendía por qué nadie sonreía en los mercados. La gente recibía de 100 a 200 gramos de pan por día y un puñado de garbanzos; estos costaban en el mercado negro 10 pesetas el kilo. Los huevos, la carne eran inalcanzables para el pueblo de los suburbios».

La filósofa describe un Vallecas muy creíble para Pepe Molina. «Las chabolas serían las casitas bajas, el concepto de chabola en una parisina debía de ser distinto al nuestro. En cuanto a las fábricas, tal y como las entendemos aquí, en 1945 no las había. Eso sí, había talleres de cerámica, fabricantes de ladrillos, baldosas, *borondos* (tubos de hormigón para alcantarillado) y tejas. A Vallecas llegaban de todos los lugares los perdedores de la guerra, porque aquí era más fácil esconderse que en su

propio pueblo. Por ejemplo, todas las casas (47) de la calle Melquíades Biencinto eran de familias represaliadas.» Durante la conversación, a Pepe Molina se le han puesto ojos de infancia, de zapatos metidos en barro. A veces ni se veían los calcetines, eso el que los tenía. Simone de Beauvoir no escribe sobre el campo de concentración que hubo en Vallecas, en el estadio del Rayo Vallecano, tras los primeros meses del triunfo franquista. El campo del Rayo era ya sólo eso, un campo de fútbol de un barrio humilde pero batallador y único. Ese recuerdo convive con el de la actuación de Bob Dylan y Santana en el estadio en 1984. Mientras, la tarde cae sobre Madrid, que se deja mirar desde el cerro del Tío Pío, más conocido como Parque de las Siete Tetas. Es una de las puestas de sol más hermosas de la capital. A Simone Téry, empeñada en dar luz a sus textos sobre este país, ya fuera con el sol o con una linterna, le hubiera encantado. Y a todas ellas les gustaría saber que las Siete Tetas están levantadas sobre los escombros de las chabolas que se derribaron. También a Amós Acero, el alcalde, maestro y político socialista de Vallecas fusilado por Franco en 1941.

En cuanto a Simone de Beauvoir, ha caído en estas páginas por accidente, por una tentación inevitable. Aunque no cumple las premisas que las otras mujeres escogidas. Es una intelectual reconocida, no se sintió anulada por su compañero de vida, Jean-Paul Sartre, y es uno de esos casos extraños en la historia de la mujer intelectual. Mientras Beauvoir sigue siendo una de las papisas del feminismo, Sartre ha perdido influencia. Pero la tentación de explorar a Beauvoir y España, tras encontrar las páginas referidas a Vallecas, es grande. Es en *La plenitud de la vida*, segundo tomo de sus memorias, donde relata los dos viajes que realizó a España en 1931 y 1932 con Sartre, quien luego no mostró mayor interés por el país, salvo los gestos de apoyo a la República durante la guerra, que no fueron excesivos. En 1931, Beauvoir llega con él, entrando desde Portbou hasta Figueres. Vinieron porque un amigo les dejaba su casa en Madrid y «el curso de la peseta era tan bajo que nuestras andanzas no nos costarían casi nada. Ni el uno ni el otro habíamos cruzado nunca la frontera y cuando vimos Portbou y los bicornios [sic] barnizados de los carabineros nos sentimos lanzados en pleno exotismo. Nunca olvidaré nuestra primera noche en Figueres;

habíamos reservado un cuarto y comido en una pequeña posada; caminábamos alrededor de la ciudad, la noche caía sobre la llanura y nos decíamos: "Esto es España"». Luego Barcelona, donde la filósofa sueña con beberse una taza de chocolate, porque como decía Gide, «era tener en la boca a toda España; yo me obligaba a tragar diariamente tazas de salsa negra, pesadamente cargada de canela…».

Pasearon por el barrio chino, no se enteraron de que los sindicatos habían desencadenado «una huelga general contra el gobierno de la provincia». Llegan a Madrid y la alegría les da en la cara. «La República se asombraba todavía de su triunfo». Pero quizá lo más llamativo de esa estancia es que a Simone de Beauvoir y Jean-Paul Sartre les gustó el espectáculo de los toros, a los que fueron varios días. Ella habla de los toreros de moda entonces, Marcial Lalanda, Ortega y «un joven debutante apodado El Estudiante […] Cada combate era una creación; poco a poco desenredé lo que le daba sentido y a veces belleza. Todavía se me escapaban cosas, pero me apasioné; Sartre también».

Al año siguiente regresan a España con una pareja de amigos y viajan por Andalucía. Lo más notable es que les cogió la *sanjurjada* en Sevilla y presenciaron el arresto del alcalde de la capital: «el hombre sentado entre dos soldados en un gran coche era el alcalde de Sevilla; el general Sanjurjo lo había hecho detener. En la portería del hotel se hablaba de un vasto complot destinado a derrocar a la República […] Pero todo estaba tranquilo; los monumentos, los museos y los cafés acogían tranquilamente a los turistas. A la mañana siguiente nos dijeron que Sanjurjo se había escapado durante la noche […]». Después pasaron por Granada, se alojaron en el Hotel Alhambra, aún hoy en pie y lugar en el que según los susurros del lugar durmieron los miembros de la Legión Cóndor que bombardeó Guernica seis años después. Aquel verano de 1932 Sartre y Beauvoir disfrutaron de Andalucía. Los pueblos blancos y «la bajada del crepúsculo sobre la sierra» los compensaban del pescado que comían en «un aceite atroz» y de la desolación de lugares como Tarifa. Trece años después, cuando Simone de Beauvoir caminaba muerta de frío por la Gran Vía, con un abrigo raído y flaca después de la Segunda Guerra Mundial pasada en

Francia, tras unos años que fueron los más terribles vividos por la humanidad, intentaba digerir, recomponer su pensamiento sobre lo que había sucedido. La España de la posguerra, gris, triste y con cartillas de racionamiento, no le pareció tan mal. Sartre había pasado un breve tiempo en un campo de concentración, pero algunos de sus amigos habían desaparecido y ella, en París, había pasado hambre.

CAPÍTULO VIII

La Valencia de Kate Mangan y el miedo insoportable de Lillian Hellman

Valencia, 21 de enero de 1937. Una joven británica atraviesa a la carrera la plaza de la II República –hoy plaza de Emilio Castelar– camino del Ayuntamiento. Ni el frío ni el gentío la frenan, aunque tiembla. Sus nervios sólo son perceptibles en la fuerza con que sus manos aferran un cuaderno de notas y un lápiz. No sabe cómo ha logrado cruzar entre tantos trajes negros, funcionarios de oscuro, guardias y milicianos, figuras encopetadas para los tiempos de guerra. Tiene una misión: tomar notas del discurso de Manuel Azaña, el presidente de la República, que acaba de llegar a la ciudad del Turia, desde noviembre transformada en capital de España.

La extranjera se llama Kate Mangan, tan sólo lleva «un par de días» en la Oficina de Prensa Extranjera del Gobierno, a unos pasos del Ayuntamiento. Lo cuenta en sus memorias, *Never More Alive. Inside the Spanish Republic*, sin publicar en castellano. Por esas cosas de las guerras, le ha caído encima el marrón de traducir a Azaña para entregar notas, lo más rápido posible, a los corresponsales extranjeros. Así se lo ha ordenado su jefe inmediato, el periodista estadounidense Liston Oak, un tipo que por muy amigo que sea de John Dos Passos a Kate le parece un señor ladino y perezoso, siempre algo enfermo. Pero esta mañana eso da igual. Ha logrado subir las escaleras del Ayuntamiento, está en una esquina de una de las tribunas pese al gentío, lista para anotar. Ha tenido tiempo para ver el gesto de Azaña cuando al bajar del coche, en la puerta, un panadero le ha dado una palmada en la espalda para animarlo y le ha dejado la marca blanca de la harina. Ella interpreta que don Manuel, un presidente que no hubiera seguido con la guerra, ha realizado un gesto de resignación, porque como

buen burgués no le gustaban esas confianzas. De ese tenor son sus apreciaciones.

Kate consigue sus apuntes y los pasa al inglés con cierta velocidad –para eso tiene un secretariado Pitman, recuerda–, aunque su esfuerzo resultará inútil. Entre el caos de tantos jefes, no sabe muy bien quién manda –Oak no se lo explica–, pero alguien ordena que el discurso de Azaña sólo se reparta cuando esté acabada la versión oficial. La británica Mangan empieza a asumir las contradicciones y el desorden entre los diferentes bandos de la izquierda, aunque todos intentan defender la República contra los fascistas sublevados. Ya ha pasado por Barcelona y Madrid buscando a su novio, el pintor alemán huido del nazismo Jan Kurzke. Con él entró en España desde Estoril el pasado verano, donde disfrutaban de unas vacaciones. Sólo han transcurrido unos meses y parecen años. Jan ya había luchado contra el nazismo en la Alemania de 1933 y tenía formación política comunista, por eso tuvo que huir de su país. Con esos antecedentes, nadie iba a disuadirlo de alistarse en las Brigadas Internacionales. Kate lo había dejado con sus camaradas, pero no tardó en ponerse a buscarlo al enterarse de que había sido herido.

Desde noviembre de 1936, la que fue estudiante de artes, modelo y luego periodista había estado vagando por las oficinas de Barcelona y Madrid, en busca de trabajo e intentando ir a Albacete –sede de las Brigadas Internacionales–, mendigando información sobre en qué hospital estaba Jan. Interroga a camaradas, periodistas extranjeros conocidos y desconocidos, presuntos espías, funcionarios… Se convierte en una mosca cojonera incluso para algún colega que está «interesado» en ella y quiere que deje de perseguir a Jan de sanatorio en sanatorio. Siempre llega tarde –como al Hotel Palace de Madrid convertido en hospital, de donde ya se lo habían llevado un día antes– y los datos son contradictorios. Como ella no se rinde, termina en Valencia, y a base de marear, pasar frío y hambre, dormir en lugares pestilentes, logra colocarse en un lugar que resultará clave para la historia de la prensa extranjera en la guerra española, y para la propia Kate Mangan. Una oficina de prensa por la que desfilan todas las figuras del periodismo internacional –de Madrid a Valencia y viceversa– durante esos

meses de 1937, tan ricos en experiencias como desalentadores en resultados a medida que la guerra avanza.

La señora Kate Mangan –se casó a los veinte años con el escritor Sherry Mangan y conservó el apellido– tenía como nombre de soltera el de Katharine Prideaux Foster. Y según su biografía oficial, nació en Sedgely, Staffordshire (Gran Bretaña), en 1904. Creció en una familia acomodada, con sirvientes e institutrices. Lo cuenta su hija, Charlotte Kurzke, en el epílogo de *Never More Alive. Inside the Spanish Republic*, el libro que nos la ha descubierto. Las Prideaux Foster eran dos hermanas atractivas pero muy diferentes, aunque ambas trazarán unas vidas apasionantes. La mayor, Greville –conocida como la escritora y actriz Greville Texidor por su segundo matrimonio con el español republicano Manuel Texidor– estaba más cercana a su madre, una mujer culta, amante de las artes, de una sensibilidad extrema para la belleza. Mientras, Kate, mucho más tímida y solitaria –en su infancia y adolescencia la llamaban *La troglodita*–, tenía un apego y una debilidad especial por su padre, un abogado que terminó suicidándose cuando se arruinó. Lo del suicidio es una mala costumbre que practicaron unas cuantas personas que serían claves en la vida de Kate: su hermana Greville se suicidó en Nueva Zelanda, tras una vida intensa; Jan Kurzke también, ya mayor, dispuso de su propia vida. Igual que otras amigas de Kate, como Kitty Bowler, que optaron por no dar oportunidad a la vejez para derrotarlas.

Pero estábamos en aquellos días de enero de 1937, cuando Mangan había entrado a trabajar en la Oficina de Prensa Extranjera, donde se censura e informa a los corresponsales. En Madrid, Kate había comprobado que no era fácil vivir de las crónicas, aunque había obtenido la credencial del *Christian Science Monitor*, un medio que no era de los influyentes pero servía para moverse entre los periodistas acreditados en la capital del «No pasarán». España estaba invadida por los mejores corresponsales y periodistas, por jóvenes idealistas brillantes –escritores, poetas, pintores, militantes de partidos de izquierda–, avanzadilla de toda una generación que intuía lo que podía pasar en Europa. No era fácil destacar. El mismo Jan

Kurzke lo tenía claro, tras enfrentarse a los nazis al inicio de su triunfo en Alemania: la guerra civil española era el aperitivo de Hitler y Mussolini.

Kate había estudiado arte, sido modelo en París y desfilado para Chanel en Londres. En España se sentía una ignorante entre tanto cerebro ideologizado. Confiesa en sus memorias que, en materia política, no tenía idea y era ingenua. Pero mientras aprendía también comenzaba a irritarse cuando tanta gente le insistía en que regresase a su casa. Había conocido a un grupo de brigadistas polacos a quienes ella admiraba por haber salido de su país y llegar a España para luchar por las libertades. Insistían en que lo que su novio quería era que regresara a su país. Aquel no era sitio para mujeres. A modo de ejemplo, relataban cómo echaron a las milicianas del frente, porque ni siquiera servían para cocinar. No tenían fuerza para levantar las grandes perolas de guisos.

Más que desanimarla, estos comentarios la afianzaban en su silenciosa cabezonería, todo sazonado con el amor propio de las hembras, despreciado otra vez entre la testosterona combatiente como un estorbo cursi. Charlotte Kurzke cuenta que Jan hubiera preferido que Mangan no lo persiguiera y la misma Kate se muestra consciente de ello en algunos momentos de sus memorias. Tampoco es que fuera una mujer muy segura de sí misma. Mientras el primer marido, un escritor, le decía que más valía que se dedicara a la pintura, el segundo gran amor de su vida, el pintor Kurzke, le aconsejaba que mejor se dedicara a escribir, que la pintura no era lo suyo. Por eso, cuando aquella mañana fría de enero de 1937 la empleada Mangan sale de escuchar a Azaña con las notas en inglés y si hace falta en francés, está eufórica. Pronto en la oficina se hará más que útil para el prepotente alto cargo de prensa que era Luis Rubio Hidalgo, un personaje que corrió a Valencia huyendo de Madrid con el Gobierno, dejando a Arturo Barea solo en la Oficina de Prensa y que luego echó a Arturo y a Ilsa Kulcsar, la austriaca «regordeta y bigotuda» que Mangan había conocido en Madrid. Kate habla inglés, francés y un poco de español, todo un logro para las necesidades de Rubio Hidalgo y Liston Oak.

Fue Kitty Bowler, periodista y activista estadounidense, compañera de Tom Wintringham, el comunista británico fundador del *Daily Worker* y

comandante del Batallón Británico, quien la arrastró ante Liston Oak para que le diera un trabajo con el que comprar algo de comer. Fue Kitty quien ofreció a Kate dormir con ella en su habitación del Hotel Inglés –Valencia estaba atestada de gente tras convertirse en capital de la República–. Y esta Kitty Bowler asombraba a Mangan siempre, por su arrojo y fuerza. La prueba está en el desapego y normalidad con que Bowler le contó el episodio de su escapada a Albacete. Estaba prohibido ir allí, se suponía que ese lugar de las Brigadas Internacionales era un secreto, pero a ella le dio igual. Quería ver a su novio. Fue detenida y juzgada como presunta trotskista. Sin perder la sonrisa de su cara le dice a Mangan: «Creen que soy una Mata Hari». Y no da más importancia al episodio.

La historia de Bowler daría para mucho, muchísimo, pero al igual que otras mujeres, como Martha Gellhorn –de la que Bowler era amiga desde la juventud–, Kitty es más conocida, sobre todo gracias a Paul Preston, que ha reconocido su labor en diferentes textos, durante la guerra civil y en la Segunda Guerra Mundial. La marcha de Bowler a Albacete asombró a la tímida Mangan. Al final, Kitty y Tom se casaron, lucharon en la Segunda Guerra Mundial –él ya lo había hecho en la anterior– y ella se convirtió en la compañera del comunista británico, pero con personalidad propia. Tom murió a finales de los cuarenta inesperadamente. Ella fue albacea de su obra; él fue compañero, amante, capaz de mandar a paseo a los comunistas que lanzaban continuas sospechas sobre Bowler. Abandonó el Partido Comunista de Gran Bretaña, pese a ser uno de sus más destacados militantes.

La experiencia de compartir habitación y confidencias con Kitty Bowler se completa con aquella oficina internacional de censura de la que Kate Mangan salió corriendo para tomar notas de Azaña. Allí encontró personas capaces de convertir aquel año en una vivencia clave en su vida, pese a la estulticia o mala baba de algunos de los jefes, como Oak o Rubio. Con Kate trabajaba Milly Bennett, quien se convertiría en su amiga después de una primera impresión dura. Milly escribía para destacados medios y agencias, igual que Bowler, y llegó a España para echar una mano, tras haber sido corresponsal en Rusia y China. Su historia es otra aventura, incluida la

persecución y sospecha del FBI de que era una espía comunista de la República española, cuando la guerra civil ya había terminado.

Con Kate y la eficiente Milly está el joven y amable Coco Robles, el hijo de José Robles, el traductor de Dos Passos, al que ambas adoran. Ese grupo recibe, observa, ayuda y comenta todo lo que ve desde noviembre de 1936 hasta octubre de 1937, cuando el Gobierno republicano vuelve a hacer las maletas y se traslada a Barcelona. Además, Liston Oak terminaría saliendo de España –sospechoso de espía, Dos Passos lo ayuda a escapar como si fuera su secretario– y Constancia de la Mora se queda al frente de la censura y del contacto con los periodistas extranjeros. Aunque en *Never More Alive* Mangan no hace más que dos o tres referencias a Constancia, estas son en positivo. Más triste es el destino de Coco Robles, tras enterarse del asesinato de su padre. Durante los meses oscuros cuida de su hermana pequeña, una adolescente hermosa y agradable, según Mangan. La madre vaga de despacho en despacho, mendigando información sobre su marido, como hizo John Dos Passos. Confirmada la muerte del padre y con los diecisiete recién cumplidos, Coco marchó al frente y no se supo más de él, según Kate. Pero sí que se supo. Hasta 1947 estuvo en las cárceles franquistas. Dos Passos gestionó su salida de prisión. Coco se exilió a México.

Never More Alive es un libro fresco, repleto de colorido y dosis de humor negro británico, siempre con la guerra como fondo. Esos toques humorísticos a menudo los dan las descripciones que Mangan realiza de los personajes que va conociendo, sobre todo los que resultan más famosos o públicos. La calle, los cafés, los hospitales, los asilos y los hospicios; el trabajo de las enfermeras o el de médicos como el mencionado Norman Bethune…; los comentarios y descubrimientos de Mangan son muy ilustrativos. Siente especial admiración por Bethune, y cuando este regresa agotado, horrorizado de lo que ha visto durante *la desbandá* de Málaga a Almería, ella se encoge, no entiende la violencia del género humano.

Le enorgullecen la entereza de las putas de los burdeles, limpias –aunque ya se les está yendo el tinte y asoman las raíces, insiste–, el valor de las madres y las abuelas, la firmeza de las mujeres en la vida cotidiana. No deja de asombrarse cada día por cómo la gente se aferra a sus costumbres pese a estar en guerra. O quizá por eso. Como las otras extranjeras con que nos hemos encontrado, siente vergüenza de la reacción de sus compatriotas por no ayudar ni entender lo que se jugaba en España, pero también se queja de los extranjeros que llegan a Valencia para hacer «turismo de guerra», convirtiéndose en un estorbo más que en un apoyo. Otras veces está orgullosa de cómo ellas, las pocas extranjeras que están allí, se animan a afiliarse a la Asociación de Mujeres Antifascistas, porque no hay muchas españolas con formación política. El libro es un texto digno y repleto de detalles que, como escribe Paul Preston en el prólogo, debería ser material de primera mano para los historiadores, dada la cantidad de matices y datos pequeños pero claves de la vida diaria en aquellos meses tan significativos que Mangan retrata. En los relatos humanos y sentimentales también hay historia, porque es difícil entender los hechos sin tener una noción previa de las emociones que los desencadenan.

Entre bombardeo y bombardeo, peleas políticas y sospechas de espionaje entre comunistas y anarquistas –la tónica de fondo en las crónicas de memoria–, tertulias de café donde cada vez aprende más, la escritora Kate Mangan habla también de las parejas famosas que pasan por la oficina y por su vida. Usa muchos seudónimos para ser discreta, lo que complicó la identificación a su hija Charlotte y a los editores. Con todo, los más conocidos afloran, están ahí. Es entrañable el relato de la cena que Bob y Marion Merriman –él, el mítico comandante del Batallón Lincoln que inspira el protagonista de *Por quién doblan las campanas*– tienen con Milly, Kate y Jan en el Hotel Victoria. Bob, «muy moreno, porta el pistolón más grande que nunca he visto», escribe, mientras Marion «llevaba un vestido a cuadros y una bufanda azul alrededor de la cabeza, lo que la hacía parecer una extranjera». Al lado de Bob, resultaba frágil, aunque «no es una mujer baja». Marion y Kate se habían escrito y hecho amigas, desde que a Bob le destrozaron un hombro al inicio de la guerra. Esa noche, en

Valencia, Mangan intentó encontrarles una habitación para que durmieran juntos, pero en la casa de cultura de los escritores –que la periodista británica llega a calificar como el zoológico de los intelectuales– no fue posible. Bob Merriman se fue al Socorro Rojo, aquel que dirigía a veces en persona y a veces de lejos Tina Modotti, y Marion durmió con Milly, en su habitación del Hotel Victoria.

Al día siguiente, en un intento de alejar el desaliento, pensando en que tendrían que dejar España ante la lenta recuperación de Jan, y para disfrutar de que Bob había mejorado, ambas parejas se van a la playa. Es un día memorable, disfrutan tendidos al sol sobre la arena. Kate recoge el gesto de ternura y el beso que Bob da a su mujer. Le regala un chal. Es el quinto aniversario de su boda. Mangan, en unas líneas evocadoras, recuerda que aquella fue la última vez que vio a Bob Merriman. Desapareció en Gandesa, no se sabe si capturado y fusilado por el enemigo. O sencillamente, como apuntaban otras investigaciones, caído en combate. Su cuerpo nunca fue encontrado. Su figura pasó a convertirse en uno de los mitos más grandes de las Brigadas Internacionales. Era soldado e intelectual.

Las observaciones sobre los brillantes personajes con los que Mangan se cruza no se acaban ahí. Como las otras cronistas, habla con una punzada de envidia de las largas piernas de Martha Gellhorn, de «cómo balanceaba las piernas largas con una falda corta, en un coqueteo que los españoles no aprobaban porque esas cosas se debían de hacer sólo ante su pareja». Gellhorn, amiga de juventud de Bowler, no la entusiasma, pero es Ernest Hemingway, entonces su amante, quien sorprende a Kate Mangan. Ella observa y escribe que tras la gran figura osuna, su vozarrón, su arrolladora presencia, se esconde una inseguridad que Kate no tiene dificultad en detectar.

También palpa la pasión de la periodista noruega Gerda Grepp por el corresponsal Louis Fischer, que tenía un amor en cada ciudad o pueblo en guerra. El redactor de *The Nation* y escritor notable dejó huellas de «don Juan» allá por donde pasó. España no fue la excepción. Dejó otra notable aportación: *El dios que fracasó*, una recopilación de textos con otros como Arthur Koestler o Stephen Spender –entre los mencionados en estas

páginas– donde los autores relatan su desilusión con el comunismo. Se publicó en 1949.

La vida de Kate y sus compañeros, como la de tantos personajes de aquel año en Valencia, transcurría en los cafés: el Wodka, el Ideal Room, el Siglo, el del Hotel Victoria. Es en el Wodka –el favorito de Mangan– donde un día, al poco de llegar, observa en una mesa a un tipo sin duda británico que escribe. Pensando que puede sentirse «solo y perdido», Mangan se le acerca, le pregunta por la nacionalidad. Es el poeta «pelo panocha», que diría Nancy Johnstone, W. H. Auden. Kate no lo conocía en persona, pero sabe muy bien lo importante que es. Ambos terminan confesándose que no son comunistas –aunque el británico parece que sí se afilió al partido en Inglaterra– y Auden cuenta que acaba de llegar a Valencia para ayudar en la lucha contra el fascismo. Pretende hacer transmisiones de radio, por ejemplo. El diálogo entre dos tímidos y educados lleva a una noticia triste, cuando Auden le pregunta si en la brigada de los británicos ha visto a un hombre llamado Cornford (se refiere al poeta John Cornford, bisnieto de Darwin). Kate le responde:

> –Sí, lo vi, pero ahora está muerto.
>
> –¿Está segura?
>
> –Bastante segura.
>
> [Kate percibe el sobresalto y los nervios de Auden].
>
> –Era una mente brillante, una de las más brillantes de Cambridge. Esperaba encontrarlo aquí.

Cuando Mangan regresa a la oficina colisiona con la ignorancia de los jefes, que no tienen ni idea de lo significativo que es que Auden haya llegado a Valencia para ayudar en la lucha contra el fascismo. El poeta terminó traduciendo palabras de Azaña, con suma paciencia y educación trató a los jefes de la Oficina de Prensa Extranjera y navegó entre la incultura de quienes lo rodeaban, además de los celos de las diferentes facciones políticas.

Un incidente similar sucede con otro escritor muy apreciado por Kate, Stephen Spender. Un día, a las tres de la tarde, Mangan lo encuentra esperando pacientemente a la puerta del despacho de Rubio Hidalgo. Ha llegado a Valencia invitado por Radio UGT, para que hable. Es ella quien le dice que no hay ninguna radio en Valencia. La descripción que hace de Spender es estupenda: «Era un joven alto y delgado, con cuello abierto y una chaqueta de cuero. Tenía una cara bastante huesuda y vikinga y el pelo despeinado. Agitado por el viento, estaba rojo y parecía bastante distraído». Spender pasó por Madrid y Albacete, de donde volvió conmocionado y desilusionado, como les confesó en una comida en el Hotel Victoria. Escribió de la guerra en el *Daily Worker*. Aún creía en el comunismo.

Entre estos retratos y hechos cotidianos se mezclan la política y, por encima de todo, la angustiosa búsqueda de Jan Kurzke por los hospitales de la zona republicana –fue herido una sola vez, en la pierna, pero la herida no curó bien y requirió diversas hospitalizaciones–. Ese es el hilo conductor del libro, Jan es el fondo de todas las páginas de las memorias. Charlotte Kurzke, la hija de Kate y Jan, cuenta que se encontró con dos manuscritos –el de su padre, *The Good Comrade*, y el de su madre, *Never More Alive*– que deberían haberse cotejado y mezclado, pero la tarea resultaba imposible. Mientras Jan protagoniza la vida de Kate, Kate no ocupa ni una línea en las memorias de Jan. Tal cual. La hija interpreta que su padre estaba demasiado encerrado en sí mismo para hablar de sus emociones, pero también es ella quien lanza la palabra «troglodita», como llamaban a su madre en la infancia, por su timidez y soledad. Quizá tenga algo de razón, quizá Jan la quiso alguna vez a pesar de sentirse incómodo por cómo ella lo perseguía por los hospitales, aunque fuera también él quien la escribía cuando estaba herido, pidiendo ayuda. La edición que hace The Clapton Press de *Never More Alive* incluye al inicio un hermoso retrato al carboncillo de Mangan, con su perfil perfecto y dos enormes trenzas largas, al estilo indio. Había que quererla mucho, además de admirar su belleza, para hacer ese dibujo. O no, sólo estar deslumbrado. También se incluyen fotos de la pareja en el verano de Estoril –ambos lucen jóvenes y hermosos– y de Jan en los hospitales, como el Pasionaria de Valencia.

Kate Mangan era un caos, según Charlotte, en su vida diaria, para las cosas prácticas, pero era una gran viajera, sin importarle las incomodidades, los camastros, los piojos, los chinches, el frío o el calor. Afirma su hija que nunca fue más feliz y organizada que el año que estuvo y trabajó en España. Así lo parece, así luce en su historia por las calles y las emociones de la Valencia de 1937.

Kate Mangan llega a Valencia un día antes del desfile por el entierro de Buenaventura Durruti, asesinado en el frente de Madrid el 20 de noviembre de 1936. El primer lugar en el que entra es el café Wodka. Mangan describe el café desde la sorpresa. Esta primera vez lo llama «Wolga», después rectificará el nombre por Wodka, al convertirse en un punto de encuentro habitual y resultar un lugar «cómodo, lujoso, con aire parisino, con un interior modernista, de paredes blanco acolchado […] sillones rojos y un balcón elevado, era un lugar curioso para una Valencia provinciana y anticuada», en criterio de la británica. Y, dato importante, en el Wodka, aquel noviembre de 1936, aún había pan y mantequilla para las tostadas, además de café con leche. Terminará odiando la malta, el habitual sustituto del café.

El Wodka estaba en la calle de las grandes manifestaciones de ayer y de hoy, el Carrer de la Pau. Se mantiene un balcón agradable del que habla Mangan, pero el lugar lo ocupa ahora una tienda de ropa de lujo, Hugo Boss: la marca del hombre que diseñó los uniformes de los nazis. Lo recuerda José María Azkárraga, un profesor jubilado empeñado desde hace tiempo en que la memoria histórica de la guerra civil en Valencia no sea borrada, pese a los esfuerzos que se hicieron durante la dictadura franquista y los que amenazan hoy. Azkárraga, junto con un grupo de profesores y catedráticos de instituto y de universidad, ha editado diferentes estudios y guías, entre los que destaca *Valencia, 1931-1936*. Y de forma voluntaria organiza rutas por la ciudad, en las que se recorren aquellos años –Valencia es una notable cuna del republicanismo español, como recordaba Azaña en

su discurso de enero de 1937– y los lugares significativos del tiempo en que la ciudad del Turia fue capital de la República.

Al profesor Azkárraga le gusta comenzar por las Torres de Serranos, donde se guardaron los cuadros que vinieron del Museo del Prado, en una operación que a menudo se ha atribuido a Rafael Alberti y a María Teresa León. Fue el pintor Timoteo Pérez Rubio, el marido de la escritora Rosa Chacel, el responsable del traslado. En aquel mes de enero de 1937, Kate y Kitty, acompañando a un periodista que escribía para el *Toronto Star*, entraron en las torres. «Fue en enero, antes de que comenzaran a preguntar dónde estaban las obras del Museo del Prado… recuerdo especialmente el retrato de Goya de la duquesa de Alba, vestida de blanco y con su perrito también blanco».

Mangan aprovechó la visita para subir a lo alto de «una de las torres medievales para respirar aire, porque nuestra habitación daba a una calle húmeda y oscura». Después visitaron una exposición del patrimonio del Palacio de Liria, del duque de Alba, que los hombres del Quinto Regimiento habían salvado de las llamas, tras el bombardeo de los nacionales, recuerda ella. Otro episodio que se ocultó durante la dictadura, diciendo que el palacio lo habían quemado los milicianos. En las Torres de Serranos no cabían cuadros de gran envergadura, y los grandes fueron trasladados a la plaza donde está el Colegio del Patriarca. Allí quedaron bien cuidados. Hay una foto de la delegación extranjera, con *Las meninas* a la puerta de este mismo colegio donde Azkárraga se detiene con las visitas. Los delegados internacionales posan al lado de la obra de Velázquez, demostrando que estaban en lugar protegido y a recaudo.

La ruta por donde nos movemos en este otoño de 2024 es fácil, dentro de las murallas, en la ciudad vieja. Es por donde lo hicieron Mangan, Milly Bennett y Bowler; y sigue siendo el corazón de la ciudad. La Oficina de Prensa Extranjera donde trabajaban, paso obligado de todos los periodistas y escritores –muchos de ellos regresarían alrededor del 4 de julio, a la celebración del II Congreso de Escritores Antifascistas, que se inauguró en Valencia–, estaba en un edificio de la calle Campaneros, ahora desaparecido tras los cambios de hace décadas en la plaza de la Reina. Pasamos por las

Cortes, actual presidencia del Gobierno de la Generalitat y que fue también sede del Gobierno de Largo Caballero; luego la plaza del Conservatorio, hoy plaza de la Reina, bombardeada con saña como tantos otros lugares de esta zona, convertida en sede de la diputación durante la dictadura. «Y el Ministerio de Sanidad, donde estuvo la anarquista Federica Montseny, una avanzada del feminismo. Enfrente, con la dictadura se levantó el arzobispado, que tan a menudo representa todo lo contrario de la liberación de la mujer», comenta Azkárraga, sin amargura. Los hechos son así.

Kate Mangan observó desde una ventana de la plaza Castelar, donde está el Ayuntamiento, el desfile del entierro de Durruti, que va hacia Barcelona. El Ayuntamiento, la Casa de la Enseñanza en siglos pasados, espléndida, remodelada a inicios del XX. Aquí estamos ahora, al pie de las grandes escaleras restauradas, destruidas por las bombas franquistas hace más de ochenta años. Es inevitable subir casi corriendo por ellas, pasando de las esculturas de Mariano Benlliure y apremiando en el control de seguridad, dejar el salón de recibir a la izquierda para entrar en el salón de plenos que todas las guías de la ciudad describen tal y como se merece pero que esta mañana está ¡vacío de gente! Y la adrenalina del momento se expande por todo el cuerpo, porque tiene mucho de conmovedor sentarse en una de las tribunas, observar las columnas debajo de las otras tribunas, las barandillas en negro labradas, todo idéntico. La cúpula transparente a las fotos bajo la cual el mundo occidental pudo ver a las decenas de escritores, que acudieron a aquella inauguración memorable, más de un centenar, sin contar a los corresponsales extranjeros: Antonio Machado, Jacinto Benavente, Miguel Hernández, León Felipe, Rafael Alberti, María Teresa León, Margarita Nelken, María Zambrano, José Bergamín… Tristan Tzara, André Malraux, Pablo Neruda, Alejo Carpentier, Octavio Paz y Elena Garro, Hemingway, Auden y Spender, o Iliá Ehrenburg. Quedó una sombra, el borrón de don Manuel Azaña, el presidente de la República. Al no ser él quien presidió la inauguración –lo hizo el doctor Negrín–, despreció el evento en sus memorias. Hasta los más justos tienen el ego no siempre dominado.

Faltaron mujeres, muchas. Pero en aquellos meses de 1937, antes y después del Congreso de Escritores, vinieron a Valencia y se asomaron a este hemiciclo y salón de plenos Simone Weil, Emma Goldman, Lilly Hellman, Dorothy Parker. Si no estuvieron el 4 de julio, fue luego Constancia de la Mora quien las invitó a España. La ruta Barcelona, Valencia, Madrid fue un viaje habitual de periodistas y políticos reputados, para intentar luego propagar las razones de la República y desvelar la ayuda descarada de nazis y fascistas italianos a los sublevados de Franco. Todo ello frente a la falaz no intervención de Francia e Inglaterra. Hasta Erika Mann, la hija de Thomas Mann, acudió unos días en unos de esos viajes que organizó Connie de la Mora.

Cuentan que en los cafés de Valencia aquellas semanas se podía una topar en una mesa con Nicolás Guillén, Dorothy Parker, Lillian Hellman, Hemingway discutiendo de guerra, literatura, revolución. ¿Cómo no emocionarse en esta sala de plenos, donde en las fotos de hace casi nueve décadas se pueden distinguir las mismas columnas, las barandillas, los asientos, y a José Bergamín o a Alberti, a Ehrenburg, Tzara…? Y tantos que permanecen sin identificar en este lugar, donde ahora mismo, como si se tratara de una broma burlona ante la mística de la espectadora, entra un gorrión que se posa en la barandilla, vuela hacia la cúpula transparente y hermosa, regresa y, casi irrespetuoso, se pasea por una de las grandes columnas neoclásicas. Hay vídeo, la visitante no se está volviendo loca, ni ha bebido ni fumado ninguna sustancia. El gorrión sigue bailando por el corazón del hemiciclo del salón de plenos sin importarle que comience a entrar otra gente más bulliciosa.

Sentada en una de las tribunas, el otro placer es deslizarse por la pantalla del móvil: fotos de Walter Reuter, Gerda Taro y Robert Capa, incluso de Alberti. Y las de Ildefonso Sánchez Portela, Francisco Segovia, Félix Albero, Martín Santos Yubero o, días después, las de Agustín Centelles, en Barcelona, donde se celebraron otras jornadas del encuentro de escritores. En alguna de estas butacas, en alguna de estas tribunas, estuvieron los escritores de las brigadas que lucharon, como Gustav Regler, ese tipo al que hemos ido descubriendo a través de las mujeres que aquí

perseguimos. O Ludwig Renn, el de la frase quizá más conocida del Congreso: «Nosotros, escritores que luchamos en el frente, hemos dejado la pluma porque no queríamos escribir historia, sino hacer historia». Y la foto de Miguel Hernández (de Reuter) saliendo por la puerta de este Ayuntamiento, famosa, revisitada, pero que emociona a José María Azkárraga. O la de Stephen Spender y Pablo Neruda sentados a derecha e izquierda de Manuel Altolaguirre durante la inauguración en Valencia, también de Walter Reuter. El profesor recuerda, en una mañana de sol de la plaza Castelar, que los asistentes al congreso también acudieron al Teatro Principal, donde se representó *Mariana Pineda*, en homenaje a Federico García Lorca. La organización correspondió a Manuel Altolaguirre y Luis Cernuda hizo de Pedro.

Viva aún la adrenalina chutada en el salón de plenos del Ayuntamiento, es fácil volver a la calle de la Paz para buscar más huellas. Es la calle donde pasa casi todo, la de los cafés, los hoteles de alrededor, la de las manifestaciones y los desfiles. Y buscar el Ideal Room, el otro café más mencionado por los corresponsales. Está en Paz esquina con la calle Comedias, una calle de nombre agradable e importante en esta historia: en ella, ¡al fin!, Kate Mangan consiguió un piso de unos «burgueses», un piso amueblado y con empleadas, que se quedaron para cuidarlo durante la guerra. Allí lograría trasladar a Jan desde el Hospital Pasionaria, donde intentaba restablecerse. Era un buen hospital, pero faltaban medios. Las páginas dedicadas al piso, a la convivencia con otros personajes notables y que Kate no termina de situar bien, resultan esclarecedoras del tiempo que vivían. Allí estaba «un tal Quiroga, traductor de Proust». Era José María Quiroga Plá, efectivamente traductor de Marcel Proust, miembro de la generación del 27, enfermo de diabetes y con problemas de vista, con humor negro y brillante en aquellos días tan oscuros y contradictorios en que reside con una británica, un alemán herido, la cocinera y la doncella de la casa dejadas por los señores. Más parece una cofradía de personajes necesitados que van pasando por el piso. Y todo en una convivencia aceptable con un sólo objetivo: encontrar qué comer y aguantar por la República.

Hay una reflexión de Mangan a lo largo del libro sobre lo poco que puede llegar a importar dónde duermas, qué comas, cuánto frío tengas y qué lleves puesto en tiempos de guerra e ideales. En aquellos días, a lo único que ella se aferra como un gran tesoro era su máquina de escribir. Quiroga, en el piso de la calle Comedias, se aferra a su papel y a su lápiz, a sus traducciones, a sus contactos. Murió muy enfermo, ciego y en el exilio.

Y todo sucede bajo los bombardeos, los heridos en los hospitales, las hambrunas en la calle, que no cubren suficiente los tickets o vales –no, no sirven para nada, se quejan los hoteleros cuando ella y sus amigos tratan de utilizarlos–, y las noticias terribles que llegan de *la desbandá* en Málaga; y la batalla en el frente de Teruel, donde Constancia de la Mora, para satisfacción de Mangan, ya deja ir a algunos políticos –el socialista estadounidense Norman Thomas, por ejemplo– y a periodistas extranjeros de primer nivel. Incluso Kate se apunta a alguno de esos viajes, pero su obsesión continúa siendo el Hospital Pasionaria, uno de los hospitales por donde pasó Jan Kurzke. Allí también está, herido en otra sala, Tom Wintringham, el novio de Kitty Bowler. Así que ambas mujeres se organizan con sus parejas, entran y salen, charlan con otros enfermos y se encuentran con Patience Darton, la enfermera que entra a formar parte de sus vidas y será importante a la hora de autorizar la marcha de Jan de España, cuando el papeleo está a punto de hacer perder los nervios a Mangan. El Hospital Pasionaria está al otro lado del río, fuera del centro de la ciudad, pegado al convento de la Trinidad, que fue el cuartel de las Brigadas Internacionales, en la calle Sagunto, junto al edificio de los Salesianos. Es fácil pasear por este lado, el del convento de la Trinidad, hoy cerrado; el colegio Salesiano rodeado de altas tapias, la Valencia extramuros que cada martes disfruta entre estas calles de un enorme mercadillo.

De vuelta a la ciudad vieja –«intramuros», dice José María Azkárraga– por otro puente que da a la plaza de toros –durante los primeros tiempos de la República, fue utilizada como lugar de instrucción para los soldados; en los primeros tiempos de la dictadura de Franco, como campo de concentración–, los ojos se van al edificio de enfrente. Lo que había sido el Hotel Metropol fue después la embajada soviética en Valencia, donde los

rumores apuntaban a que poco más o menos todo el NKVD –luego KGB– estaba allí dentro conspirando. Hoy lo ocupa la aseguradora Mapfre.

Lo cierto es que todos no, desde luego, pero sí había espías, periodistas que también eran agentes secretos, personajes oscuros como el checo y prosoviético Otto Katz, que a Kate Mangan le parece el más interesante e inteligente de cuantos conoce esos días. Katz ya se había relacionado con personas como Lillian Hellman, a quien puso al día de lo que era la Alemania nazi. A nuestra Kate Mangan, Hellman no le agradó. «Corría de un sitio para otro, pidiendo datos, impacientándose por la desorganización, sin tener en cuenta la situación en que estábamos». Curiosamente, en las memorias, Mangan cita a Hellman tres párrafos después de haber hablado de Otto Katz, que según las leyendas inspiró el personaje de Victor Laszlo en *Casablanca*. El tipo es capítulo aparte, pero las apreciaciones de Mangan sobre él demuestran el buen olfato de nuestra protagonista. «Era el hombre más inteligente, capaz de suavizar las cosas con todo el mundo […] dominaba el arte de la propaganda. Se congraciaba con los tipos más diversos y hacía uso de lo que le contaban para la propaganda, sin que estos se dieran cuenta». Clava al personaje, del que luego se ha ido creando historia y leyenda.

José María Azkárraga, nuestro anfitrión valenciano, este hombre al que le apasiona la memoria histórica y no está dispuesto a que se pierda ni se borre, se para también en los lugares donde estuvieron los diferentes ministerios de Gobierno, algunos de los cuales hoy siguen desempeñando idéntica función. Ante el Palacio de Justicia necesariamente se recuerda lo vivido por Kate en una sesión rápida de juicios. Ese día, al poco de llegar, Mangan comprende lo que van a significar las arbitrariedades de los jueces. Juzgan a un vendedor de velas, sospechoso de faccioso porque tenía contactos con la Iglesia. ¿De qué lo acusan? ¿Cómo no iba a vender velas a las iglesias, el mejor y casi único cliente? La angustia es breve, porque al hombre le cae sólo una multa. Kate respira y el vendedor de velas deja el Palacio de Justicia refunfuñando por la cuantía de la sanción, sin pararse a pensar que ha salvado la vida.

La ciudad está trufada de refugios que gracias al esfuerzo de los últimos años han sido recuperados y que al profesor Azkárraga lo fascinan: los cuenta, los cuida, consciente de lo importantes que fueron para los valencianos. El que se encuentra recuperado en el Instituto Lluís Vives es un ejemplo notable y escenográfico del papel que desempeñaron. Tanto que la propia Mangan llega una tarde al Hospital Pasionaria y le cuenta con detalle a Jan la cantidad de «REFUGIO» –lo escribe en mayúsculas y en singular– y con letras «brillantes» bien dibujadas que están excavando para afrontar los bombardeos.

Los cuidados de Patience Darton y los buenos médicos del Pasionaria no servían para Jan. Kate, muy amiga ya de la enfermera, conviene con ella y el herido en que tienen que dejar España, camino de Francia, si quieren que Kurzke no corra el riesgo de perder la pierna. Comienzan los preparativos y la burocracia, que se mezclan con la tristeza de la partida y la irritación ante el temor de no poder salir del país. Papeles para dejar Valencia y las Brigadas Internacionales, autorizaciones de militares jefes para que no le consideren un desertor, certificados de los médicos del hospital, papeles de la Generalitat para atravesar la frontera. Ya lo había comprobado en Barcelona: «En España los papeles lo son todo».

En esos días, Kate organiza una fiesta de cumpleaños –Jan y ella cumplían por las mismas fechas– y deciden convocarla en el Ideal Room. Como él había sido trasladado desde el hospital al piso de Kate en la calle Comedias, les pilla al lado y así Jan no tendrá que andar mucho ni pasar frío. Kurzke necesitaba sentarse durante la celebración. Mientras que en Barcelona era normal encontrar cafés con terraza, en Valencia no era fácil y el Ideal tenía una en la acera.

Hay constantes referencias al Ideal Room entre los escritores y cronistas de aquellos tiempos, como Juan Gil-Albert. «En la Valencia de la guerra el Ideal Room constituía un centro de reunión intelectual sumamente vivo. Acudía allí Corpus Barga, a quien yo siempre había encontrado en Berlín o París y que ahora permanecía en España; allí estaba León Felipe y su mujer, Berta, el mexicano Siqueiros vestido de coronel…», y continúa mencionando a políticos, evacuados ilustres, comunistas, «el grupo juvenil

que editó la estupenda revista *Hora…*». Sería imposible mencionarlos a todos, como lo es reflejar el ambiente que se respiraba en el lugar, pero hay otras referencias notables, como el cuento «Soldiers of the Republic», escrito por Dorothy Parker y publicado en *The New Yorker*: «Aquella tarde de domingo estábamos sentados con la muchacha sueca en el gran café de Valencia. Tomábamos vermú en gruesas copas, y en cada una de ellas había un cubito de hielo grisáceo lleno de agujeros […] Fuera estaba oscuro […] en el café había críos por todas partes […] En la mesa contigua a la nuestra había uno notablemente pequeño; tendría quizá seis meses». La madre del bebé, embarazada; el padre, «un hombrecito con un uniforme grande»; el niño, «endomingado». Y el párrafo de la mordaz pluma de Parker que ya hemos leído en el prólogo de este libro: «¡Por amor de Dios, basta ya!, me dije. Está bien, el crío lleva un trozo de cinta azul en el pelo. Está bien, su madre dejó de comer para que el crío estuviera guapo cuando su padre regresara con permiso. ¡Está bien! Es asunto de ella, y tú nada tienes que ver. Está bien, ¿por qué tienes que echarte a llorar?». Esto era el Ideal Room en la Valencia de 1937, el cuento fue publicado en febrero de 1938, cuando ya las cosas apuntaban mal, aunque faltaba un año para el final de la guerra. Y de la República.

Pocos días después de la fiesta de cumpleaños, tras muchos avatares, Kate y Jan llegan a Barcelona, y se vuelven a enfrentar a la burocracia española, esta vez de la Generalitat. En el horario de oficinas, estas no abren; los brigadistas internacionales heridos, sobre todo franceses, exigen ayuda y reparaciones de algún tipo, como aquel que rogaba, exigía, gritaba con su rostro destrozado, que le encontraran un ojo de cristal. No podía presentarse así en Francia, ante los suyos.

Aquí acaba el recorrido por la Valencia de otra periodista que vino a la guerra por amor, trabajó por la República y la democracia y aprendió mucho, tanto como para no asombrarse cuando estalló la Segunda Guerra Mundial, durante la que siguió resistiendo. Al inicio de los años cuarenta, Jan y ella se separaron. Mangan se quedó en Inglaterra con su hija Charlotte y enseñó arte. «Fue miembro fundador del Consejo de Artes de Hampstead en 1945 y participó activamente en él hasta su muerte en 1977», según su

biografía (la que aparece en *Never More Alive. Inside the Spanish Republic*).

En Valencia hay muchos lugares donde se recuerda el año en que la ciudad fue capital de la República, se menciona a los escritores del II Congreso Antifascista, a los héroes nacionales, a los internacionales… Grupos notables de profesores e intelectuales pelean por mantener la Ley de Memoria Histórica en los nuevos tiempos que amenazan con ser muy oscuros. Pero sólo unos pocos trabajos –universitarios bastantes– hablan de las mujeres, ilustres y no ilustres, que cubrieron la guerra.

Diez meses después de que Kate Mangan tomara notas del discurso de Azaña en Valencia, aterrizó en la entonces sede del Gobierno de la República una escritora y luchadora antifascista estadounidense llamada Lillian Hellman. Formaba parte del mundo de los guionistas de Hollywood, tenía contacto con los intelectuales más notables de los años treinta, sus textos se habían convertido en éxitos teatrales y cinematográficos. Todo ese lustre no bastó para que a Kate Mangan aquella mujer apresurada y exigente le gustara. «Corría de un sitio para otro, pidiendo datos, impacientándose por la desorganización, sin tener en cuenta la situación en que estábamos», escribió Mangan sobre Hellman. Y es probable que la opinión de Kate estuviera basada en hechos reales. Hellman estuvo un mes en España, entre Valencia y Madrid, pero su trabajo, las emisiones radiofónicas que hizo desde la capital y la campaña que siguió a su regreso a Nueva York en favor de la República fueron muy importantes. Como las páginas dedicadas en sus memorias a lo visto en España. La guerra se perdió y Hellman, próxima a los comunistas, perseguida por el macartismo y pareja de Dashiell Hammett, otro famoso escritor comunista, pasó al olvido en este país, salvo para unos pocos intelectuales silenciados.

Una fría tarde de finales de febrero de 1978 se estrenó en Madrid *Julia*, una película basada en un relato más o menos autobiográfico de *Pentimento*, de Hellman. La dirección de Fred Zinnemann y las

interpretaciones de Jane Fonda y Vanessa Redgrave, maravillosas, oscurecieron quién era Lillian Hellman (en *Julia* también se dio a conocer Meryl Streep como actriz). La historia está basada en una amiga de adolescencia de Lilly, asesinada por los nazis antes de la Segunda Guerra Mundial. Después ha sido cuestionada su veracidad, pero en las memorias de la dramaturga sí que aparece una amiga de la infancia y adolescencia, Alice, que podría ser Julia. Da igual cuánto hay de verídico en la historia. Resultó inolvidable para una generación que en España vivía los inicios de la Transición, tras cuarenta años de oscuridad. Aún corrían tiempos en los que si alguien se interesaba por esa tal señora Hellman, la primera respuesta era «fue la pareja de Dashiell Hammett». Si había suerte, llegaban el resto de los datos: fue una dramaturga, autora de importantes obras de teatro como *La loba* (*The Little Foxes* en inglés) o *La calumnia*, que llevó al cine su amigo William Wyler, con quien colaboró en varias películas. Firmó otros excelentes guiones para el cine de los años treinta, como *La jauría humana*. Era, además, escritora de relatos, defensora de la mujer, de todas las causas progresistas de su tiempo. Acusada de comunista (nunca se demostró su pertenencia al partido), simpatizante de la Unión Soviética (en uno de sus viajes permaneció allí cinco meses) y perseguida por McCarthy, al igual que Dashiell Hammett. Escribió una carta al Comité de Actividades Antiamericanas donde se negó a declarar. En el texto hay una frase replicada muchas veces después: «No puedo y no cortaré mi conciencia para adaptarla a esta temporada». El resultado fue su inclusión en la lista negra de Hollywood, un lugar que a ella nunca le atrajo mucho, según cuenta en sus memorias. Dashiell Hammett fue seis meses a la cárcel por no revelar nombres de compañeros.

Pero volvamos a su incipiente y breve resurgir en España gracias a *Julia*. Aquel febrero de 1978, el país estaba sumergido en el debate de la Constitución, que durante esas semanas pasaba por uno de sus baches entre los partidos que trabajaban en el texto. La Transición recién iniciada interesaba más que el feminismo. De la memoria histórica no se hablaba. Había otras tareas más urgentes, como afianzar la democracia. Quizá por eso, y pese al éxito de *Julia*, se contaba poco que Lilly Hellman había sido

una de las simpatizantes de la República, que en sus memorias relata su estancia durante la guerra en España. Cuando el periodista Ángel Sánchez-Harguindey entrevistó a Fred Zinnemann por el estreno de la película, le preguntó si había lesbianismo entre las dos protagonistas. El director respondió: «No quise exagerar la hipotética relación de lesbianismo entre sus protagonistas. Lillian Hellman nos comentó que no recordaba si hubo contacto físico entre las dos, y que si lo hubo tampoco importaría demasiado» (*El País*, 21 de febrero de 1978). Sánchez-Harguindey es quien también, en otras ocasiones, recuerda que Hellman en sus memorias dedica espacio a la España en guerra. Pero lo cierto es que en la España del 78 resultaban aún más interesantes sus viajes a Moscú, sus impresiones de una URSS que aún tenía muchos seguidores y simpatizantes aquí. El Partido Comunista de España (PCE) había sido el gran resistente en la clandestinidad contra el franquismo y hacía menos de un año que había sido legalizado.

Poco a poco, *Julia*, siempre con el rostro inolvidable de Vanessa Redgrave (que obtuvo el Óscar), se abrió camino entre la generación de mujeres que luchaban por liberarse y que se subieron al tren de la Transición, pero con sus reivindicaciones en un segundo plano. Cuando se estrenó *Julia* en el cine, hacía pocos meses que el libro *Pentimento* había sido editado por Argos Vergara, con traducción de Marta Pessarrodona. Gotita a gotita se llenaba la taza de las esperanzas feministas. Pero Lilly Hellman y su paso por la guerra civil española, la importancia de sus emisiones en Radio Madrid –incluso su padre la escuchó desde Nueva York gracias a la intervención que hizo a través de la Columbia Broadcasting– continuaron en esa esquina oscura de la historia que ya hemos visitado otras veces.

No es fácil perseguir los lugares que pisó Hellman en Valencia o Madrid. Sus recuerdos, recogidos en *Una mujer inacabada* a finales de los años sesenta, están basados en las notas que fue tomando en aquellos días del

otoño de 1937. Llegó a Valencia desde París, donde se encontró con la tropa que luego sería habitual, Hemingway, Martha Gellhorn, Dorothy Parker –Dottie, la gran amiga de Lilly hasta el fin de sus días–, el marido de esta, Allan Campbell. Habían coincidido con Martha en el mismo barco que las llevó a la capital francesa desde Estados Unidos. «Recuerdo que Martha pasaba la mayor parte del tiempo en el gimnasio del barco. Según comentó Dottie, allí era donde todas las mujeres de Ernest iniciaban su entrenamiento para la vida en común». La lengua de Dottie Parker y sus trifulcas sibilinas o vocingleras con Hemingway eran únicas, como ya hemos contado. En París, Hemingway convence a Hellman de la importancia de viajar a la España en guerra. Pero Hellman ya se había interesado por la guerra de España antes:

> Cuando empezó la Guerra Civil española, en 1936, vivía en una isla frente a la costa de Connecticut. Nunca antes, ni tampoco después en lo que llevo de vida, se habían unido los liberales, los radicales, los intelectuales y la clase media ilustrada en una alianza tan poderosa como aquella. Actualmente, el movimiento de oposición a la guerra de Vietnam es lógicamente más fuerte y está más extendido, pero tardamos cuatro o cinco años en entender que nosotros (nuestros jóvenes) habían sido reclutados para asesinar por razones que ninguno comprendíamos. Por tanto, cuando Archibald MacLeish sugirió, en 1937, que él, Hemingway, Joris Ivens y yo realizáramos un documental sobre España, me aferré a la oportunidad de hacer algo.

Una pulmonía le impidió participar en ese proyecto histórico que fue *Tierra de España.* Es difícil resistir la tentación de recuperar aquí lo que sucedió una noche en Nueva York a cuenta de ese documental sobre la guerra civil. En 1938, en un pase privado al que invitaron a «algunos ricos», recogieron 13.000 dólares para ambulancias, recuerda Lilly. Esa noche también estaba Scott Fitzgerald, que ya se había distanciado de Hemingway. Tras el pase, se fueron de copas a casa de Dottie Parker, pero Fitzgerald –quien confesó a Hellman que ya no bebía– no quería entrar para no enfrentarse a Ernest. Las anécdotas de la velada son estupendas. Al final, Lilly convence a Scott para que pase, aunque esté Hemingway. Una vez allí,

le dice a su pareja, Dashiell Hammett: «Ayuda al señor Fitzgerald, por favor. Ernest le da miedo y ese vaso que ha tirado no ha ayudado demasiado». La respuesta del autor de *El halcón maltés* merece la cita aquí: «Ernest no ha sido capaz de describir nunca a una mujer. Sólo las incluye en los libros para que le admiren». Lillian Hellman añade que cuando Hammett estaba bebido, «no prestaba atención a lo que le decían, sino que continuaba con lo que tuviera en la cabeza». Y esa noche estaba muy bebido.

Pero estábamos en Valencia, adonde la dramaturga llega desde París el 13 de octubre de 1937, tras un «viaje largo y polvoriento». Al contrario que Mangan, no da el nombre del hotel donde se aloja –¿el Palace, el Victoria, el Inglés?–, tampoco de las calles o las plazas por las que pasea. Sabemos que al día siguiente de su llegada va a un mercado de flores, cerca de la Oficina de Prensa, edificio hoy desaparecido, como hemos visto con el profesor Azkárraga. Compra un ramo de flores y unas hojas verdes que no conoce. Después se pierde por las calles. «Estaba todo en silencio, hasta que vi cómo el gato, que se había sentado en la acera, se escabullía por debajo de la persiana de una tienda, mientras una mujer que empujaba un cochecito recogía a una niña, la metía dentro y empezaba a correr por un callejón».

Era su primera experiencia de un bombardeo y dice no haber oído las sirenas. Torpe, atolondrada –una definición que da de sí misma desde su juventud–, un policía le grita, le ordena que corra, pero no lo entiende. A base de gesticulaciones, comprende algo y se arroja debajo de un banco. «Estaba tumbada boca abajo con la cabeza entre mis flores. Oí un tremendo estruendo que se iba acercando […] No sé cuánto tiempo estuve tumbada debajo del banco, pero el miedo que sentía era mucho más del que podía soportar». Al día siguiente se supo que los bombarderos italianos habían matado a 63 personas en el barrio del puerto. No hay pistas sobre en qué plaza o calle fue el que ella escuchó.

El día 17 de octubre relata que ha estado en la Oficina de Prensa y ha conocido a Pasionaria y a Rubio, «el jefe de prensa, que me ha ofrecido unos caramelos». Luego come con «Del Vayo, un señor encantador y muy ingenioso». Es Julio Álvarez del Vayo, ministro con Largo Caballero y

Negrín, pero todo ese jaleo, el esfuerzo de los españoles por contarle las historias, la aturden. «Pronto se me desprenderá la cabeza de tanto asentir educadamente», confiesa.

Pasa los días perdiendo el tiempo –al menos así lo siente– y desconcertada; habla con Constancia de la Mora, cuenta la historia de una extraña pareja, una monja y un hombre más joven a los que ve en una plaza con estatuas (un relato dentro de otro relato), y viaja un poco. Con Gustav Regler va a Benicasim, donde visita el hospital donde la mayoría de los heridos son brigadistas internacionales. Algunos le piden que influya en Roosevelt para que ayude a España. Impotente, responde que es imposible que pueda transmitir a Roosevelt sus comentarios. No soporta las comidas, el aceite de oliva le huele a rancio. Por fin, el 22 de octubre llega a Madrid.

El viaje, con un «Luis» conductor un poco loco, la parada en un pueblo donde las mujeres les dan de comer lo poco que tenían, también la asombran. Quiere conducir ella por las locuras que hace el chófer, pero resulta impensable. No conoce la capital, pero sí al grueso de la tropa que allí la espera, siempre encabezada por Hemingway. Lleva consigo parte de las provisiones que Ernest le dijo que comprara en París, comparte alguna noche de parranda. Y se espanta ante el bombardeo que observan desde el Hotel Florida. Hemingway y un corresponsal inglés alto –no recuerda el nombre, pero lo retrata como el típico inglés estirado– quieren que observe el espectáculo con ellos desde la ventana. Como no se asoma, la miran despectivamente. Sin embargo, pese a las bombas sobre la Gran Vía, sale a la calle y va al edificio de la Telefónica. El escritor sanferminero le pregunta cómo es capaz de salir bajo un bombardeo, pero no asomarse para ver caer bombas, y Lilly Hellman le recuerda que los minutos concedidos por la Columbia Broadcasting eran oro. Probablemente nunca más volvieran a hablar de lo que sucedía en España por una emisora con tal repercusión.

Otro día, le confiesa a Otto Katz que no quiere ir al frente. Por más que se lo han ofrecido no le apetece. Y Katz lo arregla para que no tenga que pasar por el trago. La descripción de Katz que hace Lilly es tan interesante como las que se leen en los recuerdos de otras mujeres. Al final, ella y otros

compañeros logran sacarlo de España y pasa por el exilio mexicano. Luego, regresa a Moscú y las purgas de Stalin se lo llevan por delante.

Lillian Hellman había conocido a Katz en Praga. Quizá durante el año que estudió en Alemania al inicio de su veintena. Luego se lo encontró en París bajo el seudónimo de Otto Simon, y escribió de él: «Había nacido en Praga, había estudiado en una universidad alemana y se había convertido en un prestigioso periodista. Tras el ascenso al poder de Hitler, se trasladó a París para documentarse y escribir un interesante libro sobre el nazismo: *El libro pardo del terror hitleriano.* Otto era comunista».

El 3 de noviembre, Hellman decide que ya no tiene sentido seguir más días en Madrid. «He hablado con personas de las Brigadas Internacionales, he grabado tres programas que serán traducidos, he visitado una guardería y dos hospitales, he pronunciado un discurso que se radiará en París, he acudido a las famosas cenas de sardinas con gentes del gobierno que me han pedido que yo y otros como yo sigamos explicando, escribiendo, denunciando cómo son las cosas, a fin de interceder para que Estados Unidos y Francia envíen armas».

Un día antes de regresar a Valencia, la dramaturga fue a recoger un abrigo que había enviado a arreglar. Llevaba a la modista una lata de sopa de buey de sus reservas. De vuelta al hotel, queda espeluznada por uno de los tramos de calle destrozados por los bombardeos. Una semana antes allí había hermosas casas del siglo XIX. Entra en una de ellas, el primer edificio bombardeado que visita. Se queda absorta ante los objetos de una de las habitaciones arrasadas. Escribe en *Una mujer inacabada*:

> Había un sombrero de mujer junto a unos daguerrotipos en un marco triple; una baldosa azul intacta en el borde de una mesa; una fuente con ensalada marchita sobre una silla. Encima del sofá quemado había dos frascos de porcelana decorados con rosas.
>
> (1968) Mientras transcribo estas notas de mi diario, me acerco a la repisa de la chimenea para contemplar los frascos de porcelana y el retrato de la joven. Los he tenido en todas las casas en las que he vivido durante estos años.

Vuelve a Valencia, se reencuentra con Constancia de la Mora, le resultan más agradables las gentes de allí que los colegas de Madrid. La noche antes de partir hacia Barcelona para ir a París en tren y desde allí a Londres, baja al comedor «los melocotones, dos latas de anchoas y una caja de galletas para cenar». La timidez del joven de la Oficina de Prensa –casi seguro era Coco Robles, el hijo de José Robles–, de una pareja de alemanes con los que le tocaba en la mesa cada noche y de un médico inglés a la hora de abrir las latas la sorprende. El médico le escribe en una nota: «Les da vergüenza aceptar comida de otros». Precisamente porque todos tienen hambre atrasada. Hellman y el doctor se las ingenian para que nada sea humillante, pero la conclusión del inglés es clara: el hambre es algo terrible.

En París, débil por haber comido mal –más por resultar escrupulosa que por ausencia de comida– y aún bajo el *shock* de la guerra, Hellman se siente «vacía y sola […] Me deprimían las nimiedades de Léon Blum, las fiestas de sociedad en apoyo de los huérfanos españoles, las conversaciones entre intelectuales augurando que la República francesa no permitiría la derrota de la República española». A los pocos días marcha a Londres.

Las cosas allí tampoco le resultan fáciles. Una noche cenando con aristócratas británicos en casa de una amiga, pierde los estribos cuando le preguntan: «¿Es interesante la situación actual en España?», tras un montón de estupideces desinformadas que la sacan de quicio. Aunque en un principio iba a responder a tanta sandez de forma mordaz, «recordé las sensaciones que tuve en España. Y sentí que se desvanecían por culpa de aquella conversación insulsa, y de pronto creció en mí ese sentimiento de indignación que me ha acompañado a lo largo de la vida, y que aún soy incapaz de controlar. Me levanté de la mesa con tanto ímpetu que tiré la silla y salí precipitadamente de la casa».

Esa indignación y ese genio, que Hammett le recordaba cada vez que ella se dejaba llevar por la ira, fue lo que la hizo rebelarse contra sus padres, escapar del colegio y refugiarse durante un par de días en la higuera de su casa en Nueva Orleans, donde leía. La rabia de la que la acusaba su muy amada niñera negra Sophronia y el desprecio que le producían los modales endiosados del Hollywood de los años treinta y cuarenta. Todo eso define

una parte de la vida y la obra de Lillian Hellman. Abortó del novio que luego fue su primer marido con diecinueve años; se enfrentó a todos los compañeros de la editorial que sabían lo que iba a hacer y la trataron con condescendencia, se opuso al macartismo, apoyó a Dashiell siempre. Reconoció cómo la influyó, y lo admiró y acompañó hasta el final. Cuando se emparejaron, Hammett ya había publicado sus mejores libros y empezaba su declive; y cuando llegaron otras batallas, como la guerra de Vietnam, Lilly militó contra una guerra estúpida que no entendía. En recuerdo de Soprhonia y siguiendo sus propias convicciones, defendió a Martin Luther King y asistió a mítines de Malcolm X. Y sí, antes de eso una mujer así acudió a España, divulgó nuestras desgracias, pidió dinero para los demócratas españoles, pero su paso por nuestro país sigue arrinconado.

Hay una frase –hay muchas destacables en *Una mujer inacabada* y en *Pentimento*– en la que Lilly se pregunta: «¿Es cosa de la edad o siempre he sido así, experta en escoger los malos momentos, bloqueando los buenos, que mis éxitos lo sean por casualidad y los fracasos verdades absolutas?».

CAPÍTULO IX

Sylvia Plath: historia de una poeta suicida, una viuda republicana y un nieto rojo

En el anochecer del 28 de marzo de 1939, Enriqueta de la Hoz, viuda del doctor Eduardo Mangada, intentaba mantener su porte altivo en la atestada cubierta del *Stanbrook*. No era fácil. En el barco que partiría del puerto de Alicante poco antes de la llegada de los fascistas se apelotonaban cerca de 3.000 personas. Derrotadas moral y físicamente, no había tiempo para los buenos modales. Unas horas antes, el ejército de la República había firmado la rendición y nadie creía en la piedad de Franco. Los empujones por encontrar hueco, por encajar abrazados al fardo o la pequeña maleta donde iban unas pocas pertenencias, no iban a detenerse ante la mujer, que tampoco se resignaba. Al igual que todos, Enriqueta quería escapar, pero como la señora que era.

El *Stanbrook* era una nave carbonera, acondicionada para veinticuatro marineros. Su capitán, Archibald Dickson, un galés buena gente, no pudo soportar las voces, los llantos, los dramas, y la dignidad también, de las más de 15.000 personas que se hacinaban en los muelles. Eran los refugiados de la República: militares, niños, mujeres, ancianos, políticos. Todos aterrados. Desoyendo las órdenes de sus jefes, Dickson abrió las escotillas del barco y permitió subir a la gente, hasta que no cupo ni un alfiler más, por peligro de hundimiento. Cuando partió al anochecer, el lamento de decepción de los que se quedaban en el muelle llegó hasta quienes sí lograron escapar.

Cuello estirado, pelo en moño alto y negro, ojos con sombra azul y rotulados en negro, en cubierta la viuda Mangada no se separaba de su hijastro Adolfo. Sabía que en otro lugar del barco estaba un primo de su marido, el coronel Julio Mangada –«el tío Julio», lo llamaban sus

hijastros–, su mujer –Pepita– y su hijo respiraban aliviados. Habían logrado subir con pasaporte mexicano gracias a la ayuda de la Asociación de Esperanto. Asociación que «tío Julio» había fundado en España en 1923. Sin ese apoyo para la huida, el conocido militar republicano y mejor esperantista habría sido fusilado nada más ser capturado; además de ser un mando combativo que se mantuvo fiel a la República, al inicio de la guerra su columna causó importantes derrotas en las fuerzas fascistas. Sin olvidar que estaba al frente de la guarnición de Jaca cuando se produjo la sublevación en 1930 y sólo se libró de las represalias porque en aquellos días estaba en Madrid, enterrando a una de sus hijas. Nunca se borraron las sospechas sobre su papel en la sublevación. Los corresponsales de medio mundo, Simone Téry y Andrée Viollis entre otras, habían resaltado la figura del coronel Mangada, apodado el General del Pueblo, y le habían entrevistado varias veces durante la guerra. Era de esos personajes que Gustav Regler e Ilsa Kulcsar estaban seguros de que había que enseñar a los periodistas.

Es lógico que con tan conocida trayectoria, la viuda del doctor Mangada esperara ayuda de su familiar, aunque era una señora seca y poco amiga de las aventuras del pariente Julio Mangada, quien pese a ser militar resultó un ácrata, nudista, vegetariano y esperantista. Estas características son las que destacará su sobrino bisnieto, Eduardo Mangada Samain, más de ochenta años después. Con todo, la situación era tan desesperada en aquella trágica huida de Alicante que Enriqueta aparcaba los remilgos con respecto al General del Pueblo. Tenía la esperanza de que el tal señor los ayudara; si no a ella, al menos sí a su hijastro Adolfo. Al fin y al cabo, aunque el sobrino favorito de Julio Mangada era Eduardo, el hermano mayor de Adolfo al que entonces se daba por muerto, todos eran familia, republicanos, ilustrados.

Las circunstancias no hicieron posible una mejora de la situación para Enriqueta. El héroe de la columna Mangada logró embarcar para México tras la odisea del *Stanbrook* en el puerto de Orán (el carguero fue retenido semanas sin dejarlos desembarcar y muchos de los refugiados fueron a los campos de concentración). Pero Enriqueta y el hijastro Adolfo tuvieron que quedarse en Argel, para luego llegar hasta Algeciras. Echando fuera todos

los remilgos que un día tuvo y manteniendo genio y figura –su moño, sus ojos empastelados y sus vestidos limpios y planchados, con zurcidos bien ocultos–, la viuda del que fuera en Valencia prestigioso doctor Eduardo Mangada fundó una academia de francés en Algeciras, se codeó con las familias bien de la zona, escribió poesía, habló por Radio Algeciras y aguantó. Hasta que un día regresó a su chalé de Benidorm. Venida a menos, descubrió el turismo del inicio de los años cincuenta. Alquilaba habitaciones como tantas viudas en la España franquista. Así comenzó el guion –muy real– de la historia de la viuda Mangada y la poeta Sylvia Plath.

En julio de 1956 una atractiva pareja de jóvenes poetas, Sylvia Plath y Ted Hughes, llegaba a Benidorm. Iban a pasar su luna de miel escribiendo y amando. La aventura ha quedado reflejada en la obra de ambos. De aquellos días, un personaje asoma en los escritos de Plath: la viuda Mangada, propietaria de la primera casa en la que vivieron. Un personaje que asombra y saca de quicio a Plath.

«Conocimos a la viuda Mangada un miércoles por la mañana en el autobús caliente, abarrotado, que iba dando tumbos por las carreteras cubiertas de polvo del desierto entre Alicante y Benidorm. Nos oyó exclamar ante la bahía azul y se dio la vuelta en el asiento de delante, para preguntar si hablábamos francés. Un poco, dijimos, ante lo cual rompió a describir explosivamente su maravillosa casa junto al mar con jardín y terraza en el balcón, y derecho a cocina», escribe la poeta de Boston en su cuaderno del 15 de julio, en *La caja de los deseos*. Sobre la publicación de los cuadernos y los relatos, Ted Hughes y su hermana Olwyn han ejercido un férreo control. Ted destruyó o escondió textos de Plath para «proteger a sus hijos» tras el suicidio. Para quien desee profundizar, existe una docena de biografías –hasta hoy– sobre ella, convertida en un referente para el feminismo.

La viuda Mangada que en 1956 alquiló el chalé de Benidorm a Plath y Hughes era la segunda esposa del reconocido médico alicantino Eduardo Mangada, como hemos dicho, que murió poco después de que llegara la II República. El doctor Mangada primero estuvo casado con la hermana de Enriqueta, Rosa, con la que tuvo dos hijos también médicos, Eduardo y Alfonso. En la memoria de la familia, Enriqueta fue la madrastra más que una madre. Y tuvo un hijo único, Enrique, que murió joven. Doña Enriqueta fue la abuela –o *abuelastra*, para entendernos– de Eduardo Mangada Samain, arquitecto, republicano, socialista, consejero de Medio Ambiente, Vivienda y Obras Públicas por el PSOE en la Comunidad de Madrid en los años ochenta. Hoy es la memoria de su apasionante familia. Sus recuerdos confirman que Enriqueta de la Hoz era un personaje digno de Plath. A menudo, los personajes excéntricos se encuentran y se atraen entre sí. Ese podría ser el caso de la viuda y la famosa poeta, ambas extravagantes para sus tiempos –sin que el término se entienda como un insulto–, mujeres notables en sus caracteres. La española, una mujer anónima, producto del tiempo que vivía. Con bastante seguridad, Enriqueta nunca conoció los escritos sobre ella de la poeta estadounidense, en los que la describió así: «Era una mujer pequeña, oscura, de mediana edad, vestida con elegancia con encaje blanco de punto sobre una combinación negra, sandalias blancas de tacón, muy *comme il faut*; llevaba el pelo negro como el carbón con múltiples ondas y rizos, los enormes ojos negros estaban subrayados por la sombra de ojos azul y dos sorprendentes cejas negras dibujadas rectas e inclinadas, hacia arriba desde el puente de la nariz a las sienes». Estaban en las antípodas una de la otra. Sobre Sylvia hay bastante consenso en que hoy hubiera sido diagnosticada como bipolar y quizá su final hubiera sido otro. De Enriqueta, por lo que su nieto recuerda, hay que decir que fue una mujer posesiva, a veces dura y cruel con los suyos –aun en el contexto de la guerra civil y la posguerra– y también una mujer aguerrida.

Es una mañana de mayo al norte de Madrid. Año 2023. La sequía aplasta las cunetas de la carretera de La Coruña, pese a que las arboledas de las urbanizaciones de rentas altas disimulan la vista de los campos amarillos. El nieto de la viuda Mangada –*nietastro*, admitirá entre sonrisas– asiente al leer la descripción de Plath sobre su abuela. Estamos en su estudio, donde, a los 91 años y con sus facultades a pleno rendimiento, don Eduardo sigue levantando hermosas maquetas para sus proyectos y elabora papeles para la izquierda de este país que le quiera leer. Entorna los ojos y comienza el relato de sus recuerdos, para responder a la pregunta básica: ¿quién es la viuda Mangada, que ocupa los cuadernos de Sylvia Plath durante su primera semana en Benidorm y a la que luego dedica un relato y referencias en su obra?

«La descripción de la poeta es bastante acertada. El empaste azul que se ponía en los ojos era increíble. Ella en sí era bastante estrafalaria y en otros aspectos, una mujer valiente. Pero para mi padre y para mi tío no fue una buena madre. Ni mucho menos. Y eso que eran los hijos de su hermana Rosa», dice.

La voz oscura de Eduardo Mangada Samain va tomando ritmo a medida que desgrana los recuerdos. Hace un esfuerzo por regresar al principio de la historia: «Hay dos señoras Mangada, Rosa, mi abuela de verdad, y luego Enriqueta, su hermana y segunda mujer de mi abuelo. Eduardo Mangada médico es mi abuelo; Eduardo Mangada Médico es mi padre; Eduardo Mangada arquitecto soy yo y Eduardo Mangada economista es mi hijo y el quinto es mi nieto. Mi abuelo era un buen médico, un médico bastante famoso que estuvo en Valencia con la cátedra de Juan Bautista Peset, que fue defensor de la República, fusilado tras la toma de Valencia por los fascistas». Efectivamente, el doctor Juan Bautista Peset Aleixandre fue asesinado por un pelotón de fusilamiento en el paredón de Paterna (Valencia) la tarde del 24 de mayo de 1941. Fue el resultado de una ejecución dictada en su sentencia de muerte por «rebelión» un año antes, en marzo de 1940. Pero esa es otra historia, aunque la posguerra es clave en la vida de Enriqueta de la Hoz. Tras asistir en Valencia a las clases de Peset, el abuelo Mangada marcha a Alicante, donde monta un laboratorio y se dedica

a la investigación. También elabora vacunas. Se casa primero con Rosa de la Hoz y tienen dos hijos: «mi padre y Adolfo, mi tío».

La casa que el matrimonio Mangada de la Hoz tiene en el centro de La Rambla de Alicante es fantástica. En una planta está el laboratorio y en otra la vivienda, a la que Rosa invita a vivir en algún momento del fin de los años veinte a su hermana pequeña, Enriqueta. Un tiempo después –el nieto no recuerda cuánto exactamente– su abuela Rosa muere. «Y puede que uno o dos años después, mi abuelo se casa con su cuñada Enriqueta. Eran arreglos a veces normales en aquellos tiempos. Mi segunda abuela se queda con dos niños pequeños. Mi padre, el mayor, tendría seis o siete años entonces y recordaba a esta señora como un auténtico martirio para él. Era casi sádica, le hacía tirabuzones con unas tenacillas de las de aquellos tiempos. Luego los vestía de punta en blanco y los mandaba a la playa, pero ojo con venir manchados de arena. Mi padre nunca tuvo un buen recuerdo de su madrastra».

El médico Mangada, muy respetado en toda la provincia, tenía un amigo, Domènech –de Alcoy, como tantos con ese apellido–, y juntos se escapaban a pescar con caña al mar. Su lugar preferido, allá por los años veinte del siglo XX, era una aldea de pescadores llamada Benidorm. Con el tiempo, lo que fue una casita para guardar los enseres e incluso dormir un sábado terminó convertido en un chalé en primera línea de playa, mucho antes de que comenzara la explosión del turismo. «Mi abuelo murió en 1932, después de proclamada la República. Lo recuerdo porque oí contar que me llevaron a verle después de que yo naciera, y yo nací en 1932. También hay una foto de la boda de mis padres delante del chalé de Benidorm». Sylvia Plath describe así ese chalé:

> La casa, con una terraza cubierta de vid en el piso superior, estaba metida en un palmar. Macizos de geranios y margaritas blancas ardían como hogueras en el jardín; cactus llenos de pinchos flanqueaban el camino de losas.

Sin dejar de parlotear sobre la belleza natural, la viuda los llevó a la parte de atrás, para enseñarles el cenador emparrado, su higuera cargada de

frutos verdes, y las espléndidas vistas con las colinas moradas al fondo, suspendidas en un telón de la bruma.

«Cuando muere mi abuelo, doña Enriqueta de la Hoz hereda todo. Se quedan con ella mi padre y mi tío Adolfo. Y su hijo Enrique, que murió antes de que acabara la carrera de Derecho que estudiaba en Murcia. Todos los hermanos se llevaban bien, pero doña Enriqueta fue siempre un obstáculo para las relaciones de mi padre y sus hermanos con mi abuelo. Según cuenta la gente que los conoció, era una señora obsesiva. Quería apropiarse de su marido, incluso apartando a los hijos de las relaciones familiares. Era ese el recuerdo complicado que mi padre tenía de su madrastra, nada apetitoso», continúa el arquitecto Mangada.

Como al padre de Eduardo, a Sylvia Plath la viuda se le fue apareciendo como un personaje peligroso, a medida que pasaban los primeros días en su casa. «La viuda desapareció en la cocina con una falsa sonrisa deslumbrante, que Sally sintió después de que se marchara, mientras preparaba la comida, inquietante como la sonrisa del gato de Cheshire».

Pese a todo, los Mangada de la Hoz eran una familia de la progresía, con ideas avanzadas que después de la guerra civil les costarían el exilio interior y exterior. «Cuando se casan en 1931 se van de viaje de bodas a la casita de Benidorm. Hay una foto de ellos con Ángel Gaos. Mi padre fue muy amigo de los Gaos, sí, los de la actriz Lola Gaos, sobre todo de los hermanos mayores. La casa se siguió utilizando como casita de veraneo hasta la guerra. Al principio se usó para las colonias infantiles de la República. Después, la Falange y la Sección Femenina se incautaron de ella».

La historia de los Mangada que comienza aquí sería propia de una novela de la guerra civil. No una más. «Tras su boda, mis padres decidieron marcharse a Cali para investigar allí vacunas y medicina tropical. Mi padre renunció a la herencia para coger ese dinero e instalarse en Colombia, y así lo hicieron. Y muy bien, por cierto, pero cuando estalla la guerra, deciden regresar a España para defender la República, para enfado de mi abuelo materno, porque nosotros ya estábamos muy bien situados en Cali, una buena casa con piscina, buena investigación, buena reputación. Mi padre

entra en España con las Brigadas Internacionales como médico, desde Bélgica. Mi tío Adolfo, que sí había heredado, seguía en Alicante, con el laboratorio de mi abuelo. Y más cerca de Enriqueta de la Hoz».

Acabada la guerra, el otro doctor Mangada, Adolfo, el tío de este Eduardo arquitecto que cuenta la historia, coge a su *madrastra* y ambos embarcan en el *Stanbrook*. Sobre este viaje y sus notables viajeros hay literatura, pero falta mucho por relatar. Incluso sobre la vida del capitán, el galés Archibald Dickson. Ya hemos mencionado que en Orán, durante un mes, las autoridades francesas no dejaron desembarcar a los 1.500 hombres. Mujeres y niños bajaron antes. Meses más tarde, el *Stanbrook* fue hundido por un submarino alemán en el mar del Norte. Archibald Dickson se hundió con su barco.

«Nosotros nos escondimos en la serranía de Ronda. Mi padre se había librado de la pena de muerte por una confusión. Cuando los llamaron para el juicio sumarísimo, al leer "Eduardo Mangada, médico", alguien respondió: "Muerto". Lo confundieron con mi abuelo, de idéntico nombre y profesión. Era la posguerra y había tal lío de papeles que se salvó. También los compañeros comunistas de mi padre le hicieron funerales, dándolo por muerto. La casa de Alicante de mi abuelo, la viuda y mi tío fue asaltada –destrozaron el laboratorio– y expropiada. Del chalé de Benidorm se incautaron los falangistas, como ya he dicho. Mi tío y la abuela Enriqueta nunca pudieron embarcar para México, así que ella creó una academia de francés en Algeciras. Fue una mujer de valía para aquellos tiempos». La tal valía se intuye en lo que escribe Plath sobre el primer encuentro con ella en el autobús:

> ¡Ah! ¡Son escritores! –La viuda Mangada se puso efusiva–. Yo también soy escritora. Cuentos. Poemas. Muchos poemas. –La viuda se vino abajo entonces, abatiendo los párpados con sombra azul–. Por ser ustedes –dijo enfatizando las palabras–, no cobraré el servicio. Pero comprendan… –Levantó la mirada rápidamente– que no se lo deben decir a nadie […]. Los trataré como a mis propios hijos.

En la memoria del *nietastro* de doña Enriqueta de la Hoz se dibuja una sonrisa cuando regresa a su infancia. Sus padres, después de salvar el pellejo, logran construir su exilio interior en tres pueblos de la Serranía de Ronda: Montejaque, Jimera de Líbar y Benaoján. Los tres se habían quedado sin médico tras la guerra –la represión fue feroz en la zona– y el doctor M. de la Hoz –«mi padre firmó así durante mucho tiempo»– atendía a los habitantes, que pagaban con un conejo o una gallina las más de las veces. Y muy bienvenidos en los tiempos de miedo y hambre.

Hacia 1949, siete años antes de que Sylvia Plath y su atractivo marido Ted Hughes –el dato de la belleza de actor de Hughes es importante en el desarrollo de la historia de la pareja– caigan en la casa de Enriqueta de la Hoz, esta regresa a España. Y ante el terror de su hijastro mayor, aparece por Benaoján, el pueblo donde se esconde con su mujer y sus hijos.

«Fue espantoso. Creo que mi madre no se divorció de milagro en aquellos días. Ella venía pintada y vestida de forma asombrosa para unos humildes pueblos como esos. Llamaba la atención, iba cantando por las aceras en francés, siempre esperando al príncipe azul. Mi tío Adolfo se la había quitado de encima en Algeciras, porque por lo visto se echaba amantes, cantantes, se metía en las familias. Peleaba por vivir, incluso logró leer poemas y cuentos suyos en Radio Algeciras. Siempre he tenido la imagen de ella asimilada a Vivien Leigh en *Un tranvía llamado deseo*. Esa mujer ambiciosa y con ensoñaciones, que busca amantes y se cree especial… Algo así. Mi padre trata de razonar con ella para que se vaya. Le explica que nos ha puesto a todos en peligro, al descubrir nuestro escondite. En fin, que al final se va y recupera parte de sus posesiones en Benidorm y Alicante. Se inician los cincuenta y ella no había hecho nada especial, seguía siendo la viuda de un médico muy prestigioso».

Pero por mucho que hubiera llegado la década de los cincuenta, sin buenas agarraderas y enchufe, la viuda Mangada difícilmente hubiera recuperado el chalé de Benidorm. Ni hubiera logrado asentarse de nuevo en Alicante. Fue el alcalde y jefe local del Glorioso Movimiento Nacional de Valencia, Adolfo Rincón de Arellano, que había sido discípulo del abuelo de Eduardo Mangada, íntimo amigo de su hijo Eduardo y compañero de

carrera de su hijo Adolfo, quien decide ayudarla, dándole apoyo a la vuelta de Argelia.

«Rincón de Arellano, como falangista puro, rompió con el franquismo y renunció a nuevos cargos. Creo que también salvó muchas veces a mi madre. Mi madre fue aún más comunista que mi padre. Pocos días antes de morir me hizo que le prometiera que envolvería su ataúd con la bandera del PCE. Como no la encontré, la enterramos con la de la República», recuerda el Eduardo anciano con ojos sonrientes del Eduardo joven.

Doña Enriqueta recupera también algunas acciones de los tiempos de la República, logra alquilar una casa en Alicante y atisba el negocio. Decide ella, a su vez, alquilar el chalé de Benidorm. Han empezado a llegar los turistas. Es en una de esas idas y venidas del verano de 1956 cuando en el autobús de línea de la compañía La Unión de Benisa, entre Alicante y Benidorm, se topa con Sylvia Plath y Ted Hughes. Son jóvenes, extranjeros, pobres y guapísimos, pero lo de pobres la viuda no lo detecta a las primeras de cambio.

Doña Enriqueta lo había pasado fatal. Había tenido chófer y criadas hasta que estalló la guerra, venía de una familia reconocida también. Su exilio demostró que era una mujer con recursos y a los Hughes les contó que tenía estudios universitarios y amistades aristocráticas. En fin, tanto les impacta que la poeta lo recoge todo en *La caja de los deseos*: «A pesar de la pasión de la señora para que la casa estuviera en condición *propre*, *Señora* fregaba sus platos grasientos en agua fría estancada, a menudo más sucia que los propios platos, frotándolos con manojos de pajas desgastados», escribe Plath. No conocía la palabra «estropajo» o no existía su equivalente en inglés.

Más adelante, en los mismos apuntes del 15 de julio –siempre según los Hughes: no hay que olvidar que cuadernos, diarios y cartas han sido *tuteladas* y expurgadas por los hermanos–, Sylvia escribe lo que 67 años después de aquel verano el nieto de la viuda Mangada confirma. Doña Enriqueta venía de otro ambiente y la poeta lo ve.

> Empezamos a darnos cuenta de que la señora estaba acostumbrada a un estilo de vida mucho más lujoso que sus actuales circunstancias. Cada tarde, iba a la ciudad para encontrar una *bonne* que limpiara la casa; la chiquita que estaba fregando los suelos el día que llegamos no volvió a aparecer. […]
>
> La segunda mañana, bajé a hacer el café, encontré a la señora con un albornoz manchado, las cejas sin pintar aún, fregando los suelos de piedra con una fregona mojada.
>
> –No estoy acostumbrada –explicó–. Estoy acostumbrada a tener tres chicas: cocinera, limpiadora… Tres chicas. No trabajo cuando está abierta la puerta principal, me puede ver cualquiera. Pero, cuando está cerrada –se encogió de hombros, abarcó todo con un gesto de las manos–, hago todo todo.

Se acaba la historia de Enriqueta de la Hoz en la memoria de su nieto, aunque queda mucho por decir sobre la familia Mangada y su vida de posguerra, desde el teniente coronel Julio Mangada, héroe de la columna Mangada, muerto en el exilio mexicano, a los padres y tíos de Eduardo. Sin embargo, la abuelastra, el personaje que fascinó a Sylvia Plath, murió bien entrada la década de 1970, y los últimos recuerdos del arquitecto Mangada sobre esos episodios tienen algo de surrealista, rayando en la comicidad. Con toque negro.

«Un primo hermano mío, jesuita, y yo nos ocupamos de ella en los últimos días. Ya no podía estar sola en la casa; le robaban las cosas, las sábanas, en fin, esos asuntos de la senilidad que resultan verdad. Ingresó en una residencia que conseguimos en San Juan de Alicante. De vez en cuando iba a verla. Cuando murió, mi primo y yo descubrimos que en su testamento había dejado dispuesto que la enterraran junto a su hijo Enrique, en el mismo nicho. Bien, pues qué le vamos a hacer», se encoge de hombros el nieto de Enriqueta. Y empieza otro episodio extraño de esta historia, cuando el cura jesuita y «yo, que soy ateo, vamos al cementerio. Levantan el ataúd, quitan la tapa y Enriqueta no cabe. Es una escena que tengo grabada. Quitan el Santo Cristo que estaba encima del ataúd porque rozaba el techo, y nada. Sigue sin caber. Total, que la primera vez que conocí a mi tío Enrique fue a través de su calavera; apoyada en una almohadita que ponía E. M. (Enrique Mangada). He conocido a mi tío en huesos. Lo dejamos con su madre». Es

de suponer que en la situación en que estaban no les importará permanecer algo apretados.

De la respetable viuda del doctor Eduardo Mangada su nieto heredó 11.000 pesetas, pero «por mi tío Adolfo, porque mi padre había renunciado a la herencia. Adecentamos el chalé de Benidorm, lo alquilamos y luego se vendió. Hace años y años que no he vuelto, no tiene nada que ver con el Benidorm de mi infancia, aunque nunca viví en esa casa. La historia de esta señora y sus relaciones con la familia nunca fueron agradables».

Sylvia y Enriqueta, dos mujeres de mundos distantes, con una diferencia de edad de más de tres décadas. Ambas de carácter, aunque Plath retraída ante extraños, y la viuda, exagerada. No es que el equilibrio emocional resultara el hilo conductor de sus vidas (Sylvia entra una tarde llorando y diciendo a Ted que la libre de esa mujer, que quiere alquilar la casa –lo ha oído sin que la viuda se percatara–). Enriqueta nunca supo que la joven rubia y quejica de ese verano de los años cincuenta se suicidaría el 11 de febrero de 1963 metiendo la cabeza en un horno de gas, lo cual ayudó a convertirla en la más famosa poeta de su tiempo. Previamente había dejado comida a sus dos niños pequeños, tapando las rendijas de las puertas con toallas para que el gas no penetrara en su dormitorio.

La versión extendida es que Sylvia no soportaba que Ted la hubiera abandonado por otra mujer. Algún amigo sostiene que la poeta pensó que iba a ser un intento de suicidio más en su vida. Da igual. La poesía de Plath es un referente de millones de mujeres en el mundo; Enriqueta de la Hoz pasó a la historia como la viuda Mangada.

Queda un segundo capítulo de Plath y Hughes en Benidorm, cuyo escenario es la casa del barrio del Calvari donde se trasladan, tras dejar plantada a la viuda Mangada. Andando los años, al niño Pascual Almiñana la faena que le hicieron los dos extranjeros a la respetable doña Enriqueta le descubrió a la poeta. El hoy doctor y profesor jubilado de Filología Catalana y sabio en los topónimos del valenciano sigue viviendo en la misma casa, al lado de la

que ocuparon Sylvia y Ted en el Calvari las últimas semanas de julio y parte de agosto en Benidorm en aquel verano de 1956.

En la primera década de este siglo, Almiñana descubrió que había sido su vecino. Quizá fuera una de las veraneantes extranjeras, una rubia, bellísima, que acariciaba al gato callejero o a las cabras cuando iba a la lechería, y que él miraba fascinado cuando iba también a por la leche. Es una de las primeras imágenes de su vida. El hecho es que, fuera ella o no, durante las semanas siguientes la que luego sería famosa pareja de poetas vivió en la casa de al lado, calle Tomás Ortuño 59, puerta con puerta con la que habita aún hoy Pascual. No fue hasta principios de este siglo cuando Almiñana se dedicó a investigar los pasos de Plath por su ciudad natal. «Un día me topé con un amigo y le pregunté qué estaba leyendo. Me contó que iba sobre una poeta que había vivido aquí. Me entró la curiosidad y comencé a investigar. Da cierto reparo, pero la verdad es que entrabas a una librería y no sabían quién era Plath. Menos aún que veraneó aquí». Pascual hace un gesto hacia fuera, mirando a la playa de Levante y la Isla, desde la cafetería-restaurante Manila, en el paseo de Alcoy, donde estaba el chalé de la viuda Mangada. El interés del profesor por la escritora se disparó cuando conoció la influencia de su obra y también por el detalle de que hubiera sido vecina suya durante unas semanas. La investigación acabó reflejada en un estupendo trabajo, propio de un académico: en el verano del 2011 publicó en *Sarrià*, la revista de investigación y ensayo de la Marina Baixa, el estudio sobre las semanas de la pareja de poetas en Benidorm. Desde entonces ha sido citado –y las más de las veces utilizado sin citar– por todo aquel que ha querido saber por dónde anduvieron y cómo vivieron Sylvia y Ted.

Aunque Plath escribió sobre Benidorm poesías conocidas, como «Melones de fiesta» («En Benidorm hay melones / carros tirados por burros, cargados / de incontables melones») o «Las remendadoras de redes» («Entre el pequeño puerto de los pesqueros de sardinas / y las arboledas donde las almendras, aún delgadas y amargas, engordan sus cáscaras / picadas de verde, las tres rederas / vestidas de negro –pues aquí todo el mundo está de luto por alguien»), además de las menciones en sus diarios y

cartas a su madre, en esta capital del veraneo no tiene quien la recuerde, más allá del profesor Almiñana. Tampoco ninguno de sus poemas ha sido ni siquiera utilizado como reclamo turístico para guiris, pero eso ya extraña poco.

Era difícil resistirse a incluir en estas páginas la historia de la poeta Plath y de la viuda Mangada contada por su nieto. Enriqueta fue el resultado de la sociedad bien situada y burguesa de la República, en la que hubo tantos intelectuales e ilustrados que anhelaban un país mejor y no sólo quemadores de iglesias, como nos contaron durante cuarenta años; Sylvia ha quedado como icono del feminismo. Seduce que dos mujeres tan distintas cruzaran sus caminos y luego siguieran con sus vidas sin saber nada la una de la otra. Plath no ha sido nunca olvidada. Al contrario, ha sido recuperada con mayor fuerza a medida que las mujeres han ganado terreno, menos en Benidorm y por ahora. Enriqueta sería una mujer anónima si no fuera por las menciones en la obra de la poeta. Aunque cuestionada por sus hijastros, estirada y soberbia, como queda retratada en la obra de Sylvia Plath, tuvo agallas para salir adelante como tantas y tantas mujeres durante los cuarenta años de dictadura. Eso sí, cerrando la puerta de casa para que las vecinas no la vieran fregar los suelos.

Agradecimientos

Gracias a Joaquín y a Carlota, pilares de este proyecto. A Javier, mi chute de vida. A mis amigas Montserrat Domínguez y Lourdes Lancho, que me persiguieron con el tema. A Pilar Toral, que como siempre se puso detrás de mí y me cuidó. A mis compañeros de *La Cantimplora* que, con la jefa Pilar Portero al frente, siempre me acogen cuando regreso. A mi ya querida editora Zita Arenillas Cabrera, sobria, elegante e inasequible al desaliento, que no me ha pasado ni una. A Joan Tarrida, que cuando yo desconfiaba confió en mí. A Blanca Navarro, esa dama que sabe de egos y plumillas. Y a todas aquellas personas que salen en los capítulos de este libro, que me han atendido durante los viajes y me descubrieron rincones vivos de estas historias que sólo se encuentran andando y cara a cara. En tiempo de pantallas y manipulación, reivindico el frente a frente, las miradas cómplices y las desconfiadas alrededor de una mesa, en un sendero o en un banco. Es fácil, barato y un arma de defensa frente a lo que nos rodea.

Bibliografía

ALMIÑANA OROZCO, Pasqual (2011): «De quan Sylvia Plath va vindre a Benidorm», en *Sarrià. Revista d'Investigació i Assaig de la Marina Baixa*, n.º 6, pp. 82-115.

AUB, Max (1997): *Enero sin nombre*, Madrid, Alba.

AUDEN, W. H. (1999): *Un poema no escrito*, Valencia, Pre-Textos.

AZKÁRRAGA, José M.; Aragó, Lucila, y Salazar, Juan (2010): *Valencia 1931-1936*, Valencia, PUV.

BAREA, Ilsa (2019): *Telefónica*, Gijón, Hoja de Lata.

BAREA, Arturo (1977): *La forja de un rebelde, 3. La llama*, Barcelona, DeBolsillo.

BEAUVOIR, Simone de (1980): *La plenitud de la vida*, Barcelona, Edhasa.

— (1980): *La fuerza de las cosas*, Barcelona, Edhasa.

BONA, Dominique (2011): *Clara Malraux*, Barcelona, Circe.

BUOT, François (2008): *Nancy Cunard*, París, Pauvert.

CALLE, Ángel de la (2019): *Modotti, una mujer del siglo XX*, Madrid, Reino de Cordelia.

CHIKIAR BAUER, Irene (2015): *Virginia Woolf. La vida por escrito*, Madrid, Taurus.

COWLES, Virginia (2018): *Complicarse la vida. Una reportera en zona de conflicto (1937-1941)*, prólogo de Miquel Berga, Barcelona, Tusquets.

CUNARD, Nancy (2023): *Parallax*, Milán, De Piante.

— (2024): *Guerra*, Madrid, Torremozas.

DUNN, Jane (1993): *Vanessa Bell/Virginia Woolf*, Barcelona, Circe.

FOX MAURA, Soledad (2008): *Constancia de la Mora. Esplendor y sombra de una vida española del siglo XX*, Sevilla, Renacimiento.

GARCÍA SANTA CECILIA, Carlos, ed. (2006): *Corresponsales en la guerra de España*, Madrid, Fundación Pablo Iglesias.

GARRO, Elena (1992): *Memorias de España 1937*, Madrid, Siglo XXI.

GELLHORN, Martha (2018): *El rostro de la guerra: crónicas en primera línea, 1937-1985*, Barcelona, Debate.

GOLDMAN, Emma (1996): *Viviendo mi vida*, Madrid, Fundación de Estudios Libertarios Anselmo Lorenzo.

GORDON, Lois (2008): *Nancy Cunard*, Barcelona, Circe.

GRICE-HUTCHINSON, Marjorie (1989): *El cementerio inglés de Málaga y otros estudios*, Málaga, Servicio de Publicaciones y Divulgación Científica de la Universidad de Málaga.

— (1995): *Ensayos sobre el pensamiento económico en España*, Madrid, Alianza.

DÍAZ NOSTY, Bernardo (2022): *Periodistas extranjeras en la guerra civil*, Sevilla, Renacimiento.

HAMMETT, Jo (2002): *Dashiell Hammett*, Barcelona, Circe.

HELLMAN, Lillian (1978): *Pentimento*, Barcelona, Argos Vergara.

— (2005): *Autobiografía: una mujer inacabada*, Madrid, Ediciones JC.

— (2014): *Memorias: una mujer con atributos*, Madrid, Lumen.

HERBST, Josephine (1991): *The Starched Blue Sky of Spain and Other Memoirs*, Nueva York, Harper Collins.

HOOKS, Margaret (2017): *Tina Modotti: fotógrafa y revolucionaria*, Madrid, La Fábrica.

JEANDEL, Alice-Anne (2006): *Andrée Viollis: une femme grand reporter, une écriture de l'événement 1927-1939*, París, L'Harmattan.

JOHNSTONE, Nancy (2013): *Hotel en la Costa Brava*, prólogo de Miquel Berga, Barcelona, Tusquets.

KURZKE, Jan (2021): *The Good Comrade: Memoirs of an International Brigader*, Londres, The Clapton Press Limited.

MALCOLM, Janet (2017): *La mujer en silencio. Sylvia Plath y Ted Hughes*, Barcelona, Gedisa.

MALRAUX, André (1992): *Antimemorias*, Barcelona, Círculo de Lectores.

MALRAUX, Clara (2006): *... Et pourtant j'étais libre*, París, Grasset.

— (2006): *Nos vingt ans*, París, Grasset & Fasquelle.

— (2011): *Fuimos dos*, Barcelona, Circe.

MANGAN, Kate (2020): *Never More Alive. Inside the Spanish Republic*, Londres, The Clapton Press Limited.

MASPERO, François (2022): *Gerda Taro: la sombra de una fotógrafa*, Madrid, La Fábrica.

NERUDA, Pablo, y Cunard, Nancy (2010): *Los poetas del mundo defienden al pueblo español (París, 1937),* Sevilla, Renacimiento.

NERUDA, Pablo (2017): *Confieso que he vivido*, Barcelona, Seix Barral.

PARKER, Dorothy (1938): «Soldiers of the Republic», en *The New Yorker*. Trad. disponible en: https://www.elpais.com.uy/cultural/soldados-de-la-republica.

PLATH, Sylvia (2011): *Antología*, Madrid, Visor.

— (2021): *Ariel*, ilustraciones de Sara Morante, Madrid, Nórdica.

— (2023): *Cartas a mi madre*, Barcelona, Random House.
— (2024): *La caja de los deseos (ensayos y relatos)*, Madrid, Nórdica.
PONIATOWSKA, Elena (1992): *Tinísima*, México, Ediciones ERA.
SACKVILLE-WEST, Vita (1989): *Pepita*, Barcelona, Tusquets.
TÉRY, Simone (2018): *La Porte du Soleil*, París, L'Harmattan.
— (1938) *Front de la liberté*, París, Éditions Sociales Internationales.
TRAPIELLO, Andrés (2011): *Las armas y las letras*, Madrid, Planeta.
VIDALI, Vittorio (1984): *Retrato de mujer: una vida con Tina Modotti*, Puebla, Universidad Autónoma de Puebla.
WOOLF, Virginia (1980): *Diarios 1925-1930*, Madrid, Siruela.
WOOLSEY, Gamel (2006): *El otro reino de la muerte*, Madrid, Ágora.